

# CAPÍTULO XXI

(AMÉRICA)

## I

BUENOS AIRES.—Movimiento de 6 de Abril de 1811.—Conservadores y revolucionarios.—Don Cornelio Saavedra.—Incorporación á la Junta de Buenos Aires de los diputados elegidos por las provincias.—Moreno.—Sociedad patriótica.—Situación del ejército argentino del Alto Perú.—Crítica posición de Goyeneche.—Batalla de Guaquí.—Sitio de Montevideo.—Bombardeo de Buenos Aires.—Formación del triunvirato.—Convenio con Elio.—Abolición del virreinato del Rio de la Plata.—Vigodet, capitán general de Montevideo.—Independencia del Paraguay.—Disolución de la Junta conservadora.—El estatuto de Rivadavia.—Insurrección de las trenzas.—Conspiración de don Martín de Alzaga.—Acción de la quebrada del Nazareno.—Derrota de los argentinos.—Belgrano; sus victorias.—Las Piedras.—Tucumán.—Rondeau.—Salida desgraciada de los sitiados de Montevideo.—La escuadrilla española.—Celada de San Martín.—Don Bernardo Monteagudo y don Carlos María de Alvear.—Alzamiento de 8 de Octubre de 1812.—Asamblea constituyente de 1813.—Buenos Aires se declara por la independencia.—Medidas radicales.—Victoria de Belgrano en Salta.—Capitulación de Tristán.—Rasgo generoso de Belgrano.—Goyeneche abandona el mando.—Don Joaquín de la Pezuela.—Batalla de Vilcapugio.—Derrota de los argentinos.—Nueva derrota de Belgrano en Ayouma.—Substituye á Belgrano el coronel San Martín.—Artigas.—Gobierno unipersonal.—Don Gervasio Antonio Posadas, director supremo.—Organización de la escuadrilla argentina.—Guillermo Brown.—Desastres de los españoles.—Rendición de Montevideo.—Misión diplomática de Rivadavia, Belgrano y Sarratea.—Alvear, general del ejército del Alto Perú.—Sublevación del ejército.—Sublevación de Santa Fe.—Batalla de Siperipe.—Balcarce.—Congreso de Tucumán.—Pueyrredón, director supremo.—Nuevo movimiento de Buenos Aires.—Declaración de la independencia.—La Serna substituye á Pezuela.

Dejamos en el capítulo XVII agitada América. Sigamos ahora aquella interrumpida narración.

En la noche del 5 al 6 de Abril de 1811 estalló en Buenos Aires el movimiento revolucionario á que en el citado capítulo hicimos referencia.

En todas las revoluciones se produce el mismo fenómeno. Apenas triunfantes, algunos de sus hombres ó se asustan de su propia obra ó se dan por satisfechos con lo que bastó á encumbrarlos. Oponen á esos temores ó á esos egoísmos, los verdaderos revolucionarios, el enérgico propósito de que la revolución realice finalidad proporcionada al trastorno que produjo, y surge el dualismo, que da con la revolución al traste ó la consolida, según triunfen unos ú otros, los decididos ó los pusilánimes; los egoístas ó los desinteresados.

Jefe don Cornelio Saavedra del Gobierno y de todas las fuerzas militares, ganó su corazón la soberbia. Demasiado reciente la deslumbradora apariencia de nuestros poderosos virreyes, no halló Saavedra mejor modelo á que comparar su autoridad y su prestigio. Pensó en que le importaba conservarlos y dirigió sus esfuerzos á contener el avance de la revolución. Halló pronto en la Junta quien le secundase á cambio de compartir con él los goces del poder conquistado. Detenida la revolución, presentábase al elemento conservador como indefinido el plazo de su posesión. Cuando la situación de España se asegurase llegaría la hora de entenderse con la metrópoli, y de sacar aún entonces el mejor partido posible de los acontecimientos.

A la cabeza de los que, obrando con mayor rectitud, entendían las cosas de otro modo, colocóse el secretario de la Junta, don Mariano Moreno. Aspiraban los revolucionarios á la independencia y, aunque no descubrían aún sus propósitos y continuaban simulando acatar á Fernando VII, no perdían ocasión de comprometer á la Junta con actos de que no pudiera, aunque quisiera, arrepentirse.

De ellos era la iniciativa de todos los acuerdos encaminados á sostener la guerra; ellos dirigieron en realidad sus operaciones; ellos, en fin, promovieron reformas útiles al País, como la creación de una biblioteca pública y de una academia de matemáticas.

Los choques entre revolucionarios y gubernamentales, llamémoslos así para distinguirlos, fueron múltiples; unos, por motivos notoriamente graves; con pretextos ligeros en las apariencias, otros. Al número de estos últimos correspondió el surgido con ocasión de los exagerados honores rendidos á Saavedra en un baile organizado por el regimiento de patricios para celebrar la victoria de Suipachá. Contrastó con tales honores y acabó de excitar al partido revolucionario un desaire hecho á Moreno. Vengóse Moreno haciendo triunfar luego en la Junta una proposición por la cual quedó prohibido tributar toda clase de honores á cualquiera de sus miembros. Declaróse, además, por esa proposición, la igualdad de todos los miembros de la Junta. Sólo la Junta en pleno tendría, en adelante, derecho á preeminencias.

De mayor trascendencia hubiera podido ser, sin acontecimientos posteriores, la incorporación á la Junta de los diputados que, elegidos por las provincias, acudieron á Buenos Aires para formar parte del Congreso que debía allí celebrarse, á fin de determinar la forma de gobierno que más conveniese á los intereses de todos. Iniciaron aquella incorporación, que desnaturalizaba la convocatoria del Congreso, los mismos nueve diputados elegidos. Saavedra comprendió en seguida cuánto podía esa medida favorecer sus designios y accedió á ella. Opúsose en vano Moreno. Vencido, renunció Moreno su cargo de secretario de la Junta, que se compuso desde entonces de diez y nueve miembros.

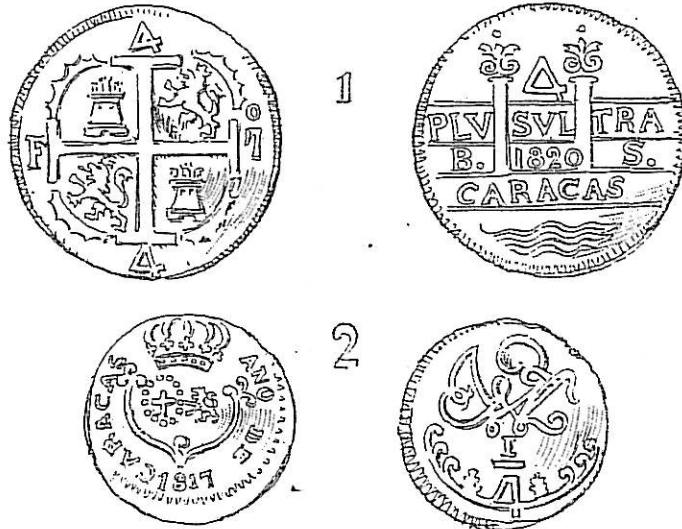
Moreno fué enviado á poco, por la misma Junta, á Londres con una misión diplomática. Murió en la travesía.

No amilanó, por mucho que la sintiera, tal pérdida al partido revolucionario.

Antes redobló sus esfuerzos, como si, desaparecido su jefe, quisiesen demostrar, cuantos le habían seguido, que la justicia de su causa resistía á toda contrariedad. Formóse entonces un club, con el nombre de *Sociedad Patriótica*. Este club, protegido por algunos individuos de la misma Junta, fué un verdadero foco, de donde salían las diatribas más tremendas contra el endiosado Saavedra. Conoció éste pronto el peligro que corría y se apresuró á conjurarlo, recurriendo al peligroso expediente de organizar un alzamiento.

Estalló la conjura en la noche del 5 al 6 de Abril. Entraron en ella buena parte del ayuntamiento, todos los regimientos de la guarnición, menos el regimiento de la Estrella y bastante pueblo. Los amotinados, dirigidos por don Martín Rodríguez, formularon, entre otras, las siguientes peticiones que el municipio se encargó de comunicar al Gobierno: 1.<sup>a</sup> Supresión de la Sociedad Patriótica;

## CARACAS



Núm. 1. Medio duro.  
 2. Un cuarto.

2.<sup>a</sup> Destitución de los individuos de la Junta, Peña, Vieytes, Azcuénaga y Larrea; 3.<sup>a</sup> Expatriación de varios revolucionarios influyentes; 4.<sup>a</sup> Concentración del mando de las armas en don Cornelio Saavedra; 5.<sup>a</sup> Prohibición de otorgar empleos á individuos que no fuesen naturales del punto en que debían desempeñarlos; 6.<sup>a</sup> Llamamiento de don Manuel Belgrano para que, como general de la expedición al Paraguay, respondiese de los cargos que se le hiciesen, y 7.<sup>a</sup> Deportación en masa de los españoles.

Obtuvieron los sublevados cuanto apetecían, excepto lo último, que fué transformado en una nueva contribución que había, con carácter de forzosa, de imponerse anualmente á los españoles, sin otro límite que las necesidades del erario. Sería base del tributo la cuantía de las rentas y ganancias que se calculase á las propiedades y al giro de cada español.

Substituyeron en la Junta á los destituidos, don Feliciano Chiclana, don Antonio Gutiérrez, don Juan Alagón y don Joaquín Campana.

De los individuos de la Junta, hace observar un historiador, sólo dos eran hijos de Buenos Aires, y de este hecho pretende deducir que apuntaron desde aquel momento las tendencias descentralizadoras y federalistas, á las que acusa de obstáculo, andando el tiempo, para la definitiva constitución de la República.

Bien hemos visto el origen del movimiento del 6 de Abril y cuán lejos estuvo del ánimo de sus promovedores darle otra finalidad que la de destruir al partido revolucionario.

La idea descentralizadora surgió, sin embargo, en el movimiento, probablemente contra la voluntad de los que lo instigaron. Está esa idea en el corazón de los pueblos, porque es la emanación de su amor á la libertad. No era, por otra parte, nueva en los pueblos del Río de la Plata. Recuérdese lo ocurrido en la reunión de la Asamblea de 22 de Mayo de 1810.

La situación del ejército argentino del Alto Perú, al tiempo de estallar el movimiento de 6 de Abril, era ventajosa.

Mandado por el brigadier don Antonio González Balcarce y fuerte de cerca de 14,000 hombres, hallábase á la margen izquierda del Desaguadero (límite entre los virreinos de la Plata y del Perú) cerca del lago Titicaca. Representaba en el cuartel general la Junta de Buenos Aires el doctor Castelli. En la otra margen del Desaguadero acampaba el general Goyeneche con las tropas que le había confiado el virrey del Perú, unos 7,000 hombres.

Crítica era la situación de Goyeneche, hasta tal punto, según García Camba, general español actor en aquellos sucesos, que un encuentro perdido allí por España habría decidido de la suerte de toda la América. Triunfantes los argentinos, «se habrían derramado como un torrente y, favorecidos por el prestigio de la victoria y de la novedad, como auxiliados por los partidarios que ya contaban en las principales poblaciones, hubieran llevado su bandera hasta el Ecuador y planteado sin resistencia su sistema. Esta conjetura se comprueba concluyentemente por la simple indicación de los chispazos revolucionarios que estallaron en Arequipa y en Tacua, dando entera fe á las promesas de Castelli. Allí y en otras partes muchos jóvenes y letrados se reunieron en juntas clandestinas, inflamados con los pomposos anuncios que se les transmitían, y agitaron la plebe, pidiendo cabildo abierto para trastornar la forma de gobierno, y lo hubieran conseguido á no acudir felizmente un grueso número de tropas veteranas que sofocaron aquellos motines.»

No aprovechó Balcarce situación que tanto le favorecía. Detúvole Castelli, que entabló con el cabildo de Lima negociaciones para llegar á un arreglo pacífico. Concertóse, mientras duraban estas negociaciones, un armisticio de cuarenta días que rompió Goyeneche cuatro días antes de que terminara el plazo. Pasó Goyeneche el Desaguadero (20 de Junio) y presentó á Balcarce la batalla en las inmediaciones del pueblo de Guaqui. Volvió la fortuna la espalda á los argentinos y su ejército quedó desbaratado y disperso.

Había entretanto Elío, sabedor de que Rondeau movía su cuartel general de Mercedes para estrechar el sitio de Montevideo, enviado un parlamentario á la Junta de Buenos Aires con el fin de entablar un acomodo, para obtener el cual mostróse dispuesto al sacrificio de su empleo, si era éste el único obstáculo que se oponía á la reconciliación. Exigió la Junta el absoluto sometimiento de la plaza, y Elío preparó entonces una escuadra de cinco buques, con la que se presentó Michelena en Buenos Aires é intimó la rendición. Desechó Buenos Aires la amenaza y comenzó el bombardeo (15 de Julio).

Comenzó precisamente entonces á circular la noticia de la derrota de Guaqui, mantenida secreta por el Gobierno. Esto, unido al hecho del bombardeo y á la concentración en la frontera del Brasil de las tropas portuguesas dispuestas á invadir la Banda Oriental, á pretexto de proteger los derechos eventuales de la Infanta Carlota, produjo en Buenos Aires gran impresión. Anunciábase además que España enviaba grandes refuerzos.

La opinión se manifestó de nuevo desconfiada de la Junta, y la Junta decidió, sin duda para calmar de algún modo la tempestad que veía cernerse sobre su cabeza, que su presidente Saavedra se encaminase al Norte para medir por sí mismo la importancia de la derrota sufrida por Balcarce.

Nada se consiguió con tal medida y la Junta hubo de convencerse de que carecía del prestigio que lo delicado de su misión exigía y de resignarse á declinar el poder en manos de un triunvirato formado por don Feliciano Chiclana, don Juan José Passo y don Manuel de Sarratea. En calidad de secretario, fué agregado al triunvirato don Bernárdino Rivadavia.

Comenzó el triunvirato por decidir que Sarratea reanudase interrumpidas negociaciones diplomáticas, á fin de arreglar, entre otras principalmente, la cuestión de Montevideo. Estaba ya Sarratea desde Abril y por encargo de la anterior Junta en relaciones con Strangford, embajador inglés en Río Janeiro, con el gobierno portugués y con el representante de España en el Brasil, Conde de Casa Irujo. La acción de Las Piedras, ganada por Rondeau y Artigas á las tropas españolas, había sido una de las causas que interrumpieron las negociaciones. « El bullicioso Artigas, dice refiriéndose á aquella memorable acción (18 de Mayo), el historiador Torrente, desplegó en esta ocasión un valor indomable y una decisión tan heroica, que lo habría cubierto de gloria, si la causa que sostenía no llevara el sello de la reprobación: se debió, pues, á sus esfuerzos la derrota completa de las tropas realistas, que hubieron de retirarse en dispersión á la plaza. »

Pudo reanudar, al pasar de nuevo Sarratea á la Banda Oriental en condiciones muy ventajosas, la negociación. Desconocido por el Gobierno inglés el bloqueo de Buenos Aires por la escuadrilla española, se veía Elío apurado. El 21 de Octubre se firmó por este general y el apoderado de la Junta conservadora, don José Julián Pérez, un convenio en el que, invocando ambos el nombre del Rey Fernando VII, se establecía que la Banda Oriental quedara por completo desocupada por las fuerzas argentinas y sujeta á la única autoridad del virrey, y que Elío

levantaría el bloqueo de Buenos Aires y dejaría libre la navegación de los ríos que desaguan en el de la Plata. Esta situación continuaría hasta que acabase la guerra de independencia en la metrópoli.

No satisfizo la solución á españoles ni argentinos. Estos, porque creyeron perder la ocasión de apoderarse de Montevideo, á su juicio á punto de caer en sus manos; aquéllos, porque juzgaron acto de debilidad el de Elío reconociendo carácter de beligerantes á los revolucionarios.

Retirado el ejército argentino, á mediados de Diciembre, declaró Elío abolido el virreinato del Río de la Plata, hasta nueva decisión de las Cortes españolas, delegó en Vigodet la capitania general de Montevideo y de la Banda Oriental y regresó á España.

Días antes del convenio con Elío, el 12 del propio mes de Octubre, aceptó el triunvirato un pacto con el Paraguay, por el cual quedó este país separado de las provincias del Plata, constituyendo un Gobierno independiente.

Resueltos mejor ó peor estos asuntos, debió preocuparse el nuevo poder de regular su propia existencia. Habíase encomendado á la Junta conservadora la redacción de un reglamento que fijase las facultades y funcionamiento de los nuevos poderes. Confió el encargo la Junta, al deán Funes. La constitución política que fraguó el deán hubiera equivalido, de aprobarse, á un verdadero golpe de Estado, de tal modo devolvía á la Junta todas las facultades del poder ejecutivo y reducía á papel secundario el organismo que constituían los triunviros. De acuerdo el triunvirato con el ayuntamiento y el pueblo, declaró subversivo el proceder de la Junta y la disolvió (7 de Noviembre).

Obra de Rivadavia fué el estatuto provisional que promulgó el triunvirato en la última decena de Noviembre. Por ese estatuto se tituló desde entonces el triunvirato Gobierno provisional de las provincias unidas del Río de la Plata. Debía también por él dar el Gobierno cuenta de sus actos en el primer Congreso que se reuniese. Se asesoraría entretanto, en casos determinados, de una asamblea formada del cabildo de Buenos Aires, de representantes nombrados por el cabildo de cada ciudad en las provincias y de cierto número de personas notables elegidas por el vecindario de la capital. Renovaría esta asamblea cada seis meses uno de los triunviros. Completó el triunvirato su obra con decretos sobre garantías individuales y libertad de imprenta. Más tarde, en 25 de Mayo de 1812, prohibió el tráfico de esclavos.



Rivadavia.

Turbó la labor del Gobierno provisional antes de terminar el año de 1811 la insurrección llamada de las trenzas, promovida por el regimiento núm. 1 de línea, antes de patricios, cuyos individuos gozaban de no pocas preeminencias sobre sus compañeros de las demás tropas, y vivían en notoria indisciplina. Usaban, además, como distintivo, de una larga trenza, costumbre no sólo excepcional sino impropia de la profesión á que venían consagrados. Nombró el Gobierno jefe de aquel regimiento á Belgrano, ya absuelto de los cargos que contra él se formuló con motivo de su campaña en el Paraguay. Quiso Belgrano volver el regimiento á la normalidad y, sobre severas prescripciones que restablecieran la disciplina, ordenó la desaparición de la ridícula trenza. Sublevóse el regimiento en masa y fué preciso, para reducirle, sostener un verdadero sitio contra el cuartel.

Rondeau, al frente de sus dragones, sometió á los sublevados, después de algunas horas de fuego. Terminó la tragedia con el fusilamiento de sus principales promovedores y la deportación de otros muchos.

No fué éste el solo contratiempo con que hubo de luchar el Gobierno provisional: meses después, á mediados de 1812, descubrió una vasta conspiración tramada por el español don Martín de Alzaga y el fraile José de las Animas, en connivencia con Vigodet, gobernador de Montevideo, y el general portugués Souza. Proponíanse los conspirados sorprender los cuarteles y restablecer el antiguo régimen. Encargó el Gobierno á cinco comisiones la substanciación de los procesos y, cuarenta y un comprometidos, entre ellos Alzaga y el fraile, pagaron en la horca su delito. Las deportaciones fueron infinitas.

Si en lo interior logró el Gobierno estos triunfos contra sus enemigos, en el exterior, en cambio, sufrieron las tropas argentinas, á principios de aquel año, un serio desastre. Había Pueyrredón, en Salta, reorganizado parte del ejército derrotado en Guaqui. Entretenido Goyeneche en combatir las guerrillas que le molestaban y sobre todo en reducir á Cochabamba, sublevada, no pudo impedir aquella reorganización. Vencida Cochabamba, se propuso el general español avanzar hasta ponerse en comunicación con los realistas de Montevideo. Dos nuevas insurrecciones de Cochabamba malograron el plan de Goyeneche.

Tomó Pueyrredón por debilidad la aparente inacción de los españoles, por lo que á él se refería, y decidió que el coronel Díaz Velez fuese con ochocientos hombres al encuentro de la vanguardia española que mandaba el coronel Picoaga.

En la quebrada del Nazareno libróse la acción entre ambas fuerzas el 13 de Enero de 1812. Díaz Velez fué derrotado. Perdió unos ciento cincuenta hombres y hubo de retirarse hasta cuarenta y cinco leguas.

Sabedor Pueyrredón de que Goyeneche se proponía invadir la provincia de Salta, se replegó á Tucumán, desde donde pidió su retiro. Substituyóle Belgrano que, mientras Goyeneche tomaba por quinta vez á la sublevada Cochabamba y la entregaba por espacio de tres horas al saqueo, reorganizó sus huestes. Avanzó Belgrano hasta Jujui.

Contra el ejército argentino envió con 3,000 hombres Goyeneche á Tristán. Belgrano dispuso lo conveniente para estorbar el avance del general español, y se replegó á Tucumán. Junto al río de Las Piedras alcanzó la vanguardia de Tristán al ejército de Belgrano (3 de Septiembre), que la derrotó. Veinte días después llegaba Tristán con su ejército á la vista de Tucumán. El 24 sufrían las huestes españolas una nueva derrota. Costó á Tristán el combate más de 1,000 hombres, entre muertos, heridos y prisioneros.

Retiróse Tristán á Salta.

Reparó así con creces, Belgrano, el desastre de Pueyrredón en Enero.

Nuevos triunfos esperaban aún á los argentinos aquel año que tan mal había para ellos comenzado.

Anunciada por Strangford al Gobierno provisional la retirada de los portugueses de la Banda Oriental, abandonando á Vigodet, resolvieron los triunviros que Sarratea, con las tropas acantonadas en el Rosario y algunas otras que pusieron á sus órdenes, invadiera aquella Banda y pusiera cerco á Montevideo. A los pocos días de llegada la noticia de la victoria de Tucumán, ocupaba Rondeau la colina del Cerrito, á una legua de Montevideo. Dos meses después, el 31 de Diciembre, Vigodet hacía una salida con el grueso de sus tropas y vencía en el primer encuentro á los sitiadores; pero se rehacían éstos, y los victoriosos, en definitiva, resultaban los argentinos.

Encerrado en la plaza é impotente para todo movimiento por tierra, apeló entonces Vigodet á molestar á sus enemigos, valiéndose de la escuadrilla con que contaba. Los pueblos de las orillas del Paraná fueron víctimas de una serie de atrevidos desembarcos. Envío el Gobierno en auxilio de estos pueblos al coronel San Martín, recién llegado de Europa. Había San Martín organizado un regimiento de granaderos á caballo. Preparó con este cuerpo una emboscada en las cercanías del convento de San Lorenzo, á seis leguas al Norte del Rosario; cayeron en ella los españoles. Desembarcaron doscientos ochenta con dos piezas de artillería. Las dos piezas de artillería, con catorce hombres, cayeron en poder de los granaderos de San Martín. Cuarenta españoles quedaron muertos sobre el campo.

Pero antes de estos últimos sucesos, prósperos para las armas argentinas, fué la capital teatro de un nuevo movimiento político, cuyo relato se impone. El doctor don Bernardo Monteagudo que había substituído en la dirección del partido radical á Moreno, de acuerdo con don Carlos María de Alvear, logró atraerse algunos jefes militares y, auxiliado por la guarnición de Buenos Aires, promovió un alzamiento el 8 de Octubre de 1812. Tres mil ciudadanos y cuatro regimientos, mandados por San Martín, Alvear Pinto y Ocampo, tomaron la plaza de la Victoria pidiendo cabildo abierto. Hubo de acceder el ayuntamiento á cuanto se le pedía y, así de acuerdo con los revolucionarios, dispuso la disolución de la asamblea electoral, la erección de un Gobierno provisional compuesto de don Juan José Passo, don Nicolás Rodríguez Peña y don Antonio Alvarez Fonte, y la re-

unión dentro del plazo de tres meses de una asamblea general de la Nación que residenciase á cuantos desde el 25 de Mayo de 1810 habían ejercido el poder ejecutivo.

Preciso es confesar que este movimiento equivalía á un empuje á la revolución. Verdad es que el régimen del triunvirato había sido beneficioso á la causa de la libertad; pero verdad es también que la reunión de la prometida asamblea general se venía retrasando demasiado.

Por decreto de 22 de Octubre dispuso el nuevo Gobierno que se procediera por las provincias á la elección de diputados. Los diputados habían de ser elegidos por todos los vecinos *libres* y *patriotas*. La condición de libres se acreditaba por la de propietarios urbanos ó de domicilio establecido en su barrio. La de patriotas era, por menos concreta, más difícil de determinar.

Tres meses después, el 31 de Enero de 1813, se constituyó la deseada asamblea constituyente. Formáronla hasta veintidós diputados.

La asamblea fué resueltamente revolucionaria. En su primera sesión declaró « que toda la autoridad quedaba concentrada en ella, que en ella residía la plena representación y ejercicio de la soberanía de las provincias unidas del Río de la Plata, con el tratamiento de *Soberano Señor* » y dió una nueva fórmula de juramento en que quedaba suprimida la mención de la persona y de la autoridad del Rey de España.

Fué el coronel Alvear designado para la presidencia del Congreso que delegó interinamente el poder ejecutivo con el carácter de *Supremo* en los mismos que á la sazón lo desempeñaban. Se lo confirmó poco después á



- |   |              |                     |
|---|--------------|---------------------|
| 1 | Guayana.     | ¿ ?.....            |
| 2 | Santa Marta. | Dos reales fuertes. |
| 3 | > >          | Un cuarto.          |
| 4 | > >          | ¿Un cuarto?         |

Peña y á Fonte y substituyó á Passo con don José Julián Pérez.

Transformóse ya la revolución en franca guerra de independencia. No se anduvieron ya los nuevos gobernantes en contemplaciones. Por una serie de decretos introdujeron una infinidad de reformas:

La bandera española y las insignias reales fueron substituidas, aquélla por la nueva bandera nacional, azul y blanca, las insignias con las armas de la asamblea, dos manos enlazadas sosteniendo un gorro frigio, iluminado por los rayos del sol naciente, circundado de rama de olivo y de laurel y con la leyenda *En*

*unión y libertad*. Este mismo emblema se reprodujo en las monedas que entonces se mandó acuñar.

Medidas de mayor trascendencia, adoptadas también por la asamblea, fueron: la que dispuso que en el término de quince días quedaran privados de sus empleos, fuesen civiles, militares ó eclesiásticos, cuantos europeos no hubiesen adquirido la condición de ciudadanos; la que abolió los mayorazgos, los blasones y los títulos nobiliarios; la que echó los cimientos de una iglesia nacional, independiente de la Santa Sede; las que abolieron la inquisición y el tormento en los juicios, revalidaron las leyes sobre libertad de imprenta, reorganizaron la administración de justicia, suprimieron el envío de recursos á la que consideraron ex metrópoli y, en fin, las que ratificaron la supresión de la mita y el tributo á los indios y declararon libres á los hijos de los esclavos, prohibiendo en adelante la introducción de esclavos en el país.

« No dudaban, dice Torrente, refiriéndose á esta última medida, de que por este medio podrían contar con la fidelidad de la raza africana y con la firme adhesión de los indios, con cuya causa trataron de identificarlos.»

Las apuntadas medidas fueron todas altamente políticas.

Menos acertada estuvo al adoptar otras contra los españoles, de que el propio Torrente nos habla, como la completa y súbita anulación de las pensiones que de los fondos públicos percibían algunas viudas de peninsulares y la, adoptada luego, por la que se confinó á los españoles á distancia de cuarenta leguas de la capital, permitiéndoles sólo llevar consigo una reducida cantidad de dinero. Hubiera sido sin duda más político no extremar con los españoles el rigor, procurando reconciliarlos con la nueva causa.

Entre las medidas dignas de censura figuró también la que consistió en ordenar la formación de juicio de residencia á todos los gobiernos anteriores á la celebración de la asamblea. Equivalía este acuerdo á una acusación, ya que era notoria en los diputados la creencia de que la situación caída había sido traidora á la revolución. Sufrió cruelmente los efectos de tal medida don Cornelio Saavedra, igualmente perseguido por españoles y revolucionarios.

La causa de la independencia, como se ve, prosperaba. De Londres se había hecho venir á varios armeros con las máquinas é instrumentos necesarios para establecer una fábrica de fusiles.

« Ya en este tiempo, nos dice el repetido Torrente, habían concurrido infinitas familias extranjeras á establecerse sólidamente en el país: los ingleses, en particular, habían abierto varias casas de comercio, construído algunas en el campo para su recreo y anunciado con tales disposiciones la seguridad que tenían en la duración del gobierno rebelde.»

No abandonó por los cuidados interiores la nueva situación de las operaciones de guerra, y envió auxilios y tropas á Belgrano, con lo que se atrevió éste á avanzar hacia Salta persiguiendo á Tristán. Ascendían á unos 3,000 los hombres que Belgrano mandaba. Ocupó Tristán posiciones al pie del monte de San Bernardo.

Belgrano se colocó al Norte de Salta para cortar la retirada de Tristán (19 de Febrero de 1813). En la mañana del 14 atacaron á los españoles los argentinos. Belgrano había tenido en la noche anterior varios vómitos de sangre y no pudiendo montar á caballo se hizo habilitar un carrito en donde ser trasladado al lugar que le conviniese. Una vigorosa carga dirigida por el comandante Dorrego desbarató el ala izquierda española y casi decidió el éxito de la batalla en favor de los argentinos, pues, aunque se replegaron los españoles al interior de la ciudad



y siguió en ella encarnizado el combate por más de tres horas, fueron tantas las pérdidas de los españoles, que Tristán hubo de decidirse á pedir capitulación. Concedióla Belgrano, estipulándose que los vencidos saldrían de Salta al otro día, tambor batiente y banderas desplegadas, y que á determinada distancia entregarían las armas y pertrechos de guerra, obligándose todos, bajo juramento, incluso el general, á no volver á tomar las armas contra las provincias unidas del Río de la Plata hasta los límites del Desaguadero.

Entusiasmado por esta victoria el gobierno de Buenos Aires, acordó premiar á Belgrano con un sable de honor con guarnición de oro y cuarenta mil pesos en fincas del Estado. Decretó, además, otras distinciones para el ejército de Salta. Belgrano destinó la cantidad con que se le obsequiaba á la creación de cuatro escuelas públicas en Tarija, Jujui, Tucumán y Santiago del Estero. Rasgo fué el de Belgrano digno del general aplauso con que fué recibido.

En cuanto al juramento de los españoles en la capitulación, no se cumplió. El arzobispo de Charcas y el obispo de la Paz, á pretexto de que no eran válidos los tratados hechos con insurgentes, absolvieron de él á cuantos vencidos en Salta se unieron en Oruro á las tropas de Goyeneche. El virrey de Lima desaprobó la conducta de Tristán al capitular.

En Abril avanzó Belgrano hasta Jujui y á fines de Mayo, Díaz Velez, con la vanguardia, ocupó el Potosí.

Goyeneche había pedido entretanto su separación y permiso para retirarse á España. Antes de dejar el mando, hubo de reprimir la sedición de sus propias tropas que, fundadas en que el general era como ellas, americano, protestaban negarse á ser mandadas por otro jefe.

Substituyó á Goyeneche el virrey del Perú con el brigadier de artillería, don Joaquín de la Pezuela, que después de reforzar su ejército hasta hacerlo sumar unos 4,000 hombres, se puso en movimiento en busca de Belgrano. Belgrano salió del Potosí el 5 de Septiembre, cruzó las montañas del Alto Perú y llegó el 27 á la pampa de Vilcapugio. Un contratiempo inesperado, la sorpresa y la derrota de la división Cárdenas por el comandante Castro en Ancacato, impidió á esta división unirse á Belgrano. Con ella y la de Zelaya, que tampoco pudo unírsele, esperaba Belgrano contar con 5,000 hombres de tropa. Hizo mayor la gravedad de este contratiempo el que entre los papeles de Cárdenas, hallasen las fuerzas españolas toda la correspondencia de este jefe con Belgrano, por donde quedó descubierto el plan que el general argentino se proponía poner en práctica.

A la media noche del 30 de Septiembre llegó Pezuela á la cumbre de las alturas que dominan la pampa de Vilcapugio, descendió luego á la llanura y, al amanecer del siguiente día, halláronse los argentinos con la sorpresa de que los esperaban á media legua de distancia las fuerzas españolas.

La tenacidad de Picoaga y Olañeta, que mandaban el centro español, y la oportuna llegada desde Ancacato de Castro con su caballería, decidieron la victoria en favor de los españoles. Cuando llegó Belgrano al pueblo de la Mancha, á tres leguas de Ayouma, llevaba sólo consigo trescientos hombres.

No era Belgrano hombre á quien rindieran los reveses, y así se dedicó á toda prisa á reorganizar su ejército. A poco más de un mes de ocurrido el percance de Vilcapugio ya mandaba otra vez Belgrano 3,400 hombres. Verdad es que el país le era, por todas partes, tan favorable como hostil á Pezuela y que no le faltaron auxilios de Charcas y de Cochabamba en que Ocampo y Arenales mandaban respectivamente. La división Zelaya, que no pudo unírsele en Vilcapugio, se le había unido ahora también.

De nada sirvió, sin embargo, esta vez á Belgrano su actividad. Sufrió el 14 de Octubre un nuevo desastre en Ayouma, donde le batió Pezuela. Con trescientos hombres dejó el español á Belgrano en Vilcapugio. No pasaron de cuatrocientos los que en Ayouma le quedaron. Los prisioneros de Belgrano llegaron á quinientos. A quinientos también los muertos. Fué también respetable el número de bajas sufrido por las fuerzas de Pezuela. Perdió, además, Belgrano en aquella acción desgraciada, artillería, bagajes y parque.



San Martín.

Eclipsada por entonces la estrella de Belgrano, faltóle ya ocasión de renovar sus laureles. Siempre perseguido, hubo de replegarse de Potosí, donde se retiró primero, á Jujui, Salta y Tucumán. En Tucumán fué en Enero de 1814 relevado del mando del ejército, quedando en su puesto de coronel del regimiento número 1. Substituyóle en la dirección de las operaciones el coronel San Martín, cuyo nombre pregonaba ya la fama ventajosamente.

Mientras las numerosas guerrillas organizadas y dirigidas por don Martín de Güemes dificultaban el avance de Pezuela, se complicaron los acontecimientos en Montevideo. Enemistado Artigas, jefe uruguayo que capitaneaba un crecido número de valientes gauchos, con

Sarratea, director del sitio de Montevideo, dedicóse á interceptar las comunicaciones de los argentinos con Buenos Aires. Un motín de sus propias tropas trasladó el mando á manos de Rondeau. Reducido Artigas, apretóse más el cerco; pero nuevas dificultades aplazaron la victoria. España envió en Agosto y Septiembre de 1813 un refuerzo de 2,000 hombres á los defensores de Montevideo.

Por otra parte, la nueva actitud de Artigas, al deponer sus odios, no había sido sino aparente, y sus manejos en la Banda Oriental producían continuas escisiones entre los mismos patriotas. A principios del año siguiente propuso á Rondeau la expulsión de los jefes y oficiales bonaerenses del ejército que sitiaba á Montevideo, á fin de contar con otros dispuestos á secundar sus planes, consistentes en reunir en su campamento un congreso oriental que declarase la soberanía de aquel territorio.

Después de todo, respondía la actitud de Artigas al mismo deseo que había guiado en nuestras provincias peninsulares á tantos jefes en las luchas de región á región y aun de provincia á provincia al principio de la guerra de indepen-

dencia. No aceptó Rondeau las proposiciones de Artigas y retiróse éste del campamento de Montevideo para aparecer poco después en las fronteras de Entre Ríos y Corrientes proclamando el odio de los pueblos al poder central. Respondió el Gobierno á este reto declarándole proscrito y poniendo á precio su cabeza.

Es de advertir, antes de pasar adelante, que el Gobierno central había sufrido poco antes de estos sucesos una nueva transformación. A raíz de las derrotas de Vilcapugio y Ayouma la asamblea constituyente decidió la concentración del poder ejecutivo en una sola mano. El 24 de Enero de 1814 y á instancia de los triunviros, entonces Rodríguez Peña, Larrea y Posadas, comenzó en la asamblea la discusión sobre la conveniencia de unificar el poder. Dos días duró el debate. El estatuto fué reformado: un director supremo, asistido de un Consejo de Estado compuesto de nueve vocales, asumiría el poder de las Provincias Unidas. Por unanimidad fué nombrado para desempeñar el elevado cargo don Gervasio Antonio Posadas.

Comprendió pronto el Gobierno que sin escuadra era punto menos que imposible la rendición de Montevideo y se apresuró á comprar tres corbetas, dos bergantines y diez embarcaciones. Armó esta escuadrilla con cien cañones y mil doscientos tripulantes, y púsola á las órdenes del marino irlandés, capitán de buque mercante, don Guillermo Brown.

Ya, para reforzar el ejército de tierra, había el gobierno anterior en sus postrimerías adoptado la medida de pagar el rescate de esclavos á fin de organizar con ellos nuevos batallones.

La formación de la escuadrilla aseguró el éxito contra Montevideo. Aunque rechazado en un primer ataque, consiguió Brown en un segundo (16 de Marzo de 1814) apoderarse de las baterías de la isla de Martín García, obligando á las naves que componían la segunda división de la escuadrilla española, destinadas principalmente á circular por los ríos Uruguay y Paraná con objeto de impedir que los sitiadores de Montevideo recibiesen socorros de Buenos Aires, á remontar el primero de los ríos citados. Aseguró en seguida la isla de manera que la escuadra resultase impotente contra ella y quedase por aquel lado inutilizada; corrió á Buenos Aires, reforzó su escuadra y el 12 de Abril estableció el bloqueo de Montevideo. Apoderóse, á poco, de buen número de barcos de cabotaje y de cinco naves españolas cargadas de víveres.

La más fuerte de las divisiones de la escuadrilla española (toda la escuadrilla se componía de veintiséis barcos) estaba destinada á guarnecer el puerto de Montevideo y cruzar por los grandes canales entre el mar y Buenos Aires.

Contra esta división consiguió Brown, en el mes de Mayo, una decisiva victoria. Catorce naves españolas se pusieron en movimiento en la madrugada del 14 para levantar el bloqueo establecido por el intrépido irlandés. Brown consiguió separar las naves españolas, batirlas parcialmente, incendiar un bergantín y una goleta y apoderarse de cuatro naves. Los ocho barcos restantes hubieron de refugiarse al abrigo de los muros de la plaza.

A todo esto había en aquellos días precisamente substituído á Rondeau el general Alvear, hombre decidido. Alvear había acudido á hacerse cargo, como director supremo, del ejército sitiador de Montevideo, con el refuerzo de una división compuesta de siete batallones, un regimiento de artillería y dos escuadrones de caballería. El 17 de Mayo desembarcó en la Colonia del Sacramento.

Apurada era la situación de Vigodet. Indefenso por mar, apretado el cerco por tierra, ¿qué le quedaba sino sucumbir? Habíase decidido ya á capitular y había entablado á este fin negociaciones, cuando alguien aconsejó un nuevo recurso: el de entenderse con Artigas.

Artigas, el jefe uruguayo, era, como sabemos, un gran enemigo del poder central. El día que abandonó las posiciones que se le habían encomendado en el sitio de Montevideo, lo hizo, acto altamente censurable, en condiciones tales, que pudo malograr todos los esfuerzos realizados hasta entonces por los argentinos para apoderarse de la plaza. Comenzó por separar su gente, con diversos pretextos, y abandonó luego su puesto en traje de gaucho, dejando flanqueado todo el costado derecho de la línea que le estaba confiada. Tal confusión produjo el suceso en los sitiadores, que por tres veces se dió y se revocó la orden de levantar el sitio. Aumentó con esta indecisión el desorden y fueron abandonados los campamentos con grandes pérdidas. Cuando los sitiados hallaron, al hacer su descubierta, evacuadas las principales posiciones de los sitiadores, experimentaron agradable sorpresa. Sólo una excesiva y, al cabo, justificada prudencia, evitó que los realistas se aprovecharan, como hubieran podido, del desafuero de Artigas. Temieron que aquéllo fuese algún ardid y no quisieron exponerse á sus consecuencias. Esperaron, para decidir, á tener alguna noticia de tan extraño suceso. Menos reflexivo el pueblo, salió en tropel de las murallas. El irlandés French, jefe de día, que se hallaba en uno de los reductos de las avanzadas, mandó de improviso descargar un cañonazo á metralla, y los sitiados volvieron presurosos á la plaza, llevando á ella con su pánico la confirmación de que se trataba de un simple ardid de los argentinos. Salvóse así aquel día la situación de los sitiadores, que, repuestos luego, se ordenaron de nuevo como convenía á sus fines.

Con el tiempo había llegado á Montevideo la exacta explicación de lo ocurrido.

Esto explica que al verse en duro trance no les pareciera descabellada la idea de entenderse con quien tan ligeramente había comprometido una vez la causa de los que habían sido sus compañeros y sus amigos.

A Artigas, pues, se decidió á dirigirse Vigodet en demanda de auxilio.

Pero la capitulación estaba ya, á todo esto, acordada. La había ya firmado el general Alvear, aunque aún nó Vigodet, cuando en 21 de Junio supo el argentino que las tropas de Ortogués, teniente de Artigas, reforzadas por la división de Frutos Rivera, se aproximaban á Montevideo para operar en combinación con la plaza.

Alvear, entonces, dando una prueba de napoleónica audacia, dió apresuradamente por perfecta y concluída la capitulación desde el día antes, y tomó el

22 posesión de la fortaleza del Cerro, y el 23 de la Ciudadela. Dueño así de la ciudad, exigió que la evacuase la guarnición; la desarmó, declaró prisioneros á los jefes y embarcó al general Vigodet en un buque de la escuadra argentina, en espera de ocasión en que pudiera ser trasladado á Río Janeiro. No hacía con todo esto, según él, sino cumplir la capitulación. Procuró Alvear incorporar á sus tropas cuantos soldados pudo de las fuerzas españolas. Se apoderó, además, de trescientos cañones, de 8,000 fusiles y de los barcos españoles que quedaban en el Río de la Plata. Vigodet protestó en vano de la conducta del argentino. Su conciencia debió, sin embargo, acusarle. Alvear no había hecho, después de todo, más que pagarle en la misma moneda. No había procedido Vigodet con mayor buena fe entendiéndose con Artigas, al mismo tiempo que negociaba una capitulación cuya necesidad acababan los mismos hechos de poner fuera de toda duda.

Más discutible fué, pocos días después, la conducta de Alvear, dando una cita á Ortogués para tratar con él y, aprovechando la candidez del teniente de Artigas al acudir á ella, para batirle y derrotarle.

Digna de toda reprobación hemos dicho que fué la conducta de Artigas. Lo fué, más que por todo, por haberse prestado á auxiliar á los que siempre consideró enemigos de su patria; pero fué en verdad impolítica la decisión del Gobierno declarándole traidor y poniendo á precio su cabeza, pues este extremo de rigor no estaba aún justificado, cuando se lo adoptó, con quien tantos servicios llevaba prestados á la causa de la libertad. Por equivocadas que se juzgase por sus adversarios sus pretensiones acerca de la independencia uruguaya, debió guardársele mayor consideración. Su abandono de las posiciones en el sitio de Montevideo, acto era gravísimo; pero no descubría, después de todo, otra cosa que su mal aconsejado despecho, y consecuencia de un arrebató pudo considerárselo.

Acaso, declarándole fuera de toda ley, se le empujó al exceso indisculpable de entenderse y ayudar á los enemigos de la causa que defendía. De carácter arrebatado é impetuoso, quizá vió sólo una medida de defensa en lo que la historia después no había de poder perdonarle.

De lo impolítico del rigor con que se le pretendió tratar, debió pronto convenecerse el Gobierno al contemplar los efectos de su obra. Artigas logró, al fin, según hemos visto que se había propuesto, insurreccionar contra el Gobierno general los territorios de Entre-Ríos y Corrientes, ya elevados al rango de provincias. Cundió el ejemplo por otras provincias, entre ellas Santafé y Córdoba, entusiasmadas ante la idea de la federación. Obligó al Gobierno esta guerra civil á distraer fuerzas y permitió á los españoles progresos que de otro modo hubieran sido imposibles.

No iba, además, la guerra fuera del Río de la Plata, mejor para los americanos. La situación de España era ya otra.

Razón sobraba al Gobierno para vivir preocupado. Pensó en buscar aliados en el extranjero y en prevenirse contra la posibilidad de que las potencias se

entendiesen con Fernando, ya restaurado en su Trono, para combatir la revolución. Decidió el Gobierno enviar á Europa, con instrucciones públicas y reservadas, una comisión diplomática formada por don Bernardino Rivadavia, don Manuel Belgrano y don Manuel Sarratea. Eran instrucciones públicas: presentar á Fernando VII las quejas de los americanos contra la conducta de los virreyes y limitarse á oír proposiciones, siempre sobre la base de que había de dejarse en los americanos la garantía de lo que se estipulase y de que ello había de ser sometido al examen de las provincias reunidas en asamblea por medio de sus representantes. Eran instrucciones privadas: que el principal objeto de la comisión debía ser el aseguramiento de la independencia de América, negociando el establecimiento en ella de monarquías constitucionales, ya con un príncipe español, ya con uno inglés ó ya con cualquier otro de casa poderosa.

Desde Londres comenzaron los comisionados á desempeñar su misión. Con-



Gauchos.

venciéronse á los primeros pasos de que ni de Inglaterra ni de Fernando VII podían esperar nada. Aconsejóles Cabarrús que se entendieran con Carlos IV, retirado á la sazón en Roma, á fin de que alcanzara de Fernando autorización para que fuese elegido Rey del Río de la Plata el Infante Don Francisco de Paula. Infructuosas, en definitiva, las gestiones de la comisión, tornóse á su país.

Entretanto, reorganizaba San Martín el ejército argentino del Alto Perú y multiplicaba las guerrillas. Al frente de las guerrillas puso al salteño don Martín Güemes, que supo hacerse con buen golpe de jinetes gauchos, diestros en el manejo de lanza, lazo y bolas. De estos guerrilleros pudo el general español García Camba hacer el más cumplido elogio, diciendo de ellos que admiraban á los militares europeos.

Molestaba de continuo á los españoles, además de esas guerrillas, el coronel Arenales, retirado á Valle Grande, desde donde organizaba arriesgadas operaciones. Contra él envió Pezuela una columna, á las órdenes del coronel Blanco. Obtuvo Blanco un triunfo sobre Arenales el 3 de Febrero. Arenales derrotó á su vez el 25 de Mayo á Blanco en la Florida é insurreccionó las provincias de Cochabamba y de Santa Cruz.

Rendida Montevideo, hubo Pezuela de retirarse hacia el Norte, receloso de que el gobierno de Buenos Aires enviase á los argentinos refuerzos, y espoleado por la crítica situación que le creaban la dificultad de sus comunicaciones con el Perú á consecuencia de la insurrección del Cuzco (3 de Agosto).

Recelos de San Martín de que no se le ayudaba lo bastante le indujeron á pedir su separación de mando. Otra solicitud más extraña hizo San Martín al mismo tiempo que esa; la del gobierno de la provincia de Cayo. Quiso San Martín que este acto de modestia contrastara con la soberbia de Alvear, á quien, orgulloso con su triunfo de Montevideo, parecía el mundo chico. Hizose como San Martín quería y fuese el jefe argentino á Mendoza, donde se dedicó á preparar brillantes campañas de que á su tiempo nos ocuparemos.

Substituyó á San Martín, Rondeau, que avanzó de Tucumán á Jujui. Parecía que Rondeau no podría quejarse como San Martín de falta de ayuda, pues el director Posadas le envió de refuerzo tres de los regimientos de infantería procedentes de Montevideo; pero poco después supo Rondeau con sorpresa que Alvear se encaminaba á Jujui para substituirle. Indignado Rondeau y sus adeptos, se sublevaron y redujeron á prisión en la noche del 7 de Diciembre de 1814 á los partidarios de Alvear, y éste hubo de volverse mohíno á Buenos Aires. Unióse á esta contrariedad la sublevación de la provincia de Corrientes, promovida por Artigas, y la derrota de Dorrego, enviado contra el inquieto uruguayo. Cundió con esto el movimiento de las provincias contra el poder central.

Estos sinsabores y la vasta conspiración urdida por Alvear para desquitarse del desaire recibido en Jujui, determinaron á Posadas á retirarse del Gobierno. Alvear fué nombrado director supremo. Tenía entonces poco más de veinticinco años (Enero de 1815).

Político sagaz y hombre de resoluciones rápidas, comprendió Alvear que el primer enemigo de que debía preocuparse era Artigas. No consiguió su propósito. Es innegable, sin embargo, que hizo cuanto pudo por realizarlo, pues comenzó por entrar en tratos con Artigas, ofreciéndole á cambio de la paz la absoluta independencia de la Banda Oriental, incluso el abandono de Montevideo. Las fuerzas de Artigas deberían retirarse de las provincias de Entre-Ríos y Corrientes. No accedió el uruguayo y, á pesar de ello, dispuso Alvear la evacuación por las tropas argentinas de la Banda Oriental y Montevideo (25 de Febrero). Quedaba ese territorio por completo desligado de las provincias de la Unión Argentina. Insurreccionó en esto Artigas la provincia de Santafé, y á ahogar el movimiento envió Alvear al coronel Álvarez Thomas, con 1,600 hombres.

Pero la manera como había escalado Alvear el poder despertaba otras ambiciones. Faltábale, por otra parte, á Alvear la simpatía del pueblo. Algunas crueldades que cometió y la imposición bajo su gobierno de nuevos tributos que demandó la necesidad de atender á tantas complicaciones, acabaron de enajenarle voluntades. Las fuerzas de Artigas aparecieron en las riberas occidentales del Paraná. Había subido prometiendo la paz, y la guerra se enseñoreaba del país cada vez con mayor fuego.

En el 3 de Abril de 1815 sublevóse contra el director supremo, en las Fontezuelas, el coronel Álvarez, prendiendo á los oficiales notados por adictos á Alvear, y entre ellos, al mayor general Viana, que acababa de llegar á tomar el mando de aquellas tropas. Secundó en Buenos Aires el movimiento el general Soler y todo el pueblo. «..... Todos los cívicos y cuantos ciudadanos había hábiles para tomar las armas, dice Torrente, abandonaron sus talleres y ocupaciones por tres días consecutivos y se parapetaron en sus casas para resistir todo acto de agresión de aquel aborrecido gobierno.»

Cayó así Alvear y con él la asamblea, asumiendo el mando el cabildo de Buenos Aires. Reunió al pueblo el 20 de Abril y constituyó una Junta de cinco individuos, que había de elegir el director supremo y, con el nombre de *Junta de observación*, fiscalizar los actos del poder ejecutivo. Esta misma Junta dictaría un estatuto provisional hasta la reunión del prometido Congreso general, que debería instalarse en Tucumán. Quiso darse con esto una satisfacción á las provincias disipando su desconfianza é imprimiendo carácter federal á la variación de gobierno.

Fué Rondeau elegido director supremo, y como en aquellos momentos dirigía las operaciones en el Norte, se designó como director suplente á don Ignacio Álvarez Thomas.

Desde el Potosí, á donde se había dirigido, pasó Rondeau á Cochabamba. Allí se le unieron ochocientos hombres que le llevó Arenales. Güemes, en cambio, que mandaba la vanguardia, se separó con sus gauchos. El ejército de Rondeau pasaba de 4,000 hombres. El de Pezuela, que había, durante la inacción del argentino, reforzado el suyo, contaba unos 3,500. Había comenzado Rondeau aquella campaña por obtener un pequeño triunfo en Puerto del Marqués antes de entrar en el Potosí; pero quedó el descalabro de los españoles compensado pronto y con creces, pues, hallándose Olañeta en Venta y Media con una división patriota mandada por don Martín Rodríguez, perdió ésta más de la mitad de su gente.

Tan serio consideró Rondeau este contratiempo, que emprendió la retirada. Aprovechó Pezuela esta ocasión, y púsose en su busca. Acampado se hallaba Rondeau en la pampa de Siperipe cuando desde las alturas de Viluma le descubrió Pezuela. Descendió con mil trabajos el español, debiendo descolgarse por riscos y peñas bajo el fuego de los argentinos, y ya en la llanura, tomó posiciones.

El 29 de Octubre trabaron ambos ejércitos reñido combate. Fueron los patrio-

tas vencidos. Tuvieron en ella más de 1,000 bajas y perdieron nueve cañones y 1,500 fusiles. Debió Pezuela á esta victoria el título de Marqués de Viluma.

Concentráronse en Humahuaca unos 1,500 hombres del ejército que actuó en Siperipe. A ellos se unieron más de 1,000 que había sacado French de la capital. Cubrióse la vanguardia con una división de milicianos proporcionada por Güemes, gobernador de la provincia de Salta, sublevada en masa, á la sazón. El Marqués de Yaví, Campero, organizó por su cuenta un cuerpo de tropas, y un batallón y dos compañías de dragones fueron armados rápidamente en Buenos Aires.

Propúsose Pezuela continuar avanzando; pero pronto se vió detenido, ya por las guerrillas de Güemes, ya por las sublevaciones de los pueblos que iba dejando tras sí.

Pero debía probarse que latía en todas partes el odio al centralismo de Buenos Aires, y Güemes obligó al cabildo de Salta á que le nombrase gobernador intendente y declaró la independendencia de aquella provincia, y tal fué su poder, que le permitió poner condiciones para que pasase la división French, que marchaba á reforzar á Rondeau, y obligar á éste, que quiso desde Jujui replegarse á Salta, á volver á sus anteriores posiciones.

La liga de las provincias contra el centro fué general. A la independendencia de Entre-Ríos y Corrientes siguió la sublevación de Santafé, que, apenas reducida á la obediencia, volvió á levantarse acaudillada por don Mariano Vera. Luego Córdoba y su tenencia de gobierno, La Rioja, se declararon independientes. En Córdoba fué quemada en la plaza pública la bandera nacional y enarbolada la tricolor, hecha por Artigas simbolo del federalismo.

En la segunda sublevación de Santafé quedó prisionero el capitulado general Viamont, que con su ejército, llamado por el Directorio, *de observación*, había ido allí y había conseguido sofocar el primer movimiento. Para substituir á Viamont fué enviado Belgrano, que nada útil pudo hacer, porque el general Díaz Velez, jefe interino del ejército del Gobierno en aquella campaña, sorprendió su buena fe. Comisionóle Belgrano para pactar un arreglo amistoso, y el arreglo fué que Velez, entendiéndose con los santafecinos, hizo un convenio por el que se resolvía la separación de Belgrano del mando del ejército y se le substituíía por el propio Díaz Velez; la retirada de las tropas centrales y, en fin, la deposición de Alvarez de su cargo de director supremo (9 de Abril de 1816). Apoyó la oficialidad este golpe de Estado; retiróse Belgrano y Alvarez resignó el mando. Nombró la Junta de observación, con el carácter de interino, director supremo al general don Antonio González Balcarce, dejando al Congreso, reunido en Tucumán, la provisión definitiva del cargo.

Representadas en el Congreso la mayoría de las provincias, habíaselo constituido el 24 de Marzo de aquel año (1816). Hasta 33 fueron los diputados de aquellas Cortes. Representaron 7 á Buenos Aires, 5 á Córdoba, 4 á Chuquisaca, 3 á Tucumán; Catamarca, Santiago del Estero, Mendoza y Salta, enviaron dos dipu-

tados cada una; La Rioja, San Luis, San Juan, Mizque, Cochabamba y Jujui, uno. Algunas, como Santafé, Entre-Ríos y Corrientes, no quisieron enviar ninguno.

Triunfaron desde luego en el Congreso las tendencias centralistas. El Congreso eligió director supremo al general don Juan Martín Pueyrredón.

Pero las ideas federales habían ido ganando terreno y en el propio Buenos



Aires surgió un vigoroso partido federalista. A punto estuvo, en aquellos mismos días, aquel partido de triunfar. Hombres prestigiosos se dirigieron al gobernador intendente de la provincia, en solicitud de que se declarase á Buenos Aires provincia federal, regida, en lo interior, por sus peculiares leyes, sin perjuicio de su obediencia al Congreso Nacional y al director supremo nombrado, cualquiera que fuese el punto de su residencia. Balcarce mismo apoyó esta demanda. Reunidos en la iglesia de San Ignacio discutieron, sin cuidarse de las protestas de la Junta de observación, la forma en que había, lo solicitado, de realizarse, y convinieron que fuera la de un plebiscito imperativo. Dividiéronse, y aquí estuvo su mal, al determinar el modo de llevar á cabo el plebiscito. Aprovecháronse de esta división cabildo y Junta de observación, y, contando con los tercios cívicos, publicaron un bando, deponiendo al director Balcarce y nombrando para reemplazarle á don Francisco Antonio Escalada y don Miguel de Irigoyen, hasta que Pueyrredón se hiciese cargo del mando.

El 9 de Julio, después de varios días de discusión sobre el tema de la independencia, formulóse en el Congreso de Tucumán la solemne pregunta, de si las provincias de la Unión habían de constituir una nación libre é independiente de los

Reyes de España. Contestáronla, puestos de pie, con un sí todos los diputados. El acto en que se consignó tan importante declaración y que firmaron los reunidos, decía así: « En la benemérita y muy digna ciudad de San Miguel de Tucumán, á nueve días del mes de Julio de mil ochocientos diez y seis, terminada la sesión ordinaria, el Congreso de las Provincias Unidas continuó sus anteriores discusiones sobre el grande, augusto y sagrado objeto de la independencia de los pueblos que la forman. — Era universal, constante y decidido el clamor del territorio entero por su emancipación solemne del poder despótico de los Reyes de España; los representantes, sin embargo, consagraron á tan arduo asunto toda la profundidad de sus talentos, la rectitud de sus intenciones y los intereses que demandaba la sanción de la suerte suya, la de los pueblos representados y la de la posteridad. A su turno fueron preguntados sobre si querían que las provincias de la unión fuesen una nación libre é independiente de los Reyes de España y su metrópoli. Aclamaron primero, llenos de santo ardor de la justicia, y uno á uno reiteraron sucesivamente su unánime, espontáneo y decidido voto por la independencia del país, fijando en su virtud la determinación siguiente: — Nos, los representantes de las Provincias Unidas de Sud América, reunidos en Congreso general, invocando al Eterno que preside al Universo, en el nombre y por la autoridad de los pueblos que representamos, protestando al cielo, á las naciones y hombres de todo el globo la justicia que regla nuestros votos, declaramos solemnemente, á la faz de la tierra, que es voluntad unánime é indubitable de estas provincias romper los violentos vínculos que las ligaban á los Reyes de España, recuperar los derechos de que fueron despojadas é investirse del alto carácter de nación libre é independiente del Rey Fernando VII, sus sucesores y metrópoli. Quedan, en consecuencia, de hecho y de derecho, con amplio y pleno poder para darse la forma de gobierno que exijan la justicia y el cúmulo de sus actuales circunstancias. Todas y cada una de ellas así lo publican, declaran y ratifican, comprometiéndose por nuestro medio al cumplimiento y sostén de ésta su voluntad, bajo el seguro y garantía de sus vidas, haberes y fama. — Comuníquese á quien corresponda, para su publicación, y en obsequio al respeto que se debe á las naciones, detállense en un manifiesto los gravísimos fundamentos impulsivos de esta solemne declaración. — Dada en la sala de sesiones, firmada de nuestra mano, sellada con el sello del Congreso y refrendada por nuestros diputados secretarios. »

Seguían en el documento las firmas hasta el número de veintinueve.

Pocos días después, el 21, quedó jurada en el salón de sesiones del Congreso la independencia de las Provincias Unidas. En el mismo día dictó el Congreso una ley declarando nacional la bandera azul y blanca.

Siguió á la declaración y el juramento de la independencia la discusión sobre la forma de gobierno que convenía adoptar. Mostráronse algunos, partidarios de una monarquía constitucional, bajo los auspicios de la monarquía de los Incas y con el Cuzco por capital del nuevo reino. Opinó alguno, Anchorena, porque se

constituyese una federación, idea que, unida en la memoria de muchos al nombre de Artigas, no fué bien acogida.

La institución monárquica no podía ser del agrado de los pueblos que bajo el imperio de una monarquía tanto habían sufrido. La opinión se encargó de hacer entender á los diputados que la patrocinaban la imposibilidad de implantarla. Belgrano y San Martín, con Acevedo, Serrano, Passo y otros se habían declarado por la monarquía. Ni el prestigio de estos hombres contuvo á los pueblos en su acerva crítica contra la forma monárquica. Hubieron al cabo de decidirse los diputados por proclamar la república.

Encargado entretanto Belgrano como general en jefe del ejército auxiliar del Alto Perú y nombrado Pezuela virrey del Perú, en substitución de Abascal, el ge-



neral Ramírez tomó interinamente el mando de las tropas españolas. Nada hizo ni pudo hacer Ramírez. Cundía la insurrección por todas partes. Potosí, Cinti, Charcas, Cochabamba, San Lucas, Larecaja, Santa Cruz... se levantaron contra la dominación española. Hasta Septiembre en que acudió á Cotagaita, donde Ramírez se había con sus tropas concentrado el jefe en propiedad, teniente general

La Serna, no se reanudó la campaña. Duró la emprendida por La Serna hasta mediados del siguiente año. Se distinguió principalmente en ella por los argentinos, el guerrillero Güemes con sus gauchos. La Serna no pudo pasar de Salta.

Los sucesos de Chile y los aprestos de San Martín contra el Perú obligaron á los virreyes á retirar sus tropas de las provincias del Plata. La Serna se volvió á sus acantonamientos del Alto Perú.

## II

CHILE: El revolucionario Camilo Henríquez. — Pronunciamiento de 1.º de Abril de 1811. — Fusilamiento de Figueroa. — Radicales y moderados. — Apertura del Congreso. — Los Carrera. — Pronunciamiento del 4 de Septiembre. — Sucesos de Concepción. — Nuevo pronunciamiento del 15 de Noviembre. — Nueva Junta. — Conspiración contra los hermanos Carrera. — Golpe de Estado del 2 de Diciembre. — Motín de 16 de Marzo de 1812. — Junta de guerra en Concepción. — Renuncia de don José Miguel Carrera. — Proyecto de Constitución. — Vuelta de don José Miguel Carrera al Gobierno. — La religión. — Disposiciones del virrey del Perú. — Expedición contra Chile. — Don Antonio Pareja. — Capitulación de Concepción. — Acción de Hierbas Buenas. — Recupera Carrera Concepción y Talcahuano. — Asedio de Chillán. — Destitución de Carrera. — Prisión por los españoles de los hermanos Carrera. — Rendición de Talca. — Tumulto el 7 de Marzo de 1814 en Santiago. — Don Francisco de Lastra, director supremo. — Tratado de Lircay. — Fuga de los hermanos Carrera. — Acción en las orillas del Maipo. — Combate de Rancagua. — Entrada de los españoles en Santiago. — Don Manuel Osorio y don Francisco Casimiro Marcó del Pont. — Expedición de San Martín. — Batalla de Chacabuco. — Motín en Santiago. — Entrada de San Martín. — Bernardo de O'Higgins, director supremo. — Sitio de Talcahuano. — Proclamación de la independencia de Chile. — Sorpresa de los chilenos en Caucharrayada. — Batalla de Maipó. — Vicente Benavides. — El director supremo Freire. — El brigadier Quintanilla. — Desgraciado fin de los hermanos Carrera.

Dejamos á Chile en manos de su Junta de gobierno, presidida por el Conde de la Conquista.

Un fraile fué allí el que primero se atrevió á propagar sin rebozo la idea de la independencia. Llamábase este fraile Camilo Henríquez, de la orden de la Buena Muerte. En una proclama que dirigió á principios de 1811 á los chilenos encomió el principio de la soberanía nacional y calificó á los gobiernos de España de despóticos y arbitrarios, de venales y corrompidos á sus ministros y de oscuras y perjudiciales á sus leyes.

Convencidos los españoles de que, á despecho de todas las protestas en favor de Fernando VII, los acontecimientos que habían presenciado no eran sino el principio de una revolución que cada día ganaba más terreno, fraguaron un movimiento contrarrevolucionario que estalló el 1.º de Abril de 1811. Tres compañías del batallón de veteranos de Concepción que se hallaban de guarnición en Santiago se sublevaron en ese día, dirigidas por el comandante don Tomás Figueroa. Reprimida la sedición, rápidamente pero nó sin sangre, pagó Figueroa con la vida su atrevimiento: fué fusilado. La Real Audiencia quedó, desde aquel día, disuelta. Acordó además la Junta el destierro del ex presidente Carrasco.

Celebraron el 6 de Mayo las elecciones de diputados para el Congreso nacio-

nal. Triunfó en estas elecciones la tendencia más conservadora. Los radicales, capitaneados por el doctor Rozas, hallaron pronto más de un motivo para justificar su actitud hostil al Gobierno. Santiago había elegido doble número de representantes del que le correspondía. Debía haber elegido seis y eligió doce. Los radicales protestaron.

Abrióse con toda solemnidad el Congreso el 4 de Julio. Comenzó la ceremonia por la asistencia de los diputados á una misa, concluida la cual dirigió á los reunidos una plática el fraile Henríquez. Juraron luego los diputados sostener la religión católica, acatar á Fernando VII y defender el Reino contra toda clase de enemigos. Los jefes militares, prelados de órdenes religiosas y empleados superiores de la Administración prestaron á su vez al día siguiente ante el Congreso juramento de fidelidad y obediencia. Completáronse estos primeros pasos de la instalación, con darse el Congreso tratamiento de Alteza y honores de capitán general de ejército y otorgárselos de capitán general de provincia, con el título de Excelencia, á su presidente.

Continuaron, sin interrupción, los disgustos entre radicales y moderados y, tras frecuentes conjuras, siempre malogradas, decidieron los radicales, en 9 de Agosto, separarse de la Asamblea.

Vino á dar alientos mayores al partido radical el refuerzo de los hermanos Carrera, principalmente del intrépido don José Miguel, llegado hacia poco de España, donde ya se había distinguido luchando contra los franceses.

A mediodía del 4 de Septiembre estalló un movimiento, por los Carrera preparado. Habían ganado los revolucionarios el parque de artillería y desarmado el regimiento de milicias. La misma guardia de honor del Congreso intimó á éste su sumisión. Presos los miembros del poder ejecutivo, nombróse para formar la Junta al propio don José Miguel Carrera, designado en seguida como presidente, y á don Enrique Rosales, don Martín Calvo Encalada, don Juan Miguel Benavente, don Juan Mackenna y don José Gaspar Marín.

Para brigadier y comandante general de las armas nombraron los revolucionarios al padre de los Carrera, don Ignacio, quien no aceptó el cargo.

A los pocos días dictó la nueva Junta un edicto por el cual se concedía el plazo de treinta días á los españoles que no se aviniesen con el nuevo gobierno para manifestarlo así, después de lo cual contarían con otro plazo de seis meses para realizar sus negocios y evacuar el territorio con sus familias é intereses. Expirado el plazo no habría conmiseración para el que directa ó indirectamente conspirase contra las nuevas instituciones.

El Congreso, de conservador que era, tornóse radical, no sólo por la inclinación de algunos al régimen triunfante, sino por el expurgo que en él hicieron los revolucionarios separando de las tareas legislativas á los más señalados por reaccionarios ó por desafectos al nuevo orden de cosas.

En Concepción debió verificarse igual movimiento que en Santiago en el mismo día 4. No estalló allí, sin embargo, el pronunciamiento hasta el 5. Depúsose en

Concepción al ayuntamiento, que fué substituído por una Junta de que formaron parte el doctor Rozas, don Luis de la Cruz, don Pedro Vergara y el licenciado Novoa. Gobernador propietario y primer vocal de esta Junta fué nombrado el comandante de armas don Pedro José Benavente.

Concepción destituyó á sus diputados, á quienes residenció. El mismo cabildo abierto que tomó todos los transcritos acuerdos, estableció que en lo sucesivo los representantes de la provincia no podrían solicitar directa ni indirectamente empleo, renta, merced ni gratificación alguna mientras ejerciesen su cargo ni en un año después de concluído el Congreso. Declaró, además, que serían considera-



Santiago de Chile. — Calle del Puente.

dos reos de delito de lesa patria los que intentasen ó promoviesen la división ó independencia de las provincias del reino unas respecto de las otras.

Apoderado el partido radical del Gobierno y del Congreso, acometió una serie de provechosas reformas. Obra de la nueva situación fué la creación de los juzgados de paz; la prohibición de la venta en remate público de los cargos concejiles y de los oficios públicos de justicia, los primeros de los cuales habrían en adelante de ser elegidos popularmente todos los años; la supresión de plazas inútiles; la reducción de sueldos á los empleados; la abolición del impuesto conocido con el nombre de licencia, á la que estaban sujetos cuantos salían del país; la dotación del clero sobre el tesoro público, proscribiendo toda clase de derechos inherentes al servicio de la Iglesia; la libertad para el cultivo del tabaco; la prohibición de los enterramientos en el casco de las poblaciones; el establecimiento de escuelas, principalmente de matemáticas y dibujo; la organización de cuerpos militares y, en fin, la ley declarando libre á todo el nacido en Chile, cualquiera que fuere la condición de sus padres y prohibiendo lo introducción de esclavos en

el país: los que de tránsito pasaran, con seis meses que se detuviesen en el territorio, quedarían también libres.

No había sólo el afán de reformas guiado á los hermanos Carrera en su empresa revolucionaria. Habíalos movido, al mismo tiempo, una desmedida ambición que había á la postre de serles funesta. No estaban así contentos con lo obtenido y hubieron de provocar nuevos trastornos. El 15 de Noviembre, don Juan José Carrera, comandante de granaderos, puesta la tropa sobre las armas, provocó en Santiago la reunión de un cabildo abierto. De este acto de fuerza fué consecuencia la dimisión de la Junta ejecutiva y su substitución por un triunvirato que formaron don José Miguel Carrera por Santiago, el doctor don Juan Martín de Rozas por la provincia de Concepción y el doctor don Gaspar Marín por Coquimbo. Para substituir á Rozas durante su ausencia fué designado don Bernardo O'Higgins. Agregóse á todo esto, el pedir los parciales de los Carrera que se nombrase á don Juan José brigadier con sueldo, á don José Miguel teniente coronel de ejército, á don Luis teniente coronel de artillería, y que otorgase á los tres hermanos un signo distintivo.

Aunque cuidaban los Carrera de dar á la masa de sus parciales el título de *parte sana del pueblo*, es evidente que la verdadera parte sana del país no podía ver con buenos ojos la desmedida soberbia de aquellos aprovechados hermanos.

¡Y, sin embargo, habían sido útiles á su patria!

Sucedieron, contra los Carrera, cuatro conspiraciones en pocos días; la más importante la del 27 de Noviembre, encaminada nada menos que á privar de la vida á los tres ambiciosos.

Delató uno de los conjurados á sus compañeros, y don José Miguel procedió de tal modo que mereció reconvenciones del Congreso, con quien para nada contó al ordenar la persecución de los culpables. Pero carecía el Congreso de fuerza, y Carrera se atrevió á tratarle con la mayor desconsideración llegando á afirmar que entre los diputados se sentaban muchos asesinos. Amenazaron los diputados con volverse á sus casas, y repuso Carrera que no harían ningún mal en ello ya que nada de provecho hacían.

Días después, el 2 de Diciembre, se decidió el soberbio dictador á acabar con el Congreso, y al frente de la fuerza armada lo disolvió.

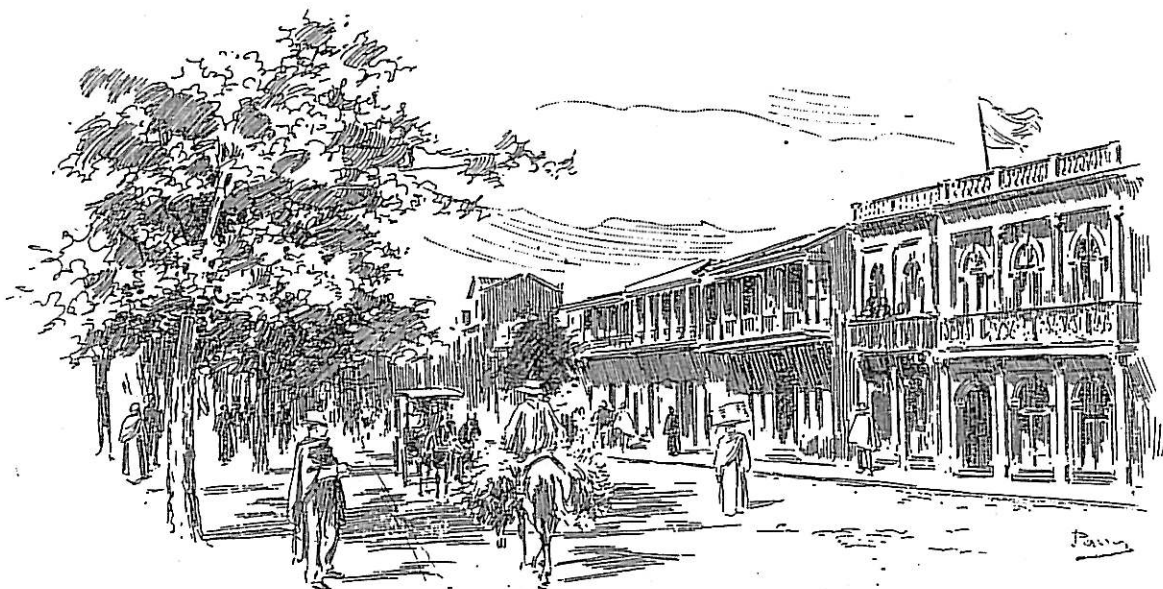
En vano intentó luego justificar tal conducta en un manifiesto que dirigió al país. La provincia de Concepción se ofreció al presidente del Congreso, contestó al manifiesto de Carrera en elevados términos de enérgica protesta y acabaron por enviar á Santiago una proclama en que invitaban á los buenos ciudadanos á oponerse á la naciente tiranía. Momento hubo en que fué inminente un movimiento unánime de las provincias contra la capital. Entabladas negociaciones en busca de un acuerdo, los representantes de las partes contendientes convinieron las bases de la futura organización de Chile, bases en las que entraba la creación de una Junta gubernativa compuesta de tres miembros, respectivamente elegidos por Santiago, Concepción y Coquimbo. Aprobó la Junta de Concep-

ción esas bases; pero nó Carrera. Pareció ya entonces inevitable el rompimiento y aprestáronse unos y otros á la lucha. No llegó á entablarse; pero no por eso fueron menores los perjuicios causados al comercio. Las tropas de Carrera, enviadas á guardar los pasos de los ríos desde el Maule hasta Santiago, paralizaron todo tráfico.

Encargados estaban el doctor Rozas y el propio Carrera de buscar una solución amistosa, cuando la guarnición de Valdivia, plaza fuerte de importancia, se levantó al grito de *Viva Fernando VII*, reconociendo la Regencia y aclamando á Carrera como su representante en Chile (16 de Marzo de 1812).

Había ido esa guarnición, cuyo movimiento había instigado el mismo Carrera, más lejos de lo que éste quería. Carrera había querido sólo sublevarla contra la Junta de Concepción. Reconvino, pues, el dictador á los sublevados; pero puestos ya los contrarrevolucionarios en el camino de las violencias, desoyeron la voz de su guía y respondieron á su reprensión poniéndose á las órdenes del virrey del Perú.

Mal se ponían las cosas para los patriotas de Chile, y tanto como había alegrado la solemne recepción, en Santiago, del primer cónsul de los Estados Unidos, Mr. Joel Roberts Poinsett, verificada el 24 de Febrero, y les alegró luego, en 4 de Julio, ver ondear por vez primera la bandera chilena tricolor, azul, blanca



Santiago de Chile. — La Alameda.

y amarilla, entristeció ahora su ánimo la sublevación de Valdivia y lo siguieron entristeciendo luego nuevas sublevaciones y nuevos trastornos.

En 8 de Julio depuso en Concepción una asonada militar á la Junta gubernativa, substituyéndola por otra llamada de guerra. Antes de tres meses, el 24 de Septiembre, otra sublevación militar disolvió la nueva Junta. Desde Santiago agravaban la perturbación reinante hondas disensiones surgidas entre los herma-

nos Carrera, José Miguel y Juan José. El padre de ambos, don Ignacio de Carrera, hubo de substituir en el mando á José Miguel. Pero don Ignacio había de durar poco en el poder. Ni podían consentirle retenerlo sus convicciones, harto moderadas, ni se lo consentirían tampoco las ambiciones de su hijo, que había renunciado más con ánimo de inutilizar el hermano rival que de despedirse para siempre de sus mañas de tirano dictador.

Halló don Ignacio de Carrera demasiado radical y separatista un proyecto de Constitución provisional que presentó una comisión nombrada al efecto, y en el que se declaraba Soberano de Chile á Fernando VII y se encargaba del Gobierno en su nombre á una Junta de tres individuos, asistida de un senado compuesto de siete miembros renovables cada tres años. Los individuos de la Junta debían ser nombrados en Santiago por medio de actas de suscripción que habían de someterse luego á la ratificación de los pueblos. Los senadores serían elegidos tres por Santiago, dos por la provincia de Concepción y dos por la de Coquimbo. Muy de notar es también la declaración, contenida en el proyecto, por la cual se reconocía al español hermano del chileno y se prescribía que á nadie podría impedirse establecerse en el país, ni retirarse de él con su hacienda cuando gustare.

Antes de que se lo aprobase, renunció su alto puesto don Ignacio de Carrera y volvió á empuñar las riendas del gobierno don José Miguel. Aprobó el proyecto, poniendo bajo él su firma, el vecindario de Santiago el 27 de Octubre, y el 14 de Noviembre se lo envió con igual objeto á provincias.

Gravísimos sucesos vinieron de pronto á unir á los patriotas obligándolos á cesar en sus discordias. El virrey del Perú declaró nulo todo lo hecho por el gobierno de Chile, concedió patentes de corso á cuantos quisieran hostilizar los barcos extranjeros que llegasen á costas chilenas, y amenazó, en fin, á los individuos de la Junta con la intervención de las tropas reales si no se allanaban á reconocer la Constitución de 1812 votada por las Cortes de Cádiz.

Siguieron á las amenazas los hechos y antes de terminar aquel año de 1812 preparó ya el virrey una expedición contra Chile. Encargóse de mandar la expedición el brigadier de la real armada don Antonio Pareja que, con algunos soldados y oficiales y 50,000 pesos, embarcóse para Chiloé, donde, sobre reunir cerca de 1,400 hombres aumentó su caudal con 160,000 pesos que le entregó el intendente don Juan Tomás Vergara. De Chiloé pasó Pareja á Valdivia, recogió allí setecientos hombres y embarcóse para Concepción. El 26 de Marzo de 1813 fondeó en San Vicente; el 27 se apoderó de Talcahuano. No estaba ya en Concepción el animoso Rozas, á la sazón desterrado de Chile (1), y esta circunstancia, unida á decepciones experimentadas por los patriotas en el más crítico momento, como fué la de pasarse á los españoles un batallón de ochocientos hombres que constituían lo mejor de la fuerza con que contaban, aceleró la capitulación de la plaza. Cuatrocientos hombres dejó Pareja de guarnición en Concepción y siguió con el resto de sus tropas avanzando.

(1) El doctor Rozas falleció en Mendoza poco después, en Mayo.

En tan apurado trance la Junta gubernativa de Santiago encomendó á José Miguel Carrera el mando de todas las tropas del país, con el grado de brigadier y el título de general en jefe del ejército de la frontera y nombró á don Juan José Carrera presidente de la Junta.

Acompañado del cónsul de los Estados Unidos, Poinsett, y con una escolta de húsares salía, el 1.º de Abril, José Miguel para Talca. Reuniósele aquí el coronel O'Higgins, soldados procedentes del Sur y milicias de las provincias centrales. Reunió Carrera, en pocos días, cerca de 12,000 hombres.

El 26 de Abril llegó Pareja con su gente á la vista del Maule y acampó en Hierbas Buenas. Ni corto ni perezoso, en la misma noche del 26, dispuso Carrera una sorpresa á la vanguardia española, y envió contra ella un destacamento de seiscientos hombres. Habíase retirado la vanguardia y dió el destacamento con el grueso de la fuerza enemiga, de donde resultó en definitiva aquel ataque un desastre para los chilenos, que hubieron de retroceder dejando sobre el campo una tercera parte de los suyos.

Retiróse Carrera á Talca. Estaban ya soliviantadas las fuerzas realistas de Chiloé y Valdivia, quejasas de que se las hubiese sacado de la provincia de Concepción y temerosas de combatir con un ejército como el de Carrera, tan superior en número al de Pareja, y en la retirada de aquél hallaron nuevo pretexto



para manifestar su disgusto. Habíase retirado Carrera descorazonado por la mala suerte de la primera aventura emprendida, y los soldados de Chiloé y Valdivia se sublevaron, viendo en la retirada del chileno una artera emboscada. Pareja hubo de resignarse á retroceder hacia Linares. Desertaron, con esto, de su ejército los cuerpos de caballería de milicias de todos los partidos de la provincia de

Concepción. Otros pasáronse á los patriotas. Pareja vió en días reducido su ejército en más de la mitad.

Vino de esta manera á trocarse, para Carrera, en ventajosa la derrota experimentada el 26 de Abril. Decidido á aprovecharse de la ocasión que le brindaba la suerte, persiguió á Pareja. Alcanzólo el 16 de Mayo á la salida del pueblo de San Carlos. Dirigióse el ejército realista á Chillán. Pareja, enfermo, era transportado en una camilla. Substituyóle en el mando de las tropas el capitán don Juan Francisco Sánchez.

Tras ruda resistencia lograron los españoles atravesar el río Ñuble y encerrarse en Chillán.

Carrera marchó al Sur y recuperó, sin resistencia, Concepción y Talcahuano.

Entretanto, muerto el brigadier Pareja, Sánchez, que le substituyó, fortificó Chillán y cuando, dos meses después de la entrada de los españoles en este pueblo, se presentaron los chilenos, hallaron al ejército realista menos abatido é indefenso de lo que se habían figurado.

No anduvo acertado en este sitio Carrera. Una atrevida salida de los sitiados le privó de una división de cien infantes y trescientos jinetes que cayeron prisioneros de los españoles. Por efecto de otra salida verificada el 3 de Agosto y de un combate librado el 4 contó, entre muertos y heridos, más de cuatrocientas bajas. Cundió entre la gente de Carrera el desaliento y menudearon las deserciones. El 10 dió orden de levantar el sitio de Chillán. De perseguidores se convirtieron los patriotas segunda vez en perseguidos. Volvió la plaza de Arauco á la obediencia de Fernando VII. O'Higgins alcanzó, en 17 de Octubre, en el sitio denominado el Roble, una victoria; pero nó sin que le costase considerables pérdidas. Días después, el guerrillero español Olate destruía en Trancoyán un destacamento chileno.

A fin de estudiar de cerca el grave problema por la guerra planteado, decidió la Junta de Santiago trasladarse á Talca. Ya en este punto, destituyó á Carrera y nombró jefe del ejército chileno á don Bernardo de O'Higgins. El 1.º de Febrero de 1814 resignó Carrera el mando. Camino de Santiago cayó á poco José Miguel, en compañía de su hermano Luis, prisionero de una guerrilla española que los condujo á Chillán. Había allí substituído el brigadier don Gabino Gainza á Sánchez en el mando de las tropas españolas. Gainza, convenientemente reforzado y auxiliado por el virrey del Perú, alcanzó ventajas sobre los patriotas en Gamero y se apoderó de Talca, de donde hubo de salir apresuradamente la Junta para volverse á Santiago.

Determinaron estos sucesos gran descontento contra la Junta. Destituyósela en un tumulto estallado en Santiago el 7 de Marzo de 1814. Concentróse desde aquel día el poder en una sola mano y nombróse director supremo al gobernador de Valparaíso don Francisco de la Lastra.

A todo esto, habiendo quedado incomunicada con el general en jefe chileno, que seguía en Concepción, la división del coronel Mackenna, emprendió Gainza la

marcha hacia Santiago. Con el fin de adelantársele y cubrir la capital, dirigióse á ella, al mismo tiempo que Gainza, O'Higgins.

Lastra, por su parte, envió contra Gainza algunas fuerzas, al mando del comandante don Manuel Blanco Encalada. Las tropas de Blanco fueron deshechas en la llanura de Caucharayada por el comandante don Angel Calvo, que defendía á Talca, cuyo asedio había intentado, sin fortuna, el jefe chileno.

Sin O'Higgins, hubiera hallado Gainza franco el camino de la capital. Los dos ejércitos pasaron el Maule; pero O'Higgins tomó la delantera al español. La resistencia del chileno estaba á punto de hacer retroceder á Gainza á Talca, cuando el gobierno de Santiago, impresionado por las noticias de varios triunfos obtenidos por los españoles en diversos puntos sobre los patriotas y, especialmente, de los alcanzados por entonces sobre los argentinos, y por las que de España recibió relativos á la evacuación de la Península por los franceses, ordenó á O'Higgins que entablara negociaciones, sobre la base del restablecimiento del régimen colonial.

Al mismo tiempo que enviaba Lastra instrucciones para tratar con Gainza á O'Higgins y Mackenna, aceptaba la mediación del comodoro inglés Hillyar, para concertar un pacto con el virrey Abascal.

Consecuencia de tales negociaciones fué el tratado de Lircay, firmado á orillas del río de este nombre.

Convínose en este tratado que los chilenos reconocían la autoridad de Fernando VII y durante su cautiverio la de la Regencia; los españoles dejaban subsistente el gobierno establecido en Chile y sus leyes, hasta que recayese resolución de las Cortes á las que Chile enviaría diputados. Entretanto, los españoles evacuarían Talca y la provincia de Concepción.

Ocurrió en esto que, los hermanos Carrera, presos en Chillán, lograron fugarse. Presentáronse en Talca y de allí hubieron de salir ante la orden que de perseguirlos dictó Lastra.

Había el tratado de Lircay enajenado al Gobierno toda popularidad y la persecución decretada contra los Carrera, acabó de excitar al pueblo. Aprovechóse de tales circunstancias José Miguel, corrió á Santiago, sublevó buena parte de la guarnición, depuso al director supremo y creó una Junta de gobierno de que se hizo presidente. Desconoció O'Higgins la autoridad de la nueva Junta, y se encaminó á Santiago. En las orillas del Maipó halló á José Miguel Carrera. Vencido O'Higgins, repasó el río. Proponíase O'Higgins reorganizar sus tropas, al tiempo en que impusieron las circunstancias una suspensión de hostilidades.

El virrey Abascal se negaba á rectificar el tratado de Lircay, relevaba del mando del ejército á Gainza y lo substituía por el coronel don Manuel Osorio, á cuyas órdenes ponía refuerzos de infantería y artillería recibidos de España.

Un oficial español intimó, en Santiago, al Gobierno, la sumisión á las autoridades de la metrópoli. Carrera encarceló al emisario.

Acalló O'Higgins sus rencores y se ofreció á luchar por la independencia pa-

tria á las órdenes del propio Carrera. José Miguel aceptó el generoso ofrecimiento y encomendó el mando de la vanguardia de las tropas chilenas á O'Higgins. Ya estaba Osorio camino de Santiago. Su expedición resultó afortunada.

Desobedeciendo órdenes de Abascal, que le llamaban de nuevo á Lima, donde las cosas habian empeorado mucho, continuó su marcha. Junto á la ciudad de Rancagua libróse tremendo combate, que casi sostuvo sólo O'Higgins con las tropas que le fueron encomendadas. La revolución fué, en ese combate, vencida. Duró el combate dos días, perdieron los chilenos más de 1,500 hombres. Entraron los españoles



en la ciudad y condujéronse en ella cruelmente. El triunfo de Rancagua abrió á los españoles las puertas de Santiago. El 4 de Octubre de 1814 hicieron su entrada en la capital, que había sido abandonada por sus habitantes. Escortados por fuerzas, al mando de Carrera, atravesaron los santiagueños los nevados Andes, y tras adversidades sin cuento refugiáronse en la provincia argentina de Cuyo.

Todo Chile volvió á ser de España.

Siguió, como es de suponer, un período de represión y persecuciones. Hubo á gran escala deportaciones de revolucionarios, tribunales de purificación, ante los cuales debían los moradores de Chile probar su no interrumpida fidelidad á la causa del Monarca español, y derogación de toda la obra legislativa revolucionaria, sin respetar siquiera la creación del Instituto nacional, ni la abolición de la esclavitud. Nuevas onerosas contribuciones agravaron la situación de los chilenos.

En Octubre de 1815 vinieron á la Península don Luis Urréjola y don Manuel Elizalde, comisionados por el municipio de Santiago para felicitar á Fernando VII por su reposición y pedirle el indulto de todos los chilenos perseguidos y la confirmación, en el cargo de capitán general de Chile, de don Manuel Osorio, á quien, con el carácter de interino, había otorgado ya el virrey ese cargo, junto con el de gobernador.

Concedió Fernando el indulto; pero nó lo que se solicitaba para Osorio, al que sólo confirmó en su empleo de brigadier de ejército. Para la capitania general de Chile designó al mariscal de campo don Francisco Casimiro Marcó del Pont. Tomó posesión Marcó de su alto cargo el 25 de Diciembre de 1815.

Era el nuevo capitán general más vanidoso que buen político, y así no tardó en hacerse odioso. Alarmado por el anuncio de intentonas revolucionarias, en vez de procurar desbaratarlas atrayéndose el respeto y el cariño de los chilenos, optó por el sistema de los malos gobernantes: el rigor ciego. Reanudó persecuciones odiosas, creó un tribunal de vigilancia, mandó recoger todas las armas que se hallaran en poder de particulares y construyó contra la ciudad fuertes en el cerro de Santa Lucía, en la construcción de los cuales obligó á trabajar á los detenidos por infractores de los bandos. Para que el encono de los chilenos cayese todo sobre su autoridad, se negó á dar cumplimiento á la amnistía concedida por Fernando á los procesados políticos, así como á la orden, que llevaba esa amnistía aneja, de devolverles los bienes confiscados.

No negaremos que Marcó tenía más de una razón para no vivir tranquilo; pero no por esto hemos de hallar disculpables esas medidas, inspiradas más por el miedo que por la previsión.

Cuando los fugitivos de Santiago se guarecieron, según hemos visto, en Mendoza, acababa casi de llegar á ella San Martín, el gobernador de la provincia de Cuyo, formada entonces por Mendoza, San Juan y San Luis. Había concebido San Martín un plan, que aún mantenía oculto, de invasión de Chile.

Era San Martín no sólo buen militar, sino experto político. Apenas llegado á

Mendoza don José Miguel Carrera, comprendió San Martín con quién se las había y aprovechando el primer conflicto que el inquieto chileno le proporcionó, pretendiendo desconocer la autoridad del gobernador de Cuyo sobre las fuerzas emigradas, envió éstas, ayudado por las milicias de la provincia, á Buenos Aires y redujo á prisión á Carrera. Acertado estuvo San Martín. Ni la adversidad había conseguido acallar las rencillas de los chilenos, y en Buenos Aires continuaron las luchas entre *carreristas* y *anticarreristas*. Víctima de tales contiendas fué el esforzado Mackenna, muerto en duelo á pistola por don Luis Carrera.

Libre entretanto San Martín de tan turbulentos huéspedes, consagró todo su celo, toda su paciencia y toda su habilidad en la organización de un ejército aguerrido y disciplinado. Pidió y obtuvo de Buenos Aires, justificando su solicitud con el natural recelo de que los españoles pasasen la cordillera para atacarle, recursos y soldados; consiguió que los ricos de la provincia de su mando libertasen á los esclavos para ingresarlos en el ejército que preparaba; se atrajo algunos de los enemigos de Carrera, entre ellos á O'Higgins; fomentó en Santiago, por medio de astutos emisarios, el descontento contra Marcó; hizo surgir en el territorio enemigo numerosas guerrillas que organizó en buena parte el abogado chileno don Manuel Rodríguez; logró ponerse al tanto de cuanto se proyectaba por las autoridades españolas; esparció, en cambio, sobre los planes por él fra-

guados, noticias intencionadamente equivocadas, y cuando todo estuvo preparado comunicó al Gobierno argentino sus propósitos. Aprobólos el Gobierno y le envió más auxilios. Ascendía ya sin ellos á 3,000 hombres. No disponía de tantos Marcó, pues las guerrillas le habían obligado á diseminar mucho sus tropas.

Todavía, antes de decidirse á comenzar su audaz empresa, tomó San Martín nuevas y múltiples utilísimas providencias que le afianzaran el éxito. Adoptó, entre otras, la de solicitar de los indios salvajes que habitaban las faldas de los Andes, autorización para atravesar sus tierras, con lo cual no se propuso otra cosa que desorientar al Gobierno de Chile y obligarle á distraer sus tropas.



Freire.

Hasta Enero de 1817 no puso San Martín en movimiento su ejército. Del 9 al 24 de este mes salieron de Mendoza todas las fuerzas, distribuidas en varias divisiones, cuyos principales jefes eran don Juan Gregorio de las Heras, don Ramón Freire y don Bernardo O'Higgins.

Por distintos caminos, el de Uspallata y el de los Patos, fueron pasando todas las tropas de San Martín, reuniéndose en el valle de Aconcagua. Algunas escaramuzas hubieron de sostener con los destacamentos españoles que por la parte de Chile guardaban aquellos pasos; pero, en definitiva, quedó pronto la provincia de Aconcagua por los invasores. Las fuerzas españolas que antes la guarnecieron fueron replegándose hacia el Sur para acercarse á Santiago y dejando así á San Martín expedito el camino. Iban los pueblos por donde San Martín pasaba, adhiriéndose á los revolucionarios y acrecentando sus recursos.

Sorprendió á Marcó del Pont la general é inesperada invasión y, después de no pocas vacilaciones, decidió que saliese Maroto al encuentro de los revolucionarios.

Colocóse Maroto en el camino de Aconcagua, en Chacabuco. Maroto contaba solamente con 1,400 infantes, doscientos jinetes y dos piezas de á cuatro. Organizábanse entretanto nuevos refuerzos en Santiago. El 12 de Febrero las tropas de San Martín, mandadas por O'Higgins y el general argentino Soler, cogieron á los españoles entre dos fuegos. De nada les sirvió á los realistas resistir, y hubieron de replegarse hacia Santiago, dejando en poder de los revolucionarios buen número de prisioneros.

En la misma noche del 12 evacuaron las tropas españolas la ciudad de Santiago y emprendieron el camino de Valparaíso.

Al abandono de la ciudad por las fuerzas españolas, desbordóse el pueblo á los gritos de *¡Viva la patria! ¡Mueran los godos! ¡Mueran los sarracenos!*

Una comisión de vecinos logró suspender el comenzado saqueo de algunos edificios, y cuando la vanguardia de las tropas de San Martín entró el día 13 en la ciudad, tuvo ya poco que hacer para restablecer por completo el orden. Al día siguiente entró San Martín, con el grueso de sus tropas, en medio de las más entusiastas aclamaciones. El 15 fué, en cabildo abierto, nombrado San Martín jefe supremo del Estado. San Martín no aceptó el honroso puesto que quería confiársele. Alegó para ello, que su misión era dirigir el ejército; que los asuntos de la guerra reclamaban toda su atención y que debiendo combinar con el Gobierno de Buenos Aires planes que consolidaron el triunfo y aseguraron otras empresas, debería ausentarse del país por algún tiempo.

El día 16, otro cabildo abierto nombró director supremo del Estado á don Bernardo de O'Higgins.

Entretanto, el coronel español don José Ordóñez, intendente de Concepción, organizó la resistencia al Sur de Santiago, reuniendo allí todas las fuerzas diseminadas al otro lado del Maule.

No se debió, ciertamente, á Marcó del Pont esa providencia. Marcó, acompañado del teniente coronel de artillería Cacho, el fiscal Lazcano, el inspector de ejército Bernedo y algunos más, se había dirigido al puerto de San Antonio, con ánimo de embarcar en un buque que, cuando ellos llegaron, había partido ya. Encamináronse entonces á Valparaíso. Llevaban dos días de marcha cuando,

denunciados por un campesino, cayeron en poder de uno de los destacamentos enviados por San Martín en persecución de los soldados españoles rezagados. Trasladado primero á Valparaíso, fué llevado luego Marcó del Pont á Santiago, de donde se le desterró á Mendoza, junto con otros muchos españoles.

O'Higgins incurrió en los mismos extremos de otros gobernantes, dictando draconianas órdenes contra los vencidos. Ordenó que ningún español europeo, desde el toque de oraciones, anduviese por las calles, so pena de la vida. Con la misma pena conminó á los acusados de reunirse en número de tres. Creó, además, para los españoles también, tribunales de vindicación. Dispuso el secuestro de todas las propiedades de individuos residentes en España y sus dominios; decretó la prisión de multitud de frailes, é hizo en fin quitar de todas las puertas exteriores los escudos, insignias y armas de nobleza, y abolió todo título hereditario y toda condecoración no concedida por los gobiernos libres de América.

No descuidó O'Higgins la organización de su ejército, para el que estableció una maestranza, almacenes de material de guerra y una escuela militar.

A imitación de Ordóñez, el coronel don Juan Francisco Sánchez, comandante del cantón de Chillán, se fortificó en el puerto de Talcahuano.

Ni Freire, ni Las Heras, supieron impedir la reorganización de fuerzas españolas al mando de Ordóñez ni de Sánchez.

A principios de Abril avanzaron Freire y Las Heras hacia Concepción. Ordóñez se replegó entonces á Talcahuano.

Juntos Ordóñez y Sánchez, estuvieron en mejores condiciones para resistir. Lo estuvieron aún en mejores con el refuerzo que á poco les envió el virrey del Perú, don Joaquín Ezpeleta, que reembarcó desde el Callao á los españoles que, procedentes de Santiago, se habían embarcado para el Perú: en total, unos mil hombres.

En ayuda de los revolucionarios, acudió á poco O'Higgins, alarmado por las noticias que le envió Las Heras.

Ordóñez, después de un intento infructuoso, se dedicó á fortificar cuanto pudo Talcahuano y abrió delante de la lengua de tierra que une á la ciudad con el continente una trinchera que artilló con setenta cañones. Pequeñas embarcaciones, construidas por orden del propio Ordóñez, recorrieron la costa del Sur, proporcionando víveres á la guarnición.

Un asalto á las fortificaciones de Talcahuano, emprendido el 6 de Diciembre por las fuerzas de O'Higgins bajo la dirección del general Brayer, fué para los revolucionarios de tan funesto resultado, que levantaron el sitio de Talcahuano para cubrir con todas las fuerzas de que disponían la orilla Norte del río Maule.

Había recibido de España el virrey del Perú algunos refuerzos, y el general Pezuela pudo poner á las órdenes del general don Mariano Osorio un ejército de 3,000 hombres con los que pasó por mar á Talcahuano.

Debía Osorio desembarcar de improviso en este puerto, unir sus fuerzas con las de Ordóñez, batir á las de O'Higgins, reembarcarse, tomar tierra en el puer-

to de San Antonio, encaminarse á Santiago, llegar antes de que hubiera podido conocerse la derrota de O'Higgins y sorprender y derrotar á San Martín; pero éste, enterado á tiempo de todo, además de ordenar á O'Higgins que levantase el sitio de Talcahuano, se situó con todas las tropas que tenía á sus órdenes entre Valparaíso y San Antonio.

Todo el plan encomendado á Osorio quedó sin posible realización. Hubo de limitarse, sin conseguirlo, á intentar la persecución de O'Higgins. Este general acampó el 20 de Enero de 1818 en Talca.

Aunque la finalidad de la guerra, en cuanto á los chilenos, para nadie podía ser un secreto, lo cierto es que no se había hecho una declaración expresa proclamando la independencia de Chile. Esta declaración se preparó á fines de 1817 y se proclamó á principios del año siguiente.

En 13 de Noviembre de 1817 la Junta gubernativa, que reemplazaba en el mando al director supremo, expidió en Santiago un decreto en que se leía: «Si están cortadas las relaciones de este Estado con la antigua metrópoli, si están rotas las ignominiosas cadenas que nos sujetaban á ella, y si, para decirlo de una vez, está declarada de hecho, por el voto general, la independencia política de este Estado; parece infundado diferir esta solemne declaración, sin la cual, nuestros sacrificios no tendrán el carácter de esfuerzos hechos por hombres libres, y acaso serán confundidos con las pretensiones en que suelen entrar los esclavos, para arrancar un partido ventajoso á sus amos. Sin esta declaración no ocuparemos el rango de las naciones, ni obtendremos de ellas, la protección á que es acreedora la justicia de nuestra causa.»

Disponía luego el decreto que en cada uno de los cuatro cuarteles en que estaba dividida administrativamente la ciudad de Santiago, y á cargo de sus respectivos inspectores y alcalde, se tuviese abiertos, durante quince días, dos libros, uno en favor de la declaración de la independencia, y otro en contra de ella, en que podían firmar todos los ciudadanos que se declarasen por uno ú otro partido.

En los demás pueblos del Estado, se seguiría igual procedimiento por medio de una ó más comisiones, según la extensión respectiva.

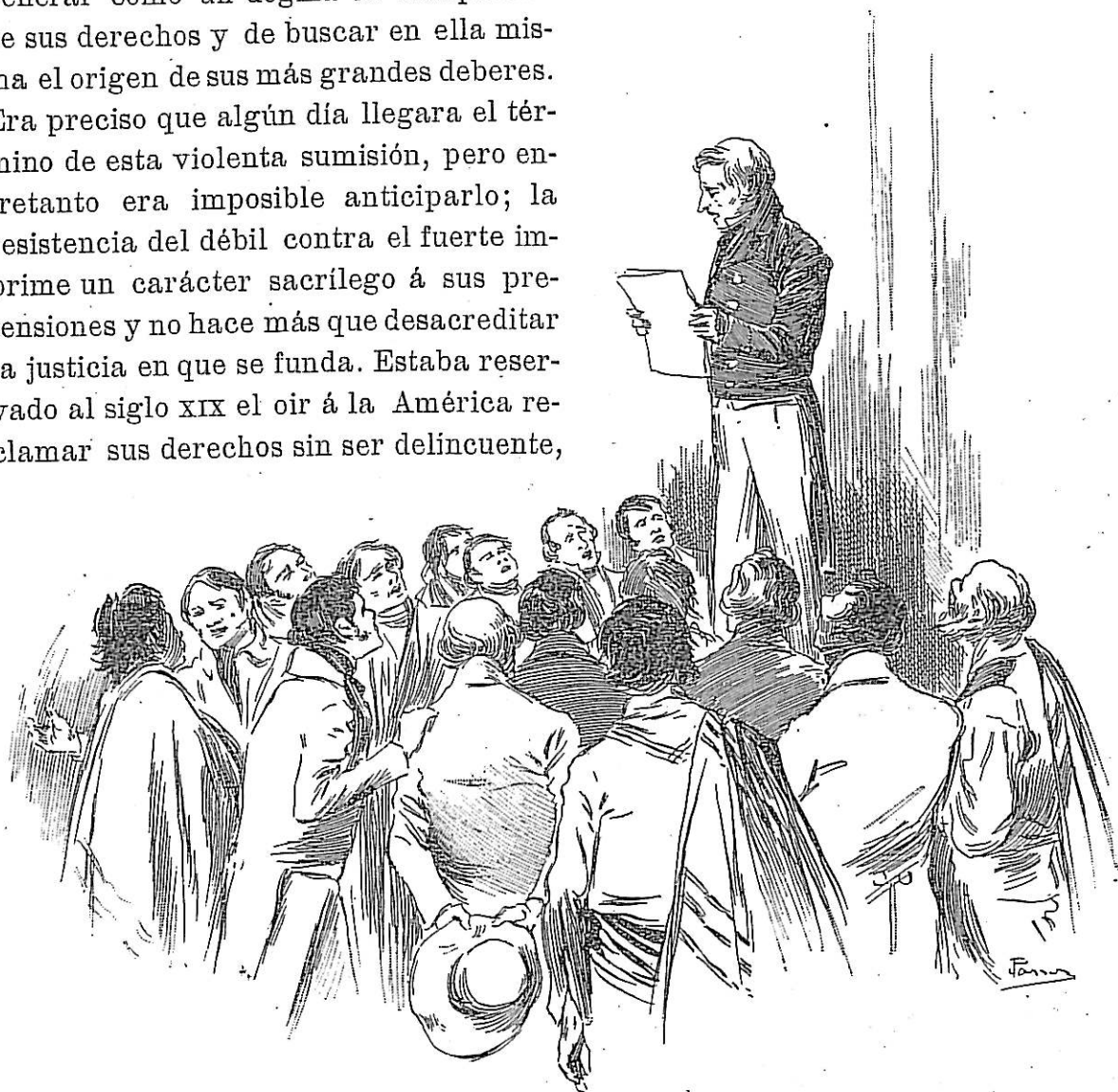
Ya, al tiempo de esta declaración, tenía Chile bandera y escudo de armas propios. El escudo que aparecía también en el cuño de la moneda nacional, consistía en una columna coronada por una estrella de cinco puntas.

Excusado es decir el resultado del plebiscito. Los libros destinados á manifestarse contra la independencia, quedaron en blanco.

Redactada por la Junta gubernativa el acta, fué remitida á O'Higgins á su campamento de Talca. Devolviola O'Higgins sin firmar, disgustado por algunas de las afirmaciones que en ella se hacían. Partidario de la libertad de conciencia, no pareció á O'Higgins prudente la afirmación de que los chilenos deseaban vivir y morir libres defendiendo la santa fe en que nacieron, afirmación que hacía la Junta, temerosa de la enemistad del clero.

Corregida á gusto de O'Higgins el acta, firmóla el director supremo, fechándola en Concepción el 1.º de Enero. El 12 de Febrero de 1818, aniversario de la batalla de Chacabuco, se proclamó solemnemente la independendia, leyéndose en público el acta. Decía así:

« El director supremo del Estado. — La fuerza ha sido la razón suprema que por más de trescientos años ha mantenido al Nuevo Mundo en la necesidad de venerar como un dogma la usurpación de sus derechos y de buscar en ella misma el origen de sus más grandes deberes. Era preciso que algún día llegara el término de esta violenta sumisión, pero entretanto era imposible anticiparlo; la resistencia del débil contra el fuerte imprime un carácter sacrilego á sus pretensiones y no hace más que desacreditar la justicia en que se funda. Estaba reservado al siglo XIX el oír á la América reclamar sus derechos sin ser delincuente,



y mostrar que el período de su sufrimiento no podía durar más que el de su debilidad. La revolución de 18 de Septiembre de 1810 fué el primer esfuerzo que hizo Chile para cumplir esos altos destinos á que le llamaban el tiempo y la naturaleza; sus habitantes han probado desde entonces la energía y firmeza de su voluntad, arrostrando las vicisitudes de una guerra en que el Gobierno español ha querido hacer ver que su política con respecto á América sobrevivirá al trastorno de todos los abusos. Este último desengaño les ha inspirado, naturalmente, la resolución de separarse para siempre de la monarquía española y proclamar su

independencia á la faz del mundo. Mas no permitiendo las actuales circunstancias de la guerra la convocación de un Congreso nacional que sancione el voto público, hemos mandado abrir un gran Registro en que todos los ciudadanos del Estado sufraguen por sí mismos, libre y espontáneamente, por la necesidad urgente de que el Gobierno declare en el día la independencia ó por la dilación ó negativa, y habiendo resultado que la universalidad de los ciudadanos está irrevocablemente decidida por la afirmativa de aquella proposición, hemos tenido á bien, en ejercicio del poder extraordinario con que para este caso particular nos han autorizado los pueblos, declarar solemnemente á nombre de ellos, en presencia del Altísimo, y hacer saber á la gran confederación del género humano que el territorio continental de Chile y sus islas adyacentes forman de hecho y por derecho un Estado libre, independiente y soberano, y quedan para siempre separados de la monarquía de España con plena aptitud de adoptar la forma de gobierno que más convenga á sus intereses.

» Y para que esta declaración tenga toda la fuerza y solidez que debe caracterizar la primera acta de un pueblo libre, la afianzamos con el honor, la vida, las fortunas y todas las relaciones sociales de los habitantes de este nuevo Estado; comprometemos nuestra palabra, la dignidad de nuestro empleo y el decoro de las armas de la Patria, y mandamos que con los libros del gran Registro se deposite el acta original en el archivo de la Municipalidad de Santiago y se circule á todos los pueblos, ejércitos y corporaciones para que inmediatamente se jure y quede sellada para siempre la emancipación de Chile.

» Dada en el Palacio directorial de Concepción á 1.º de Enero de 1818, firmada de nuestra mano, signada con el sello de la Nación y refrendada por nuestros ministros y secretarios de Estado en los departamentos de Hacienda, Gobierno y Guerra. — BERNARDO O'HIGGINS. — MIGUEL ZAÑARTÚ. — HIPÓLITO DE VILLEGAS. — JOSÉ IGNACIO CENTENO.»

Con solemnidad proporcionada á la trascendencia del acto se verificó el juramento de la independencia de Chile. Sobre un tablado juraron, ante el pueblo reunido en la plaza principal de Santiago, primero, San Martín y O'Higgins, y luego, el gobernador y demás autoridades.

« Juro á Dios, dijeron todos, según fórmula previamente acordada, y prometo á la Patria, bajo la garantía de mi honor, vida y fortuna, sostener la presente declaración de independencia absoluta del Estado chileno, de Fernando VII, sus sucesores y de cualquiera otra nación extraña.»

A las fiestas, que duraron cuatro días, siguieron para O'Higgins los azares de la guerra. Reconcentrado el ejército español, que mandaba Osorio, en la orilla Sur del Maule, al observar la cautelosa retirada de O'Higgins de Talca, cruzó el Maule y avanzó en persecución del chileno hasta diez y ocho leguas.

No era O'Higgins hombre confiado, y así, antes de que el enemigo le cortase la retirada obligándole á pelear en condiciones de inferioridad, volvióse apresuradamente á Talca, acompañado paralelamente por el ejército de San Martín, re-

unido antes á las fuerzas del propio O'Higgins, en Tablas, cerca de San Antonio.

Llegó O'Higgins á Talca el 19 de Marzo.

Acampados los patriotas en la llanura de Caucharayada, enfrente de Talca, concibieron los españoles, por iniciativa del brigadier Ordóñez, sorprender durante la noche al ejército chileno. Adivinólo San Martín y ordenó que las dos divisiones que componían su ejército pasaran á situarse al Norte de la ciudad.

Constituían el ejército patriota, juntas las fuerzas de San Martín y O'Higgins, unos 7,000 hombres. Los españoles no pasaban de 5,000.

Había Osorio encomendado la sorpresa á Ordóñez, autor del plan, confiándole 4,000 hombres. Ordóñez dividió su ejército en tres columnas. Se reservó el mando de la del centro y entregó el de las otras á los coroneles Primo de Rivera y La Torre.

Había ya la primera división de San Martín efectuado el movimiento hacia el Norte, cuando cayó sobre la segunda, de improviso, el ejército de Ordóñez. Desgraciada resultó la acción para los patriotas. Ganólos el pánico y nada pudieron los esfuerzos de sus jefes para rehacerlos. La división fué desbaratada y perseguida hasta tres leguas más allá. O'Higgins fué herido de bala en un brazo. San Martín, retirado precipitadamente á San Fernando, no pudo contar sino con la primera división, mandada por Las Heras y formada por 3,000 hombres. La división sorprendida había quedado casi totalmente aniquilada, tal fué el número de sus bajas, entre muertos, heridos y prisioneros. Artillería, bagajes, municiones, acémilas, de todo quedó en el campo de batalla, abandonado buena parte (19 de Marzo de 1818).

A los consejos del esforzado guerrillero don Manuel Rodríguez se debió que no fuese otra vez Santiago abandonado. Cuando, desaparecido el pánico que produjo la derrota de Caucharayada, volvió la calma á los espíritus, Rodríguez fué asociado á don Luis de la Cruz, substituto de O'Higgins en el gobierno del Estado, hasta que el propio director supremo entró en la capital (24 de Marzo). Dedicáronse allí San Martín, que también acudió á Santiago, y O'Higgins, á reorganizar el ejército, y pronto se contaron en el campamento del llano de Maipó hasta 5,000 soldados.

El 4 de Abril volvieron las fuerzas españolas y chilenas á hallarse frente á frente. Fué esta vez la derrota para los españoles. Después de largo y encarnizado combate, huyó Osorio. Ordóñez quiso aún resistir, fuerte en las casas de la hacienda del Espejo, pero hubo al fin, con los suyos, de rendirse. Por ambas partes pasaron de 1,000 los muertos. Los prisioneros españoles llegaron á 2,000.

Quedó con la batalla de Maipó tan quebrantada la fuerza de los realistas, que puede decirse que ella señala el período de consolidación de la independencia. Siguiéron reconcentrados y reforzados por las milicias del Sur, dominando los españoles en algunos puntos, como Concepción y Chillán, pero ya muy debilitados. Osorio, llamado por el virrey del Perú, dejando 1,500 hombres á las órdenes del coronel don Juan Francisco Sánchez, embarcó en Talcahuano con setecientos cincuenta.

Sin la noticia de que en el mes de Marzo había salido de España una expedición de más de 2,000 hombres en nueve transportes, convoyados por la fragata *María Isabel*, hubiera sido fácil á los patriotas acabar con los restos del ejército realista. Pero el anuncio era harto grave para que no debiera preocuparles en primer término. A la improvisación, que no á la formación de una escuadrilla, puede decirse que se dedicó tenazmente O'Higgins. Formóla con algunos buques comprados á Inglaterra y los Estados Unidos, dotóla de personal, y púsola á las órdenes del coronel de artillería don Manuel Blanco Encalada. Contaba la escuadrilla con un navío, una fragata, una corbeta y dos bergantines.

La expedición española fué desgraciadísima. Antes de llegar, en Marzo de 1818, á las costas de Chile, sublevóse en alta mar la tropa de uno de los barcos y lo entregó á las autoridades revolucionarias de Buenos Aires. La fragata *María Isabel* y cinco transportes con setecientos hombres, cayeron en poder de Blanco Encalada. Algunos navios habían desembarcado ya otros tantos españoles en Talcahuano.

Ya casi libre de lo que principalmente había preocupado su ánimo, confió O'Higgins al brigadier Balcarce, secundado por el coronel Freire, una división de 3,500 hombres que combatiera á los restos del ejército realista. El coronel español Sánchez hubo de retirarse de la Concepción á los Angeles. Replegóse luego al territorio araucano, pasó después á la playa de Valdivia, y se embarcó al fin, para el Perú.

Aún no se vió, sin embargo, libre de realistas el territorio chileno. Un oficial realista, chileno de nacimiento, llamado Vicente Benavides, continuó la empresa, que ya parecía perdida, de inquietar á los patriotas. Dos veces había caído Benavides prisionero de sus enemigos. En la primera logró fugarse. Condenado en la segunda á muerte, las balas de los soldados encargados de fusilarle, rozáronle apenas la piel. Fingióse muerto, y, recogido por sus parientes, pasó oculto algún tiempo. Presentóse en Noviembre de 1818 á San Martín. Impetró y obtuvo su perdón, y quedó incorporado al ejército patriota. Acompañó á Freire en su expedición al Sur y aprovechó la primera ocasión para pasarse á las fuerzas de Sánchez. Retirábase, precisamente, entonces éste hacia Valdivia. Pidióle Benavides soldados con que mantener la guerra en la frontera. Dejóle Sánchez hasta setenta. Reunió el audaz realista más gente, y llegó á contar con 3,000 hombres. Con ellos, molestó durante tres años á los chilenos, llegando á constituir un verdadero peligro. Valióle todo, el grado de coronel que le otorgó, agradecido, el virrey del Perú.

Derrotado, al fin, en Vegas de Salinas por fuerzas de O'Higgins, lo entregó á poco su propia gente. En 22 de Febrero de 1822 fué ahorcado en la plaza de Santiago el arrojado guerrillero.

Desde el triunfo de Maipó, venía San Martín dedicado, con la eficaz cooperación de O'Higgins, en preparar una expedición contra el Perú. Se reforzó á este fin cuanto se pudo la escuadra chilena, adquiriendo nuevos buques. Contratóse

además varios marinos en Inglaterra, y, entre ellos, á lord Cochrane. Cochrane, después de dos expediciones de escaso resultado contra el Callao (1819), se presentó el 3 de Febrero de 1820 ante el puerto de Valdivia, cuya plaza continuaba en poder de los españoles. Guarnecieronla 1,000 hombres. Sorprendida por las fuerzas chilenas desembarcadas y por el fuego de la escuadra, rindióse, después de débil resistencia. Beauchef, que mandaba las tropas de desembarco, recorrió la provincia, malogrando todo esfuerzo de los españoles del interior.

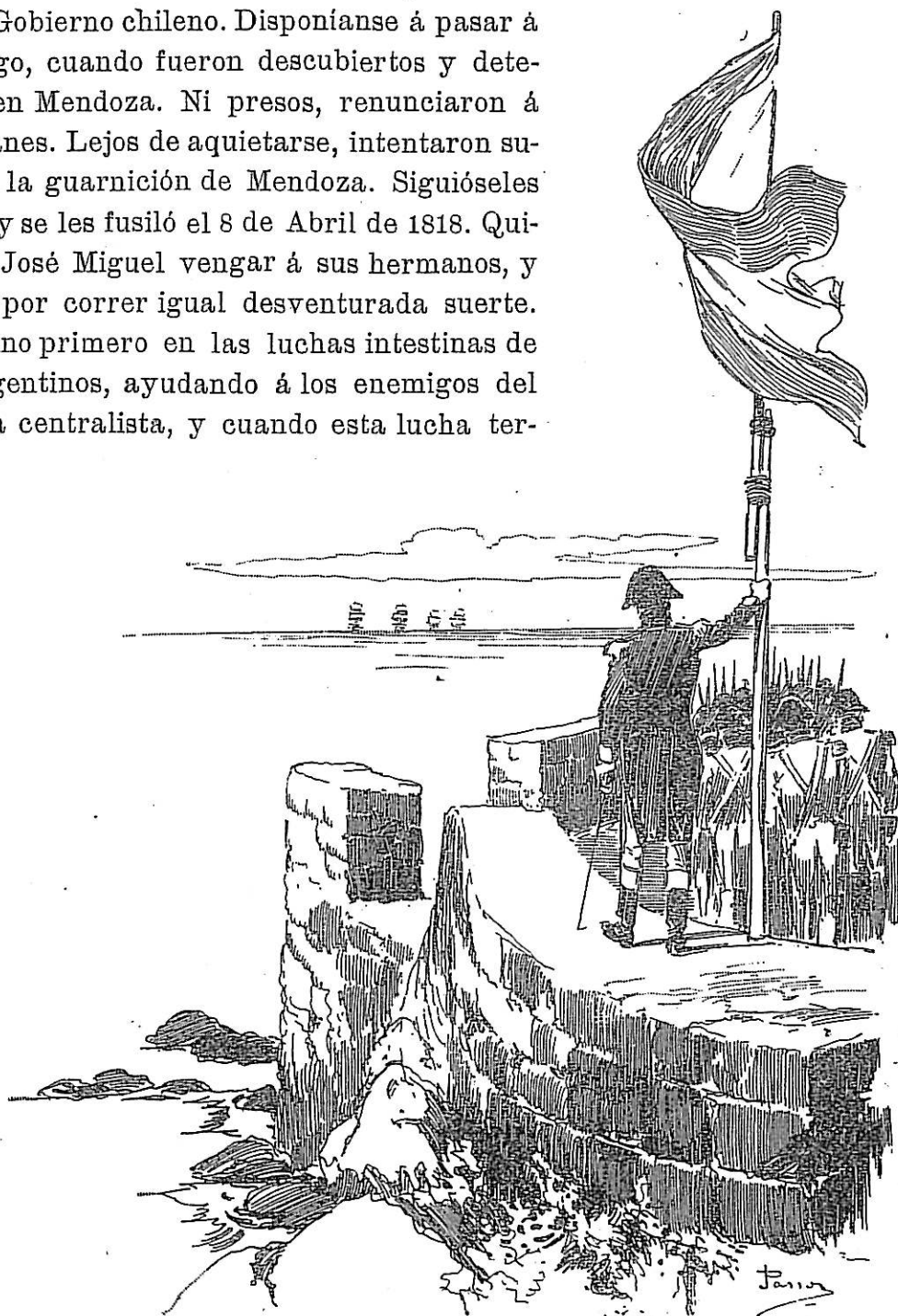


Quedaba ya sólo en Chile en poder de los españoles el archipiélago de Chiloé. En vano intentó Cochrane desalojar de este último baluarte á los españoles. La pericia y el valor del brigadier don Antonio Quintanilla, gobernador del archipiélago, hicieron desistir al lord de su empresa. Después de no pocas dificultades que hicieron más de una vez temer un completo fracaso, estuvo al fin dispuesta la proyectada expedición al Perú. En Agosto de 1820 salió de Valparaíso San Martín con 4,200 hombres, á bordo de ochó buques de guerra y diez y seis transportes á las órdenes de Cochrane.

Hasta 1822 en que O'Higgins fué substituido por don Ramón Freire (31 de Marzo), á consecuencia de una insurrección provocada por el recelo de que el supremo director tratase de convertirse en dictador perpetuo, no es de registrar suceso á nuestro propósito de mayor interés, que el desgraciado fin de los hermanos Carrera.

Hemos, para referirlo, de volver por un momento á época anterior á la de los últimos sucesos relatados.

Había en 1815 don José Miguel Carrera logrado organizar en los Estados Unidos una expedición á Chile, sin otro objeto que el de reconquistar el poder personal que había perdido. Impidió la salida de la expedición el Gobierno de Buenos Aires, debiendo, para conseguirlo, llegar hasta la prisión de los tres inquietos hermanos. Cuando creyó el Gobierno de Buenos Aires conjurado el peligro, se contentó con deportar á los Estados Unidos á don José Miguel, y puso en libertad á los otros dos, don Juan José y don Luis. Consiguio don José Miguel no pasar de Montevideo, á la sazón en poder de los portugueses. Los dos hermanos, entre tanto, continuaron dedicados á conspirar contra el Gobierno chileno. Disponíanse á pasar á Santiago, cuando fueron descubiertos y detenidos en Mendoza. Ni presos, renunciaron á sus planes. Lejos de aquietarse, intentaron sublevar la guarnición de Mendoza. Siguióseles causa y se les fusiló el 8 de Abril de 1818. Quiso don José Miguel vengar á sus hermanos, y acabó por correr igual desventurada suerte. Intervino primero en las luchas intestinas de los argentinos, ayudando á los enemigos del sistema centralista, y cuando esta lucha ter-



minó refugióse despechado en la pampa, atrájose á los indios, hizose su caudillo, y reanudó la guerra. Se vengaría así de Buenos Aires y se abriría camino para realizar sus proyectos en Chile. Tres años de incesante lucha sostuvo el batallador chileno. Vencido en la acción de Punta del Medano por don Albino Gutiérrez, entregáronle cuatro de sus propios oficiales al gobernador de Mendoza. El 4 de Septiembre de 1821 fué pasado por las armas, junto con sus compañeros Alvarez y Monroy. A igual fin estaba destinado, en el mismo día, otro de los más ardientes partidarios de Carrera, don José María Benavente; mas logró que fuese suspendida, primero, la ejecución, se desistiese luego de realizarla y aún se le devolviese la libertad.

Las últimas fuerzas españolas que se mantenían en terreno chileno, las que á las órdenes de Quintanilla ocupaban el archipiélago de Chiloé, salieron de aquel territorio durante el mando de Freire. Dos numerosas expediciones hubo Freire de organizar para conseguir ese resultado. La primera, de 2,500 hombres y cinco buques de guerra, fracasó completamente en su intento. La segunda, enviada dos años después y compuesta de 3,000 hombres, logró hacer capitular á Quintanilla (26 de Enero de 1826).

### III

PARAGUAY. — Don Pedro Somellera. — 14 de Mayo de 1811. — El doctor Francia. — Junta gubernativa. — Comisionados de Buenos Aires. — Tratado con Paraguay. — Congreso paraguayo.

Obtuvo Paraguay su independencia sin que le fuese preciso derramar una sola gota de sangre.

La labor de Belgrano produjo opimos frutos.

Las nuevas ideas arraigaron de tal modo en gran parte de la oficialidad de Velazco, que cuando éste, después de dejar en Itapua algunas fuerzas al mando de don Fulgencio Yegros, regresó á Asunción, muchos de sus oficiales se convirtieron en propagandistas ardientes de las ideas emancipadoras.

Residía por entonces en Asunción el doctor don Pedro Somellera, bonaerense ilustrado y hombre que gozaba de gran ascendiente entre lo más granado del Paraguay. Con Somellera consultaron los oficiales las doctrinas aprendidas en su contacto con el ejército de Belgrano. Somellera, que mantenía con Belgrano buena amistad, acabó de entusiasmar, convencer y decidir á los oficiales paraguayos de las ventajas que la independencia reportaría al país, y desde aquel momento comenzó á urdirse la conspiración que había á poco de acabar con el dominio de España en aquel territorio americano.

Habían decidido los conspiradores aguardar para dar el golpe al regreso de Yegros; pero hubieron de anticipar la realización de sus planes ante la no infun-

dada sospecha de que las autoridades conocían la conjura y se preparaban á desbaratarla.

Por consejo del propio Somellera á quien acudió en demanda de consejo don Juan Pedro Caballero, designado por jefe de los revolucionarios, estalló el movimiento en la noche del 14 de Mayo de 1811. Apoderáronse los conspiradores de los cuarteles, de acuerdo con los jefes de la guarnición, y quedó, con esto solo y sin que hallasen la menor resistencia, la revolución consumada. Velazco no pudo menos de resignarse y declinó el mando en una Junta que, á propuesta de Somellera, formaron don Juan Pedro Caballero, don Fulgencio Yegros y don José Gaspar Rodríguez de Francia, el primero como presidente, en concepto de vocales los otros dos.

Yegros y Caballero fueron bien recibidos por la opinión. Contra Francia se levantó unánime protesta. Tildado de enemigo de la revolución de Buenos Aires, no hubiera tomado posesión de su cargo sin el auxilio poderoso del gran prestigio de Somellera.

El instinto popular rara vez se equivoca. Francia había de ser un tirano. Su primera víctima fué precisamente Somellera, cuya fuerza en la opinión le estorbaba. No quería Somellera que Paraguay se desligase de Buenos Aires, y así consiguió que se resolviese enviar un comisionado á la Junta de Buenos Aires para manifestarle la adhesión de los revolucionarios paraguayos.

No se contentó Francia con impedir la salida del comisionado, sino que hallando á Somellera con otros oficiales, miróle adustamente y, llevándole á la puerta de la habitación en que todos estaban, le dijo:

—Es menester que cada cual sirva á su país: usted no hace falta en el Paraguay, y en cambio puede ser de mucha utilidad en su tierra.

No quiso darse Somellera por entendido, y poco después se vió preso, en compañía del ex gobernador Velazco, muchos de los militares que había en la Asunción favorecedores de la causa de Buenos Aires y los individuos del anterior cabildo.

Aunque violenta, la conducta de Francia merecería hasta aquí, por política, indulgencia. Debía Francia gratitud á Somellera; pero no puede á nadié sorprender que si acariciaba la idea de la independendencia completa del Paraguay, el doctor argentino constituía para el triunfo de esa aspiración un serio peligro.

Lo malo es que Francia no quería, según luego demostró, la independendencia del país sino en su beneficio personal.

Ya de hecho dictador, convocó en seguida Francia un Congreso de corporaciones, vecinos notables y diputados por las villas y pueblos de la provincia. Hechura de Francia, nombró este Congreso una Junta gubernativa de cinco individuos, á cuya cabeza colocó al dictador. La nueva Junta dirigió á la de Buenos Aires un interesante documento, especie de acta de independendencia. Reivindicábase en ella la soberanía popular, abogándose razonadamente por el principio federativo.

« Cuando esta provincia, decíase en él, opuso sus fuerzas á las que vinieron dirigidas de esa ciudad, no tuvo, no podía tener otro objeto que su natural defensa. No es dudable que abolida ó deshecha la representación del poder supremo, recae éste ó queda naturalmente refundido en toda la nación. Cada pueblo se considera entonces, en cierto modo, participante del atributo de la soberanía, y aun los ministros públicos han de menester su consentimiento ó libre conformidad para el ejercicio de sus facultades. De este principio, tan importante como fecundo en útiles consecuencias y que V. E. sin duda lo habrá reconocido, se deduce, ciertamente, que reasumiendo los pueblos sus derechos primitivos, se hallan todos en igual caso, y que igualmente corresponde á todos velar por su propia conservación.»

Y en consonancia con esta primera afirmación, se daba, como comentario al relato de lo en Asunción ocurrido, el siguiente hábil aviso á la centralista Junta de Buenos Aires. De este modo la provincia del Paraguay «por sí misma y á esfuerzos de su propia resolución, se ha constituido en libertad y en el pleno goce de sus derechos; *pero se engañaría cualquiera que llegase á imaginar que su intención había sido entregarse al arbitrio ajeno, y hacer dependiente su suerte de otra voluntad. En tal caso nada más habría adelantado ni reportado otro fruto de su sacrificio que el cambiar unas cadenas por otras y mudar de amo.*»

«Sabe muy bien (el Paraguay), se añadía luego, que si la libertad puede á veces adquirirse ó conquistarse, una vez perdida no es igualmente fácil volver á recuperarla.»

Se señalaba en este documento, con toda claridad, que lo que se quería era la adopción de un sistema federal puro. La provincia del Paraguay no perjudicaría en lo más mínimo los derechos de nadie. «Los autos mismos manifestarán á V. E., se aseguraba en el documento, que su voluntad decidida es unirse con esa ciudad y demás confederadas, no sólo para conservar una recíproca amistad, buena armonía, comercio y correspondencia, sino también para formar una sociedad fundada en principios de justicia, de equidad y de igualdad. A este fin, ha nombrado ya su diputado, para que asista al Congreso general de las provincias, suspendiendo, como desde luego queda aquí suspendido, hasta su celebración y suprema decisión, el reconocimiento de las Cortes y Consejo de Regencia de España, y de toda otra cualquiera representación de la autoridad suprema ó superior de la nación.»

Hiciéronse al mismo tiempo las siguientes declaraciones: Mientras no se formara el Congreso general, la provincia se gobernaría por sí misma con entera independencia de Buenos Aires; se establecería el comercio libre entre ambos países, suprimiéndose el peso de plata que antes se exigía por cada tercio de hierba mate; se extinguiría el estanco del tabaco, quedando de libre comercio, como otros cualesquiera frutos y producciones de la provincia, y las existencias de aquella hoja se expenderían por cuenta de la misma provincia; cualquier reglamento ó constitución que se aprobase en el Congreso general no obligaría

á la provincia hasta tanto que se ratificara en Junta plena y general de sus habitantes y moradores.

Firmaban el documento expedido en 20 de Julio de 1811, Fulgencio Yegros, José Gaspar de Francia, Pedro Juan Caballero, Francisco Bogarin y Fernando de la Mora.

La Junta de Buenos Aires hubo, por lo pronto, de allanarse á las decisiones del Paraguay, limitándose á comisionar cerca del Gobierno paraguayo á don Manuel Belgrano y don Vicente Anastasio Echevarría.

Resultado de las negociaciones entre los argentinos y el Gobierno paraguayo, fué un convenio por el que se concedió al Paraguay el desestanco del tabaco, el pago del impuesto del mate en la Asunción, en vez de verificarlo en Buenos Aires, y el de la alcabala en el lugar donde la venta se adeudase; se declaró incluido dentro de los límites del Paraguay el departamento de la Candelaria, situado en la provincia de Corrientes, y, en fin, se reconoció la independencia paraguaya en una cláusula que decía así: «Por consecuencia de la independencia en que queda esta provincia del Paraguay de la de Buenos Aires, la Excm. Junta no pondrá reparo en el cumplimiento y ejecución de las demás deliberaciones tomadas por ésta del Paraguay en Junta general, conforme á las declaraciones del presente tratado; y bajo de estos artículos, deseando ambas partes contratantes estrechar más y más los vínculos y empeños que unen y deben unir ambas provincias en una federación y alianza indisoluble, se obliga cada una por la suya, no sólo á cultivar una sincera, sólida y perpetua amistad, sino también á auxiliar y cooperar mutua y eficazmente con todo género de auxilios, según permitan las circunstancias de cada una; toda vez que los demande el sagrado fin de aniquilar y destruir cualquier enemigo que intente oponerse á los progresos de nuestra justa causa y común libertad.»

El Gobierno de Buenos Aires confirmó el tratado, sin reparar sino lo relativo á la cesión del departamento de la Candelaria. Paraguay no insistió de momento. Reivindicó, sin embargo, más tarde, su derecho.

Cuando en Enero de 1813 se reunió en Buenos Aires una Asamblea constitu-



Bartolomé Mitre.

yente, requerido el Paraguay á enviar diputados, comenzó por diferir su respuesta hasta que la acordara en la Asunción el Congreso provincial.

Reunido, respondió, sin rebozo, que el *supremo* Congreso del Paraguay había acordado no enviar diputado alguno á la Asamblea constituyente.

Termina aquí cuanto ligado con nuestra historia conviénenos apuntar respecto del Paraguay.

La paz no dejó alguna vez de verse amenazada por conspiraciones realistas. Las sofocó el dictador Francia, con crueldad, y ninguna alcanzó proporciones de grave conflicto.

El dictador aisló el Paraguay del resto del mundo. Fué un tirano en toda la extensión de la palabra. Puso su mano en todo y llegó al punto de ordenar que cuando saliese á la calle se cerraran puertas y ventanas. Treinta años duró su despótico gobierno.

Don Bartolomé Mitre pinta así, en su *Historia de Belgrano*, al doctor don José Gaspar Rodríguez de Francia: «Insensible por naturaleza, implacable en sus odios, tenaz hasta en sus manías, era una de aquellas figuras sombrías sobre cuyos labios, pálidos y comprimidos, rara vez se había dibujado una fría y siniestra sonrisa. Como todo hombre solitario en medio de hombres que considera intelectualmente inferiores, tenía una fe ciega en sí mismo, y, henchido de intolerancia y de orgullo, despreciaba tanto á sus paisanos cuanto miraba con repulsión á los extraños. Tal era el hombre que, arrancado por la revolución de su retiro, debía ponerse al frente de ella como el genio sombrío de la dominación absoluta.»

#### IV

VENEZUELA.—Conspiración realista de 11 de Julio de 1811.—Insurrección de Valencia.— Situación económica.—Constitución política.—Triunfo de los federales.—Apodérase Monteverde de Carora.—Terremoto en 20 de Marzo de 1812.—Miranda generalísimo.—Magdalena, Vitoria y Pantanero.—Los esclavos.—Muerte de Miranda.—Sublevación en Oriente.—Derrota de Monteverde.—Bolívar.—Batalla de Cúcuta.—Valencia.—Caracas.—Boves y Morales.—Bolívar generalísimo y libertador.—Disidencias.—Don Juan Manuel Cajigal.—Fusilamientos en Caracas.—Ricaurte.—Batalla de Carabobo.—Destitución de Bolívar.—Muerte de Boves.—Reconquista de Venezuela.

A la declaración de independencia formulada por el Congreso de Caracas contestaron pronto los realistas con disturbios y sublevaciones.

Tomaron los realistas por pretexto, alguna de las reformas por el Congreso decretadas, afirmándolas contrarias á usos y costumbres del país. En realidad, lo que creaba mayor descontento era la situación económica. Se habían, á la sazón, consumido ya aquellos tres millones que los revolucionarios habían ha-

llado en las arcas en el año anterior, y estaban agotados todos los productos de las rentas ordinarias. Nuevas exacciones producían vivas protestas.

La primera conspiración á registrar fué la promovida por buen número de colonos, naturales de las islas Canarias. Al frente de la empresa figuraron el canario don Juan Díaz Flores, y el caraqueño don José María Sánchez. Contaban con el apoyo de la ciudad de Valencia y de Puerto Cabello, y con algunas tropas españolas de Maracaibo. El día 11 del mes de Julio de 1811, seis días después de proclamada la independencia, fué el señalado para dar el golpe, apoderándose de los cuarteles de la capital.

Los conjurados, en número de sesenta, reuniéronse en una llanura á la salida de Caracas. Iban jinetes en mulas, armados de trabucos y cubiertos los pechos con grandes latas, á modo de corazas. Pero, apenas dieron los gritos de *¡muera los traidores!* y de *¡Viva el Rey!* viéronse rodeados por la guarnición. Sin resistencia fueron todos presos. Cuatro días después fueron ahorcados diez y seis, en concepto de principales promovedores, y los demás condenados á deportación.

Más seria fué la sublevación que el mismo día, 11 de Julio, estalló en la ciudad de Valencia. A reprimirla envió el Gobierno algunas tropas, á las órdenes del Marqués del Toro que, rechazado por los realistas, pidió á Caracas refuerzos. Acudió con ellos Miranda, y se hizo cargo del mando de todas las fuerzas republicanas. Dos mil hombres envió el gobierno de Maracaibo á los realistas de Valencia. La rápida llegada de Miranda impidió al refuerzo realista llegar á su destino. Batiéronse los valencianos con arrojo. Logró, sin embargo, entrar en la ciudad Miranda; pero su triunfo fué efímero. Los valencianos no quisieron darse por vencidos y Miranda se vió obligado á retirarse desordenadamente á Guacara. Era ya cuestión de amor propio para Miranda reducir á los rebeldes. Apenas recibió nuevos refuerzos de Caracas, volvió al asedio de la ciudad. La lucha fué encarnizada. Duró días. Hubieron al fin los valencianos de rendirse. Las bajas por una y otra parte fueron muchas. Condenados á muerte los principales comprometidos, indultóles luego el Gobierno conmutándoles la terrible pena por otras más benignas.

La campaña contra Valencia, aunque corta, contribuyó no poco á aumentar la penuria del tesoro republicano. Agotados todos los medios, acudió el Gobierno á la creación de papel moneda, sin garantía suficiente. El papel se vió despreciado desde su aparición y de nada sirvió decretar su circulación forzosa.

El Congreso, entretanto, discutió y aprobó la Constitución política del nuevo Estado. Dos tendencias predominaron desde luego en el Congreso: la unitaria y la federal. En cuanto á la forma de gobierno, se adoptó sin vacilación la republicana. Largas fueron las discusiones relativas al sistema que debía preferirse. Vencieron, al fin, los federales.

« Cosa rara, dice un historiador al llegar á este punto, Miranda y el célebre Bolívar se mostraron muy opuestos á los principios del federalismo. Del primero se explica por su educación francesa y su larga permanencia en aquella tierra

clásica del unitarismo (pues el federalismo girondino era únicamente una arma contra los jacobinos); pero es extraño que Bolívar, que veía el magnífico desarrollo que iban alcanzando los Estados Unidos, abrigara prevención contra dicha idea, si bien residió también largo tiempo en Francia.»

« El Congreso había terminado sus tareas, dice el reaccionario Torrente, formando una Constitución ó intimación de la de los Estados Unidos, fundada toda en teorías sublimes sin haber calculado antes su aplicación.»

La Constitución republicana federal de Venezuela fué firmada el 21 de Diciembre de 1811 (1), y se la declaró en vigor para las siete provincias representadas en el Congreso. Por la nueva Constitución, las provincias estaban unidas por un vínculo federativo, reservándose cada una el derecho de gobernarse por sus propias leyes, enajenando sólo una parte de su soberanía en beneficio común; el derecho de hacer la paz y la guerra, levantar ejércitos, celebrar tratados con otras naciones y votar contribuciones estaba confiado al poder legislativo, compuesto de una Cámara de diputados y de un Senado. El poder ejecutivo se encomendaba á tres ministros responsables y elegidos por sufragio indirecto y por cuatro años. El Código fundamental reconocía además la libertad individual, la de imprenta, el derecho de sufragio, reglamentaba la administración de justicia, establecía el jurado, abolía el tormento y todo fuero contrario á la igualdad de los ciudadanos ante la ley. Valencia sería la capital federal desde 1812. Distintivo nacional sería la bandera amarilla, azul y roja.

Continuaba la guerra en las riberas del Orinoco y las provincias occidentales. Las tropas de Moreno y Sala, hubieron, abandonadas por éstos, de rendirse á discreción á los españoles en el primer punto, y, en el segundo, Infante y Ceballos reunieron á los venezolanos en Baragua y Carora, respectivamente. Debióse el triunfo de Carora, en primer término, al capitán de fragata don Domingo Monteverde, llegado á Coro con el brigadier don Juan Manuel de Cajigal, procedente de Puerto Rico y portador de gran cantidad de pertrechos de guerra. Confió Ceballos á Monteverde una columna de doscientos treinta hombres, para que fuese á apoyar una sublevación en favor de los españoles, tramada en Siquisique y dirigida por un indio llamado Reyes Vargas, distinguido inmerecidamente con la confianza del gobierno republicano. Entró sin resistencia Monteverde en Siquisique y, aumentadas sus fuerzas con las del traidor Reyes, se encaminó sobre Carora, venció á los patriotas y entró en la plaza el 23 de Marzo de 1812.

Mal se ponían las cosas para los independientes. A los descabros en la guerra, á las penurias del erario, uniósese una catástrofe espantosa: un terrible terremoto, que el 26 de Marzo asoló muchas poblaciones, entre ellas Caracas, Valencia, Barquisimeto, la Guaira, Mérida y San Felipe. La circunstancia de ser aquel día jueves santo y ocurrir el terremoto en el instante en que las gentes llenaban las iglesias, dió, para muchos, apariencias sobrenaturales al suceso. Ligó la ig-

(1) El proyecto aprobado era obra de don Francisco Javier Ustariz.

ignorancia lo ocurrido con la situación política y la malicia supo aprovecharse de todo para atribuir á la divinidad indignaciones de que el terremoto no había sido sino expresión. El número de muertos á consecuencia de la catástrofe ascendió á 20,000. El clero, enemigo declarado de un nuevo orden de cosas que había suprimido todo privilegiado fuero, aprovechó, además, la coincidencia de haber ocurrido el terremoto en el día del segundo aniversario de la revolución y la de no haber alcanzado sus efectos á las provincias fieles al Gobierno de la metrópoli. Nada reveló á los cándidos creyentes el hecho de haber caído envueltas en sus ruinas lo mismo las iglesias, casas de Dios, que los humildes hogares de los más miserables ciudadanos.

Unióse á esto una nueva desdicha.

Aprestado Monteverde á seguir su marcha sobre Barquisimeto, intentaron en San Carlos, don Miguel Ustariz y don Miguel Carabaño, oponerse á su avance, y fueron vencidos precisamente el mismo día 26. Mil trescientos patriotas hubieron de rendirse á discreción á las fuerzas españolas.

Cundió el pánico. El propio Congreso recurrió á medidas extremas é invistió de excepcionales facultades á don Fernando Toro, don Javier Ustariz y don Francisco Espejo, que constituían el poder ejecutivo.

Continuó, sin embargo, la desbandada. Varios pueblos, y entre ellos Mérida y Trujillo, se declararon por el Rey. Recurrióse entonces á concentrar en una sola mano el poder, y designóse al Marqués del Toro por dictador. Renunció el Marqués el puesto y fué en su lugar nombrado el general Miranda con el título de generalísimo.

La causa republicana estaba en espantosa crisis y la deserción era en sus filas el más encarnizado enemigo. Monteverde entró en Valencia el 3 de Mayo.

Miranda promulgó, de acuerdo con el Congreso, una ley, que llamó marcial, por la que se llamaba á todos los hombres útiles á empuñar las armas, sin más excepciones que algunos empleados y los ordenados *in sacris*; ofreció la libertad á los esclavos que se alistasen y sirviesen en el ejército por espacio de diez años, haciendo á los unos la promesa de indemnizarles en mejores días; aceptó el concurso de numerosos extranjeros, franceses, alemanes é ingleses, y logró reunir así hasta unos 5,000 hombres.

Estableció Miranda su cuartel en Maracai.

La desgracia perseguía á los patriotas. Las fuerzas de Miranda fueron derrotadas en las acciones de Magdalena y Vitoria y el generalísimo hubo de retirarse de Maracai, no sin antes pegar fuego á los depósitos de víveres y municiones que había acumulado. Más afortunados en la nueva acción de Pantanero, consiguieron los patriotas contener el avance de los españoles. ¡Pobre ventaja en medio de tantas desdichas!

Había Miranda confiado al coronel don Simón Bolívar la importante plaza de Puerto Cabello, donde estaba el parque del ejército. En el castillo de San Felipe, que dominaba la ciudad, mandaba á los patriotas el oficial de milicias don Fran-

cisco Fernández Vinoni. Puesto Vinoni de acuerdo con los muchos prisioneros españoles que custodiaba en el castillo y secundado por las tropas, proclamó el 30 de Junio de 1812 á Fernando VII, intimó la rendición de la plaza y la cañoneó. Contestó durante tres días Bolívar al fuego del castillo. Inútil labor. Los españoles avanzaban sobre la plaza, los destacamentos patriotas se pasaban en masa á los realistas. A las órdenes de los coroneles Mires y Jalón envió contra los realistas toda la fuerza de que pudo disponer, doscientos hombres. Sólo siete, con el coronel Mires, pudieron volver á la plaza. Bolívar se embarcó para la Guaira y pasó de allí á Caracas.

Se había definitivamente eclipsado la estrella de Miranda. Un contratiempo más vino á acabar de descorazonarle. Los propietarios de esclavos, al menos á sus maquinaciones se atribuyó el hecho, despechados por el decreto ofreciendo á los esclavos libertad á cambio de servir en el ejército, organizaron una sublevación en Curiepe y otros puntos de la costa. En defensa de los derechos de Fernando VII formaron los esclavos numerosas partidas, hasta formar núcleo que llegó á amenazar á Caracas. Miranda se dispuso á la defensa; pero al mismo tiempo envió á Valencia comisionados que propusiesen á Monteverde una suspensión de hostilidades preparatoria de la capitulación. Aceptó Monteverde, á condición de que sus tropas continuasen avanzando hacia la capital, y el 25 de Julio de 1812 se firmó un convenio por el cual Miranda se comprometía á entregar á Monteverde todas las provincias sujetas al gobierno republicano, más todo el armamento y los pertrechos de guerra. El español, en cambio, respetaría la libertad, seguridad y propiedad de las personas, cualesquiera que hubiesen sido su conducta ú opiniones durante la revolución.

El 29 de Julio entraron las tropas españolas en Caracas.

Miranda se trasladó á la Guaira, donde mandaban, á la sazón, don Manuel María Casas, como jefe militar, y don Miguel Peña, como jefe político. Casas ofreció á Monteverde entregar la plaza y Monteverde le ordenó secretamente la prisión de Miranda. Para justificarla, no tuvo el infame Casas, que debía su influencia y su cargo al propio Miranda, escrúpulo en hacer acusar á su protector de haber concertado la capitulación de 25 de Julio, mediante un premio en metálico. Dió la maledicencia de las gentes, disgustadas por la conducta de Miranda, á quien tildaban de débil, oídos á la calumnia, y el general patriota fué reducido á prisión.

Miranda no estuvo, en verdad, provocando la capitulación, á la altura del papel que le había asignado la confianza de sus compatriotas.

Desgracias y decepciones le amilanaron; pero no merecía la vil calumnia con que se aumentó el número de sus desventuras.

En la noche del 30 de Julio fué conducido al castillo de San Carlos. Bolívar, Montilla, Mires, sus amigos de la víspera, contaminados de la esparcida infamia contra Miranda, fueron los encargados de sorprenderle.

Al siguiente día, entraron en la Guaira las tropas españolas. Fué primera

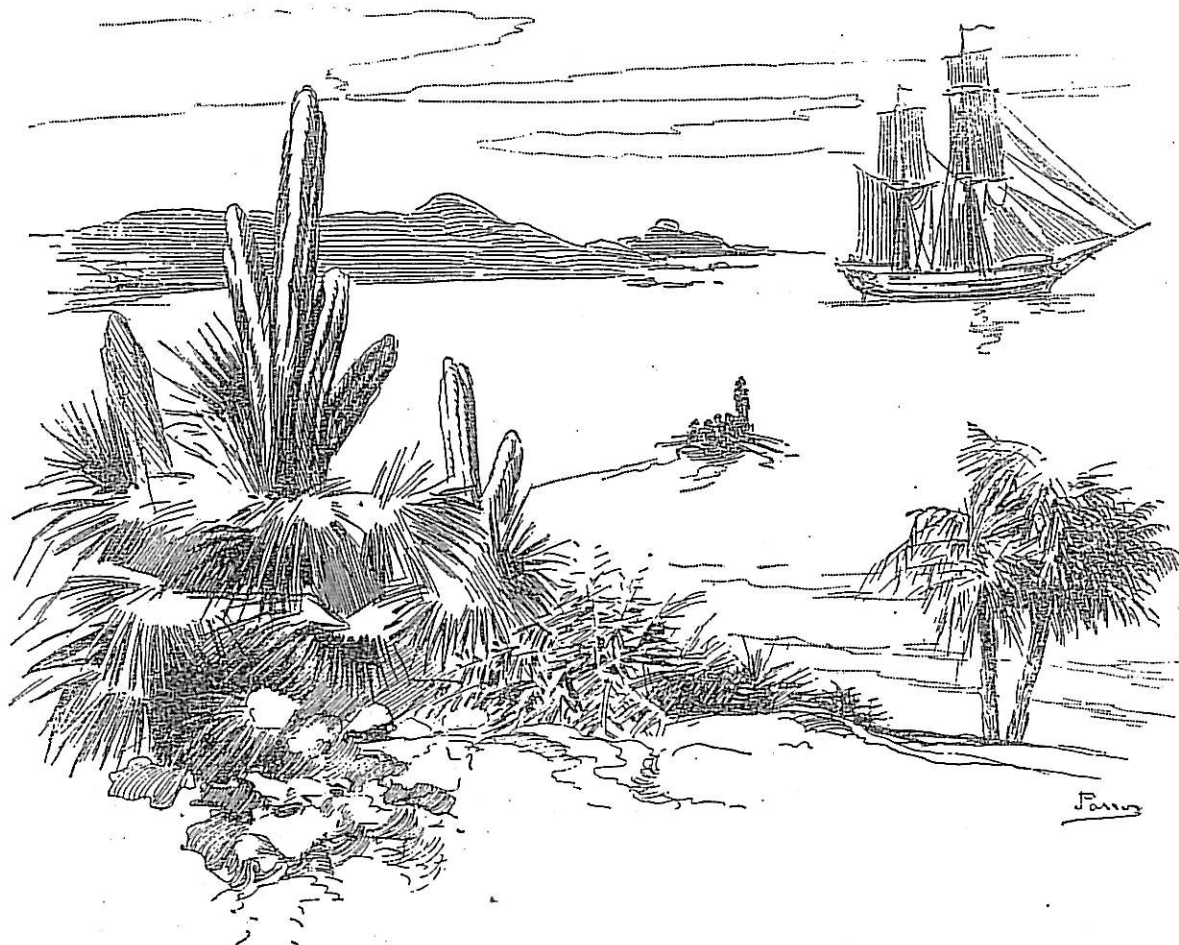
disposición de su jefe ordenar la prisión de los más significados jefes patriotas, entre ellos Mires, uno de los que habían detenido á Miranda. Con Roscio, Madariaga y Ayala fué deportado á España y llevado luego á Ceuta. Miranda fué sucesivamente trasladado de Puerto Cabello á Puerto Rico, y á Cádiz. En el arsenal de la Carraca, después de tres años de cautiverio, murió el 14 de Julio de 1816.

Ensoberbeció á Monteverde su triunfo, hasta el punto de desligarse de la autoridad del capitán general, Miyares, y desobedecerle cuando, debiendo ausentarse, por tener que dirigirse á Puerto Rico á conferenciar con Cortabarría, dispuso que se encargase Ceballos del mando de la expedición. En vano fué que, á su vuelta, enviase Miyares á Monteverde un oficio, desde Puerto Cabello, recriminándole por haberse negado á entregar el mando á Ceballos y pidiéndole cuenta de su conducta. Negóse entonces Monteverde, de la manera más rotunda, á reconocer, respecto de las provincias que había conquistado, la autoridad de Miyares y aún se atrevió á aconsejarle que se trasladase á otro punto del territorio. Miyares pasó á Coro. Cedió Miyares á la altanería de Monteverde, y aunque se le recrimina su debilidad, confirmaron los hechos que no tenía tal conducta poco de previsión, pues la Regencia de España, pasado algún tiempo, nombró á Monteverde capitán general efectivo de Venezuela, con el título de *Pacificador*. Había demostrado Monteverde dotes guerreras. Demostró luego carecer de las que deben adornar á un político. Mostróse cruel é inhábil; se entregó á la persecución de los vencidos y, en vez de pacificar los ánimos, sólo consiguió exaltarlos.

Había sido la provincia de Cumaná la última en rendirse. Fué la primera en rebelarse. En un islote próximo á la provincia de Trinidad, Chacachacare, se habían refugiado, huyendo del delegado de Monteverde, Cerveris, hasta cuarenta y cinco jóvenes revolucionarios. Dirigidos principalmente por don Santiago Mariño, don José Francisco Bermúdez y don Manuel Piar, pasaron en Enero de 1813 el continente y se apoderaron del pueblo de Güiria, cuya guarnición, de unos trescientos hombres, todos del país, se pasó desde luego á las filas revolucionarias. Así reforzados, extendieron sus operaciones por las provincias de Cumaná y Barcelona, derrotaron á Cerveris que, con cuatrocientos hombres, osó hacerles frente y se apoderaron de Maturín, donde establecieron su cuartel. Intentaron desde allí levantar todo el país, pero fueron alcanzadas y dispersadas sus partidas por Zuazola, en Magueyes y en Aragua. Juntos Zuazola y don Lorenzo de la Hoz, gobernador de Barcelona, atacaron Maturín, y en dos encuentros sucesivos salieron los patriotas vencedores.

Entreteniáse, entretanto, Monteverde en seguir excitando el encono de las gentes, negándose á poner en vigor la Constitución española y sometiendo á comisiones especiales á cuantos señalaba su enojo. Sorprendiéronle y le alarmaron las noticias de los triunfos obtenidos por los revolucionarios y decidió combatirlos por sí mismo, seguro de que no resistirían á su talento militar y á su poderoso

empuje. Embarcóse el 27 de Abril en la Guaira, designando para reemplazarle durante su ausencia al coronel Tizcar. Al frente de 1,000 hombres se presentó, en Mayo, á la vista de Maturin. Atacó la plaza y fué completamente derrotado, con pérdida de cerca de quinientos hombres.



A reponerse del descalabro, volvió Monteverde á Caracas. Esperábanle allí gravísimas nuevas.

Don Simón Bolívar, uno de los pocos revolucionarios que no había sido objeto de las persecuciones de Monteverde, había concebido un proyecto semejante al que más tarde realizó, con sus expediciones á Chile y Perú, San Martín, expediciones de alguna de las cuales hemos tenido ya ocasión de dar cuenta. Por medio de Nueva Granada conseguiría la independencia de Venezuela.

Ayudado por algunos de sus amigos, pasó desde Curazao, isla á la sazón en poder de los ingleses, á Cartagena y ofreció sus servicios á los revolucionarios neogranadinos. Publicó allí un manifiesto en que se declaró contrario del sistema federal y de toda política de tolerancia.

Aceptó el Gobierno patriota de Cartagena el ofrecimiento y destinó á Bolívar y sus amigos al ejército que operaba en el territorio del Magdalena. Mandaba este ejército el francés don Pedro Labatut.

La fortuna acompañó al venezolano. Mientras la provincia de Santa Marta

caía en poder de Labatut, Bolívar entraba en la villa de Tenerife, se hacía dueño de alguna artillería y buques, y batía las partidas españolas que defendían la margen oriental del Magdalena. En poco tiempo alcanzó Bolívar numerosos triunfos. Tomó la ciudad de Ocaña y extinguió los realistas en todo el Estado del Magdalena. Previa autorización del Gobierno de Cartagena, acudió en auxilio del jefe militar de Pamplona, amenazado por las fuerzas españolas que mandaba Correa. Atacó al español en la villa de San José de Cúcuta de que se apoderó, haciéndose con rico botín. Agradecido el Congreso neogranadino dióle, con el título de ciudadano, el grado de brigadier y aumentó considerablemente las fuerzas á sus órdenes.

Quiso entonces Bolívar aprovechar el prestigio alcanzado para poner en práctica su plan de invasión de Venezuela. Envió emisarios al Congreso en solicitud de apoyo. Obtúvolo modesto, después de no pocas instancias. El Congreso le autorizó para arrojar á los españoles de Mérida y Trujillo, á condición de que se mantuviese siempre á las órdenes de la Unión neogranadina, á cuyo Congreso y poder ejecutivo había de prestar juramento de obediencia. No podría, además, avanzar en sus marchas, sin que un consejo de guerra dictaminase acerca de la probabilidad de la empresa, ni su ejército podría tener otro carácter que el de libertador de Venezuela, ni establecer en este país otra clase de gobierno que el que tenía al tiempo de la invasión de Monteverde.

Con 1,000 hombres emprendió su marcha Bolívar. Logró pronto nuevos laureles en Grita y Bailadores; pero, á pesar de ellos, la magnitud de la empresa asustó á los jefes neogranadinos que le acompañaban, y se vió de pronto abandonado por ellos y reducido á proseguir su atrevido plan con sólo quinientos hombres.

A pesar de este contratiempo, el 1.º de Junio entró Bolívar en Mérida y restableció el gobierno republicano.

Según algunos historiadores, la resolución de los jefes neogranadinos, al abandonar á Bolívar, no obedeció solamente á desconfianza en el éxito de la empresa; obedeció no poco al carácter feroz que tomaba aquella guerra. Confirman, en verdad, tal aserto, las crueldades del coronel venezolano, don Antonio Nicolás Briceño.

Había formado Briceño una división de voluntarios, conviniendo con sus oficiales en castigar con la muerte á cuantos españoles cayeran en sus manos. Hacíase en este convenio especial mención de los canarios, se ofrecía un premio á los esclavos que mataran á sus amos y el grado de capitán á todo el que presentara cincuenta cabezas de españoles. ¡A qué horribles extravíos conducen la pasión y encono!

Cierto es que no aprobó Bolívar tan horribles propósitos, cierto que ordenó á Briceño que desistiera de ellos, cierto que cuando el feroz venezolano publicó en San Cristóbal un edicto declarando la guerra á muerte á los españoles y mató á dos de ellos, enviando la cabeza de uno al cuartel general, Bolívar quiso prender

y someter á Briceño á un consejo de guerra; pero no lo es menos, tampoco, que la conducta del propio Bolívar no pareció confirmar la completa sinceridad de los anatemas por él contra Briceño lanzados.

Derrotado á poco Briceño por una columna española mandada por don José Yáñez, fué preso, y, con otros siete compañeros de desventura, pasado por las armas. No era muy de sentir tal desgracia, dada la deshonrosa conducta de aquel jefe y aquellos oficiales sin entrañas. No pareció, sin embargo, á Bolívar necesario, para vengarlos, menos que reproducir la recomendación de sus odiosos procedimientos en un decreto inicuo. Comenzó por publicar, en 8 de Junio, una proclama amenazando á los realistas con una guerra de exterminio y, después de una marcha triunfal sobre Trujillo, de que se apoderó sin resistencia, expidió allí, el 15 de Junio, el decreto en que se leían estas terribles palabras: «Españoles y canarios: contad con la muerte, aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de la América. Americanos: contad con la vida, aun cuando seáis culpables.»

Siguieron luego las tropas de Bolívar una nueva serie de éxitos y los españoles fueron sucesivamente derrotados en Niquitao, en Horcones y en Talmanes. En Niquitao, el mayor general Urdaneta y el coronel don José Félix Ribas derrotaron al realista Martí, haciéndole cerca de quinientos prisioneros y cogiéndole armas y municiones en abundancia; en los Horcones, el vencido fué el español don Francisco Oberto y el vencedor el propio Ribas. Poco antes, Girardot había logrado desalojar de Barinas á Tizcar.

Pero la victoria de más trascendencia fué la de Talmanes. Alcanzaronla todas las tropas de Bolívar juntas, á las que había pasado el propio Bolívar revista en San Carlos, en junto unos 2,500 patriotas. Retirábase el coronel don Julián Izquierdo, con fuerzas casi iguales á las de Bolívar, hacia Valencia, cuando le alcanzaron los venezolanos en Talmanes. La derrota fué completa y pudieron contarla pocos españoles. El propio Izquierdo cayó en la refriega herido de tal gravedad, que sobrevivió poco á su desventura.

En Valencia se hallaba Monteverde cuando se libró aquella batalla. Al conocer su resultado huyó á Puerto Cabello. El coronel Fierro, que quedó en la plaza imposibilitado de defenderla, hubo de abandonarla, y Bolívar entró el 2 de Agosto en Valencia.

A Puerto Cabelló se dirigió Fierro en busca de Monteverde y contra Puerto Cabello envió Bolívar á Girardot, dirigiéndose él á Caracas. En Victoria salió ya al encuentro de Bolívar una comisión de personas notables de Caracas para hacerle proposiciones respecto á la entrega de la capital. Comprometiése el conquistador á no molestar á nadie por sus pasadas opiniones, y á permitir que saliesen de Venezuela, con sus bienes muebles, cuantos españoles lo desearan. El 7 de Agosto entró Bolívar en Caracas.

Había en Caracas unos quinientos españoles, y era para ellos urgente la ratificación por Monteverde de lo convenido con Bolívar. Bolívar envió al general

español comisionados. Monteverde se negó neciamente á ratificar lo pactado y, libre entonces de todo compromiso, encarceló Bolívar á los españoles y les confiscó los bienes.

No fué aquí tan mal á los españoles como en otras partes. En Cumaná de que, como de Barcelona, se apoderaron después de la acción de Maturín Mariño y sus compañeros, fueron fusilados cuarenta y siete españoles. En Margarita, después de entregado á las fuerzas revolucionarias el castillo de Pampatar, fueron fusilados el gobernador don Pascual Martínez y otros veintiocho prisioneros. En Carúpano, Cariaco y Río Caribe, el hermano de don Bernardo Bermúdez hizo matar multitud de españoles. Don Bernardo Bermúdez había sido fusilado por los realistas en Yaguaraparo.

Entretanto, Bolívar reorganizaba en Caracas el Gobierno; pero no ya bajo el sistema federal, sino bajo una verdadera dictadura. Una Junta de notables, por él convocada, decidió que el poder ejecutivo fuese ejercido por el general en jefe, dependiendo de él magistrados á cuyo cargo habían de correr todos los ramos de la administración.

En Caracas se establecería un supremo tribunal de justicia, y en cada provincia habría un gobernador militar y otro político, además de varios corregidores.

Como si temiese por la estabilidad de tal organización, hizo Bolívar saber que sólo regiría hasta la conclusión de la guerra, participándose así al Congreso de Nueva Granada y disculpándose, como pudo, de no haber restablecido la federación.

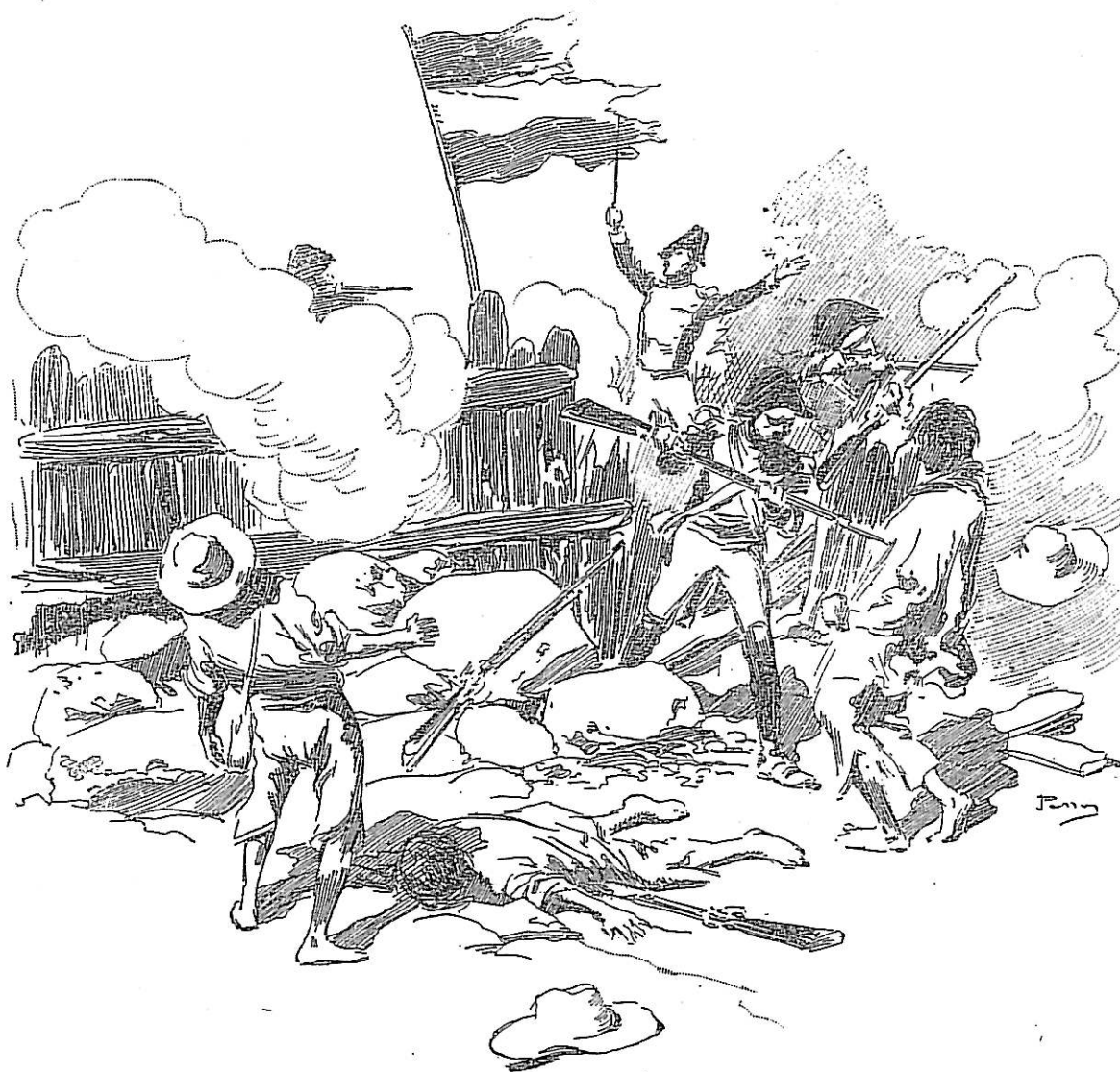
Un émulo de encumbramiento le salió á Bolívar, en Mariño, que también se dedicó á reorganizar desde Barcelona la administración de las provincias orientales. En ellas se hizo reconocer como jefe supremo.

Es claro que los realistas no se dieron con todo lo pasado por vencidos. Los venezolanos no eran aún dueños de todo el país. En Puerto Cabello estaba Monteverde; en Coro y su provincia mandaba don José Ceballos, don José Tomás Boves y don Francisco Tomás Morales; el primero asturiano, canario el segundo, y ambos un día al servicio de la revolución, estaban ahora afiliados al bando realista, y hacían sus correrías por las provincias orientales. Mariño tenía en ellas malos enemigos. Inquietaba, al mismo tiempo, la jurisdicción de Bolívar un guerrillero temible, el indio Reyes Vargas.

Contra Reyes Vargas envió Bolívar seiscientos hombres; otros seiscientos envió á Calabozo contra Boves y fuese en persona, con ochocientos, contra Monteverde. El sitio de Puerto Cabello no se presentó tan fácil como Bolívar había presumido. El 31 de Agosto de 1813 perdió en él dos compañías que amagaron un asalto. Compensó, en parte, esta pérdida la prisión que logró del jefe español Zuazola, á quién mandó fusilar. De este fusilamiento fué realmente responsable Monteverde, pues se negó al canje, que se le propuso, con el coronel patriota Jalón, prisionero de los realistas.

Auxilios llegados de España hicieron á poco desistir á Bolívar del sitio comenzado y emprender la retirada.

A punto estuvo de malograrse la expedición española, fuerte de 1,200 hombres, al mando de don Miguel José Salomón. Debía desembarcar la expedición en



la Guaira, y el coronel venezolano Ribas, gobernador de Caracas, trasladóse á aquel punto, arrió la bandera tricolor en los fuertes, substituyéndola por la española, y vistió é hizo vestir á sus oficiales uniformes españoles. Anclada la escuadrilla, comenzó el desembarque, al mando del segundo jefe, Marimón. Iba ya desembarcada alguna gente cuando Marimón sospechó la infamia, á pesar de las fingidas muestras de amistad con que fué recibido, y trató de reembarcar. Tratóse entonces lucha, y en ella perecieron más de la mitad de los pocos españoles desembarcados, una veintena. Marimón, con cinco ó seis, hubo de rendirse. Salomón, enterado de la felonía, levó anclas y dirigióse á Puerto Cabello. A su llegada á este puerto (16 de Septiembre) emprendió su retirada Bolívar dirigiéndose á Valencia. Dos veces intentaron detenerle los españoles, y las dos fueron

derrotadas. En uno de los encuentros murió el coronel patriota Girardot, á quien alcanzó una bala en la frente en el instante en que clavaba en la cumbre del Bárbula la bandera tricolor.

Monteverde fué herido en el segundo de esos encuentros.

Operaba en tanto Yáñez en la provincia de Barinas, y Boves en la de Caracas. Los seiscientos hombres que contra Boves había enviado Bolívar fueron derrotados en el Caño de Santa Catalina. Campo Elías, en Mosquitoero, vengó este desastre derrotando á su vez á Boves y haciendo una verdadera carnicería en los llaneros que seguían al asturiano.

Por su parte, Yáñez se apoderó, sin resistencia, de la ciudad de Barinas, al mismo tiempo que Ceballos derrotaba á Valdés, replegado á Yaritagua, después de haber abandonado Barquisimeto. Alarmado Bolívar, acudió con Urdaneta á Barquisimeto, pero fué derrotado por Ceballos.

En Vigirima se desquitó Bolívar batiendo con las fuerzas que había logrado rehacer en Valencia, á donde se había retirado después de la derrota de Barquisimeto, á los 1,200 hombres que al mando de Salomón envió contra él Monteverde desde Puerto Cabello.

En Ararure alcanzó después Bolívar á Ceballos y le hizo más de 1,000 muertos. Seiscientos españoles más murieron aquella misma noche á manos de los patriotas. En su huida fueron por error á tropezar de nuevo con fuerzas revolucionarias.

Esta victoria hubiera podido ser decisiva si la discordia no hubiese dividido las fuerzas de los venezolanos. No, ciertamente, por culpa de Bolívar había surgido tal división. En Octubre de aquel año de 1813 había sido Bolívar en Caracas aclamado capitán general de las tropas venezolanas, con el título de *Libertador*. Bolívar se apresuró á hacer partícipes de la distinción á los que le habían ayudado en la empresa, y el 28 del mismo mes creó la orden de Libertadores. Cuando supo que Mariño se aclamaba jefe supremo de Oriente, se limitó á permanecer extraño á tal suceso, guardándose hábilmente de ningún acto que implicara reconocimiento. Pero Mariño estaba muy engreído con su papel y quería á toda costa que Bolívar le confirmara en sus honores, negándose entretanto á auxiliarle con sus tropas. ¡Mal consejera es la soberbia!

Consiguió, sin embargo, poco después Bolívar, resuelto á apretar el asedio de Puerto Cabello, que Mariño le enviase algunos buques. A las órdenes de Piar establecióse el bloqueo de la plaza por mar.

Además de Puerto Cabello y su comarca contaban, al finalizar el año 1813, los españoles Coro y toda la región del lago de Maracaibo y los llanos del Orinoco. A consecuencia de la derrota sufrida en el paso de San Marcos por el patriota Aldao, Calabozo cayó también en poder de los realistas. En la batalla de San Marcos, ganada por Boves, pereció Aldao y, con él, los 1,000 hombres que mandaba.

Si la situación de Monteverde en Puerto Cabello era apurada, la de Ceballos

en Coro no debía ser más envidiable, pues hubo de pedir urgentemente refuerzos al capitán general. Organizó para enviárselos Monteverde la salida del coronel Salomón. No anduvo acertado al señalar á la expedición el itinerario y á punto estuvo de resultar estéril el sacrificio. Este y otros errores de Monteverde hicieron causa de su destitución. Depuesto el 28 de Diciembre por los defensores de Puerto Cabello, se le obligó el 17 de Enero de 1814 á embarcarse para Curazao. Había sido ya, á este tiempo, nombrado por la metrópoli capitán general el brigadier don Juan Manuel de Cajigal.

A principios de 1814, tropas de Yáñez, al mando de Remigio Ramos y de Puy, se apoderaron de las ciudades de Nutrias y Barinas. Este triunfo de los realistas tuvo para los patriotas su compensación en Ospino, donde Urdaneta derrotó á Yáñez, que quedó muerto en el campo de batalla.

Boves, entretanto, emprendió desde Calabozo el camino hacia la villa de Cura. En Puerta halló al republicano Campo Elías. El encuentro fué adverso para los patriotas y Campo se refugió en la Cabrera. Este desastre obligó á Bolívar á pedir un cuerpo de tropas á Urdaneta. Trasladóse luego á Valencia.

El 11 de Febrero se apoderaba Rosette de Ocumare. El 12 atacaba Boves á Victoria, ocupada á la sazón por Ribas, al frente de 1,000 hombres. Después de empeñada lucha, un oportuno refuerzo, enviado por Elías, decidió la acción en favor de los patriotas, y Boves hubo de retirarse con no pocas pérdidas.

El mismo día 12 realizóse en la capital y en la Guaira una terrible matanza de españoles. Todos los prisioneros españoles que allí había fueron pasados por las armas, en cumplimiento de órdenes de Bolívar, dadas al coronel don Juan Bautista Arizmendi. A ochocientos ascendió el número de las víctimas. Sirvió de pretexto á tan espantosa carnicería la afirmación de que los prisioneros conspiraban, de acuerdo con los realistas refugiados en las islas próximas.

Exasperó, con razón, tan inicua conducta á los españoles y la guerra adquirió un carácter de ferocidad que aterra. Logró Ribas derrotar en Charallave á Rosette (20 de Febrero) y obligó á los españoles á evacuar Ocumare. Antes de hacerlo sacrificaron los realistas trescientos habitantes.

Al tiempo que Boves rehacía en la villa de Cura sus fuerzas, juntaba Bolívar en San Mateo (entre Victoria y el lago de Valencia) cerca de 2,000 hombres y algunas piezas de artillería. Emprendido por Boves el ataque contra Bolívar, sufrió éste en la acción del 28 de Febrero más de doscientas bajas. Murió en aquella acción Villalpol y sufrió Elías heridas de tal gravedad que no tardó en morir de ellas. También Boves resultó en la acción herido, debiendo retirarse á Cura. Repúsose pronto y, al mes escaso, pudo preparar contra las fuerzas de Bolívar una acometida que, sin el sacrificio heroico del capitán neogranadino don Antonio Ricaurte, hubiera podido costar muy cara á los patriotas. Mientras Boves, con el grueso de su ejército, atacaba de frente á los de Bolívar, debía una columna tomar por retaguardia los cerros en que se apoyaban los patriotas y apoderarse del depósito de municiones que custodiaba Ricaurte con cincuenta

hombres. Todo iba á gusto de Boves y el pánico se apoderaba de los venezolanos al ver ocupados los cerros y comprender la maniobra, cuando Ricaurte concibió su salvador sacrificio. Dejó entrar á los soldados de Boves en el depósito, haciendo antes salir de él á los suyos, y pegó después fuego al almacén de pólvora. Una formidable detonación llenó los aires. Los soldados de Boves, que pudieron escapar, corrieron á reunirsele, y la victoria se trocó en derrota para el caudillo realista, que, con pérdida de unos ochocientos hombres, se retiró á sus antiguas posiciones.

Por este mismo tiempo, había caído otra vez en poder de Rosette, Ocumare, y un cuerpo realista de 3,000 hombres caminaba hacia Caracas.

Acudía Mariño en auxilio de Bolívar con 3,500 patriotas, cuando Boves le salió al encuentro en Bocachica. La lucha, aunque larga y encarnizada, no llegó á decidir por ninguno el triunfo y Boves se retiró hacia Valencia y Mariño hacia la Victoria. En Valencia hallábase con trescientos hombres Urdaneta, recientemente desalojado de Barquisimeto por Ceballos. A Valencia acudió Ceballos, y se hubiera apoderado de la población sin la oportuna llegada de Bolívar, que decidió á Ceballos á levantar el campo (3 de Abril).

No cesaban, entretanto, las guerrillas realistas de molestar á los patriotas, y Reyes Vargas, Millet, Torralba, Vega, Blanco y otros, acreditaban, en más de una ocasión, su arrojo, y en más de una, también, su escaso amor á la justicia.

Había salido Bolívar de Valencia en dirección á Puerto Cabello, dejando á Mariño el encargo de perseguir á Ceballos que se retiraba á San Carlos. Un descalabro de Mariño, en Arao, decidió al *Libertador* á volver precipitadamente á Valencia. La extraordinaria penuria á que estaban reducidas las fuerzas patriotas, privadas ya de lo más necesario, decidió á Bolívar á intentar un desesperado esfuerzo. Reunió cuanta gente pudo y dispúsose á combatir á los realistas, ahora mandados por el propio Cajigal. El 28 de Mayo vinieron á las manos en Carabobo patriotas y realistas. A 6,000 hombres ascendían las fuerzas realistas; no pasaban mucho los patriotas de 5,000. Fué esta vez para los de Bolívar la victoria. Los de Cajigal hubieron de retirarse en desorden dejando en poder de sus enemigos toda la artillería, 4,000 caballos, ocho banderas, quinientos fusiles y municiones de toda clase y en no corta cantidad.

Sin Boves, hubiera podido la causa realista darse por definitivamente concluída con la derrota de Carabobo; pero Boves reorganizaba el ejército en Calabozo y llegaba á reunir hasta 8,000 combatientes. Aunque no era desconocida de Bolívar la actividad de Boves, no creyó que lograra conseguir en un breve plazo tan respetable núcleo. Envió Bolívar á Mariño á villa de Cura, con más de 2,000 hombres de toda clase de armas, en persecución de Boves; contra Cajigal mandó, con el resto del ejército á Urdaneta, y se consagró él á la tarea de allegar recursos con que sostener el ejército. La guerra lo había agotado todo y se hacía punto menos que imposible obtener auxilios de ningún género. El hambre era general.

Vino á interrumpir á Bolívar en sus gestiones la necesidad de auxiliar á Mari-

ño que, ante un movimiento de Boves, había avanzado hasta Puerta. La pericia de Bolívar no libró esta vez á los patriotas de una terrible derrota, en que perdieron más de 1,000 hombres (15 de Junio). Al día siguiente ocupó Boves Victoria. Envió desde allí á Ramón González con 1,500 hombres, contra Caracas, y se encaminó á Valencia. Defendíala el coronel Escalona, que hubo de entregarla, mediante capitulación (10 de Julio), á las fuerzas realistas que ahora formaban un solo núcleo, pues se habían unido á Boves, Cajigal, Ceballos y Calzada. Por aquellos días, Eluyar había levantado el sitio de Puerto Cabello y se había embarcado con su extenuada gente para la Guaira, y Ramón González había ocupado, sin resistencia, Caracas. Bolívar, seguido de casi toda la población, temerosa de las crueldades de Boves, se había retirado á Oriente, donde la miseria no era tan grande como en las provincias de Occidente. Aunque no se habían equivocado en sus temores los emigrantes de Caracas, pues, á instigación de Boves, don Juan Nepomuceno Quero, con quien fué relevado González, cometió todo género de atropellos; no consiguieron con su emigración gran ventaja sobre los que esperaron en la capital el enemigo. La miseria, las enfermedades y todo género de desdichas dieron, en poco espacio, buena cuenta de ellos.

Engreído Boves con sus triunfos se había hecho el amo. Los disgustos que esto ocasionó dieron por resultado la retirada de Cajigal á Puerto Cabello.

Urdaneta, perseguido por Calzada, se retiró con 1,000 hombres á Nueva Granada. Bolívar, con 2,000 hombres que había logrado reunir, se hallaba en Aragua, provincia de Barcelona. Mil hombres más, enviados al mando de Bermúdez desde Cumaná por Mariño, le reforzaron; pero nada impidió una nueva y tremenda derrota de los republicanos. Morales fué esta vez el afortunado. Baste para dar idea de la tremenda lucha sostenida en Aragua el 18 de Agosto de 1814, decir que las víctimas de uno y otro ejército alcanzaron la enorme cifra de 4,700 hombres. Los jefes revolucionarios fueron á refugiarse con Bolívar á Cumaná. De allí pasó á poco Bolívar con Mariño á la isla Margarita, en una escuadrilla mandada por un aventurero italiano, llamado Bianchi. Hasta este viaje fué para Bolívar desdichado, pues Bianchi se apoderó de la mayor parte del tesoro que el caudillo americano llevaba consigo. Constituían este tesoro todas las alhajas de las iglesias de Caracas entregadas á Bolívar por el alto clero. Para quitar sin duda á su acción, absoluto carácter de despojo, Bianchi cedió á Bolívar y Mariño un par de buques de la escuadrilla. No sólo con esto compensó Bianchi los perjuicios ocasionados á sus viajeros. Cuando, desembarcados éstos en Carúpano, gobernada por los patriotas Ribas y Piar, se amotinó contra Mariño y Bolívar la población, y se enteraron de que acusados de haber abandonado el ejército se había dictado contra ellos un decreto de proscripción, Bianchi los salvó de mayores peligros. Bolívar fué destituido de todo mando; Mariño reducido á prisión. Bianchi reclamó imperiosamente su libertad, y los dos ilustres jefes republicanos debieron á las amenazas del aventurero verse de nuevo en la mar con rumbo á Cartagena.

Pronto debieron arrepentirse de su conducta Ribas y Bermúdez. Prescindir de Bolívar fué en ellos vanidad y locura.

Una sola victoria pudieron ya, por mucho tiempo, contar los republicanos. Siguiéronla desastres sin fin.

Atacó el 12 de Septiembre el jefe realista Morales á Bermúdez, que defendía la ciudad de Maturín. Fué derrotado con pérdida, entre muertos y heridos, de cerca de 3,000 combatientes.

Bolívar hubiera sabido aprovechar esta victoria, porque su prestigio hubiese evitado, seguramente, las disensiones que á poco surgieron entre los jefes republicanos.

Cerca de 6,000 hombres llegaron Bermúdez y Ribas á contar en sus ejércitos.

Piar inició las disidencias y los desastres. Situado en Cumaná con 2,000 hombres, desobedeció las órdenes que se le dieron de unirse á sus compañeros. Sorprendido por Boves en la Sabana del Salado el 16 de Octubre, el ejército de Piar fué pasado á cuchillo. El 9 de Diciembre batió el mismo Boves á Bermúdez, que había salido de Maturín y hubo de volver á refugiarse en la ciudad.

Pasó luego Boves á Urica donde, unido con Morales, se dedicó á reorganizar el ejército realista.

Entretanto, Bermúdez y Ribas reorganizaban el suyo y reunían hasta tres mil hombres. No sin oposición de Bermúdez, triunfó el parecer de Ribas de salir nuevamente al encuentro de Boves. En el valle de Urica halláronse, el 5 de Diciembre de 1814, los contrarios ejércitos. La batalla fué reñida, sangrienta. Los prodigios de valor, numerosos. La victoria se decidió por los realistas. No bastó á impedirla ni la muerte del propio Boves, atravesado por una lanza. La infantería republicana contó casi tantos muertos como combatientes. En Maturín volvieron á refugiarse Ribas y Bermúdez. A Maturín se dirigió prontamente Morales, nombrado sucesor de Boves. Después de heroicos esfuerzos en su defensa, cayó la ciudad en poder del realista. Con doscientos hombres, corrió Bermúdez á refugiarse á las montañas del Tigre, de las que pasó á la isla Margarita. Ribas fué menos afortunado. Quiso unirse á Urdaneta, á quien creía en Barquisimeto, y hacia este punto se encaminó; pero, descubierto por el enemigo, fué fusilado. La cabeza, cubierta del gorro frigio que acostumbraba llevar, fué colocada en una jaula de hierro en el camino de la Guaira.

Además de la isla Margarita, donde mandaba Arizmendi, sólo quedaron por los patriotas al terminar el año 1814 algunas partidas, mandadas por Cedeño, Barreto, Monagas y Zaraza, los dos últimos, acreditados en la batalla de Urica de hombres de valor extraordinario.

Como sucesor de Boves, continuaba Morales desligado de la autoridad de Cajigal. En Marzo de 1815 llegó una real orden del Gobierno de la metrópoli, reprobando la conducta de Boves. Comprendió Morales la indirecta y reconoció á Cajigal, que pasó entonces á Caracas.

Es probable que la sumisión de Morales no hubiera sido tanta, sin el anuncio de estar en camino una expedición española, compuesta de 11,000 hombres, al mando del teniente general don Pablo Morillo. Esta expedición zarpó de Cá-

diz, el 18 de Febrero de 1815, en sesenta y cinco buques de transporte y otros menores, escoltados todos por el navio *San Pedro Alcántara*, de sesenta y cuatro cañones. Fondeó la expedición en Puerto Santo, cerca de Carúpano, el día 3 de Abril.

De Carúpano, Río Caribe, Cariaco y Güiría, se había apoderado Morales poco antes. Fácil fué ya á los realistas, sobre todo después de la llegada de la expedición española, enseñorearse de la isla Margarita. Con 3,000 hombres, embarcados en veintidós buques, fué Morales contra ella. La isla se entregó sin resistencia.

Había ido Morillo á substituir á Cajigal, y con amplios poderes para consolidar el dominio de España en Venezuela. Entró en Caracas el 11 de Mayo de 1815.

Prudente Morillo y cansado el país de la guerra, todo fué al principio bien. Había, sin embargo, de durar poco la tranquilidad. No era fácil que después de tan tremenda lucha se consolidase de nuevo un régimen que había suscitado convulsiones tan hondas. La pacificación obtenida debió ser aprovechada por el Gobierno español, ya que antes no lo había sabido hacer, en imprimir una radical variación en los procedimientos coloniales. No cabía ya hacerse ilusiones. Lo pasado constituía una lección demasiado dura. Además, no era fácil que un pueblo como el de Venezuela, acostumbrado á la revuelta, dejase de hallar pronto pretextos para recomenzarla.

Comenzaron los disgustos á propósito del incendio ocurrido en 24 de Abril, en la isla de Couche, del navio *San Pedro Alcántara*. Con el navio, además de gran cantidad de municiones, armas y pertrechos, habíase perdido la caja del ejército.

En gran apuro ponía el desastre á Morillo; pero, como no era cosa de entrar imponiendo contribuciones, dejó pasar un poco de tiempo, al cabo del cual ideó, como único medio de salvar la triste situación económica á que el incendio le había reducido, disponer una derrama de 200,000 pesos á los vecinos de Caracas.

Se ve que Morillo procedía con timidez, porque la cantidad no era exagerada; pero el país atravesaba, por efecto de los pasados trastornos, una época de gran penuria, y recibió mal la exigencia. Llegóse hasta á propalar que la tal caja no había existido nunca y que todo era un ardid para obtener recursos.

Otros motivos de descontento vinieron á unirse á ese. No fué el menor el desdén con que los jefes españoles trataron desde luego á los oficiales venezolanos que habían peleado juntos con los españoles. Produjéronle también grande la creación de una junta de secuestros, que presidía el brigadier don Sebastián Moxó, y la substitución de la Real Audiencia por ún Tribunal de Apelaciones.

El mismo Moxó fué por Morillo nombrado su substituto, supeditando, sin embargo, á Ceballos, cuando, dispuestos ya los preparativos, se decidió á emprender una expedición contra Nueva Granada. Morillo embarcó en Puerto Cabello con 8,000 hombres; 5,000 de los que había llevado de España y el resto de los de Morales.

## V

NUEVA GRANADA Y VENEZUELA. — Cuero substituye á Ruiz de Castilla. — Montufaristas y sanchistas. — Congreso constituyente. — Expedición á Cuenca. — Muerte de Urries. — Don Toribio Montes. — Batalla de Mocha. — Cartagena y Santa Marta. — Nariño y el Congreso. — Tratado de Santa Rosa. — Las Provincias Unidas de Nueva Granada. — Ataque de Bogotá. — Acciones de Palace, Calibío y Juanambó. — Don Manuel Alvarez, dictador de Cundinamarca. — Bolívar en Tunja. — Sitios de Cartagena. — Acción de Chitagá. — Batalla de Cachiri. — Entran los españoles en Santafé. — El presidente Madrid. — Sámano, virrey de Nueva Granada. — Se encarga Moxó de la capitania general de Venezuela. — Insurrección de la isla Margarita. — Expedición de Bolívar á Venezuela. — Expedición de Mac Gregor. — Derrota de Morales. — Don José Antonio Paez. — Regreso de Bolívar. — El general Morillo pasa á Venezuela. — Congreso de Cariaco. — Disensiones entre los revolucionarios. — Congreso de Angostura. — Expedición de Bolívar á Nueva Granada. — República de Colombia.

Dijimos ya, en su lugar, que el Conde Ruiz de Castilla presentó su dimisión, el 11 de Octubre de 1811, como presidente de la Junta gubernativa de Quito. Fué nombrado en su lugar el obispo Cuero. Cuero aceptó, seguro de lo insignificante que había de resultar su papel, dadas las divisiones que minaban al partido patriota. Entre los bandos más importantes contábanse el del Marqués de Selva Alegre y el del Marqués de Villa Orellana; los primeros, distinguidos con el nombre de *montufaristas*, y con el de *sanchistas* los segundos.

Intentóse, para acabar con las discordias, un cambio en la forma de gobierno y se convocó un Congreso constituyente, que se reunió el 1.º de Enero de 1812. Como pasa siempre que se sobreponen los intereses personales á las conveniencias del país, se interpuso una cuestión de simple procedimiento y dió con el Congreso al traste. Pretendían unos comenzar por la organización del Gobierno y querían otros que precediese á todo el debate sobre la Constitución á adoptar. Bien se ve que trataban todos de asegurarse el predominio de su respectivo bando. Los diputados de la minoría, que eran ocho, se trasladaron el 24 á Lacatunga y se constituyeron allí en cuerpo soberano é independiente.

Llegó en esto á Quito la noticia de haber sido, por la Regencia de España, nombrado presidente, en substitución de Molina, el teniente general don Toribio Montes, y, decididos los quiteños á no dar tiempo al nuevo nombrado á tomar providencias que pusieran en peligro la obra revolucionaria, dispusieron el ataque de Cuenca. El 1.º de Abril de 1812 salió de Quito don Francisco Calderón, al mando de unos 1,500 hombres. Bien recibida la disposición por los pueblos, en breve vió Calderón duplicada la gente á sus órdenes.

Favorables los primeros encuentros entre patriotas y realistas, parecía la campaña prometer á los primeros el éxito; pero la disidencia entre montufaristas y sanchistas produjo en el ejército sus desastrosos efectos, como los había producido antes en el Congreso. Jefes y oficiales montufaristas abandonaron, instigados por agentes de su partido, el campo, emprendiendo una retirada que acabó

en huida, pues los fieles á Calderón les persiguieron y acosaron, no dejándoles hasta Riobamba, de donde pasaron á Quito. Tales fueron allí sus informes contra Calderón, que este jefe fué separado del mando y nombrado en su lugar el comandante don Feliciano Checa.

Al tiempo que esto ocurría, los pastusos, decididos realistas, después de derrotar al presidente del Cauca, Caicedo, se preparaban á invadir, á las órdenes de don Pedro Calisto, el territorio de Quito. Al disgusto producido en los quiteños por esta amenaza atribuyen algunos historiadores el motín que se produjo el 15 de Junio contra el ex presidente Urries, Conde Ruíz de Castilla, que, como sabemos, vivía retirado en el convento de la Merced. No tiene, en verdad, explicación satisfactoria lo ocurrido. Sacó el furioso pueblo al infeliz Urries de su asilo y le maltrató, sin consideración alguna á sus años. Para salvarle de una muerte inmediata, fué preciso que las autoridades le prendiesen, prometiendo formarle rápida sumaria y fusilarle luego. Aunque sus heridas no eran graves, Urries no pudo sobrevivir al ultraje. Negóse á recibir todo auxilio y se dejó morir de desesperación (18 de Junio).

Demostró Montes pronto que era justo el temor que sentían hacia él los revolucionarios. Puesto desde Guayaquil de acuerdo con el gobernador militar de Cuenca, Aymerich, y con el coronel don Juan Sámano, reunió un ejército de cerca de 3,000 hombres y con ellos derrotó en Mocha, el 2 de Septiembre de 1812, á Checa, que no paró en su huida hasta Lacatunga. Checa fué depuesto. Le substituyó en el mando del ejército revolucionario don Carlos Montúfar que, después de intentar en vano detener en su avance á Montes, se retiró á Quito.

A la aproximación de Montes á Quito, ganó el pánico á sus habitantes. Cuando las fuerzas de Montes se apoderaron del fuerte del Panecillo, la desbandada fué general. Montes entró en Quito el 8 de Noviembre. Fácil tarea fué ya, para los realistas, pacificar del todo la presidencia. Sámano batió á Calderón, que había conseguido organizar un pequeño ejército. Calderón fué pasado por las armas. Igual suerte alcanzó Caicedo. El coronel Montúfar, Checa y los Marqueses de Selva Alegre y Villa Orellana cayeron prisioneros. Todos, menos el coronel Montúfar, desterrado al Panamá y encerrado allí en un calabozo, recuperaron á poco la libertad.

Veamos ahora lo ocurrido en otras provincias del virreinato.

La anexión á Cundinamarca de San Gil, Vélez, Timaná y las provincias de Mariquita y del Socorro avivaron los celos de las del Norte.

Entre Cartagena y Santa Marta estalló un serio conflicto. Mientras la primera obraba con independencia y había podido, á fines de Enero de 1812, convocar una convención que discutiese y aprobase su primera ley fundamental, la segunda se hallaba de nuevo sometida al antiguo régimen y gobernada por su reconquistador, el coronel Acosta. Deseosos algunos pueblos de Santa Marta de sacudir el yugo realista, conspiraron por anexionarse á Cartagena, y he aquí al gobierno de Cartagena adoptando una actitud hostil contra Santa Marta, con el solo fin de favo-

recer los anhelos de libertad de los pueblos contrarios al Gobierno español. Comenzó por tratar á Santa Marta como terreno extranjero imponiendo derechos á las mercancías que remitiese por el río Magdalena. Respondió Santa Marta creando, en otros lugares del mismo río, aduanas para las procedencias de Cartagena, y levantando en las orillas fortificaciones que cerraran la navegación á los cartageneros. La situación de los dos pueblos era, sin embargo, tan distinta, que la provocación de Cartagena parecía temeraria, dada su extrema pobreza, comparada con su rival. Además, Santa Marta, tuvo á poco la fortuna de recibir socorros enviados desde Panamá por el nuevo virrey de Nueva Granada, don Benito Pérez. Los primeros eneuencos de las fuerzas revolucionarias y realistas fueron favorables á estos últimos. Nombró, en tal trance, la Junta de Cartagena, supremo dictador á don Tomás Manuel Rodríguez. Las cosas no parecían ni con este remedio cambiar, antes, al contrario, empeoraron, ya que la reconquista de Venezuela por Monteverde permitió á los españoles reforzar más y más á los realistas de Santa Marta que lograron restablecer su gobierno en muchos pueblos de las orillas del Magdalena. Su misma reconquista de Venezuela vino, sin embargo, á favorecer á los revolucionarios, ya que les proporcionó el auxilio de Bolívar y otros venezolanos emigrados. Bolívar hizo entonces campañas que dejamos en otro lugar relatadas y gracias á los cuales pudo Labatut, un aventurero francés á que Torrices confió el mando de las tropas, realizar la empresa de apoderarse de Santa Marta. Embarcado con sus tropas en el Magdalena, salió al mar, saltó en tierra de Santa Marta y, sin resistencia, entró en la ciudad, el 6 de Enero de 1813.

Tan interesante como esta lucha fué la sostenida por otras provincias en pro de la federación. No habían querido las provincias federales salir de un despotismo para caer en otro, y habían así adoptado el sistema que las conservaba su autonomía. Pero Nariño, el presidente de Cundinamarca, unitario intransigente, aspiraba á unir al carro del centralismo la mayor suma de pueblos posible. Atrájose así el odio de la mayor parte de las provincias centrales. Mezclóse, como de costumbre, la pasión en la política contienda y exasperados Casanare, Tunja y Pamplona, pueblos entusiastas por la federación, decidieron resistir por todos los medios las ambiciosas pretensiones de Nariño. A Tunja y Pamplona envió el presidente, al mando del coronel Baraya, algunas tropas. Pretextó, para hacerlo, el recelo de que el gobierno español de Maracaibo se proponía apoderarse de ellas. No era, empero, otro su designio que someterlas á Bogotá. Apenas se halló Baraya en Tunja, se convenció de lo legítimas que eran las pretensiones de los federales y se pasó á ellos, oficiándolo así á Nariño, á quien calificó de tirano. Presidía el gobierno de Tunja don Juan Nepomuceno Niño.

Irritó al presidente de Cundinamarca la conducta de Baraya y, armando en Santafé una expedición, dispúsose por sí mismo á reducir á Tunja. Logró fácilmente ocuparla; pero la idea federalista surgía como por encanto en todas partes proporcionando á las fuerzas unitarias más de un disgusto. Adoptó entonces

Nariño el prudente acuerdo de aceptar con el gobierno de Tunja una transacción. Por el tratado de Santa Rosa, de 30 de Julio de 1812, se convino entre los representantes de Tunja y los de Cundinamarca en reunir un Congreso general que deslindara el territorio de cada Estado.

Despechado Nariño, renunció la presidencia (6 de Agosto). Substituyóle don Manuel Benito. Un levantamiento, más ó menos popular y más ó menos espontáneo, restableció á poco á Nariño en el poder, elevándole á dictador.

En la villa de Leiva se instaló el 4 de Octubre de 1812, con arreglo á lo convenido en el tratado de Santa Rosa, el Congreso de las Provincias Unidas de Nueva Granada. Constituyeron el Congreso representantes de Antioquía, Cartagena, Casanare, Cundinamarca, Pamplona, Popoyán y Tunja. Eligió el Congreso presidente al doctor don Camilo Torres. Triunfaron, desde luego, las ideas federales.

El Congreso se negó á reconocer la calidad de dictador en Nariño y mandó restablecer el gobierno de Cundinamarca del modo que lo estaba antes del 10 de Septiembre.

Cosa rara, Nariño, unitario á toda prueba, quiso entonces para Cundinamarca la más absoluta independencia, y, sobre hacerse confirmar los poderes, hizo declarar en cabildo abierto, á tal fin convocado, que Cundinamarca no entraba en la federación y se constituiría como mejor le pareciera.

Enérgico el Congreso, después de apurados los procedimientos pacíficos para traer á Nariño á la razón, le declaró traidor y decretó la guerra contra Cundinamarca. De Leiva se trasladó en seguida el Congreso á Tunja.

Aceptó Nariño el reto, armó una expedición, al mando del español revolucionario don José Ramón Leiva, y con ella salió para Tunja (23 de Noviembre). Las tropas federales, mandadas por don Joaquín Ricaurte, derrotaron á las de Nariño el día 2 de Diciembre. El 24, ponía Baraya cerco á Bogotá. Pretendió, entonces, Nariño, un arreglo. Rechazólo Baraya, pretendiendo que la ciudad se rindiera á discreción.

Roto el fuego, la victoria se decidió por Nariño. Perdieron los federales en la jornada más de 1,000 prisioneros, veintisiete piezas de artillería, trescientos fusiles y muchos pertrechos. Convino un tratado de paz y amistad que reconoció fuera de la federación á Cundinamarca.

Ni este arreglo entre los republicanos, ni las victorias de Bolívar en el Norte, lograron consolidar la tranquilidad deseada. La desatentada conducta del aventurero Labatut, en Santa Marta, reaccionó la opinión en favor de los realistas, que se apoderaron de la ciudad el 5 de Marzo de 1813. Por el mismo tiempo, los realistas de Quito invadían la provincia de Popoyán, de que ya una vez se había apoderado Sámano y que había sido recuperada, en Octubre de 1812, por la Junta gubernativa; y las fuerzas de Monteverde amenazaban invadir Nueva Granada por el Oriente. Contra Santa Marta armó Torrices una expedición, que halló, el 10 de Mayo, en Popares, triste fin.

Substituyó en esto la Regencia española al virrey de Nueva Granada, nombrando en su lugar, con el título de capitán general (el título de virrey fué suprimido por España para toda América), al cubano don Francisco Montalvo.

Volvió otra vez Sámano contra Popoyán, de que era á la sazón presidente don Felipe Antonio Mazuera. Solicitó éste socorro de Cundinamarca y acordó el Colegio



*(Véase la pág. 497).*

electoral prestárselo. Nariño, nombrado teniente general de las tropas del Estado, obtuvo también auxilios del Congreso de la Unión. Para mientras durara la ausencia de Nariño, fué nombrado por el Colegio electoral para substituirle, en el Gobierno de Cundinamarca, don Manuel Bernardo Alvarez.

Alarmantes noticias de Popoyán inspiraron á Nariño la idea de realizar un acto que demostrase á los españoles que no los temía y propuso al efecto al Colegio electoral la declaración de la independencia absoluta de Cundinamarca. Declaróla solemnemente el Colegio el día 15 de Julio de 1813.

El 30 de Diciembre, derrotó Nariño á Sámano y entró en Popoyán. No fué ésta la única derrota de Sámano. Poco después volvió el mismo Nariño á derrotarle en Calibío. Depúsole del mando Montes, y nombró en su lugar al mariscal de campo don Melchor Aymerich, á quien especialmente encargó la defensa de Pasto. Aymerich, en cumplimiento de esta orden, se apoderó y atrincheró Juanambó.

De Popoyán, donde había establecido su cuartel general, salió Nariño para Pasto el 22 de Marzo de 1814. Llevaba 3,000 hombres. Cruzó, no sin dilaciones y trabajos, el río Juanambó (2 de Mayo) y, después de varios indecisivos combates entre sus fuerzas y las españolas, fué derrotado por Noriega á quien Aymerich había dejado encargada la defensa de la plaza. No había derrotado Noriega sino á una parte del ejército de Nariño; pero el resto de este ejército, dando crédito á la falsa noticia de la muerte de su jefe, abandonó el campo sin combatir. Vióse así Nariño reducido á la impotencia, y después de tres días de andar vagando por los bosques inmediatos, se presentó al general Aymerich. Disuadió éste al presidente Montes de su propósito de fusilar á Nariño, calculando que podría sacar provecho de un jefe de su importancia. A los trece meses de su prisión en Pasto, tratóse de trasladarle á Quito; pero, sabiendo que se tramaba un motín para libertarle, se le condujo secretamente á Lima, y de allí á España, donde permaneció preso en Cádiz hasta 1820, que le indultaron las Cortes liberales.

La noticia del restablecimiento de Fernando VII en su Trono, que hacía prever el envío de nuevas expediciones, contribuyó á que se acentuase en los pueblos una reacción hacia el antiguo régimen. Sentían todos ansias de tranquilidad.

Concibieron entonces los diputados del Congreso de Tunja la idea de reunir todas las fuerzas de Nueva Granada en un gobierno común y organizar la federación de un modo más regular y fuerte, negociando al efecto con el presidente de Cundinamarca, don Manuel Alvarez, nombrado dictador por el Colegio electoral desde la derrota de Nariño. Sin resultado éstas, pues Cundinamarca se negaba á todo lo que no fuera tratar de potencia á potencia con el Congreso, y sostenía pretensiones imposibles de aceptar, decidióse que el gobierno de la república fuera federal y se compusiese de un Congreso y de una Junta directiva de tres individuos. Formáronla don José Fernández Madrid, don José María del Castillo y don Joaquín Camacho.

En estos momentos penetraba en Nueva Granada el general patriota don Rafael Urdaneta con los restos del ejército de Venezuela, ofreciéndose este general al Congreso para combatir á los rebeldes de Cundinamarca y á los realistas. Unido en Pamplona á Bolívar y Nariño, que habían desembarcado en Cartagena,

se dirigieron á Tunja, donde Bolívar dió amplias explicaciones al Congreso de su campaña en Venezuela. Felicítóle el Congreso y le confió el mando de las tropas que habian de sojuzgar á Cundinamarca. Se componían estas tropas de los 1,800 soldados de Urdaneta y de los que proporcionaron las provincias, hasta reunir un total de 3,000.

Tomada por Bolívar, Bogotá, después de una heroica resistencia en que tuvieron los federales que ganar calle por calle horadando las paredes de los edificios y que costó á ambos ejércitos trescientos muertos y numerosos heridos, se firmó un convenio el 12 de Diciembre de 1814, por el cual, el Gobierno de Cundinamarca reconocía la autoridad del Congreso. Invitado por el Colegio electoral pasó éste á Santa Fe, donde se instaló, siendo uno de sus primeros acuerdos nombrar á Bolívar capitán general.

Encargado Bolívar de emprender una campaña contra los realistas, púsose á sus órdenes una expedición que había de dirigirse por el Magdalena á operar en Santa Marta. El coronel don Manuel Castillo, encargado por el Gobierno de Cartagena, de la defensa de esta línea, la había desamparado retirándose á la ciudad, lo que aprovecharon los realistas para apoderarse de Barranquilla. Llegado Bolívar á Mompox, reclamó los auxilios que le correspondían; pero, sometido el Gobierno de Cartagena á la influencia de Castillo, coronel venezolano, y de otros compatriotas suyos, enemigos de Bolívar, no sólo se le negó lo pedido, sino que el gobernador don Juan de Dios Amador ordenó á las tropas que le desobedecieran y que si se movía de Mompox le obligaran á regresar, hasta tanto que el Gobierno de Cartagena le permitiera pasar adelante.

Ni las comunicaciones enviadas por Bolívar y por el Congreso á los obstinados cartageneros, ni la conveniencia de no demorar la lucha contra los españoles, les convencieron, por lo que Bolívar se decidió á someter por las armas á la ciudad.

Recibido fué á balazos el parlamentario que envió Bolívar á los cartageneros, antes de sitiar la plaza. Un mes duró el asedio, durante el cual los dos ejércitos compatriotas se combatieron con saña, llegando los sitiados hasta inficionar las aguas que bebían las tropas de Bolívar. Aprovecháronse los españoles de esta fratricida lucha y tomaron á Mompox (29 de Abril).

Al saberse en Cartagena la llegada de Morillo á Venezuela con un numeroso ejército español, trasladáronse al campamento sitiador el gobernador y jefe militar, Castillo, y se firmó un tratado de paz, por el cual el jefe del ejército de la Unión y el Gobierno de Cartagena se apercebían para la defensa común; pero convencido Bolívar de que aquellas autoridades no procedían de buena fe, dejó el mando de las tropas y se embarcó para la Jamaica. Le substituyó don Florencio Palacios, que intentó recuperar á Mompox; pero, dirigiéndose á esta población por lodazales profundos, tuvo que desistir, con pérdida de no poca de su gente. Con la poca que pudo salvar se situó en Magangué, donde las deserciones y las enfermedades acabaron de disolver el ejército que tanto había peleado en Vene-

zuela y que hubiera podido oponer algunos obstáculos á la marcha triunfal de Morillo.

Acababa este general de pacificar á Venezuela y pasó á hacer lo propio á Nueva Granada. El 22 de Agosto de 1815 sitió á Cartagena, donde los republicanos habían tomado todas las medidas necesarias para una seria resistencia. Pero si las fortificaciones estaban bien artilladas, carecían en cambio de soldados y



(Véase la pág. 502).

fusiles. Consiguieron los cartageneros subsanar tal falta, sorprendiendo una nave que Morillo había destacado de su escuadra con rumbo á Panamá y apoderándose de trescientos soldados, dos mil fusiles y otros artículos de guerra. Quince mil fusiles más, recibidos por este tiempo de los Estados Unidos, acabaron de permitirles reforzar sus parques y almacenes. Disponían de 3,600 soldados y de sesenta y seis cañones. Al principio, mandaba la fuerza el coronel Castillo; pero, acusado luego de apatía, fué substituído por el general Bermúdez. Sitió el espa-

ñol la plaza por tierra, desembarcando parte de sus tropas, y por mar, con la escuadra de que disponía. Envió, al mismo tiempo, á los sitiados proclamas y proposiciones para que se rindieran.

Cuando ya eran en la plaza grandes los estragos del hambre, de la miseria y del bombardeo, resolvieron, en Octubre, los republicanos ponerse bajo la protección de Inglaterra y entablaron, sin resultado, negociaciones con el gobernador de Jamaica.

A los apuntados horrores agregáronse, en Noviembre, los producidos por peste mortífera. Rayó la desesperada situación de los sitiados en lo imposible. Hasta los cueros de las monturas fueron consumidos. Día hubo en que murieron de hambre trescientas personas.

Aunque se había autorizado la salida de cuantos quisieran, fueron pocos y muy á última hora los que se decidieron á realizarla.

No fueron por los sitiadores mal tratados.

Al entrar el mes de Diciembre, la mortandad había reducido extraordinariamente las guarniciones de los fuertes y era imposible confiar en el éxito, por lo que se acordó evacuar la plaza al día siguiente, con dirección á las islas extranjeras. A personas respetables, afectas á los españoles, se encomendó el encargo de entregar á Morillo la plaza, de conformidad con las proposiciones que éste había antes hecho y por las cuales se garantizaba personas é intereses.

Embarcáronse el 5 de Diciembre, en número de 2,000, los sitiados en una escuadrilla que, á las órdenes de un francés, se hallaba en el puerto. Empezó la escuadrilla su salida, con inaudita intrepidez, por entre las fortalezas levantadas por los enemigos y los buques que bloqueaban la plaza. Forzó la escuadrilla la bahía, en medio del vivo fuego de veintidós embarcaciones cañoneras y obuseras y doce piezas de grueso calibre, montadas en diferentes lugares. Sufrieron los fugitivos graves averías en sus embarcaciones y no escaso daño en sus personas. Atravesada, al fin, la línea del sitio, y al ponerse fuera, tuvieron aún que combatir con otro enemigo: un terrible temporal que dispersó el convoy, obligando á los buques expedicionarios á tomar diversos rumbos. Algunos cayeron en manos de los realistas. Sólo seiscientos cartageneros lograron salir con bien de la empresa y llegar á diversas islas.

El capitán general don Francisco Montalvo, que acompañaba á Morillo en el sitio de Cartagena, describe el aspecto de la plaza en el parte que cursó al ministro de la Guerra.

« El aspecto horrible que presentó la ciudad á nuestros ojos no se puede describir exactamente. Cadáveres por las calles y plazas; unos, de los que acababan de morir al rigor del hambre, y otros, de los que habían expirado dos ó tres días antes, y que por ser en número considerable parece que no había tiempo para sepultarlos. Otras personas próximas á fallecer de necesidad; una atmósfera sumamente corrompida que apenas permitía respirar. Nada, en fin, se dejaba notar en estos infelices habitantes sin llanto y desolación.» Calcúlase que durante

el sitio murieron 6,000 hombres, casi la tercera parte de la población. La defensa de la plaza había sido tan tenaz y empeñada, que Morillo, el 22 de Enero de 1816, exclama: « La ocupación de la inexpugnable Cartagena es un milagro palpable. » El Gobierno español premió á Morillo por este hecho con el título de Conde de Cartagena. La toma de esta plaza costó á los españoles ciento ocho días de asedio y cerca de 3,000 hombres, la mayor parte muertos de disentería.

Al embarcarse Morillo en Venezuela para Nueva Granada, dejó encargado al coronel español don Sebastián de la Calzada que pasase á ocupar á Cúcuta y desde aquí á Ocaña; pero sabiendo Calzada que en los llanos de Casanare había un cuerpo republicano de 1,000 jinetes y cien infantes, á las órdenes de Ricaurte, se dirigió á batirlo. Derrotada su caballería por Ricaurte en el llano de Cire, se dirigió á Tunja donde el gobernador don Antonio Palacios le opuso una resistencia infructuosa.

Alarmado el Congreso de la Unión por las victorias de los españoles, concentró el poder ejecutivo, confiándolo sólo al doctor don Camilo Torres, hombre de talento, pero sin resolución ni conocimientos militares. Nombró Torres á García Rovira jefe de un cuerpo de tropas reclutado en la provincia de Socorro para que operase en combinación con Urdaneta. Este jefe no llegó á tiempo en auxilio de Urdaneta, á quien derrotó Calzada á orillas del río Chitagá. Urdaneta logró escapar seguido sólo de doscientos hombres. Entró seguidamente Calzada en Pamplona donde se detuvo á esperar los refuerzos que había pedido á Maracaibo. Entretanto, se reunían García Rovira y Urdaneta, y al poco tiempo el coronel don Francisco Bermúdez con una columna que tenía en Ocaña. Sumadas á estas fuerzas alguna gente de Santa Fe, Tunja y el Socorro, se formó el último ejército que los republicanos pudieron oponer á los españoles. Separado del mando Urdaneta para responder ante un consejo de guerra de su derrota del Chitagá, marcharon García Rovira y Santander, por orden del Congreso, contra Calzada, á quien avistaron en el páramo de Cachiri el 21 de Febrero. Trabada la acción por la tarde, hubo de suspenderse por haberse hecho de noche, continuando á la mañana siguiente. Completamente derrotados los republicanos con pérdida de trescientos hombres muertos y más de cuatrocientos prisioneros, García Rovira y Santander, seguidos de los pocos que pudieron con ellos salvarse, refugiáronse en el Socorro.

Desanimado el presidente Torres por estos descalabros, presentó su dimisión, que le fué admitida, siendo nombrado para substituirle el doctor don José Fernández Madrid, que, á más de literato notable y fácil orador, se había distinguido mucho por su energía y actividad. Confirmó el nombramiento de jefe de las escasas fuerzas con que se contaba al francés Manuel Serviez, á quien Torres había ascendido á general de brigada, y dispuso que se estableciera el cuartel general en Puente Real. Contaban los republicanos con unos 1,200 hombres, entre infantes y jinetes. En frente de este ejército había cuatro divisiones españolas: la de Calzada en el Socorro, que esperaba otra mandada por el coronel don Miguel de la

Torre; la del coronel don Julián Beyer, que invadió la provincia del Chocó; y la del coronel don Francisco Warleta que se hizo célebre por sus rigores en el Cauca y en Popoyán.

Desanimados Serviez y el presidente Madrid ante las imponentes fuerzas que se les venían encima, resolvieron no esperar á los españoles y retirarse á la provincia de Casanare. Desmoralizado el ejército de los republicanos, empezó á dispersarse, por lo cual el Congreso previno al presidente Madrid que capitulara con Morillo; pero Madrid se negó á hacerlo, y ordenó á Serviez pasara á los Llanos, mientras él con la guardia de honor y el batallón del Socorro se dirigía al Sur, con esperanzas de poder continuar la guerra.

El coronel La Torre publicó entonces en el pueblo de Zipaquirá, cercano á Santa Fe, un bando en el que prometía, garantizar vidas y haciendas á los comprometidos en la revolución que se presentasen en el término de seis días.

El día 6, hizo este coronel su entrada en Santa Fe, en medio del mayor entusiasmo. Llenaba de regocijo á todos el término de una guerra que había causado, durante seis años, tantos perjuicios y tantas víctimas. La Torre confirmó el indulto de Zipaquirá y, en efecto, no se molestó á nadie hasta el 26 de Mayo en que Morillo hizo su entrada en la capital.

Este jefe desaprobo la conducta de La Torre y anuló el indulto por él concedido, reprendiéndole severamente. Reprendió también á Calzada por sus relaciones con algunos revolucionarios. Envió á La Torre á perseguir á los republicanos á los Llanos de San Martín, y á Calzada á Cúcuta. Ya había Morillo, antes de salir de Cartagena, mandando fusilar al general insurrecto Castillo y á siete patriotas más, y al pasar por Mompox había ordenado otras ejecuciones. Estableció en Santa Fe un consejo de guerra permanente, para juzgar á los comprometidos con los republicanos, ocupándose él y su segundo, Eurile, de examinar todos los documentos publicados durante los seis años anteriores por el gobierno revolucionario. Conocieron por estos documentos los nombres de todos los que habían tenido participación más ó menos directa en todo lo ocurrido y dictaron tal número de detenciones, que, no pudiendo contener las cárceles de la ciudad tantos presos, fué preciso habilitar, para cárceles, el colegio de la orden Tercera de San Francisco y el del Rosario. Creó luego, además, Morillo otros dos tribunales; uno llamado de *purificación*, ante el que debían explicar su conducta todos los sospechosos, y otro titulado *junta de secuestros*, encargado de confiscar los bienes de los presos.

Fueron ejecutadas, á consecuencia de estos procesos, muchas personas, entre ellas, notables revolucionarios. La primera ejecución fué la del capitán de fragata don Antonio Villavicencio, que había ido como comisionado de la Regencia española á Nueva Granada (5 de Junio). Siguiéron las del ex presidente don Camilo Torres, don Jorge Tadeo Lozano, la del dictador de Cartagena, Torriles, la de don Manuel B. Alvarez y la del célebre astrónomo, matemático y naturalista de Bogotá, don Francisco José de Caldas, verdadera eminencia que honraba la América

española. Conociendo Murillo lo que José de Caldas valía y convencido de la parte secundaria que había tomado en los sucesos revolucionarios, intentó salvarle; pero hubo de desistir de tan generoso propósito ante la oposición enérgica del americano Eurile, que llegó á amenazarle con denunciar á la Corte su benignidad.



En provincias se llevaba también á cabo rigurosas ejecuciones, se imponían multas, contribuciones y trabajos forzados para la construcción de caminos militares, y se restablecía el Tribunal de la Inquisición, con el principal objeto de examinar y destruir todos los libros que se juzgase heréticos.

En su marcha para el Sur, el presidente Madrid se encontró detenido en Popoyán. Tenía á su frente las fuerzas del brigadier Sámano, á las que el presidente de Quito, don Toribio Montes, había hecho salir con este objeto, y á su retaguardia las columnas de los coroneles Bayer, Warleta y Tolrá. No contaba Madrid más que con las pocas fuerzas que le habían seguido y con ochocientos hombres que se hallaban en Popoyán á las órdenes de don José M. Cabal. Al llegar á esta ciudad, recibió la noticia de que su gobierno provisional y el Colegio electoral de la provincia, reunidos en Cali, habían reconocido ya á Fernando VII, y que Sámano estaba fortificado en la Cuchilla de Tambo. Renunció á la presidencia ante los individuos del Congreso que le habían acompañado, y salió para Cali, con el fin de reunir los posibles auxilios.

La comisión del Congreso nombró jefe de las tropas y presidente interino al teniente coronel don Liborio Mejía. Resolvió la Junta de guerra, que este jefe reunió, atacar á Sámano, jugando el todo por el todo, y, en efecto, el 29 de Junio se trabó el combate con gran encarnizamiento.

En un principio, lograron los republicanos alguna ventaja sobre la caballería española, que tuvo que replegarse detrás de sus posiciones fortificadas; mas, después de tres horas de fuego sostenido, sin lograr apoderarse de las trincheras, se vieron los revolucionarios acometidos por retaguardia por un cuerpo de caballería patiana que oportunamente había emboscado Sámano. Pronunciaronse entonces los republicanos en desordenada fuga, dejando sobre el campo de batalla trescientos muertos, doscientos cuarenta prisioneros, gran número de heridos, toda la artillería, municiones, equipajes, pertrechos, fusiles y banderas.

Mejía, con algunos oficiales y cuarenta soldados, llegó á la Plata, donde con otros fugitivos pudo reunir hasta ciento cincuenta hombres; pero el coronel Tolrá los sorprendió en este punto y, desbaratándolos, cogió prisionero á Mejía, Monsalva y otros oficiales. Poco después cayó también prisionero el general García Rovira.

Este general y aquellos oficiales fueron todos pasados por las armas.

Al saber en Cali el ex presidente Madrid la derrota de Cuchilla del Tombo, fugóse á los montes, donde lograron apoderarse de él los españoles. Afortunadamente para él, contentóse Morillo con enviarle preso á la Habana.

Tal importancia tuvo para Morillo la victoria obtenida por Sámano, que al salir para Venezuela, el 20 de Noviembre, le nombró mariscal de campo, le dejó encargado del gobierno de la capital, y propuso al Gobierno español que le nombrase virrey de Nueva Granada en substitución de Montalvo, que no le era simpático por sus temperamentos benignos. Aprobó Fernando VII la propuesta, y Sámano fué el 2 de Septiembre de 1817 nombrado virrey.

Durante su administración restableció Sámano la Real Audiencia de Santa Fe y promulgó un indulto, abriendo las puertas de la cárcel á muchos republicanos que llevaban más de un año presos. Pero su carácter autoritario y la incesante conspiración de los revolucionarios le decidieron pronto á repetir las ejecuciones capitales.

Al terminar el año 1816, quedaba sometido á la dominación española el virreinato de Nueva Granada, y pacificado todo el territorio, á excepción de algunas comarcas de la provincia de Casanare, donde reaparecieron los cabecillas Galea y Pérez, que fueron la base del segundo levantamiento de aquellos territorios.

Volvamos ahora á las provincias de Venezuela, donde la política iniciada por el general Morillo y seguida fielmente por el brigadier Moxó había de producir nuevos y profundos trastornos que acabasen de una vez con el dominio de España en las provincias que tanto había costado pacificar.

\*  
\* \*

Se cerró definitivamente el breve periodo de una política de atracción que iba proporcionando á los españoles ventajas de que tal vez no supieron darse cuenta al substituir, en la capitania general de Venezuela, con don Salvador

Moxó al benigno brigadier Ceballos. Reanudadas sin rebozo las violencias y persecuciones que, obedeciendo órdenes de la Corte, había el general Morillo recomendado, los patriotas, amenazados constantemente por los gobernadores, que, en su política de desconfianza y de terror, arrestaban por la más leve sospecha, huían á las partidas en armas del Orinoco, poco antes casi disueltas por los coroneles españoles Gorriñ y Ceruti.

Decretado el secuestro de los bienes de los sospechosos, los infinitos comprometidos en los anteriores levantamientos se vieron forzados á tomar nuevamente las armas contra aquel Gobierno que les privaba de sus medios de subsistencia. «Del mismo Bolívar se dijo que estaba dispuesto en aquella época á hacer una sincera abjuración de sus errores, cuando, desengañado de no poder entrar en la libre posesión de sus pingües rentas, desistió de su primitivo proyecto y juró no deponer las armas hasta que hubiera arrojado del país á los españoles» (1).

En la isla Margarita tremoló de nuevo el estandarte revolucionario el venezolano Arizmendi. Esta isla, situada al Norte del continente y de la provincia de Cumaná, sintió con más fuerza que otras el sistema de violencias vuelto á poner en práctica por el sanguinario Moxó. Nombró Moxó, con severas instrucciones, gobernador de la isla al teniente coronel del regimiento de la Unión don Joaquín María Urreiztieta. Propúsose Urreiztieta arrestar á las más significadas personas de la isla y, á pretexto de solemnizar la caída de Napoleón, invitóles á un banquete que debía celebrarse el 24 de Septiembre (1815). Reunidos por este medio todos los sospechosos, se realizaría sin contratiempo su detención. Advertido á tiempo Arizmendi de la trama, huyó á los montes, donde levantó una pequeña partida que pronto llegó á contar 1,500 hombres. Obtuvo esta partida ruidosos éxitos. Se apoderó del puerto de Juan Griego, á cuya guarnición pasó á cuchillo, y ocupó la villa del Norte, tras porfiada resistencia de sus defensores, á quienes dió muerte.

Denodadamente sitió luego Arizmendi á Urreiztieta que ocupaba la ciudad y castillo de Santa Rosa. Viéndose el gobernador de la isla aislado de las demás fuerzas que la guarnecían, decidió una salida, que coronó el mejor éxito, pues lograron los que la hicieron llegar al puerto de Pampatar, desde donde pidieron auxilios al continente. El 15 de Diciembre, asaltó Arizmendi la fortaleza de Santa Rosa. Fué rechazado con grandes pérdidas. Irritado el caudillo republicano por la alevosa muerte que los españoles dieron á algunos heridos que quedaron al pie de la muralla, mandó degollar á trece oficiales y ciento setenta y ocho soldados que tenía prisioneros.

Crecía por momentos, á principios del siguiente año, el apuro de los realistas. El gobernador de Puerto Rico se había negado á prestarles auxilio, sin orden especial del Gobierno español, sólo dueños de los fuertes de Santa Rosa y Pampatar que resistían valientemente los ataques de los republicanos.

(1) Torrente.

En tal estado, el comandante general de las provincias de Oriente, brigadier don Juan Bautista Pardo, logró desembarcar en la isla una expedición de seiscientos hombres y reforzó con dos buques de guerra á los que sostenían el bloqueo. Uni6se en seguida á Urreiztieta y, juntos ambos, destruyeron los almacenes que los republicanos habían formado en el pueblo del Valle de San Imán.

Deseosos los rebeldes de tomar la revancha, intentaron un nuevo asalto; pero, después de sangriento combate, hubieron nuevamente de retirarse. La explosión en el fuerte de santa Rosa de una caja de municiones, explosión que llegó á herir gravemente á Urreiztieta, les animó á nuevo ataque, del que fueron igualmente rechazados. Tanta tenacidad quebrantaba profundamente á los realistas. Hall6los Bolívar, cuando desembarcó en la Margarita, en tan apurada situación, que fácilmente hubiera podido vencerlos. Enterado Pardo, por los gritos de alegría y las salvas de artillería del campo enemigo, de la presencia de Bolívar y de los refuerzos que había sacado de los Cayos (2 de Mayo), pudo disponer una rápida retirada á Pampatar y Porlamar.

¿Cómo había logrado Bolívar hallarse nuevamente en campaña?

Indeciso, desde que después de resignado el mando había tenido que refugiarse



en Jamaica, dedic6se á escribir otra Memoria, difusa como todas las suyas, y en la que procuró sincerar su pasada conducta.

Curioso es por demás el relato del atentado contra él dirigido durante su permanencia en la isla.

Hospedábanse en la misma casa, Bolívar y don Manuel Amestoy, oficial que

había sido de la contaduría de Caracas. Dormían ambos en la misma habitación, el primero en una hamaca y en una cama el segundo. Solían retirarse á las once de la noche; y una de ellas (9 de Diciembre de 1815), Amestoy llegó antes á la posada y, rendido de calor, acostóse en la hamaca que ocupaba siempre Bolívar. Llegó Bolívar á las doce, y encontrando ocupada su hamaca por su compañero, no quiso despertarle y se tendió en la cama. Un negro, llamado Pío, que había sido esclavo de Bolívar y que en el destierro le servía de criado, ganado, según afirman algunos historiadores, por el capitán general de Caracas para asesinar al *Libertador*, se acercó á tientas una hora después de haber llegado éste á la hamaca en que le suponía dormido, y dió de puñaladas al infeliz Amestoy, que quedó muerto en el acto. El casual cambio de lecho salvó á Bolívar la existencia. Detenido el asesino, no pudo lograrse que revelara los nombres de quienes le habían inducido á cometer este crimen. A los cuatro días, fué el negro ahorcado.

Falto Bolívar del apoyo eficaz que para sus intentos esperaba obtener, pasó á la república de Haití. Un rico armador y capitán de Curazao, llamado don Luis Brión, preparaba una expedición en apoyo de los republicanos sitiados en Cartagena por el ejército de Morillo. Al saberse, por un corsario neogranadino, la rendición de dicha plaza, se desistió del propósito. En estos momentos se verificó la llegada del *Libertador* á Puerto Príncipe, capital de la República, y Brión, consecuente con sus propósitos, puso su persona y su fortuna á disposición de Bolívar. Consiguió Bolívar del presidente Petión, que simpatizaba con los insurrectos del continente, armas y recursos para arrojar á los españoles de Venezuela; y agregó luego á todos estos auxilios, los de un rico comerciante inglés, Roberto Santherland, consistentes en considerables cantidades.

En Marzo de 1816, pudo reunir Bolívar, en los Cayos de San Luis, siete goletas mercantes armadas en guerra, al mando de Brión, que se confirió á sí mismo el título de almirante, doscientos cincuenta hombres de desembarco y buen número de fusiles. Le acompañaban el general Nariño, como jefe de Estado Mayor, los franceses coronel Ducoudray y teniente coronel don Carlos Soublette, que ya había prestado grandes servicios á los republicanos, el general Piar, un aventurero escocés, Mac Gregor, Briceño, Bermúdez, Montilla, el neogranadino Zea y otros oficiales. En gran parte, opuso esta brillante oficialidad resistencia á reconocer por jefe á Bolívar. Disgustaba á muchos la preponderancia por el *Libertador* adquirida. Temerosos los descontentos de que interviniesen Brión, dueño de los buques, y el presidente Petión para obligarles á obedecer, acomodáronse, al fin, en junta de oficiales, á reconocer la jefatura de Bolívar, á condición de que éste mandaría las fuerzas revolucionarias, hasta que, al llegar á un puerto venezolano, se designara quién había de ser el jefe del ejército. Más de uno hubo, sin embargo, que ni así reconoció el mando de Bolívar y se negó á embarcar. Dióse la escuadrilla á la vela el 30 de Marzo, fondeando el 3 de Mayo en Juan Griego, puerto de la isla Margarita, después de romper el bloqueo y apresar un buque mercante y dos goletas de guerra españolas. En el combate que proporcionó esta

victoria á los revolucionarios, perdieron la vida Ocampo é Iglesias, capitanes de las embarcaciones apresadas.

El primer cuidado de Bolívar, al desembarcar, fué procurarse la ratificación definitiva del mando que interinamente desempeñaba.

Reunió el 7 de Mayo, en la iglesia de Santa Ana de la villa del Norte, á los jefes y oficiales republicanos de la isla y á muchos vecinos y emigrados. Fué reconocido, como deseaba, jefe supremo de Venezuela. A Nariño se le nombró su segundo. Después de diez días empleados en organizar sus tropas, se presentó Bolívar á los españoles intimándoles la rendición. No dió esta intimación resultado, y, embarcando entonces con sus fuerzas en dirección al continente, dejó á los revolucionarios isleños el cuidado de seguir el sitio de Porlamar.

Desembarcó el 1.º de Junio, apoderándose de Carúpano, en la costa oriental de Cumaná. Sorprendidos los españoles por el rápido desembarco y en la creencia de que seguía á Bolívar un poderoso ejército, pues no podían sospechar que con un puñado de hombres intentara apoderarse del país, anduvieron tan remisos, que le dieron tiempo para publicar proclamas y decretos, ofreciendo la libertad á los esclavos que se sumaran á su ejército, conseguir que las guerrillas de Monagas y otros reconocieran su autoridad, y enviar emisarios á distintos puntos del interior para sublevar todo el país. Entretanto, el brigadier Cires, gobernador de Cumaná, había reunido el mayor número de tropas del continente y de la isla, que abandonó, y el 19 puso sitio á Carúpano; pero, como el plan de Bolívar, era invadir la provincia de Caracas, y en la parte oriental de Venezuela sólo le convenía reclutar gente y entretener al ejército español, salió el 29 de Junio de Carúpano, dejando á Brisel al mando de la plaza con unos cien hombres. El día 6 de Julio, desembarcó Bolívar en Ocumare, donde publicó los decretos de guerra á muerte y de libertad de esclavos. Con objeto de ponerse en comunicación con los cabecillas Monagas y Zaraza, envió á Soublette con trescientos hombres á ocupar los valles de Aragua. El brigadier don Francisco Tomás Morales recibió orden de Morillo, que ocupaba á Ocaña, de batir á los insurrectos; se encontró en su camino con Soublette en la cumbre de un empinado cerro, llamado de los Agnates. Aunque Bolívar corrió al auxilio de su teniente, sufrieron las tropas republicanas una gran derrota que les obligó á regresar á Ocumare.

Reunidos en consejo los oficiales, resolvieron reunirse por otras vías á Monagas y Zaraza, y aunque Bolívar quiso dirigir la expedición, le obligaron á desistir, dedicándose entonces el *Libertador* á reembarcar el parque depositado en la playa. En estos momentos, circuló el rumor de que Morales entraba en la población, y fué tal el pánico que se apoderó de Bolívar, que apresuradamente se embarcó en un buque de guerra que había en el puerto, al mando de Villaret, y sin ocuparse de su gente, de los heridos, ni de la considerable cantidad de pertrechos de guerra que allí tenía depositados, levó anclas y, con dos buques mercantes más que había en el puerto, se hizo á la vela en precipitada huída y con dirección á la isla de Bonaire.

Un joven dotado de gran valor y pericia, el escocés sir Gregor Mac Gregor, se puso al frente de los restos de las fuerzas republicanas que se componían de los fugitivos de la batalla de Agnacates, los que quedaron en Ocumare y los reclutas que había sacado de Cheroni el comandante Piñaugo, sumando en total seiscientos cincuenta hombres; y, volviendo á atravesar las montañas, bajó al pueblo de Tunuero y siguió por San Mateo, la Victoria, Villa de Cura y Orituco á ganar los llanos y reunirse en Barcelona el 16 de Agosto con las partidas cuya cooperación se deseaba, y que ya dominaban en aquella provincia. Aunque Morales seguía á estas fuerzas, no pudo impedir que el ejército republicano, fuerte ya de unos 1,300 hombres, la mitad de caballería, derrotase en Hato del Alacrán, cerca del pueblo de Chaparro, á una división española mandada por el teniente coronel don Rafael López. Seis días después, Mac Gregor ocupaba la ciudad de Barcelona, y establecía en ella su cuartel general. En Barcelona se incorporó á los republicanos el general Piar, que se hallaba sobre Cumaná y que, por su superior graduación, substituyó á Mac Gregor en el mando; y puestos en comunicación con la isla Margarita, recibieron dos piezas de artillería, armamento y municiones, aprovechando el descanso en organizar é instruir las tropas de infantería, completar el armamento de la caballería y poner en servicio cuatro piezas de campaña. Deseoso Morales de batir á los republicanos y haciendo penosísimas marchas, estaba pocos días después á la vista de Barcelona con unos 3,000 hombres. Salieron á su encuentro los republicanos, que sumaban más de 2,000 hombres, encontrándose con el enemigo en el Juncal, á unas tres leguas de Barcelona, y derrotándole, tras de porfiada lucha. Perdió Morales setecientos hombres, un cañón y municiones, retirándose en buen orden sobre el río Unare y después, por disposición del general Moxó, á Orituco.

Después de esta victoria, quedaron los republicanos dueños de casi toda la provincia de Barcelona; la de Cumaná se hallaba al mismo tiempo inundada de partidas; el cabecilla Zaraza, con una fuerza de ochocientos hombres, divididos en guerrillas, dominaba el Llano Alto de la provincia de Caracas; en las inmensas llanuras que se hallan entre el Apuse, el Orinoco y el Mita, gruesos cuerpos de caballería, compuestos en su mayoría de los valientes zambos, mulatos y negros, terror de los primeros revolucionarios, y que la política de los españoles convirtió en sus aliados, maniobraban á las órdenes del general don José Antonio Páez.

Esta era la situación al terminar el año de 1816.

Ya que hemos nombrado á Páez, años después dictador de su patria, démosle á conocer.

Nacido en la villa de Anagua, cerca de Barcelona, en 1870; hijo de indios convertidos, pasó los primeros años de su juventud en medio de los *Ulaneros*; contaba sólo diez y seis años, cuando, al regresar de Cabudare con una cantidad que su padre le había enviado á cobrar, se vió asaltado por cuatro bandidos que querían robarle, y con una presencia de ánimo impropia de su edad, les hizo frente, matando á uno de un pistoletazo y obligando á huir á los otros. Cuando Caracas se su-

blevó contra España, en 1810, se alistó Páez en las milicias de Barinas, primero como soldado y después como sargento de caballería, y en 1813 se puso al frente de la partida de que hicimos mención y con la que llegó á hacerse temible.

A principios de 1816, y cuando el general neogranadino Ricaurte se disponía á retirarse á Casanare, Páez, llevado de su carácter temerario, no dudó en hacer frente á la columna del coronel español don Francisco López, sorprendiéndola en medio de la obscuridad de la noche, en el sitio llamado la Mata de la Miel. Las tropas realistas perdieron en la sorpresa cuatrocientos hombres, entre muertos y heridos, otros tantos prisioneros y buen número de caballos. La mayoría de los prisioneros eran venezolanos que servían en el ejército español. Puestos generosamente en libertad por Páez, decidieron servir á sus órdenes. El gobierno de Bogotá otorgó al atrevido guerrillero el nombramiento de coronel. En Junio del mismo año derrotó nuevamente al mismo coronel López en Mantual, y al ser rechazado de Achaguas tuvo que retirarse á la Trinidad de Avichuna.

Los revolucionarios, refugiados en Guasdalito, provincia de Barina, en los momentos en que la causa republicana era mantenida sólo por algunas partidas, nombraron (16 de Julio) un gobierno presidido por el teniente coronel don Fernando Serrano y, como consejeros, designaron á los generales Urđaneta y Serviez y doctor Yáñez y, como general en jefe, al coronel don Francisco de Paula Santander. Las tropas de Páez, que cerca de allí operaban, no aceptaron el mando de este gobierno, y sus oficiales, de acuerdo con el mismo Santander, conociendo el prestigio de Páez con los *llaneros* y que era el único capaz de dirigirlos, convinieron en proclamarle jefe absoluto de la provincia. Nombráronle, para evitar posibles competencias, general de brigada. Aceptó Páez el nombramiento, aumentando su gente y procurándose recursos, indispensables, pues carecía de lo más necesario. Sólo él, como reconocieron sus oficiales, era capaz de dirigir aquel ejército colecticio, sin hábitos de disciplina, desnudo y hambriento. Aquella muchedumbre, compuesta no sólo de hombres sino también de mujeres y niños (1), « que se veían en la necesidad de usar, para cubrirse, de los cueros frescos de las reses que mataban: pocos tenían sombrero; ninguno zapatos. El alimento único y ordinario era la carne sin sal y sin pan. A todo esto, las lluvias eran frecuentísimas y los caños crecidos habían inundado el territorio. Faltaban caballos, y como éstos son un elemento indispensable del soldado *llanero*, era preciso ante todo buscarlos; así, los primeros movimientos tuvieron esta adquisición por objeto. Los que generalmente se conseguían eran cerriles, y se amansaban por escuadrones, á usanza llanera, es á saber, á esfuerzos de los jinetes; siendo curioso el espectáculo que ofrecían quinientos ó seiscientos de éstos, á la vez, bregando con aquellos bravíos animales. En derredor del campo de ejercicio se colocaban algunos oficiales montados en caballos mansos, nó con el objeto de socorrer á los domadores que caían, sino con el de correr tras los caballos que los habían derri-

(1) Balart.

bado, á fin de que no se fuesen con la silla; si bien ésta era, por todo, un fuste de palo con correas de cuero sin adobar ».

Necesitando Páez salir de aquel terreno esquilgado y proporcionar recursos á su gente, marchó hacia Achaguas, encontrando en el hatu del Yagual nuevamente al coronel López, á quien derrotó. Detenido en su marcha hacia la parte septentrional de la provincia de Barinas, en las márgenes del río Apure, que defendían las tropas realistas con cuatro lanchas armadas de cañones y más de cuatrocientos hombres, una feliz coincidencia le permitió verificar una de sus habituales sorpresas sobre el enemigo, al que batió, haciendo prisionero al ya mencionado López. Obligado, principalmente por los indios que le seguían, hubo de ordenar su muerte.

Poco antes, le había sido imposible impedir el asesinato cometido por su gente en la persona del general Javier, entre Achaguas y Apurito; y que sufrieran el mismo destino el anciano Girardot y el teniente coronel don Miguel Valcárcel, tan sólo por no ser simpáticos á sus feroces é indisciplinados *llaneros*. Este estado de las tropas de su mando motivó que en aquellos momentos, felices para la causa republicana, y cuando el esfuerzo contra los españoles debía ser mayor, puesto que el general Morillo, informado de la gravedad de la situación de Venezuela, se disponía á pasar á estas provincias y había ordenado al brigadier La Torre que le precediese, muchos jefes y oficiales neogranadinos, entre ellos el general Santander, abandonasen á Páez.

Deseaba Páez reunir más gente y volvió á Achaguas, dejando á su segundo, Guerrero, encargado de bloquear la plaza de San Fernando, que defendían los realistas, á las órdenes del brigadier don Ramón Correa.

Auxiliado este brigadier por el teniente coronel don Salvador Gorrin, atacó á los republicanos con más de 1,500 hombres, obligando á Guerrero á levantar el sitio, después de haber tenido grandes pérdidas. Replegóse Guerrero al lado de Páez.

En estos momentos (Enero de 1817), La Torre y Calzada, obedeciendo, como ya hemos dicho, las órdenes de Morillo, penetraban en la provincia de Barinas y, comprendiendo la importancia de batir á Páez, con lo que limpiarían de revolucionarios la región del Apure, contra él se dirigieron primeramente. Siguiendo La Torre la orilla izquierda del Apure, llegó el 27 de Enero al pueblo de San Vicente, pasando al día siguiente este río para dirigirse á San Fernando. Hallóse con Páez en Macuritas, al frente de 1,100 hombres de caballería.

Conforme á las exigencias del terreno, organizó el jefe español sus fuerzas del modo siguiente: la infantería en medio, y la caballería en las alas y á retaguardia. El jefe *llanero*, que tenía escasa infantería, fió todo el peso de la batalla á sus jinetes, á los que dividió en dos columnas, y previno que atacaran los flancos de los españoles, retirándose en seguida, como si fueran rechazados. Amagados por la caballería de Páez, los jinetes realistas persiguiéronla en su fingida huida, pudiendo Páez alancearlos, á cubierto de los fusiles de la infantería. Lograda, con

éxito, esta estratagema, mandó Páez incendiar las compactas hierbas secas de la llanura, incendio que se propagó rápidamente. Vióse envuelta la infantería española en un océano de llamas y tuvo forzosamente que retroceder hasta unos pantanos inmediatos, rechazando, al mismo tiempo, valientemente hasta catorce



cargas consecutivas de la caballería republicana, que, al fin, fué contenida cuando los infantes llegaron á un sitio poblado de árboles y pudieron hacer uso de sus fusiles.

Después de esta batalla, llamada de las Mucuritas, se retiraron los revolucionarios á San Juan de Payara y los españoles, por la parte montuosa del río, hacia San Fernando. Reunido al día siguiente La Torre con el general Morillo, llegaron á San Fernando, donde el general en jefe español dispuso la marcha de La Torre hacia la Guayana, y él se encaminó hacia el Norte dispuesto á pasar á la isla Margarita.

En tanto se desarrollaban estos sucesos, Bolívar, á quien dejamos en su huida de Ocumare, volvía á la lucha. En Bonaire se reunió con Brión, que mandaba una escuadrilla, y en ella se dirigió á Güiria, puerto situado en la costa de Cu-

maná, acompañado del general republicano Bermúdez y esperando en este último punto encontrar, ó por lo menos saber de sus lugartenientes Nariño y Piar, encargados por él de operar en esta provincia. Encontró, en efecto, á Nariño, y entre éste y Bermúdez, que le odiaban, le soliviantaron las tropas á pretexto de que se había portado cobardemente en Ocumare. Lograron así su destitución y el nombramiento de Nariño para el primer puesto y de Bermúdez para el segundo. Después de una agria disputa en que Bermúdez, furioso, intentó atravesar con su espada á Bolívar, propósito que hubiera logrado si no llegan á interponerse varias personas, Bolívar, comprendiendo que en aquellos momentos nada podía lograr, se decidió á embarcarse para Puerto Príncipe, donde recabó de nuevo el apoyo de su amigo el presidente Petión.

Dificultaban tantas rencillas, odios y discordias la acción revolucionaria. Algunos patriotas, entre ellos Monagas, Cedeño y Zaraza, y Mac Gregor y sus oficiales comprendían la necesidad de un jefe supremo que diera á sus fuerzas la cohesión necesaria, y juzgando que el único capaz de ponerse al frente era Bolívar, comisionaron á don Francisco Antonio Zea para que marchase en su busca y le ofreciera el mando supremo. Habían hecho lo mismo los isleños de la Margarita, y el propio Piar, poco partidario de Bolívar, había asentido á esta idea, antes de su unión á Cedeño, con los 1,500 hombres que tenía dispuestos para abrir la campaña en la provincia de la Guayana.

Había Bolívar, entretanto, reunido una escuadrilla importante con los buques que poseía Brión y los de Villaret. En ella embarcaron varios oficiales italianos procedentes de las huestes napoleónicas. El 28 de Diciembre de 1816, fondeó la escuadrilla en Juan Griego, donde dictó Bolívar una de sus acostumbradas proclamas, en la que explicaba su conducta y la necesidad de reunir en la Margarita una asamblea con el fin de establecer una forma de gobierno y dar á la guerra mejor giro del que hasta entonces había llevado.

El 31 del mismo mes, desembarcó en Barcelona, reuniéndose á las fuerzas revolucionarias que la ocupaban. Ya no las mandaba Mac Gregor, que, enfermo y disgustado por las rencillas que frecuentes surgían entre los cabecillas revolucionarios, se había retirado á las Antillas.

Ya en Barcelona, concibió Bolívar el atrevido proyecto de sorprender á Caracas, distante sesenta leguas de malos caminos. Escogió para esta operación cuatrocientos hombres que había llevado Arizmendi de la Margarita y algunos centenares de soldados de los restantes cuerpos. Cruzó el Unare, dirigiéndose á Clarines, donde le esperaba el coronel español don Francisco Jiménez con una pequeña columna de indios. Pero cayó esta vez Bolívar en una emboscada hábilmente preparada por el jefe español, y perdió toda su gente, teniendo que refugiarse con Arizmendi y algunos oficiales en Barcelona. Sitiada la plaza de Cumaná por Nariño, hubieron aquí también los republicanos de levantar, después de algunas pérdidas, el sitio.

Organizaba en esto el general Moxó un cuerpo respetable, á las órdenes del

brigadier don Pascual Real, y del que formaban parte los brigadieres Morales y Aldama; el primero, al frente de una división de infantería, y el segundo, como jefe de la caballería, componiendo un total de cerca de 4,000 hombres. Del brigadier Real se esperaba que apagara en Barcelona, donde, como ya hemos dicho, se encontraban la mayoría de los jefes republicanos, el fuego revolucionario. Partió Real para Barcelona, con orden de no pararse en ningún peligro ni tropiezo y á marchas forzadas. En efecto, aunque se presentó antes que ningún jefe rebelde saliese de aquella plaza, sin duda por faltarle artillería de sitio, hubo de retirarse á Clarines, donde se acantonó. Tal vez no se decidiera este general á la campaña por causa de las rivalidades de los jefes españoles, tan mal avenidos como los revolucionarios. Se supone también que la retirada á Clarines fuese debida á una estratagema de Bolívar. He aquí cómo la refiere Torrente, en su obra ya citada: « Se dijo que en aquella misma tarde en que el ejército real se hallaba sobre las murallas de Barcelona, había salido de la Casa-fuerte, en la que se habían encerrado los facciosos, uno de sus oficiales, aparentando, con una refinada malicia, deseos de burlar la vigilancia de sus contrarios, pero proporcionando él mismo los medios de ser descubierto y aprehendido en el acto de su fuga: lo fué, con efecto; y presentado al general fingió vender, á las amenazas y al rigor, un secreto cuya revelación fundaba el objeto de su empresa. Descosiendo la suela de su zapato, sacó un pliego dirigido por Bolívar á Bermúdez, por el cual combinaba astutamente con éste y con los 2,000 hombres que suponía estaban en marcha para la citada Casa-fuerte, y con otras tropas que daba á entender habían desembarcado en la costa, el modo de envolver á los realistas y de hacer rendir por el hambre lo que no hubieran podido conseguir las bayonetas. »

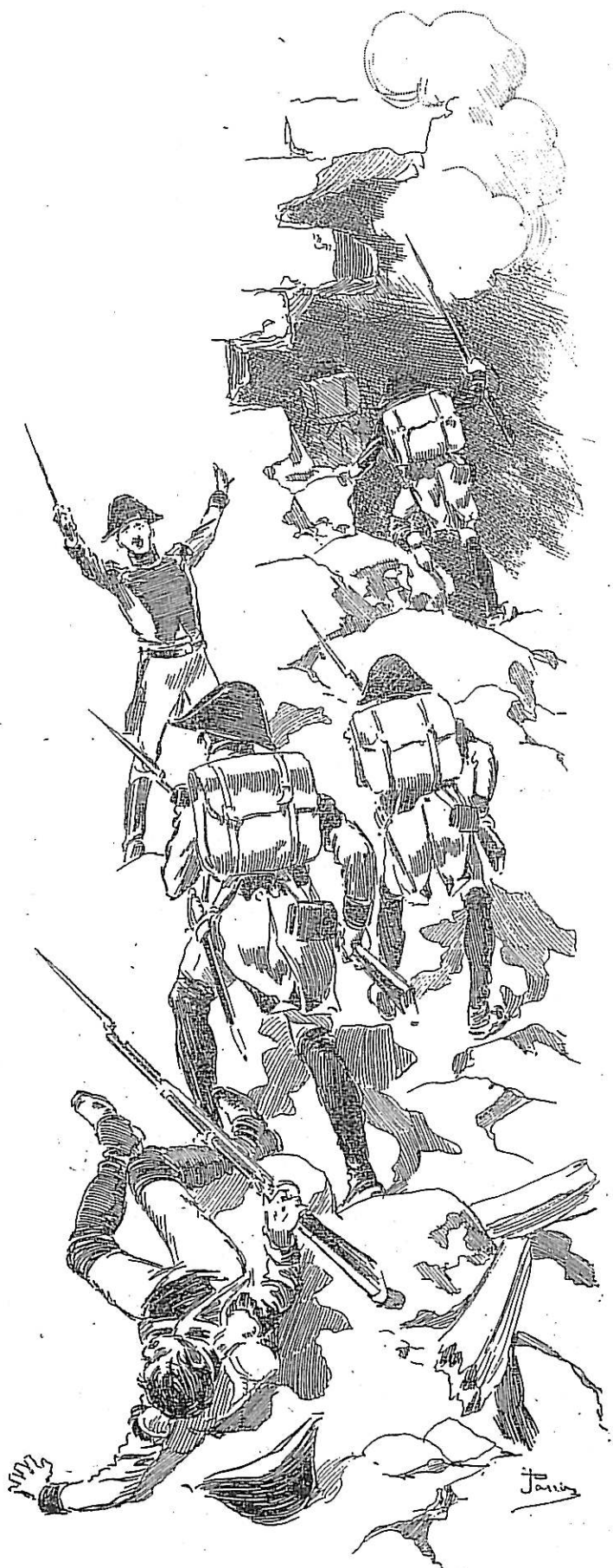
Cualquiera que fuese la causa, es lo cierto que ambos ejércitos estuvieron inactivos durante los meses de Febrero y Marzo. El capitán general, Moxó, ante tal estado de cosas, separó á Real del mando de las tropas, que confió á don José Aldama, y redujo á prisión á Morales para que respondiera de varios desafueros cometidos poco antes en Orituco.

Afligía, por entonces, á los revolucionarios una gran carestía de víveres en la plaza de Barcelona, á causa de la aglomeración de tropas. Decidióles este motivo á evacuarla, trasladando los efectos de guerra á la Margarita y las tropas á las llanuras de la provincia. Querían ligar sus operaciones con las de Piar y Cedeño, que maniobraban en la Guayana, y aprovechar la base de operaciones que les proporcionaba el Orinoco, por el que podían recibir los auxilios que esperaban de las Antillas, y por sus afluentes comunicarse con Páez. Dejó Bolívar seiscientos hombres guarneciendo la plaza y se dirigió á fines de Marzo, con una pequeña escolta de jefes y oficiales, hacia la Guayana. Pocos días después, el 5 de Abril, entraban los españoles en Barcelona, y los revolucionarios se retiraban al castillo.

El día 7, después de abrir brecha, se dispuso el asalto del castillo por Aldama, tomándolo, tras de porfiada resistencia, siendo en el acto pasados á cuchillo sus

defensores, menos el comandante general Freites y el intendente Rivas que, conducidos á Caracas, fueron en esta ciudad ejecutados.

Reunióse, en tanto, Bolívar con Piar en las márgenes del Orinoco, donde Piar combatía tenazmente desde su salida de Barcelona. Había reducido considerablemente las fuerzas que sacó de esta plaza, la insubordinación que tantas veces frustró los mejores proyectos de los revolucionarios. Propuso Piar marchar sobre la plaza de Angostura, donde se hallaba La Torre, y tomarla, opinión que secundó el coronel Anzoátegui, pero que no agradó á muchos jefes y oficiales que, sin más discusión, abandonaron las filas republicanas. No desistió de su proyecto Piar y, el 12 de Enero, se presentó delante de la plaza. El 18 intentó el asalto y fué rechazado por las tropas españolas de mar y tierra. Se retiró con grandes pérdidas. Comprendiendo que no le sería posible tomar la plaza sin largo asedio, dejó delante de sus murallas las tropas de caballería que tenía, y con las de infantería pasó á estorbar el aprovisionamiento de víveres. Al saber que de las misiones del Caroni, parte la más poblada y rica de la provincia, proporcionaban abundantemente estas provisiones, pasó el 8 de Febrero á ocupar los establecimientos de los capuchinos catalanes. Fácilmente los tomó, ayudado por los indios del país, que se incorporaron á sus tropas, y redujo á prisión, en el convento de Camache, á veintidós mi-



sioneros que andaban en aquellos pueblos. Estableció en los cuarenta y siete pueblos que constituían las misiones una administración regular, dirigida por don José Félix Blanco, y se utilizó de los recursos que antes servían á los españoles. Volvió al sitio de Angostura, dando cuenta á Bolívar de lo ocurrido, quién, al conocer la prisión de los capuchinos, exclamó: «¿Y por qué no los han matado?» Estas palabras fueron la sentencia de muerte de aquellos infelices religiosos, degollados á poco por los indios en Camache.

Tomó inmediatamente Bolívar el mando de las tropas que sitiaban á Angostura, compuestas, además de las de Piar, de las partidas de Armario, Bermúdez y Valdés.

Angustiosa era la situación de la plaza, falta de víveres y castigada á la sazón por una epidemia. Decidido La Torre á buscar á Piar, quiso sorprenderle; pero el astuto jefe republicano adivinó sus intenciones, de suerte que cuando creyó el jefe español encontrar desprevenido á Piar, atacándole de improviso por retaguardia, le encontró ocupando ventajosas posiciones y con 1,700 hombres que oponer á los 1,600 que él llevaba. Se trabó la lucha el día 11 de Abril, en el pueblo de San Félix, y con tanta furia, que, según un escritor venezolano, después de los primeros disparos se combatió cuerpo á cuerpo; cesaron las detonaciones de los fusiles, el ruido era de bayonetas y de lanzas, y la brega silenciosa, solemne. Sólo se oía, de vez en cuando, la voz de algún oficial republicano ó español animando á los suyos y, sobre todo, la del gobernador de Angostura, Ceruti, que recorriendo las filas infundía alientos á su gente.

La superioridad de la caballería republicana decidió la victoria, teniendo que replegarse La Torre precipitadamente en Angostura, después de perder setecientos hombres, entre muertos y heridos, y muchos que quedaron prisioneros en poder de los republicanos, entre ellos el valiente Ceruti. Importantes también fueron las pérdidas del ejército de Piar, si bien recogieron un importante botín de guerra que los vencidos dejaron sobre el campo de batalla.

Supo Bolívar, en las misiones de Caroní, donde se dedicaba á mejorar sus tropas y formalizar por mar el sitio de Angostura, la reunión en el Chaparró, de Morillo y Aldama (13 de Mayo), el desembarco del brigadier Canterac, en el puerto de Cumaná (21 de Mayo), que, con cerca de 3,000 hombres de todas las armas, venía de España á auxiliar á Morillo en sus operaciones en Costa Firme, para pasar después al Perú, por el istmo de Panamá; y la rebeldía que su segundo, Nariño, sostenía contra su autoridad y auxiliado por el tribuno de la plebe en los primeros tiempos de la revolución de Venezuela, el canónigo don José Cortés Madariaga, que, fugado del presidio de Ceuta, había llegado á la Margarita en Abril de aquel año.

Habían los revolucionarios reunido en Cariaco, donde estaba Nariño, un Congreso que restableció el gobierno federal, nombró para el poder ejecutivo á tres individuos, Bolívar uno de ellos, y eligió por jefe supremo del ejército al mismo Nariño, que satisfacía su ambiciosa manía de mando, y por almirante á Brión,

que en un principio intervino en este cambio político. Este Congreso encontró algunas simpatías en Guayana, sobre todo en Piar, que se proponía suceder á Bolívar en el mando de la provincia. El *Libertador* no reconoció la autoridad del Congreso, y el mismo Brión volvió sobre su acuerdo, llevándole su escuadra y la escuadrilla del margariteño don Antonio Díaz. El general Urdaneta y el teniente coronel Sucre, con otros jefes republicanos, fueron también á ponerse á las órdenes de Bolívar.

La angustiosísima situación de la plaza de Angostura había obligado á La Torre á abandonarla, logrando difícilmente y con riesgo su huida, por alta mar, á la isla inglesa de la Granada, desde donde pasó á Caracas. Dueño de la importante posición militar de la Guayana, tenía Bolívar que dedicarse á ahogar en germen la discordia que las miras ambiciosas de Piar había sembrado entre las tropas que le seguían. Este se hallaba disfrutando una licencia, pedida con pretextos, para ocuparse con más libertad de sus designios. Bolívar, con el fin de obtener la sumisión de sus tropas, excitó su codicia prometiéndolas repartir los bienes que se confiscaran á los españoles durante la guerra. Cedeño recibió orden de apoderarse de Piar que, abandonado y fugitivo, andaba errante en Aragua, donde se le aprehendió; y Bermúdez, de apoderarse de Nariño, si bien con anuencia de Bolívar se le dejó escapar á la Margarita. Temió, no sin razón, Bolívar,



que la prisión de Nariño le concitase grandes enemigos, dada la popularidad de aquel jefe, sobre todo en las provincias orientales.

Sometido á un consejo de guerra, presidido por Brión, fué sentenciado, por unanimidad, á la pena de muerte el valiente y hábil general patriota Piar, con degradación militar por los crímenes de desobediencia, sedición, conspiración y

deserción. Cumplióse la terrible sentencia al siguiente día, 16 de Octubre de 1817. Confirmó Piar, en el momento de su muerte, la fama de sereno y valeroso que había conquistado tantas veces en los campos de batalla.

Afirman algunos historiadores, entre ellos Torrente, que valía muchísimo más que todos los jefes revolucionarios juntos, incluso Bolívar, y era mil veces más valiente que todos ellos. De gran ilustración y talento, meritísimo en los trabajos de gabinete, reunía para el mando cualidades sobresalientes. Afirman los poco afectos á Bolívar que éste le dió muerte, celoso de su prestigio y por considerarle capaz de derrocarlo.

Restablecida con tan severos castigos la disciplina de su ejército, Bolívar organizó las provincias que dominaba, confiando su mando á jefes de su confianza. Creó un Consejo de Estado, con voto deliberativo en materias administrativas y económicas; declaró capital provisional de Venezuela la ciudad de Angostura y organizó el personal y el material del ejército.

Dejamos dicho que el general Morillo había reunido un buen número de tropas, al unirse con Aldama y el, recientemente desembarcado, Canterac. Con éste y parte de las tropas se dirigió sobre Carúpano y la costa de Güiría y derrotó á Nariño, dando muerte á sus mejores oficiales y á más de cien hombres y apoderándose de catorce cañones, quinientos fusiles y gran número de municiones. Dejó así libre de revolucionarios toda la costa. Pacificada esta provincia, se dirigió á la isla Margarita con 3,000 soldados veteranos, embarcados en veinte buques. Arribó el 16 de Julio á la punta llamada de Manglís y, después de sangrientos combates, puso sitio á Asunción. El gobernador de la isla, general republicano, don Francisco Esteban Gómez, sólo tenía 1,300 hombres, pero tan decididos, que fué la defensa que hicieron de sus posiciones, «capaz de haberles asegurado un lugar en el templo de la Fama...» como, á su pesar, reconoce el historiador español Torrente. El mismo Morillo hizo justicia al valor de los isleños en sus comunicaciones á España, al dar cuenta de los sangrientos combates de Matasiete y de Juan Griego, donde este general español probó su valor dando muerte, por su propia mano, hasta diez y ocho enemigos. Dueños los españoles de casi toda la isla, podía darse por segura la toma de Asunción, cuando recibió Morillo la noticia de la evacuación de la Guayana por La Torre, y la que le comunicaba el general Pardo de los progresos de los revolucionarios en los Llanos de Caracas. Apresuróse, en vista de esto, á volver al continente, después de destruir las fortificaciones de Pampatar. Llegó á Caracas á primeros de Septiembre.

Ya en Caracas, penetróse Morillo de los peligros que le amenazaban. Había, por entonces, destituido al general Moxó y aún mandado que se le prendiera; pero pudo Moxó fugarse, el 7 de Julio, á España, llevando consigo bastantes riquezas, fruto de sus rapiñas.

En cuanto al brigadier Morales, sobreseyó Morillo la causa que se le había seguido y le restituyó en sus cargos y empleos.

Conservó á su lado las fuerzas de Canterac, que salió para el Perú, acompa-

ñado tan sólo de sus ayudantes, y dictó las disposiciones más oportunas para proveer de víveres al ejército. Ignorando los planes de Bolívar, trató por el pronto de impedir su unión con Páez y Zaraza.

A este propósito, después de situar Morillo su cuartel general en la villa de Calabozo, envió al general La Torre al Llano Alto, en persecución del guerrillero Zaraza, y mandó contra Páez al coronel Aldama, dirigiéndose en persona á auxiliar á este último jefe. El astuto Páez, noticioso, por las confidencias que de todas partes le llegaban, de la presencia de estas tropas, se retiró oportunamente hacia el Arauca, eludiendo así la persecución.

Más afortunado que Aldama, consiguió el general La Torre alcanzar en la Hogaza al guerrillero Zaraza, que se dirigía á encontrar á Bolívar. Eran inferiores los españoles en número, pues no llegaban á 1,000 hombres, mientras que el republicano disponía de 1,100 jinetes y 1,000 infantes.

Resolvió, sin embargo, La Torre atacarle, logrando un brillante triunfo, pues los revolucionarios dejaron sobre el campo de batalla 1,200 muertos, dos cañones de bronce, 1,200 fusiles, 50,000 cartuchos, 1,000 bestias de toda clase, banderas, equipajes, etc. Los españoles perdieron doscientos hombres, entre muertos y heridos. El mismo La Torre resultó herido de bastante gravedad.

Al llegar Bolívar á Santa María de Ipire, distante tres jornadas del hato de la Hogaza, tuvo noticia de este descalabro, que le hizo variar el plan de sus operaciones. Desconcertóle también no poco la retirada de Páez.

Replegóse á la Guayana, reuniendo sus fuerzas, en número de 2,000 hombres, con los que marchó á unirse con Páez que bloqueaba la plaza de San Fernando con 1,500. El retroceso del *Libertador* al Orinoco, su rápida vuelta cruzando este río por la Encaramada, su reunión con las fuerzas de Páez y su inesperada aparición ante Calabozo (13 de Febrero de 1818) constituye, según convienen todos los historiadores, la empresa más brillante de la historia militar de Bolívar. Temeraria hubiera resultado, á juicio de algunos, si Morillo hubiese tomado precauciones. Trescientas leguas recorrieron los revolucionarios en el corto plazo de mes y medio, sin encontrar ni puestos de observación ó exploradores españoles que pudieran avisar á Morillo de la situación del adversario.

Explicase así lo desprevenido que hallaron á Morillo, en Calabozo, los republicanos. En buen orden emprendieron su retirada los españoles hacia la parte montuosa del país, y torpemente se condujo Bolívar al no perseguirlos, yerro que quiso enmendar, fuera ya de sazón, mandando contra ellos su numerosa caballería. Acarreóle tal conducta un serio contratiempo. Alcanzó á los españoles la caballería de los revolucionarios en la parte montuosa, en el sitio llamado el Sombrero, donde por la aspereza del terreno no podía maniobrar fácilmente. En cambio, Morillo, pudo jugar su infantería ventajosamente, consiguiendo una victoria que neutralizó la huida forzada de Calabozo.

Trató luego Morillo de atraer á Bolívar á los valles de Aragua y, á este fin, dió orden á La Torre de que tomara posiciones al pie de la montaña de las Coe-

nisas, maniobra que dejaba cubierta la capital. Se previno al brigadier Calzada que se uniese en San Carlos al general en jefe, que marchaba hacia los indicados valles, estableciéndose, por último, la base de las operaciones en Valencia.

Convocó Bolívar una junta de generales y oyó su opinión. Algunos, entre ellos, Urdaneta, fueron de parecer que se asegurase la posesión de San Fernando, Barinas, Casanare y de todas las poblaciones de los extensos llanos que llegan de un extremo á otro del país por su parte meridional, con objeto de hacer salir á Morillo de las montañas del Centro y Norte, en las que combatía con dificultad la caballería republicana, muy superior á la española.

Pero Bolívar, que quería marchar sobre Caracas, opinó que se llevase la guerra á los valles de Aragua, plan que se siguió y que fué funesto para los revolucionarios.

Marchó presuroso Bolívar á estos sitios, y cargó sobre Morales en la villa del Cura (10 de Marzo) y después en la de Cabrera; cargas que eludió Morales hábilmente; volvió entonces Bolívar sobre La Torre, atacándole en sus posiciones de las Coenisas, días 13 y 14. Fué rechazado. Batieron los generales Calzada y Morales á la caballería de Zaraza, en el pueblo de Maracai, obligando á los revolucionarios á retirarse desordenadamente con pérdida de ciento cincuenta hombres y gran número de caballos, armas y municiones. Contraria la fortuna á Bolívar en cuantos encuentros tenía con los españoles y perseguido de cerca por Morales, llegó el 16 de Marzo al otro lado de la quebrada del Semcu, y en el sitio llamado de La Puerta fué por las fuerzas de Morillo alcanzado. Después de encarnizada lucha, la llegada del general en jefe decidió la victoria en favor de los españoles, no siendo completa porque, herido Morillo de una lanzada, se produjo en sus tropas alguna confusión que permitió á los revolucionarios salvar sus heridos y gran parte la infantería. No pudo Bolívar renovar la pelea, porque su caballería había huido á la desbandada. El general Morillo fué premiado por Fernando VII, por esta victoria, con el título de Marqués de La Puerta. Entre los numerosos heridos de las tropas republicanas, figuraron los generales Urdaneta y Valdés.

Mientras tanto, rendía Páez la plaza de San Fernando de Apure, después de una heroica resistencia por parte de los españoles (7 de Marzo). Enterado de la situación de Bolívar, marchó en su socorro. Unido á él y recogido gran número de dispersos, pudieron continuar los republicanos la campaña, con un ejército de 2,000 jinetes y ochocientos infantes.

La Torre, que substituyó á Morillo en el mando, no obró con la actividad debida, por lo que los rebeldes pudieron rehacerse, y cuando quiso atacar á éstos en Calabozo, donde se habían reunido, tuvo que desistir de su propósito al notar la inferioridad de sus tropas respecto á las de sus contrarios. Pudo, sin embargo, al retirarse precipitadamente al pueblo de Ortiz, causar una vergonzosa derrota á Bolívar (26 de Marzo) que, con fuerzas superiores, le hubiera vencido, á no cometer grandes torpezas. A consecuencia de este desastre, se dividieron las fuer-

zas de los republicanos: Páez marchó á Pao á combatir una columna española que allí operaba, á las órdenes del brigadier Real, Monugas pasó á la provincia de Barcelona y Bolívar tomó posiciones en una pequeña llanura rodeada de bosques, llamada Rincón de los Toros, á poca distancia de San José de los Tiznados. Disponía sólo de setecientos infantes, mandados por Zaraza, y trescientos jinetes. Desde su posición de Rincón de los Toros hizo adelantarse á Cedeño para que se uniese á Páez.

Recorria aquel territorio el coronel don Rafael López, que supo en la noche del 16 de Abril, por un ordenanza de Bolívar, aprehendido aquella noche, el lugar en que éste se hallaba, el santo y seña de sus tropas y hasta el sitio en que dormía, todo con tan prolijos detalles, que le hizo concebir el atrevido proyecto de sorprender á Bolívar y darle muerte. Confió al capitán de los Dragones de la Unión, don Tomás Renovales, que se había distinguido por su arrojo, esta peligrosa empresa. La acogió con entusiasmo Renovales y, sin titubear escogió ocho hombres decididos y se dirigió hacia el campamento enemigo, penetrando en él sin ser notado, gracias á la obscuridad de la noche. Muy cerca ya del sitio donde se encontraba Bolívar, se encontró una patrulla mandada por el coronel Santander, que desempeñaba el cargo de subjefe de Estado Mayor, y, sin turbarse, dió el santo y seña, continuando su camino hacia las hamacas para consumir su intento. Apun-



taron de dos en dos á cada una de las hamacas y dispararon á quemarropa sobre los que dormían, retirándose inmediatamente al campamento de López, persuadidos de que habían concluido con la vida del jefe de la revolución venezolana. Pero Bolívar se había salvado. Los asesinados fueron tres de sus compañeros. La suerte

hizo no se durmiese en seguida aquella noche, lo que le permitió oír á Renovales cuando daba el santo y seña á Santander. Creyendo reconocer en su voz el acento peninsular, sospechó una estratagema y, medio desnudo, saltó de la hamaca y se retiró á alguna distancia; al oír, poco después, los disparos, creyó que sus tropas habían sido sorprendidas y envueltas por las españolas y huyó sin averiguar la verdad.

La confusión producida en el campamento revolucionario fué tal, que creyéndose los republicanos copados y habiendo corrido el rumor de la muerte de Bolívar, les ganó por completo el terror.

Comenzaba á clarear cuando vieron que López les acometía decidido. Creció el pánico y huyeron todos á la desbandada, casi sin combatir y sin hacer caso de los esfuerzos de Zaraza por contenerles. Murió al principio de la acción el coronel López, única pérdida que tuvieron los españoles, y en el acto le substituyó el comandante don Antonio Pla, que hizo ciento cincuenta prisioneros con las armas en la mano. Todos fueron fusilados poco después por orden de Morillo, ya convaleciente de su herida.

En los meses sucesivos, la suerte continuó contraria para los republicanos. El general Morales derrotó á Cedeño en el cerro de los Patos á últimos de Mayo. Batió luego las partidas de Infante, Belisario y Juan Gómez, á las que deshizo y dispersó en los meses de Junio y Julio.

Grandes victorias alcanzó también La Torre sobre Páez, á quien obligó á retirarse á sus antiguas posiciones del Apure, después de haberle derrotado en Cogede. A pesar del valor con que se batió la infantería, mandada por Anzoátegui, perdieron también los republicanos Calabozo. Hubo, en vista de tantos desastres, de retirarse Bolívar á sus primitivas posiciones de Angostura. Frustráronse así todos los planes de los republicanos. Habían perdido más de 1,000 infantes y quinientos caballos, gran número de jefes y oficiales distinguidos y considerable cantidad de municiones. Quedaron al lado de Bolívar, Cedeño, Santander, Soublette y otros jefes, y Zaraza volvió á las llanuras de Caracas.

Nariño y Bermúdez sufrían frecuentes derrotas, y la escasa armonía que reinaba entre ellos quitaba eficacia á su campaña en las provincias de Cumaná y Barcelona.

Conocedor Bolívar de las rivalidades que existían entre Bermúdez y Nariño, supo disimular el enojo que le causaban y permitió que Nariño se titulase comandante general de operaciones en la provincia de Cumaná, le confirmó este título, y le aseguró que olvidaba lo pasado, amonestándole para que consagrarse á la patria sus servicios y desvelos. Seguidamente organizó en Upata dos batallones con los nombres de Rifles y Granaderos y otro en Angostura, aumentando sus escuadrones los cabecillas Monagas, Zaraza y Cedeño, y se hizo acopio en la Guayana de municiones de boca y guerra.

Llenó de satisfacción á Bolívar la llegada del almirante Brión con su escuadra (12 de Julio). Había Brión salido del Orinoco el 3 de Abril con el encargo del

presidente del Consejo, Zea, de ir en busca de uno de los contingentes de soldados extranjeros que se reclutaban en Inglaterra; pero, no habiéndolo encontrado, compró, por cuenta del gobierno republicano, 8,000 fusiles, un tren de artillería, municiones y pertrechos, con los que regresó á Angostura. Desde 1815, Bolívar había encargado á un comerciante irlandés de Venezuela, llamado Devereux, y al representante del gobierno republicano, en Londres, don Luis López Méndez, que aprovechando la terminación de las guerras napoleónicas, alistasen oficiales y soldados. Contrataron considerable número; pero muchos regresaron á su patria por no poder soportar aquella clase de guerra, llena de penalidades y de privaciones, que los rigores del clima tropical aumentaban. Uníase además á esto, la falta de disciplina, de armas y vestuario del ejército en que tenían que combatir. Los historiadores americanos hacen ascender el número de voluntarios ingleses desembarcados en Venezuela en los años 1818 y 19, á unos 5,000. Torrente afirma que pasaron de 9,000. Quedaron, sin embargo, al servicio de Venezuela bastante número de ellos, que prestaron grandes servicios á la causa de los revolucionarios. Uno de los regimientos republicanos, el de rifleros de Colombia, compuesto casi totalmente de ingleses, se batió con denuedo, y su empuje decidió algunas veces la victoria. Véase á Inglaterra mostrándose oficialmente amiga y

aliada de España y, por otra parte, permitiendo enganches de soldados para que auxiliaran á sus enemigos.



José Antonio Páez.

Graves noticias recibía, poco después, el caudillo de la revolución. El ejército del Apure, desconociendo su autoridad, había proclamado á Páez general en jefe y director supremo del país. Había sido el principal instigador de este hecho un coronel inglés, llamado Wilson, que, llegado á Angostura en Febrero de 1818 y pasado luego al Apure con un cuerpo de caballería, compuesto de ingleses, titulado de húsares rojos, había procurado esta sedición y, no contento, intentó llevarla también á las tropas que combatían á las inmediatas órdenes de Bolívar. Mandó Bolívar prender y despedir del servicio y del territorio á Wilson, y no tomó determinación alguna acerca del ejército del Apure, por la distancia que de

él le separaba y por hallarse ocupado en asuntos de importancia para sus propósitos de separar del dominio español los territorios de Nueva Granada, empresa en la que le hemos visto combatir con el mismo denuedo que en todas. Llegado cerca de Bolívar un comisionado de la provincia de Casanare, para infor-

marle del estado de aquélla y del casi abandono en que la habían dejado las tropas del general Sámano, ascendió inmediatamente á general de brigada á Santander para rodearle de mayor autoridad y prestigio y, nombrándole jefe de operaciones en la provincia de Casanare, allá le envió para organizar un cuerpo avanzado que protegiese la invasión que proyectaba.

Quiso entonces aprovechar sus forzados ocios, y se decidió á organizar el gobierno nacional, convocando al efecto á un Congreso que estableciese los fundamentos de la restauración de la República. De acuerdo con el Consejo de Estado, hizo la convocatoria del Congreso para el mes de Febrero del año siguiente, disponiendo en ella que concurrieran á formarlo los diputados de todos los pueblos que estaban libres de la dominación española.

Recelando que las insinuaciones del Gobierno español, cerca de las potencias extranjeras, decidiesen á éstas á intervenir y malograr los esfuerzos hechos en favor de la independencia, publicó, en 20 de Noviembre, un decreto, encabezado con su nombre, como supremo director de la república de Venezuela, y en el que, después de prolijas consideraciones, terminaba con las siguientes afirmaciones:

« 1.<sup>a</sup> Que la república de Venezuela, por derecho divino y humano, está emancipada de la nación española y constituida en Estado independiente, libre y soberano.

» 2.<sup>a</sup> Que la España no tiene justicia para reclamar su dominación, ni la Europa derecho para intentar someterla al Gobierno español.

» 3.<sup>a</sup> Que no ha solicitado ni solicitará jamás su incorporación á la nación española.

» 4.<sup>a</sup> Que no ha solicitado la mediación de las potencias para reconciliarse con España.

» 5.<sup>a</sup> Que no tratará jamás con la España, sino de igual á igual, en paz y en guerra, como lo hacen recíprocamente todas las naciones.

» 6.<sup>a</sup> Que únicamente desea la mediación de las potencias extranjeras para que interpongan sus buenos oficios en favor de la humanidad, invitando á la España á ajustar y concluir un tratado de paz y amistad con la nación venezolana, reconociéndola y tratándola como una nación libre, independiente y soberana.

» Y 7.<sup>a</sup> Ultimamente declara la república de Venezuela que desde el 19 de Abril de 1810 está combatiendo por sus derechos; que ha derramado la mayor parte de la sangre de sus hijos; que ha sacrificado todos sus bienes, todos sus goces y cuanto es caro y sagrado entre los hombres, por recobrar sus derechos soberanos; y que, por mantenerlos ilesos, como la divina Providencia se los ha concedido, está resuelto el pueblo de Venezuela á sepultarse todo entero en medio de sus ruinas, si la España, la Europa y el mundo se empeñan en encorvarla bajo el yugo español.»

Después de publicado este decreto se dirigió Bolívar á las llanuras del Apure, con un cuerpo de tropas mandado por Anzoátegui y Cedeño.

El 15 de Enero de 1819, se avistó con Páez en San Juan de Payara. Probó

Páez entonces su desinterés y patriotismo, sometiéndose á las órdenes de Bolívar, quien en recompensa lo elevó al grado de general de división y dejó á su mando todas las tropas, que ascendían á 4,000 hombres, la mitad de ellos de caballería, y el encargo de proseguir la campaña en aquella región. Regresó Bolívar én seguida á Angostura para asistir al Congreso convocado.

Verificó la apertura de sus sesiones el Congreso el día 15 de Febrero de 1819, y concurrieron á aquella Asamblea, además de los diputados de las provincias libres de Venezuela, los de la neogranadina de Casanare, que fueron cinco, elegidos por indicación del general Santander. En la primera sesión, Bolívar hizo renuncia del mando supremo, ante los diputados, y sometió á su juicio la conducta por él seguida en el curso de la campaña. Por unanimidad el Congreso aprobó su conducta y cuantas disposiciones había adoptado, ratificó los nombramientos, grados y empleos por él conferidos y le tituló *Libertador, padre de la patria y terror del despotismo*.

En las siguientes sesiones presentó Bolívar, acompañado de un prolijo discurso, un proyecto de Constitución, que fué en parte aprobado. Establecía este Código el régimen político siguiente: el poder legislativo debía ser ejercido por un Congreso general dividido en dos cámaras, la llamada de representantes y la de senadores, vitalicios éstos, pero nó hereditarios; el poder ejecutivo lo ejercería una sola persona, con la denominación de Presidente de la República, cargo que debía ser desempeñado durante cuatro años, sin poderse aspirar más que á una sola reelección. Aunque se conferían al presidente grandes facultades, era responsable personalmente, ante el Congreso, por los delitos de traición, conspiración contra la Constitución y el Estado, venalidad, usurpación ó mal uso de las rentas públicas. En los casos de muerte, destitución ó renuncia debía reemplazarle un vicepresidente.

Reunir en una sola nación el antiguo virreinato de Nueva Granada y la capitania general de Venezuela era el pensamiento que acariciaba Bolívar, y, encaminado á este objeto, presentó un proyecto al Congreso de Angostura, proponiendo también que al nuevo Estado se le diera el nombre de Colombia, en honor á la memoria del descubridor de América. Oyóse con gusto la lectura de este documento, si bien los diputados acordaron aplazar su estudio hasta tanto que las circunstancias lo permitiesen.

Promulgada la Constitución, encargado el Congreso de cuanto tenía relación con las disposiciones legislativas, y confirmadas y robustecidas las facultades del Presidente de la República, dedicóse Bolívar, por entero, á activar los preparativos para una nueva campaña.

En estos días había llegado á Angostura un crecido número de soldados reclutados en Inglaterra y mandados por Elsom, y la noticia del desembarco en la Margarita de dos numerosos contingentes de tropas colecticias del mismo país, á las órdenes de los coroneles English y Uslar.

Reforzadas sus tropas con este considerable contingente, formó su plan el

*Libertador*, extendiendo la línea de operaciones, disponiendo que Urdaneta pasase á Margarita para reclutar allí un batallón de naturales que, unido á los ingleses desembarcados recientemente y sirviéndose de la escuadra de Brión, desembarcase en las costas de Caracas, se apoderase de la capital y procurara ponerse en comunicación con el ejército del Apure, de cuyo mando iba él en persona á encargarse. Para entretener y llamar el mayor número posible de tropas españolas, los generales Nariño y Bermúdez debían unirse y operar juntos en las provincias de Barcelona y Cumaná.

Comunicadas estas disposiciones, salió Bolívar de Angostura el 25 de Febrero con los ingleses de Elsom, bajo el mando del coronel Manrique, y con otros cuerpos recién organizados, dirigiéndose al Apure.

Luchaban en este territorio Morillo y Páez, sin que las grandes dotes de Morillo le permitieran ventajas sensibles sobre el caudillo *llanero*. Desarrolló Páez su táctica especial de guerrillero. Su gran conocimiento del terreno y el prestigio que con sus habitantes tenía; la movilización y vigilancia continuas á que su gente vivía sujeta; sus estratagemas, sorpresas y oportunas retiradas consiguieron, por fin, que el general Morillo tuviera que retirarse á Achaguas, reducido en unos 1,000 hombres su ejército. No fueron inferiores las pérdidas de Páez.

Llegó Bolívar en esto al Apure, uniéndose con Páez. Intentaron los caudillos revolucionarios atraer á Morillo á los Llanos, donde pudiera maniobrar la caballería insurgente con ventaja y se lograra sobre las armas españolas una ventaja decisiva. El astuto Morillo comprendió las intenciones de sus enemigos y se mantuvo firme en Achaguas, por lo cual los republicanos decidieron combatirle en sus reales. Derrotados los republicanos en la dehesa de Surero y después en la Gamarra, tuvieron que desistir de sus intentos. Bolívar, atendiendo los consejos de Páez, repasó el Arauca, y entonces Morillo movió su ejército y se acercó á la izquierda del río, cuando el *Libertador* ocupaba la derecha. Avistados los dos ejércitos, el día 2 de Abril, Morillo presentó la batalla, que Bolívar no aceptó; pero Páez, que no desperdiciaba ocasión de emplear sus habituales estratagemas, simuló un ataque que obligó al general español á destacar toda su caballería contra el insurgente, volvieron grupas los jinetes de éste y, cuando ya había logrado distanciar á la caballería é infantería españolas, dió la cara, arremetiendo impetuosamente con una carga que, por lo inesperada, produjo el mayor pánico



Rafael Urdaneta.

entre la caballería realista, que se desbandó, dejando cerca de cuatrocientos muertos en el campo donde se desarrolló este rapidísimo combate, llamado de las Quesenas del medio. Concedió Bolívar la cruz de los *libertadores* á cuantos tomaron parte en él.

Convencido Morillo de la imposibilidad de pacificar aquella región y careciendo de víveres, se retiró á Calabozo, dando el 14 de Mayo por terminada la campaña de aquel año.

Dirigiase Bolívar á la provincia de Barinas, cuando un emisario le trajo noticia del general Santander. Reclamaba Santander la presencia de Bolívar en las provincias de Nueva Granada, por considerar que ella bastaría para que se produjese un nuevo levantamiento, con probable éxito. Había conseguido el general Santander, á su llegada á la provincia de Casanare, reanimar el decaído espíritu de los patriotas, unir á los cabecillas que en aquella provincia se disputaban el mando de las tropas, y formar un respetable núcleo de soldados que, divididos en guerrillas, hostilizaban constantemente á las tropas realistas. Por medio de emisarios que extendían por todos aquellos territorios los progresos que conseguía, llevó la agitación á todas partes y de todas recibió refuerzos.

Bolívar consultó con sus oficiales la conveniencia de trasladarse á Nueva Granada, y afirmativa la de todos, dictó las disposiciones que juzgó necesarias á los jefes que operaban en Venezuela y se dispuso á trasladarse á Casanare, con cuatro batallones, el regimiento de caballería Guías del Apure y otros tres escuadrones, mandados por Anzoátegui. Quedaba Páez en el Apure, encargado de operar en el Norte de este rio, para estorbar las comunicaciones entre Sámano y Morillo.

Antes de seguir á Bolívar en su expedición, relataremos los nuevos acontecimientos de las provincias de Venezuela.

Se recordará que había Bolívar dejado dispuesto que Urdaneta pasase á la Margarita y después, con el batallón de isleños que debía reclutar y los ingleses allí desembarcados, se trasladase á las costas de Caracas, de que debía procurár apoderarse. Cumpliendo estas órdenes, pasó Urdaneta á la isla; pero, poco dispuesto Arizmendi á proporcionarle los auxilios que pedía, perdió mucho tiempo en lograr su objeto. Decidió Urdaneta realizar sus fines, deteniendo á Arizmendi y enviándolo preso á La Guayana, para que fuera juzgado. Obligó á Bolívar, esta nueva defección, á modificar sus órdenes en el sentido de que Urdaneta pasase á las provincias de Cumaná y Barcelona para ponerse á las órdenes del gobierno de Angostura y atender á la defensa del territorio. Los ingleses se mostraban rehacios á entrar en campaña, al observar que no se cumplían con ellos las ofertas que los contratistas les habían hecho, y la escuadrilla de Brión no pudo estar lista á marchar, por falta de recursos. Transcurrieron así todavía algunos meses, antes que Urdaneta pudiese salir de la isla.

Arbitrados recursos, se dirigió Urdaneta, con la gente que pudo reunir, al puerto de Barcelona, desembarcando el 14 de Julio y ocupando en seguida la

plaza que su gobernador, Saint Just, evacuó. Ocupados todos los pueblos de la provincia por los españoles, le fué imposible, como pretendía, ponerse de acuerdo con Bermúdez. Viéndose en Barcelona rodeado de enemigos, y con los ingleses presa del mayor descontento, porque no se les permitió saquear la ciudad al ocuparla, decidió Urdaneta trasladarse á la provincia de Cumaná. Despidió á la escuadra y á los aventureros ingleses que mandaba English (1), y, habiendo recibido auxilios de Maturín, se dirigió á este sitio.

Había, por entonces, Morillo dirigido á los ingleses una proclama en inglés, invitándoles á pasar al servicio de España y prometiéndoles restituirlos á su patria, si así lo preferían.

Entretanto, había emprendido Nariño la campaña ordenada por Bolívar á este general y á Bermúdez en las provincias orientales. Con la división de Bermúdez derrotó en Cantauro, el 12 de Junio, al coronel español don Eugenio Arana. Suspendió las operaciones al recibir una orden urgente del Gobierno para que pasase á ocupar su puesto de diputado en el Congreso, determinación que obedeció muy á su pesar.

Bolívar, llegado á la provincia de Casanare, se reunió, en el mes de Junio, en Tame, con el general Santander, llegando su ejército á sumar 2,500 combatientes. La marcha, hasta allí, había sido penosa, á causa de los ríos y torrentes, crecidos por las lluvias; pero fué mucho más penosa la que siguió. Era preciso verificar la invasión antes que Morillo pudiera conocer los propósitos de la expedición; así que, sin apenas dar descanso á las tropas, púsose en marcha, atravesando aquella elevada y fría cordillera y perdiendo en las cumbres muchos de los soldados. Sobre todo los ingleses y los *llaneros*, ni unos ni otros acostumbrados á la glacial temperatura de aquellas regiones, padecieron sobremanera. Llegó el ejército á Socha el 6 de Julio en muy malas condiciones y bastante mermado.

Después de algunos días de descanso en Socha, pueblo situado hacia el lado de Tunja, en la vertiente occidental de la cordillera, Santander y Anzoátegui sostuvieron (11 de Julio) el primer choque con un cuerpo realista que salió á su encuentro.



Francisco Santander.

(1) Había peleado este jefe á las órdenes de lord Wellington.

Aunque fué favorable para los republicanos, no quiso Bolívar avanzar, á fin de esperar la legión británica y la entrada por Cúcuta del general Páez, á quien había ordenado esta operación.

Mandaba las tropas españolas que salieron á contener á los revolucionarios un joven apuesto, pundonoroso y bravo, que Morillo había enviado al lado del virrey, á quien suponía escaso de oficiales facultativos. Era este joven el brigadier don José Barreiro, y hasta poco antes había mandado una compañía de artillería ligera. Muchos generales encanecidos en las luchas en aquellas regiones, se creyeron con razón pospuestos con ese nombramiento, entre otros el veterano Calzada, quien se acercó á Sámano para hacerle ver lo inconveniente que era para las armas españolas que se encargase Barreiro del mando de las que habían de oponerse á un caudillo tan diestro y astuto como Bolívar. Se disculpó el virrey manifestando que obedecía las órdenes del general en jefe. Esta decisión influyó no poco en el resultado fatal que para España tuvo aquella campaña.

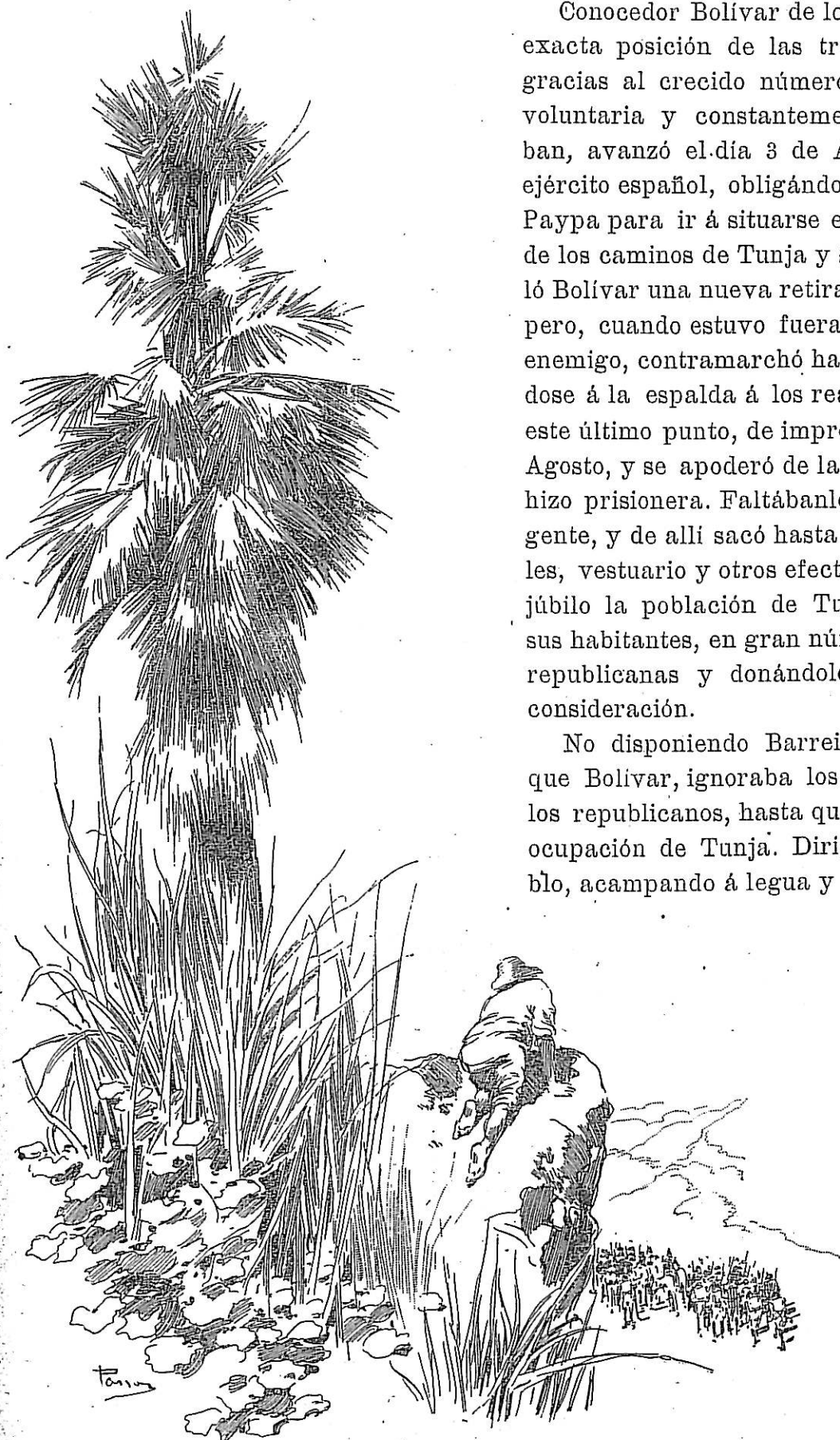
Porque si Barreiro era valiente y poseía vastos conocimientos militares, carecía, en cambio, de práctica en el mando de grandes fuerzas para saber disponer los movimientos combinados de las diversas armas del ejército. Por otra parte, los jefes que se consideraban desairados habían de ocasionar no pocos disgustos.

Decidido Barreiro á probar su suficiencia, salió al frente de sus tropas al encuentro de Bolívar. Ascendían las fuerzas de Barreiro á 3,000 hombres. Tomó el jefe español posiciones en el valle de Sogamozo. Bolívar, entonces, efectuó una marcha de flanco y puso á Barreiro en la necesidad de pasar á situarse en el sitio llamado Molinos de Bouza. Allá fué Bolívar á provocar al español, pero Barreiro permaneció á la defensiva, sin dejarse engañar.

Mantuviéronse así los dos ejércitos, observándose varios días, hasta que Bolívar, que había recibido abundantes refuerzos de todas clases, decidióse á intentar algún golpe de efecto.

Viendo que los españoles se mantenían firmes en sus posiciones, dispuso un movimiento general por el flanco izquierdo. Situándose á la retaguardia de los españoles, se verían obligados á abandonarlas. En efecto, Barreiro tuvo que cambiar de sitio, pero ocupó otro más favorable y con tal prontitud, que, apoderado de las colinas que rodean la hondonada llamada Pantano de Vargas, circunvaló á los revolucionarios, obligándoles á combatir en posición desfavorable y causándoles, con horroroso fuego de fusilería, numerosas bajas. Decidíase la victoria por los realistas, cuando un ataque impetuoso de la caballería insurrecta, por ambos flancos, al mismo tiempo que su infantería, especialmente el batallón inglés Albión embestia por el frente, consiguieron arrollar á los españoles, desalojándoles de las alturas.

La noche puso fin á la refriega, quedando ambos ejércitos combatientes muy quebrantados. Empezó Barreiro, en buen orden, la retirada á las alturas de Paypa, donde tomó sus nuevas posiciones. Bolívar volvió al campo de Bouza para conservar su comunicación con las provincias del Socorro y Pamplona y continuar la recluta de voluntarios.



Conocedor Bolívar de los movimientos y exacta posición de las tropas españolas, gracias al crecido número de espías, que voluntaria y constantemente le informaban, avanzó el día 3 de Agosto contra el ejército español, obligándole á retirarse de Paypa para ir á situarse en la encrucijada de los caminos de Tunja y Sogamozo. Simuló Bolívar una nueva retirada hacia Bouza; pero, cuando estuvo fuera del alcance del enemigo, contramarchó hacia Tunja, dejándose á la espalda á los realistas. Entró en este último punto, de improvisto, el día 5 de Agosto, y se apoderó de la guarnición, que hizo prisionera. Faltábanle armas para su gente, y de allí sacó hasta seiscientos fusiles, vestuario y otros efectos. Recibióle con júbilo la población de Tunja, alistándose sus habitantes, en gran número, en las filas republicanas y donándole cantidades de consideración.

No disponiendo Barreiro del espionaje que Bolívar, ignoraba los movimientos de los republicanos, hasta que el día 6 supo la ocupación de Tunja. Dirigióse á este pueblo, acampando á legua y media de él, dis-

pusó á atacarlo para aproximarse á las fuerzas realistas que había en la capital del virreinato. Bolívar, colocado entre Barreiro y Sámano, espiaba este movimiento, dispuesto á caer sobre el primero que

intentase esta reunión. « Jamás se agitaron los espías, dice un historiador, tanto como aquel día, pudiendo decirse que formaban un cordón, no interrumpido, de hombres escalonados en los caminos ó coronando las alturas; así es que tan luego como Barreiro se movió hacia Santa Fe, por el puente de Boyacá, tuvo encima todo el ejército patriota, en número de más de 2,000 hombres. »

El día 7 de Agosto, se trabó la pelea entre los dos ejércitos, siendo esta batalla, llamada de Boyacá, la que decidió la independencia del hasta entonces virreinato de Nueva Granada. Cerca del puente de Boyacá empezó el combate, que duró cuatro horas y fué uno de los más encarnizados. Debióse la victoria de los republicanos, principalmente, á la caballería republicana, que maniobró con la ligereza de siempre y empleó una de sus habituales estratagemas. Hostigada la caballería española por la republicana, la izquierda republicana, mandada por Santander, atravesó el puente uniéndose á la infantería, mandada por Anzoátegui, que tenía envuelta á la española.

Cercadas así por los revolucionarios las tropas realistas, hubieron éstas de rendirse. Murieron en esta batalla algunos centenares de soldados españoles y quedaron prisioneros 1,600, entre ellos Barreiro, su segundo, el coronel Jiménez, y casi todos los tenientes coroneles, comandantes y gran número de subalternos.

En poder de los republicanos quedaron, además, la artillería, el armamento y las municiones. Sólo consiguieron, de los españoles, salvarse algunos jefes y oficiales de caballería que, con cincuenta hombres, llevaron á Bogotá la noticia del desastre.

Algunos meses después, y cuando ya Bolívar había partido para Venezuela el general Santander mandó fusilar, inhumanamente, á Barreiro y á los treinta y ocho jefes y oficiales cogidos prisioneros en esta batalla.

Coroleu, en su obra *América*, dice: « Para sincerar éste tan sanguinario hecho, no se ocurrió alegar otra razón sino que los prisioneros conspiraban para evadirse y que carecía de suficientes fuerzas para custodiarlos; en cuanto á lo primero, dado que fuera cierto, no hay ni ha habido jamás derecho para suponer el deseo de recobrar la libertad, crimen digno de muerte siempre que se cuente con medios para impedir una evasión, y, en cuanto á lo segundo, con decir que Santander disponía de una brigada de artillería, un escuadrón de caballería y las milicias, para custodiar á treinta y nueve hombres, queda demostrada la falsedad de su aserto. Y que en aquellos días sentía verdadera sed de sangre española, pruébalo el siguiente caso. Un español paisano, llamado Malpica, al presenciar aquellas ejecuciones, exclamó: « Atrás viene quien las endereza », refiriéndose á Morillo. Tener noticia Santander de esta frase, mandar prender, confesar y fusilar en el acto al que la había pronunciado, fué todo una misma cosa. »

Al tener noticia el virrey Sámano de la derrota de Boyacá, fué tal su estupor, que no pensó más que en huir. Si bien es verdad que tenía pocas fuerzas, pudo,

con las de Calzada y algunas más que hubiera llegado á reunir, estorbar de cierto modo la marcha triunfal de los republicanos.

En la mañana siguiente (10 de Agosto) del día en que recibió la noticia de la derrota, se dirigió precipitadamente hacia Cartagena, dejando en Bogotá abandonados los archivos, las oficinas, sobre 600,000 pesos — según Torrente — de la moneda de plata que él creó con el nombre de Montalvina, y 200,000 en oro. Se refugió en Honda, y Calzada, comandante de la guarnición, salió con ésta y algunos dispersos, llegados á Bogotá, en dirección á Quito, volando antes el almacén de pólvora situado en el Aserrín, á un cuarto de legua de la ciudad.

Entró el *Libertador* en Santa Fe el 10 de Agosto, en medio de entusiastas vitores y demostraciones de alegría y bajo una lluvia de flores. Dos días después llegaron sus tropas y los prisioneros hechos en Boyacá.

Los que ansiaban la independencia era natural que sintiesen este entusiasmo, pues sus aspiraciones se veían realizadas. Eran dueños los revolucionarios de la mayor parte del territorio de Nueva Granada; las pocas fuerzas españolas estaban desalentadas completamente, y Morillo no podía enviar nuevos refuerzos, pues bastante tenía con oponer todas las fuerzas de que disponía á las de los republicanos venezolanos.

Dedicóse Bolívar á establecer su gobierno en las provincias conquistadas, en perseguir á los realistas que se dirigían á Cartagena y, principalmente, en detener á las tropas que, anteriormente, había enviado Morillo en auxilio de Barreiro. Mandaba estas fuerzas el general La Torre, y contra éste envió á Soublette; Plaza salió á perseguir á Calzada, y Anzoátegui, ascendido á general de división, por su brillante operación en Boyacá, salió en persecución de Sámano. Creyendo oportuna la propaganda de su antiguo ideal, de constituir una sola república, con la reunión de Nueva Granada y Venezuela, creó, por decreto de fecha 13 de Septiembre de 1819, un gobierno provisional para el nuevo estado de Nueva Granada, y encargó de él con el título de vicepresidente á don Francisco de Paula Santander, elevado al empleo de general de división.

Salió Bolívar de Bogotá el 20 de Septiembre hacia Venezuela. Entretuviéronle en su marcha los honores con que fué recibido en los pueblos del tránsito. Reunido con Páez, que no había cesado de pelear con los españoles, permaneció algunos días en el Apure, y continuó su viaje, llegando á Angostura el 11 de Diciembre.



Carlos Soublette.

Encontró aquí á sus tenientes, entregados á intrigas y disputas. Nariño, que en un principio había sido relevado del mando del ejército de Oriente, intrigó sin cesar ni sosiego hasta recobrar su cargo. Propalada la falsa noticia de que Bolívar había sido derrotado por Barreiro, los diputados amigos de Nariño y de Arizmendi pronunciaron violentísimos discursos en el Congreso, provocando una revuelta de las clases populares que, en grupos armados, invadieron la Asamblea y obligaron á dimitir á Zea. Nombróse en su lugar á Arizmendi, quien repuso en el cargo de general en jefe del ejército de Oriente á Nariño. Nariño partió en seguida á ponerse al frente de las divisiones de Bermúdez y Urdaneta.

No quiso Bolívar, por el pronto, tomar determinación alguna contra Nariño ni Arizmendi, y se fingió ignorante de lo ocurrido en su ausencia. El mismo día de su llegada, se presentó ante el Congreso, dió cuenta de su viaje y de sus victorias, recomendó la conducta patriótica del pueblo neogranadino é insistió en la conveniencia de formar un solo cuerpo de nación con los territorios que había conquistado y Venezuela. Atendido entonces por la Asamblea, fué promulgada, en 17 de Diciembre de 1819, la ley fundamental de incorporación, compuesta de catorce artículos, de los que copiamos los seis primeros, por ser los de mayor importancia:

« Artículo 1.º Las repúblicas de Venezuela y de Nueva Granada quedan, desde este día, reunidas en una sola, bajo el título glorioso de República de Colombia.

» Art. 2.º Su territorio será el que comprendían la antigua capitania general de Venezuela y el virreinato del Nuevo Reino de Granada, abrazando una extensión de ciento quince mil leguas cuadradas, cuyos términos precisos se fijarán en mejores circunstancias.

» Art. 3.º Las deudas que las dos repúblicas han contraído separadamente, son reconocidas *in sólido*, por esta ley, como deuda nacional de Colombia, á cuyo pago quedan vinculados todos los bienes y propiedades del Estado y se destinarán los ramos más productivos de las rentas públicas.

» Art. 4.º El poder ejecutivo de la República será ejercido por un presidente y, en su defecto, por un vicepresidente, nombrados ambos interinamente por el actual Congreso.

» Art. 5.º La república de Colombia se dividirá en tres grandes departamentos: Venezuela, Quito y Cundinamarca, que comprenderá las provincias de Nueva Granada, cuyo nombre desde hoy queda suprimido. Las capitales de estos departamentos serán las ciudades de Caracas, Quito y Bogotá, quitada la adición de Santafé.

» Art. 6.º Cada departamento tendrá una administración superior y un jefe nombrado, por ahora, por este Congreso, con título de vicepresidente.»

Se disponía en los artículos siguientes la fundación de una ciudad para capital de la nueva república de Colombia, con el nombre de *Libertador Bolívar*, ciudad que no ha llegado á crearse, y que el Congreso general de Colombia se reuniría el 1.º de Enero de 1821 en la villa de Rosario de Cúcuta.

Bolívar fué nombrado, por unanimidad, presidente de toda la República, y don Francisco Antonio Zea (1), vicepresidente, pues Arizmendi había renunciado este cargo.

Decidido Bolívar á reanudar las operaciones militares, encargó á Bermúdez la continuación de la guerra en las provincias orientales, y á Cedeño, Monagas y Zaraza para invadir á Caracas. Después de dejar, á las órdenes del coronel Conde, una fuerte guarnición en Angostura, salió el 24 de Diciembre de 1819 con dirección á Bogotá, á fin de emprender la campaña en el tercer departamento de la naciente República, en la presidencia de Quito.

## VI

LA REPÚBLICA DE COLOMBIA.—Su formación por el pacto ó Constitución de Angostura. — La presidencia de Quito.—El general Montes.—Conspiración del doctor Aute á causa de las imprudencias de Ramirez.—El coronel Calzada.—Operaciones en Nueva Granada.—Campaña de Montilla.—Gestión de Morillo al frente de la capitania general de Venezuela.—Armisticio y convenio de Trujillo.—Su ruptura.—Sucesos de Maracaibo.—Decisiva batalla de Carabobo.—Pérdida definitiva de Caracas y la Guaira.—Toma de Cartagena.—Sucesos de Guayaquil.—Combates de Huachi y Guaranda.—Victoria de Sucre en Yahuachi.—Segunda derrota de los republicanos en Huachi.—Mourgeon, presidente de Quito.—Batalla del Pichincha.—Toma de Quito por los republicanos.—Derrota de Bolívar en el Quanambú.—Anexión á Colombia del estado libre de Guayaquil.—Fin de la guerra en Venezuela.—Campaña desesperada de Morales.—Batallas y combate naval en el lago de Maracaibo.—Rendición de esta provincia á los republicanos.—Puerto Cabello, último baluarte de España, cae en poder de los patriotas.—Constitución de la república colombiana.

La Constitución provisional de Angostura estableció el pacto de unión entre los antiguos virreinato y capitania general de Nueva Granada y Venezuela, dando lugar al nacimiento de la república de Colombia.

Bolívar había conseguido, á fuerza de incesante lucha, no siempre coronada por el éxito, establecer extensas zonas de operaciones, á manera de puntos estratégicos, desde donde proseguir sus campañas para lograr la total independencia de su país. Por el momento, no se preocupó más que de extender la revolución por la presidencia de Quito, región aún dominada, en su totalidad, por los realistas. Confiaba en que Morillo no podría enviar refuerzos á Nueva Granada, por necesitarlos en Venezuela, y no era de esperar tampoco que el virrey del Perú, sumamente comprometido por la invasión de los revolucionarios chilenos

(1) Fué este patriota, notable botánico y político. Nació en el año 1780 y murió en 1822. Conocido desde su juventud por sus ideas liberales, y perseguido por ellas, fué, sin embargo, nombrado director del Jardín Botánico de Madrid. A la retirada del ejército francés, marchó á América con Bolívar. Prestó importantísimos servicios á la revolución. Desde la vicepresidencia de la república de Colombia contribuyó eficazmente á su completa independencia.

se decidiese á privarse de fuerzas que tanto necesitaba, para mandarlas en auxilio de los realistas de la antigua presidencia de Quito.

Desde 1816 manteníase esta región sometida á la causa de España, merced, en gran parte, al tacto y bondad del general Montes, que comandaba dicha presidencia. Sin embargo, el amable trato y sus innegables dotes de mando debieron despertar las suspicacias ó envidias de las autoridades superiores españolas, por lo cual, en Julio de 1817, pidió y obtuvo su relevo, siendo substituído en el mando por el teniente general don Juan Ramírez.

Es justo consignar aquí que durante el mando del general Montes ganó mucho la causa de España, por el especialísimo cuidado que mostró este ilustre general en cimentar en todo el país el orden y la justicia, contrastando su conducta con la de muchos de sus antecesores y, sobre todo, con la de su sucesor Ramírez. Este, hombre de carácter áspero y duro, comenzó, con sus amenazas é intimida-



ciones, á captarse el odio y la antipatía de sus gobernados, odio que dió por resultado la abortada conspiración del doctor Aute.

Los conjurados se propusieron, en un día determinado (Jueves Santo de 1818), asesinar á todos los españoles residentes en Quito. Al efecto, en distintas ocasiones y con pretextos varios fueron llegando de los pueblos inmediatos, jóvenes patriotas que, armados de cuchillos y puñales, debían, á una señal determinada,

comenzar la degollina de sus dominadores. La conjuración, admirablemente urdida y sigilosamente aguardada durante más de tres meses, se descubrió á tiempo, por la indiscreción de uno de los conspiradores. Un soldado realista logró entrar en casa del doctor Aute, jefe de la conspiración tan oportunamente abortada, y con un puñal le produjo una herida tan grave en el pecho que se desconfió por algún tiempo que pudiera volver á dirigir conspiraciones. Sin embargo, los frutos del descubrimiento se malograron, pues, en la precipitación, no se pudo dar con la lista de los conjurados, no se logró comprobar satisfactoriamente la culpabilidad de nadie, y las autoridades españolas se contentaron con deportar á Ceuta, por un año, al doctor Aute, después de convalecido de su herida.

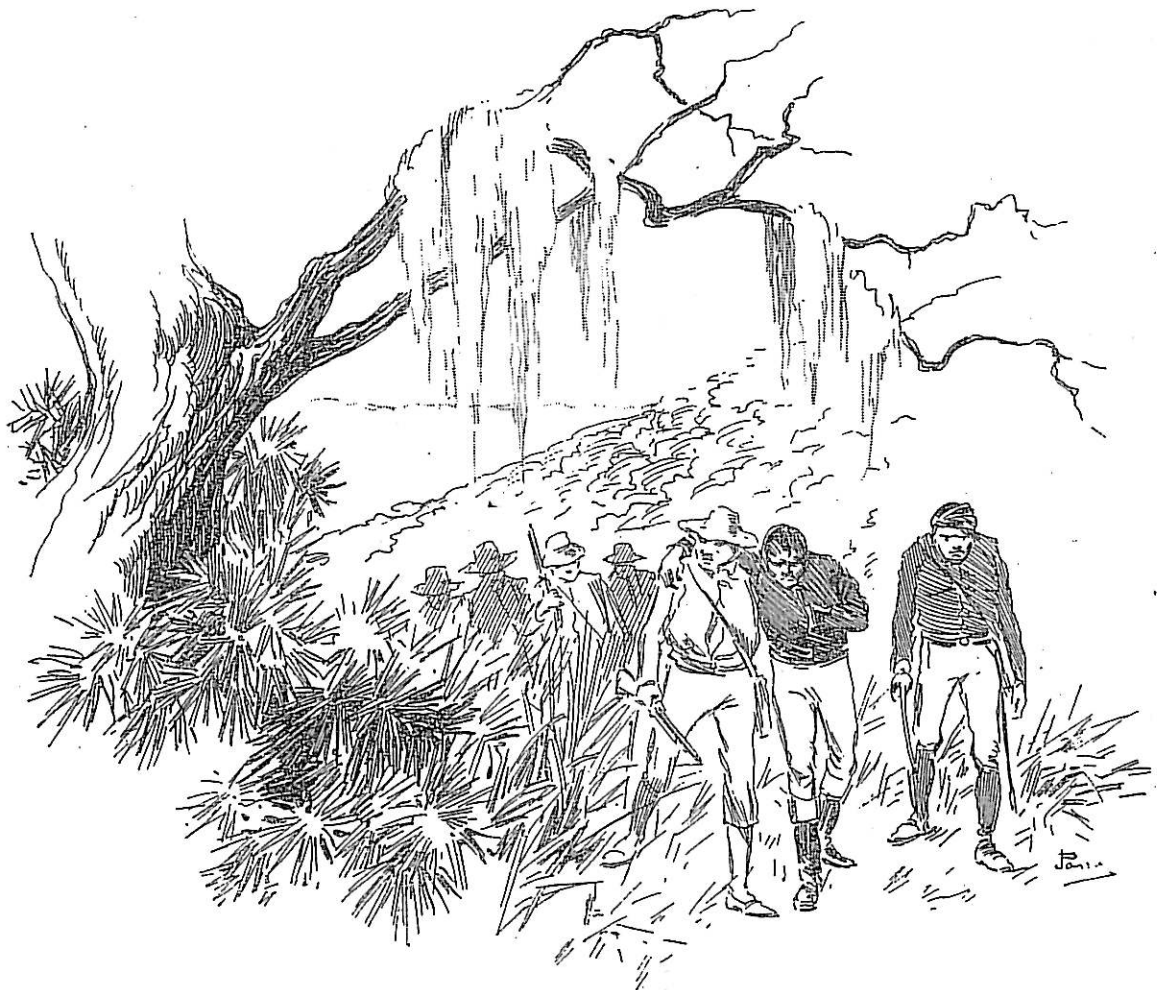
Por fortuna para todos, fué relevado del mando de la presidencia de Quito el general Ramírez, que tuvo que ponerse al frente del ejército español del Alto Perú, siendo reemplazado interinamente en aquel cargo por el general Aymerich, quien pasó, del gobierno militar de Cuenca, á la jefatura de la presidencia, en Abril de 1819.

Entretanto, Calzada, coronel realista y uno de los jefes más activos de aquella campaña, tuvo que abandonar Bogotá, á consecuencia del desastre de Boyacá, y replegarse en Popayán, en donde, con los restos de sus maltrechas huestes y algunos refuerzos que consiguió en este último punto, se propuso reconquistar lo perdido y recobrar nuevamente á Bogotá. Por el momento, encargó al comandante Rodríguez que, al frente de doscientos hombres, sofocase la insurrección del valle de Cauca; pero esta expedición tuvo mal resultado, puesto que Rodríguez sufrió una completa derrota en San Juanito. Calzada, entonces, al frente de 4,000 hombres que logró reunir en Pasto, merced al apoyo que le prestó don Salvador Jiménez, obispo de Popayán, se dirigió de nuevo á este último punto, que tiempo antes había tenido que abandonar, á consecuencia de la derrota de Rodríguez, y que entonces lo defendía el coronel republicano don Antonio Obando, el cual, á pesar de su heroísmo, tuvo que abandonar Popayán, con pérdida de novecientos hombres. Envanecido Calzada con este importante triunfo, siguió al mencionado valle de Cauca, consiguiendo también algunos triunfos; pero, acosado á vanguardia y retaguardia por dos divisiones republicanas, tuvo que retirarse de nuevo á Popayán y de aquí otra vez á Pasto, perdiendo en esta retirada la mitad de su ejército, á causa de las numerosas deserciones de sus soldados y del rompimiento con el prelado de Popayán.

Entonces, el general y presidente de Quito, Aymerich, alarmado con tan poco agradables noticias, se trasladó á Pasto, destituyó á Calzada, confinándolo á Cuenca, en donde tendremos ocasión de volverlo á encontrar, y nombró á don Basilio García jefe de las fuerzas de Calzada, volviéndose de nuevo á Quito.

Tampoco eran muy favorables para España los acontecimientos que se desarrollaban en el antiguo virreinato de Nueva Granada. En la parte Norte de esta región sostenían el peso de la campaña unas cuantas fuerzas realistas mal organizadas y peor disciplinadas.

El entonces virrey Sámano, residente en Cartagena, mandó, con intención de invadir la provincia del Chocó por la parte del Atrato, una columna que fué completamente desbaratada por los republicanos; no fué más feliz otra expedición que remontó el Magdalena, á bordo de una escuadrilla, pues, además de su completa derrota dejó en poder del enemigo más de quinientos fusiles. De este modo, los patriotas lograron estorbar que las fuerzas del coronel Warleta se uniesen á las que en Quito tenía su compañero Calzada, evitando así que la provincia de Antioquia y los feraces valles del Cauca cayesen en poder del enemigo, el cual tenía bastante con defender sus posesiones de Cartagena, Panamá, Santa Marta y Río Hacha, á donde los republicanos iban, en breve, á trasladar el teatro de la guerra. En efecto, Bolívar, contando con el refuerzo que suponían los contingentes de mercenarios irlandeses que con el nombre de *voluntarios* había reclutado el general Devereux en Dublín, decidió enviar una expedición que se apoderase de Río Hacha, invadiendo después la cuenca del río Magdalena. Puso



al frente de esta expedición al coronel don Mariano Montilla, quien, en combinación con Urdaneta debía operar, el primero, por mar, desembarcando tropas en Río Hacha ó Santa Marta; y el segundo, por tierra, saliendo de Cúcuta y apoyando los movimientos de Montilla. Este se embarcó en la escuadra de Brión con

unos setecientos hombres, en su mayoría mercenarios irlandeses, y arribó, después de seis días de navegación, á Río Hacha; el gobernador realista don José Solís, no hallándose en condiciones de resistir, con sus escasas fuerzas, evacuó la plaza, tomando posesión de ella los patriotas de Montilla. A fines de Marzo de 1820, ó sea tres días después de la toma de Río Hacha, salió el jefe republicano, de este punto, al frente de cuatrocientos irlandeses, con ánimo de apoderarse del valle de Upar; estas fuerzas tuvieron que sostener algunas peligrosas escaramuzas con las guerrillas españolas, por lo cual, y en atención á estar la provincia de Santa Marta ocupada, en su casi totalidad, por tropas españolas, y á que el jefe de estas tropas y gobernador de la provincia, don Pedro Ruíz de Porras, se le venía encima con una fuerte columna, decidió, llevando muchos heridos y enfermos, volver á Río Hacha y defenderse en su recinto, buscando apoyo en la escuadra. Ruíz de Porras, con sus ochocientos soldados, no tardó en presentarse á la vista de la población, poniendo en grave aprieto á Montilla, quien, por otra parte, no podía contar con los irlandeses, que se habían sublevado reclamando sus pagas y haberes, que el bueno de Montilla no podía satisfacer por falta de recursos.

Nada consiguió con amenazas ni súplicas el jefe patriota de los mercenarios extranjeros, si no es que presenciarian neutrales el combate que con los realistas se iba á entablar, y que sólo en caso de atacar éstos la ciudad la defenderían por el egoísta instinto de la propia conservación.

Montilla, al frente de tres ó cuatro compañías de voluntarios venidos de los pueblos inmediatos y de unos cuantos venezolanos que le quedaban de sus disueltas huestes, consiguió, auxiliado por el vivo cañoneo de la escuadrilla, rechazar al enemigo con bastantes pérdidas. Sin embargo, no se consideró muy seguro en Río Hacha, dado el estado de indisciplina de sus auxiliares irlandeses, por lo que decidió embarcarse, como lo hizo, abandonando la población, nó sin que antes los mercenarios extranjeros la saqueasen é incendiasen, entregándose al más grosero pillaje. Hasta á bordo hubo que amenazar á estos famosos auxiliares con volar los barcos sino entregaban los fusiles, con los que se habían encariñado en gran manera. Por fin, fueron conducidos á Jamaica, y Bolívar quedó escarmentado, en lo sucesivo, de auxiliares extranjeros.

Montilla, libre ya de sus molestos irlandeses, se decidió, con las escasas fuerzas que le quedaban, á invadir la provincia de Cartagena por las bocas del Magdalena, como lo hizo, teniendo la suerte de engrosar sus filas hasta formar un contingente de cuatrocientos hombres, sesenta jinetes y cuatro cañones, servidos por voluntarios ingleses; y más tarde, unido con Lara que, con su división, formada por dos batallones y un escuadrón, operaba por aquellos contornos, se propuso bloquear á Cartagena por mar y por tierra, logrando, después de un largo asedio, ver coronados por el éxito sus esfuerzos, como veremos más adelante.

También en la capitania general de Venezuela se desarrollaban los sucesos muy favorablemente á la causa de los patriotas; el jefe de esta región, Morillo,

trató de perseguir al *Libertador* Bolívar, mandando contra él, por una parte, á La Torre y Perliza, mientras él se dirigía al Tocuyo, y así, á la vez, defender las provincias de Mérida y Trujillo y Apure y Barinas. Mas sus proyectos se frustraron un tanto, puesto que el jefe republicano Páez, enseñoreado de alguna parte del Apure, le molestaba con sus continuas escaramuzas y correrías impidiéndole combinar un buen ataque; además, Díaz, apresó varias embarcaciones que los realistas tenían en Ocaña, y el mismo Páez tomó á los españoles la plaza de San Fernando.

No le quedaba, pues, á Morillo, más remedio que mantenerse á la defensiva, á pesar de sus 11,000 hombres distribuidos en todo el territorio de la antigua capitania general de Venezuela, y esperar los grandes refuerzos que en hombres, barcos y dinero se estaban acumulando en la Península para atender á las necesidades de la insurrección americana. Estos refuerzos no llegaron jamás, pues harto sabido es que Riego y demás constitucionales prefirieron salvar la pureza de los principios á recobrar los inmensos y ya tan comprometidos dominios que España tenía en América.

Indudablemente, que aún sin la sublevación de las Cabezas de San Juan, se hubiera cumplido la eterna ley de la historia; de la emancipación de los pueblos cuando éstos han llegado á la plenitud de su desarrollo, ó cuando la tiranía tutelar obliga á sacudirla; pero también es indudable que sin aquel suceso y reforzadas convenientemente nuestras posesiones americanas, hubiera durado aún mucho tiempo nuestro poderío colonial, y quizá la evolución pacífica hubiera, con ventaja de todos, realizado lo que la revolución se encargó de arrancar violentamente, sembrando en el corazón de ambos pueblos una semilla de odios que ni aún el transcurso de un siglo ha podido, por completo, desarraigar.

Morillo supo á fines de Marzo la sublevación de Riego de 1.º de Enero de 1820 y la proclamación de la Constitución del 12; y aunque, con gran repugnancia, proclamó también en 7 de Junio la predicha Constitución, no sin que antes hubiera sido compelido á hacerlo por el ayuntamiento de Caracas que, en forma enérgica, lo exigió así al gobernador militar y capitán general interino, don Ramón Correa.

En cambio, don Juan Sámano, virrey de Nueva Granada, se negó á reconocer el nuevo código político, á pesar de las representaciones de todos los funcionarios españoles, produciendo esta resistencia una sublevación en las tropas, que le obligó á dejar el mando en manos de un gobierno provisional y á embarcarse para Jamaica en compañía de otros varios furibundos absolutistas.

El Gobierno constitucional, en la imposibilidad de mandar tropas á América para restablecer la ya tan perturbada normalidad, creyó más conveniente atraerse á los insurgentes por la clemencia, y empezó por libertar á los que, por causa de la insurrección, sufrían condena en los presidios de España y Africa, siendo uno de los libertados don Antonio Nariño, ex presidente de Cundinamarca; á la vez que ordenaba á Morillo procurase atraerse á los jefes de la insurrección

con halagos, como los de reconocerles los grados y mando de las provincias que tuviesen en la actualidad, implantando también reformas liberales. Morillo no creía, como buen soldado, en estos paliativos, pues de sobra sabía que los patriotas luchaban con entereza, nó por ambiciones personales, sino por amor á su in-



dependencia y á las instituciones nuevas que tantos años de lucha les habría de costar ver consolidadas; pero, no queriendo, por otra parte, desobedecer las órdenes del Gobierno español, trató con los caudillos patriotas de la suspensión de hostilidades, como trámite previo para llegar á un acuerdo definitivo entre el Gobierno de la metrópoli y el Congreso de Angostura ó Bolívar. Los jefes republicanos no atendieron las indicaciones de Morillo, á pretexto de que no dependía de ellos, sino del Congreso el acordar lo relativo á suspensión de hostilidades, y el Congreso, reunido en sesión extraordinaria, presidida por Peñalver, contestó: « que, deseoso de restablecer la paz, oiría con gusto todas las proposiciones que se hiciesen de parte del Gobierno español, *siempre que tuviesen por base el reconocimiento de la soberanía é independencia de Colombia* ». No dió, pues, resultado alguno la gestión de Morillo con el Congreso colombiano, pero no se desanimó el español por eso, y mandó comisionados á Bolívar, para lograr de él lo que el Congreso se había negado á admitir, ó sea la suspensión temporal de hostilidades, como base de ulteriores convenios; Bolívar comisionó á Briceño, Méndez y Urdaneta para que diesen su contestación negativa á Morillo, mientras él se dirigía al Magdalena á proseguir las operaciones.

Estas gestiones del caudillo realista llegaron á conocimiento de la opinión, causando un efecto desastroso para la causa de España, pues claramente se veía que ya no eran insurrectos, sino beligerantes, los que con tanta consideración y con tal explícito reconocimiento de sus grados y jerarquías eran tratados por el jefe español. Tal resultado produjo la propaganda separatista que ence-

rraban las gestiones de Morillo, que, á fines de Octubre, la provincia de Barcelona estaba sublevada, habiendo Monagas logrado apoderarse de su capital; y la de Cumaná, también alzada en armas, estaba á punto de correr la misma suerte; Bermúdez invadía la provincia de Caracás, y la de Barinas caía en poder de Páez.

Entretanto, Bolívar, de regreso del Magdalena, atacó al coronel Tello, que hubo de retirarse sin combatir, apoderándose el *Libertador*, sucesivamente, de Mérida y Trujillo y sus provincias. Pero, á pesar de esos fáciles triunfos, bien porque necesitase descanso de tan ruda campaña, ó bien porque no se atreviese, sin antes reorganizar sus fuerzas, á presentar campal batalla al grueso de las fuerzas españolas, es lo cierto que Bolívar escribió á Morillo diciéndole que á pesar de los perjuicios que á la causa de la naciente república colombiana irrogaba la suspensión de hostilidades, había resuelto aceptar un armisticio en bien de todos y para ver si por fin se lograba la tan deseada paz. Morillo acogió con júbilo estas proposiciones y comisionó á don Juan Correa, á don Francisco González de Linares y á don Juan Rodríguez de Toro para que tratasen de venir á un acuerdo con los representantes del *Libertador*. Mientras tanto, Morillo y Bolívar se trasladaron, respectivamente, á Carache y Sabana, acercándose más ambos jefes para mejor seguir los incidentes de las conferencias sobre el armisticio. Bolívar nombró representantes suyos á don Antonio José de Sucre, á don Pedro Briceño Méndez y á don José Gabriel Pérez, general, coronel y teniente coronel, respectivamente; quienes, después de muchas notas y contestaciones con los representantes españoles, lograron reunirse, por fin, en la ciudad de Trujillo, y al cabo de cuatro días de conferencias firmaron, en 25 de Noviembre de 1820, un armisticio que había de durar seis meses, durante el cual, se suspendían todas las hostilidades, quedando ambos ejércitos en posesión de sus respectivas conquistas y ocupando el lugar que en este convenio se les señalaba. El 26 se firmó un convenio, por el que se regularizaba el aspecto de la guerra, dándole un carácter más humano, conforme al derecho de gentes y á la civilización. Este convenio y aquel armisticio fueron ratificados solemnemente por los jefes respectivos, que, en prueba de su mutua buena fe, se abrazaron cariñosamente en la conferencia que tuvieron en el pueblo de Santa Ana, en donde ambos generales y sus séquitos respectivos se prodigaron toda serie de mutuas atenciones, llegando á vitorear, unos y otros indistintamente, á España y á Colombia al finalizar el banquete con que Morillo obsequió á Bolívar y á su acompañamiento, y jurándose, ellos y los oficiales de ambos ejércitos, eterna amistad. Pero, por desgracia, pasó muy rápida la eternidad de aquel abrazo.

Seguramente que la causa de España había de ganar muy poco con este tratado, puesto que Bolívar, con él, se había propuesto dar descanso á sus tropas y algún sosiego á los pueblos, á la vez que reorganizar sus fuerzas, adquiriendo subsistencia, reparando sus armas y haciendo considerable repuesto de municiones. Además de que, por la especie de confraternidad establecida entre ambos

ejércitos, habían los criollos venezolanos, que aún servían en las tropas españolas, de irse infiltrando del amor santo á la causa de la independencia que animaba á los patriotas republicanos y habían, indudablemente, de medrar los contingentes del *Libertador*; á pesar de esto y de lo verdaderamente sagaz y político que se mostró en ésta, como en otras ocasiones, el gran Bolívar, no satisfizo á todos los jefes republicanos la suspensión de las hostilidades, sobre todo á los que operaban en territorios lejanos al punto del convenio, siendo ellos, sin duda, la causa de que se violase prematuramente lo pactado, como pronto tendremos ocasión de ver.

En cambio, Morillo se felicitó de haber conseguido el armisticio, pues, aparte de que, real y verdaderamente, necesitaban las tropas realistas de descanso y de reorganización, y aparte también de la sinceridad de los propósitos que animaban á las autoridades españolas de llegar á una concordia definitiva, existía una circunstancia especial que hacía que Morillo deseara la paz, aunque fuese provisional. Había llevado cinco años y medio de constante guerrear y, en varias ocasiones, pidió su relevo para volver á la madre patria á disfrutar de tan merecido descanso, y aunque tiempo hacía que estaba firmado su relevo, no quiso, sin embargo, abandonar por el momento la campaña, por temor á que pudiera esto interpretarse como una huida; á más de que las autoridades de la Guaira y Caracas le habían suplicado que no abandonase el país al iniciarse la campaña de Bolívar.

Pero ya firmado el armisticio, se le ofrecía ocasión oportuna de realizar sus anhelos de descanso, regresando á España, y así lo hizo, entregando el mando en Caracas al mariscal de campo don Miguel de la Torre y embarcándose para España á mediados de Diciembre de aquel año.

Fué Morillo hombre que cumplió como soldado su deber, pero que como político no estuvo á la altura de su misión. Su carácter severo y los errores en que más de una vez incurrió, contribuyeron mucho á la pérdida de las hermosas regiones, tanto tiempo á su defensa confiadas. La historia tiene que hacerle justicia, reconociendo su valor militar, su pericia y su actividad; pero recriminándole duramente por su falta de tacto, por sus imprudencias y hasta, quizá, por sus crueldades.

Cumplió La Torre, caballerosamente, todas las cláusulas del armisticio. No así los patriotas, que se aprovecharon de él para hacer una activa campaña en favor de su causa y organizarse nuevamente para la lucha. Es verdad que esta diversa manera de apreciar la lealtad á lo pactado, nace de la diversa situación de los beligerantes, pues, mientras para los españoles hubiera sido muy cómoda la indefinida duración del armisticio, para los americanos, para los patriotas que luchaban por un ideal, que defendían una causa, para ellos santa, no podía serles grato permanecer en la inacción, sino que habían de ansiar arrojar cuanto antes á los que llamaban sus tiranos, y que, sino tanto, habían sido, y seguían siendo, sus ineptos tutores.

A principios de 1821, Maracaibo, capital de una rica provincia litoral que siempre se había mantenido fiel á España, se sublevó á consecuencia del crecimiento que en todas partes iban adquiriendo las ideas separatistas, y más singularmente á causa de la propaganda activísima que el general Urdaneta, jefe de un batallón y cuatro escuadrones de caballería, hizo entre los habitantes de la capital. Este jefe republicano que, al frente de sus fuerzas, acampaba no lejos de Maracaibo, fingiendo órdenes de La Torre, hizo que la guarnición española saliese de la ciudad en dirección á Coro, y cuando lo hubo conseguido, efectuó el levantamiento insurreccional en la ciudad, sin temor alguno, puesto que ya no había en ella fuerzas con quienes combatir. Bolívar, á pesar de lo pactado en Trujillo, no sólo no condenó la conducta de Urdaneta sino que la aplaudió y favoreció, quedando así violado el armisticio y rotas nuevamente las hostilidades. A pesar de este agravio, La Torre, llevado de su buena fe, propuso al *Libertador* que las tropas de Urdaneta abandonasen Maracaibo, quedando las cosas al mismo estado que tenían antes de la sedición y comprometiéndose él, por su parte, á no tomar medidas contra la ciudad hasta después de reanudadas las hostilidades; pero el jefe republicano no se avino á estas componendas, pretextando que en el tratado ó estipulación de Trujillo nada se decía de nuevas y espontáneas sublevaciones que pudieran ocurrir y que él, como amparador de la causa de la independencia, no podía negarse á tomar bajo su protección á una ciudad que se había proclamado en favor de la naciente república.

Lo cierto del caso era, aparte sutilezas del sagaz Bolívar, que éste no veía realizables las ilusorias corrientes de paz que parecía haberse establecido y que nada esperaba tampoco de las conferencias que en Caracas celebraban los representantes del Gobierno español con los suyos. Aparte de que, á pesar del breve tiempo transcurrido, parecía acosar al caudillo patriota la nostalgia de la lucha, pues entonces se creía más fuerte que nunca y tocaba también los efectos de la inacción de sus tropas en las frecuentes disputas entre ellas y en la peste que empezaba á diezmarlas en sus acuartelamientos. Así fué que, en 10 de Marzo, Bolívar intimó á La Torre á continuar la lucha ó á reconocer la soberanía de la república colombiana, dejando truncadas las conferencias sobre la cuestión de la sublevación de Maracaibo y las sesiones de los comisionados de Caracas sobre la paz definitiva. Verdaderamente, que esta infidelidad á lo pactado en Trujillo es un gran borrón en la historia del famoso caudillo americano.

La Torre aceptó el reto de Bolívar y fijó para el 28 de Abril la ruptura de las hostilidades. Nada envidiable era la situación del caudillo español. Sus 5,000 hombres estaban desmoralizados, porque veían que sus oficiales no hacían más que lamentarse de una campaña tan larga y tan poco fructuosa. Veían, además, que el general Morales, molestado porque Morillo le hubiese postergado no dándole á él el mando de las tropas, no perdía ocasión para desprestigiar á La Torre. Contribuyeron, por último, también no poco al descrédito de este noble militar las imprudentes solicitudes que varios ayuntamientos, centros y corporaciones ha-

bían hecho á Morillo para que no dejase el mando de las tropas, pues temían que su sucesor, fuere cual fuere, no habría de saber conducir sus huestes á la victoria. ¿Qué de extrañío tiene, pues, que con un ejército así y en tan adversas circunstancias sobreviniese una catástrofe que originara la total pérdida de aquella colonia?

Muy otras eran las circunstancias en que Bolívar reanudaba la lucha. Con sus 6,000 hombres, llenos de confianza en su general y de entusiasmo por la conquista, sin lucha, de la hermosa provincia de Maracaibo, y animados, además, por la protección de todo el país, abrigaba la seguridad de acabar de una vez con la dominación española.

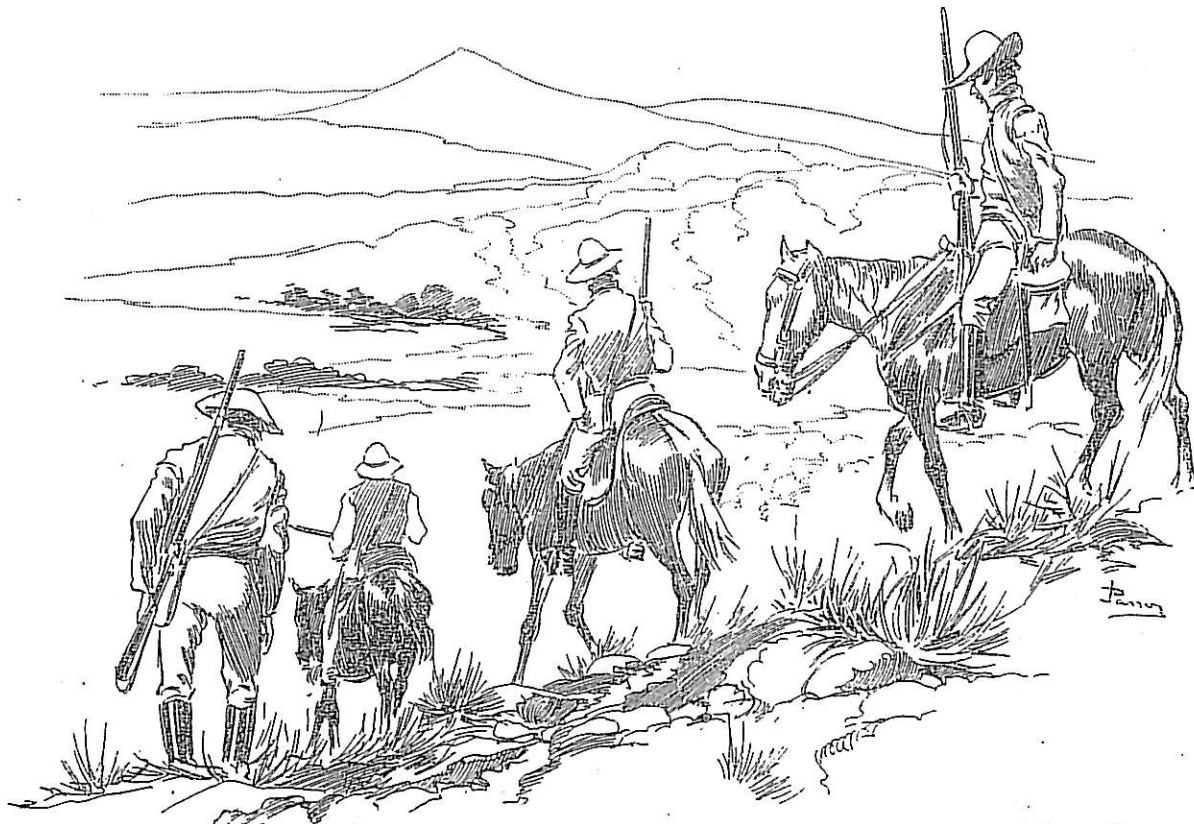
Reanudada la lucha, mandó Bolívar á Bermúdez y Soublette que, entrando por los valles de Barlovento y Caracas, llamasen la atención de los españoles hacia aquel lado, mientras él se trasladaba á Barinas y á Achagua, para unirse con Páez. Conseguido esto, se dirigió á los llanos de Carabobo, en donde se encontraba el general La Torre con todas sus fuerzas.

Bermúdez obtuvo varios triunfos en Chuspita y Guatire sobre las fuerzas españolas que encontró á su paso, logrando entrar triunfalmente en Caracas, no sin que la evacuase antes el general Correa, que tuvo que salir precipitadamente por temor á ser copado por el caudillo patriota.

Siguió triunfalmente á la Guaira, en donde entró á los pocos días; pero, en las alturas del Limón, le produjo Morales un serio descalabro, y otro no menos lamentable sufrió en el Rodeo, por Pereira, volviendo los realistas á reconquistar todo lo perdido y apoderándose de nuevo de Caracas y la Guaira, que conservaron en su poder, á pesar de las varias tentativas de apoderarse de ellas que, tanto Bermúdez como Soublette, hicieron, no consiguiendo ambos más que nuevas derrotas, sobre todo el primero, que en una de sus intentonas contra la capital perdió cerca de 1,300 hombres, de los 1,500 que llevaba; por lo cual, y en espera de días mejores, hubieron ambos jefes de retirarse á Uchire.

Entretanto, Bolívar, adelantando su marcha á Carabobo, tenía que pasar por unos desfiladeros, llamados de Buenavista, bien guardados por la artillería de La Torre. En la imposibilidad de forzar el paso de aquella garganta, para desembocar en el llano, logró Páez, que mandaba los batallones Apure y Británico, con más 1,500 jinetes, encontrar un sendero que daba al flanco derecho del ejército español y que La Torre no había creído necesario defender. El caudillo español quedó, pues, desagradablemente sorprendido al ver que el Apure había logrado desembocar en el llano y, aunque tarde, hubo de variar de táctica enviando algunos batallones contra el Apure, que sostuvo un fuego horrible y, ya casi á punto de ceder, alcanzó la fortuna de que acudiese en su ayuda el Británico, cuyos aguerridos soldados mantuvieron rodilla en tierra la terrible carga del ejército español, no sin que quedaran fuera de combate todos los oficiales y gran número de soldados; por fin Páez, con su caballería, logró sacar á ambos batallones del heroico trance en que estaban, dando una tan oportuna carga, que decidió la vic-

toria en su favor. La Torre, entonces, acudió á su caballería, pero Morales, que la mandaba, ó no supo ó no quiso hacer nada, por lo cual los jinetes españoles, arrollados por el ímpetu de la caballería enemiga, volvieron grupos y huyeron por el camino del Pao. Como se ve, el éxito de esta batalla se debió al arrojo y pericia de Páez, pues aunque Cedeño, con sus dos batallones y un escuadrón, y Plaza, con cuatro batallones y un regimiento de caballería, cooperaron grandemente al resultado de la acción, sino hubiera sido por el ímpetu y la oportunidad de la ma-



gistral carga de Páez, otro hubiera sido el final, y aún hubiera corrido peligro el mismo Bolívar, que mandaba en jefe las fuerzas todas.

Batallones enteros cayeron en poder de los patriotas, arrollados por su caballería. Sin embargo, el heroico coronel don Tomás García, jefe del batallón de Valencey, compuesto de veteranos, consiguió emprender una ordenada retirada á Valencia, á pesar de las continuas cargas de la caballería republicana y de la fiera acometida de los batallones de granaderos de la Guardia y Rifles, que cerca de aquella ciudad intentaron, en vano, cortarle el paso.

Resistióse García con heroísmo y, por fin, muy entrada la noche, logró llegar con sus novecientos hombres rendidos, de fatiga, al pie de la sierra de Puerto-Cabello.

Tuvieron los patriotas, en esta batalla de tan decisivas consecuencias, unas doscientas bajas, entre muertos y heridos, figurando entre los primeros el general Cedeño y los coroneles Plaza y Farrier, este último inglés. Con el señalado triunfo de Carabobo quedaron los patriotas como dueños absolutos y definitivos del suelo de Venezuela, pues aunque les restaba por apoderarse de Puerto-Cá-

bello, Cumaná y Coro, y sus defensores hacían prodigios de valor por retenerlas, era ya imposible toda lucha formal, toda vez que las fuerzas de La Torre habían quedado reducidas á los novecientos hombres que logró salvar de la derrota de Carabobo el heroico coronel García y á las pequeñas columnas de Tello y Lorenza. Así terminaba en aquella hermosa colonia la dominación de España; con una derrota de las armas reales, pero derrota heroica, como fué heroico también el triunfo de sus adversarios. No podía ser de otro modo tratándose de hijos de la misma raza, quizá hermanos. Luchaban los unos, por sostener la tradición de sus gobiernos; y combatían los otros por la independencia.

Después del triunfo, Bolívar y Páez se dirigieron á Caracas, ciudad que fué evacuada por Pereira al saber la derrota de Carabobo. Refugióse Pereira en la Guaira. El 29 de Julio, tomó posesión de ella definitivamente Bolívar, y el Congreso de Cúcuta, ciudad que había sido designada como capital de la unión republicana, decretó grandes honores para Bolívar y su ejército y ascendió á Páez al empleo de general en jefe. Desde Caracas intimó el caudillo patriota la rendición á Pereira y la entrega de la plaza de la Guaira. Así lo hizo el jefe español, imposibilitado como estaba de todo auxilio, no sin antes recabar para sí y sus tropas todos los honores de la guerra.

Soublette, que fué nombrado gobernador de Caracas, expidió un decreto, aprobado por Bolívar, en el que se ofrecía pasaporte á los españoles que quisieran abandonar el país y se exigía juramento de sumisión á la soberanía de la República á los que se quedasen en su territorio, dejando en el primer caso amplia libertad á los españoles para disponer de sus fincas y bienes. También Bolívar, de acuerdo con el Congreso, dividió el territorio de Venezuela en tres distritos militares, nombrando jefes de ellos á Bermúdez, Páez y Nariño, y, hecho esto, se preparó á llevar la guerra á Nueva Granada.

Pero antes era preciso someter las plazas de Puerto-Cabello, Cumaná y Coro que, como antes dijimos, eran las únicas que quedaban en poder de los españoles. Al efecto, Bolívar comisionó á Urdaneta que se apoderase de Coro, lo que realizó este jefe sin disparar un tiro, pues su gobernador se había marchado para engrosar con sus fuerzas las de La Torre, que estaban en Puerto-Cabello. Llamó el *Libertador* apresuradamente á Urdaneta para atacar juntos este último punto, y allí fué el jefe patriota, con 2,000 soldados, encontrando alguna fuerza en Coro, al mando del coronel Escalona. En ausencia de Urdaneta, el teniente coronel realista don Pedro Luis Inchauspe, al frente de una pequeña fuerza, trató de recobrar á Coro, contando con el apoyo del vecindario. Escalona, temiendo una sorpresa, por no contar con la adhesión de los habitantes, se retiró á Cumarebo; allí le persiguió Inchauspe, pero fué derrotado. Sin embargo, no escarmentó, y con quinientos hombres que Tello le traía de parte de La Torre, volvió á atacar á Escalona, quien obtuvo una nueva victoria, obligando á Tello á retirarse á Puerto-Cabello. En cuanto á Inchauspe, que sin duda sentía gran cariño á Coro, logró quedarse en ella de gobernador, con el grado de coronel que, á cambio del

reconocimiento de la República que tanto había combatido, le otorgó el Gobierno.

No estuvo, sin embargo, Coro mucho tiempo en poder de los patriotas, pues el teniente coronel realista, don Mariano Carrera, después de varias peripecias, consiguió, apoyado por el mismo La Torre, que con 1,200 hombres se acercaba en su auxilio, apoderarse de la tan disputada plaza, haciendo prisionero al gobernador patriota don Juan Gómez y á toda la guarnición.

En cambio, Cumaná cayó en poder de los republicanos en 16 de Septiembre de 1821, después de un largo asedio y poco antes de que llegase una escuadra española que desde Puerto-Cabello acudía en su socorro. No quedaban, pues, á fin de este año, en poder de los españoles, más que Puerto-Cabello, Coro y las costas de Ocumare.

El 1.º de Agosto, había Bolívar marchado, con ánimo de llevar la guerra á Nueva Granada. Al pasar por Cúcuta, el Congreso allí reunido le aclamó como presidente de la República y nombró vicepresidente al general Santander.

Dejamos á Montilla asediando á Cartagena cuando el armisticio de Trujillo le hizo suspender las hostilidades. Violentado el armisticio por la insurrección de Maracaibo, Montilla intimó al gobernador de Cartagena la rendición de la plaza para el día 28 de Abril, fecha en la que habrían, en caso contrario, de reanudarse las operaciones. Torres, que era el jefe realista, contestó con el silencio á las pretensiones de Montilla, y éste, entonces, reanudó el ataque y se apoderó por capitulación de los castillos de Bocachica, cuyas guarniciones sublevadas obligaron á sus jefes á esta rendición.

A coadyuvar al bloqueo y asedio de la plaza vino una escuadra republicana, mandada por el italiano Babastro, haciéndose con esto insostenible la situación de los defensores, que, desfallecidos, muertos de hambre y sin esperanza de auxilio, no se comprende como aún pudieron sostenerse valerosamente durante cinco meses. Por fin, Torres, que tan heroica y esforzadamente había mantenido la defensa, viendo que ni Morillo, ni de la Habana ó Puerto Rico acudían á su ayuda pensó en capitular, ya que estaba por otra parte sobradamente asegurado y á salvo el honor militar. Estipulóse un convenio mediante el cual los españoles evacuarían la plaza el 30 de Septiembre, si para esa fecha no recibían auxilios de España ó de la Habana; evacuación que había de sujetarse á estas condiciones: los sitiados que formaban el ejército debían salir de la plaza previo juramento de no hacer armas contra la República durante la guerra, y ser conducidos á Puerto Rico por cuenta de ésta; los particulares, cuyas personas y propiedades se respetarían, dispondrían de un plazo de cuatro meses para emigrar ó acatar la soberanía de la república de Colombia; y, por último, y ésta fué la más dura condición que se impuso al vencido: las baterías españolas debían saludar con salvas á la bandera colombiana.

Los esperados auxilios no llegaron y la plaza se rindió el 11 de Octubre de 1821, cayendo así para siempre en poder de los revolucionarios patriotas la

plaza más fuerte de la América meridional, en la que tantos años había ondeado el pabellón de España. Los vencedores se apropiaron de más de cuatrocientos cañones, entre montados y sin montar, treinta y cinco morteros, 2,000 fusiles, mil doscientos sables y enorme cantidad de municiones de guerra.

Preparábase Montilla á iniciar la campaña en el istmo de Panamá, cuando le sorprendió la noticia de la insurrección de aquellas provincias en favor de la república colombiana y consideró ya inútil la expedición que trataba de emprender.

Volvamos otra vez al Sur de Nueva Granada. Ya dijimos que á consecuencia de la retirada de Popayán fué destituido Calzada y confinado á Cuenca, siendo substituído en el mando por el coronel don Basilio García, y que el presidente de Quito, Aymerich, trabajaba con ahinco en buscar elementos con que hacer frente á los republicanos que invadían el territorio de su mando. Como veremos, todo fué inútil, porque había llegado ya la hora suprema de la independéncia americana.

Guayaquil, la hermosa población que hasta entonces se había mantenido fiel á España, se sublevó también constituyéndose en cantón ó estado independiente. Acaeció esta sublevación del siguiente modo:

Noticiosos algunos elementos revolucionarios de la población del triunfo obtenido por los republicanos en Boyacá, de la expedición del general San Martín al Perú y de las sublevaciones de algunos pueblos de la costa, como Tumacoo, Buenaventura y Esmeraldas, decidieron dar el grito de independéncia y, al efecto, puestos de acuerdo con los tenientes León Febres y Luis Urdaneta y el sargento mayor Miguel Letamendi y con otros oficiales de origen americano, sorprendieron, en la madrugada del 9 de Octubre de 1820, los cuarteles, y aunque las autoridades españolas resistieron algunos días, hubieron al fin de capitular, quedando proclamada la república cantonal de Guayaquil. De esta manera perdió España el único arsenal con que contaba en esta parte del Pacífico, aparte de los 1,500 hombres de su guarnición, armas, pertrechos de guerra y más de 150,000 pesos que en sus cajas había.

Nombraron los revolucionarios, provisionalmente, una Junta de Gobierno, la cual convocó á los electores de la provincia, y éstos votaron, en 8 de Noviembre, una Junta suprema, compuesta de un presidente, que lo fué don José Joaquín Olmedo; dos vocales, don Rafael Jimeno y don Francisco Roca; y un secretario, don Francisco Marcos. Inmediatamente, la Junta suprema puso en comunicación de San Martín y de Bolívar la noticia de su constitución, y éste envió al general Mires, que, aunque español, era ferviente republicano, con un escuadrón de Guías para auxiliar, en caso preciso, á Guayaquil. Además, la Junta comenzó á reclutar fuerzas para seguir la campaña contra los realistas, poniendo al frente de ellas al ex teniente Urdaneta, ascendido ya á coronel, en premio de su defección á la causa de España. Estas fuerzas, en número de 1,800 hombres, se encontraron, el 22 de Noviembre, con las del coronel realista don Francisco González, á quien había mandado el presidente de Quito, Aymerich, para que hiciera frente á las huestes invasoras de Urdaneta. Encontráronse ambos coroneles, al frente de sus

fuerzas, en la planicie arenosa de Huachi, no lejos de Ambato. Las fuerzas de Urdaneta eran casi dos veces mayores que las de González, y el ardimiento y arrojo con que empezaron el combate auguraban un resultado funesto para la causa realista; pero González, soldado veterano y aguerrido, logró reanimar á sus soldados é infundirles tal bravura, que pronto la victoria se decidió en su favor, con la completa dispersión del enemigo, que perdió, entre muertos y prisioneros, más de 1,000 hombres, además de tres cañones, casi toda la caballería, armas, pertrechos, etc.; en cambio, las bajas de los españoles fueron solamente sesenta hombres, entre muertos y heridos. Esta victoria valió á González el apo-



derarse de nuevo de Cuenca, que, siguiendo el ejemplo de Guayaquil, se había sublevado también, proclamando presidente al chileno don José María Noboa. González derrotó fácilmente á Noboa, en Verdeloma, y regresó á Cuenca.

Testarudos los individuos de la Junta suprema de Guayaquil, organizaron una nueva expedición contra González, á cuyo frente pusieron al comandante argentino don José García, quien, en primer término, se propuso destrozár una columna de quinientos hombres que el repetido González había mandado á Guaranda, al mando del coronel Piedra. A alguna distancia de Guaranda, el cura de este pueblo, don Francisco Benavides, ferviente realista, preparó una emboscada á García y su gente, en la que éstos cayeron, siendo completamente derrotados, con pérdida de quinientos treinta hombres, entre muertos, heridos y prisioneros, figurando entre los últimos, su jefe, el comandante García, que fué fusilado.

Entretanto, el coronel don Basilio García, que ya hemos dicho que substituyó á Calzada en el mando de las fuerzas de Pasto, consiguió también un brillante triunfo para las armas españolas sobre el general republicano Valdés, á quien derrotó tan completamente, en Jenoi, que sólo pudo salvarse con cuatrocientos hombres de los 1,200 que llevaba. Afortunadamente para Valdés, no fué perseguido en su huida porque oportunamente llegaron comisionados de Bolívar y Morillo, con la noticia de haberse firmado el famoso armisticio de Trujillo, por el que se suspendían las hostilidades, quedando por esta causa los republicanos, en sus posiciones de Popayán, y en las suyas de Pasto los realistas. Por entonces y para cuando se reanudasen las operaciones, nombró Bolívar jefe de las fuerzas de Popayán á un joven de veintiocho años que, aunque era general, no se había distinguido aún tan notablemente como luego tuvo ocasión de hacerlo, llegando á emular las glorias del mismo Bolívar, del caudillo de la independencia. Este joven general se llamaba don José Antonio de Sucre.

Mientras tanto, el *Libertador*, aunque valeroso general y estratégico notabilísimo, no dejaba de ser también sagaz político. Había soñado realizar el bello ideal de la gran república colombiana y no perdonaba medio de engrandecer, por cuantos medios estaban á su alcance, los límites y esfera de influencia de la naciente república. Sabedor de que los revolucionarios de Guayaquil, cuya Junta suprema hacía algo de sombra á su cargo de presidente de la República, necesitaban auxilios por temor de que no fuesen comprendidos en el armisticio de Trujillo y, por tanto, se los atacase por los españoles, encargó á Sucre que les ayudase, en caso preciso, y que procurase, á la vez, atraer á la causa de la república colombiana á los gobiernos de Guayaquil y de Cuenca, en la hipótesis de que en esta provincia lo hubiera, pues de este modo, decía Bolívar, formaremos una sola y grande nación, con los mismos derechos, las mismas leyes y un mismo gobierno único. También debía recabar Sucre de los guayaquileños y conqueses que todas las fuerzas diseminadas por el territorio de ambas provincias se pusieran inmediatamente á sus órdenes directas. En caso de no aceptarse estas amistosas insinuaciones del *Libertador*, debía Sucre combatir, como auxiliar, al lado de los guayaquileños y volverse luego á Cundinamarca.

Para atender Sucre á las indicaciones de su jefe, salió de Popayán con mil seiscientos hombres y se embarcó en el puerto de Buenaventura, en dirección á Guayaquil, después de dejar perfectamente reorganizadas las fuerzas de Popayán, cuya dirección entregó al general don Pedro León Torres. No tuvo Torres la fortuna de su parte y fué derrotado en Patia por García. También lo fué el coronel Infante en Quilcacé. Logró así el jefe español extender su dominio por varios pueblos de la costa y poner en grave aprieto á la capital de la provincia.

Veamos ahora qué resultados obtenía Sucre de sus gestiones para lograr que Guayaquil se uniese á la república de Colombia. Hay que advertir que el general San Martín había comisionado también, por su parte, al coronel Guido para que tratase de atraer á la Junta suprema de Guayaquil á una fusión con la república

del Perú. Así es que ambos comisionados trabajaban por el mismo fin reforzando mutuamente sus argumentos y haciendo ver que ninguna nación de Europa reconocería estados tan microscópicos como los que pretendían formar Guayaquil y Cuenca aisladamente.

La Junta suprema de aquella población no halló inconveniente ninguno en que Sucre se hiciese cargo de las fuerzas todas que se hallaban repartidas por la región; pero en lo que se refiere á su incorporación á Colombia, eludió toda respuesta categórica, aplazando la resolución definitiva hasta que Colombia y el Perú se hallasen libres totalmente de tropas españolas. Pareció Sucre transigir por el momento con esta resolución, y comenzó activamente los preparativos de la campaña estableciendo su cuartel general en Samborondón, cerca de Guayaquil, mientras el teniente coronel y el oficial español don Nicolás López se situaban en Babahoyo, al frente de la división de vanguardia del ejército patriota. Este López había sido hecho prisionero por Urdaneta antes de la derrota que sufrió este último en Huachi, causada por el coronel González, y aunque luego pudo López volverse al campo realista, prefirió continuar en el ejército patriota, para mejor, sin duda, como se vió después, traicionar la nueva causa que había abrazado. En efecto, López, de común acuerdo con don Ramón Ollagues, que dió el grito de *Viva Fernando VII* en el mismo recinto de Guayaquil, y cuyo propósito era apoderarse de los buques republicanos surtos en la ría, se sublevó también en Babahoyo, logrando arrastrar á su causa al coronel Salgado, jefe de otro de los batallones de la vanguardia. Guayaquil se salvó de la nueva sublevación merced al patriotismo de la guardia cívica, que se formó á la salida de las tropas, haciendo fracasar el plan de los conjurados y obligando á Salgado y López á huir en dirección á Guaranda y luego á Riobamba, donde se encontraba Aymerich, á cuyo general entregaron las pocas tropas que les seguían. Aymerich, en vez de fusilar á López, por ser dos veces traidor, le concedió el grado de coronel, en recompensa á su defección.

Entonces, el general en jefe realista, Aymerich, se propuso, de acuerdo con el héroe de Huachi, coronel González, quien había reunido en Cuenca unos novecientos hombres, invadir la provincia de Guayaquil y atacar á su capital. No se dormía mientras tanto el joven general patriota; en efecto, Sucre corrió al encuentro de González antes de que pudiera reunirse con Aymerich, y lo derrotó completamente en Yahuachi, merced á las oportunísimas cargas del general patriota Mieres, no logrando salvarse de la refriega más que González con algunos oficiales y unos doscientos hombres.

Luego, Sucre trató de sorprender también á Aymerich en Babahoyo; pero no pudo conseguirlo porque, avisado oportunamente el general español del descalabro sufrido por González, se replegó á Riobamba en espera de organizar nuevas fuerzas.

Entonces, Sucre quiso, antes que se marchitasen los laureles de su victoria de Yahuachi, dar un avance en el asunto de la incorporación de Guayaquil á la re-

pública de Colombia. Pero la Junta suprema, indecisa y no queriendo comprometer imprudentemente la independencia y porvenir del naciente y diminuto estado de Guayaquil, contestó á los apremios de Sucre con evasivas y dilaciones que le hicieron desistir nuevamente de sus propósitos. Temeroso, por otra parte, de que Aymerich se rehiciese del quebranto sufrido en Yahuachi, decidióse á terminar las negociaciones con los guayaquileños y salió nuevamente á operaciones en busca del general español. El presidente de Quito había salido de Riobamba con dirección á Huachi y allí encontró á Sucre al frente de sus 1,500 hombres. Tratóse el combate en el mismo sitio en que casi un año antes las fuerzas republicanas habían sufrido un serio descalabro, y también esta vez les fué adversa la fortuna, pues que en el encuentro perdieron los patriotas más de ochocientos hombres, unos cuarenta prisioneros, incluso el general Mieres, y todas las municiones é impedimenta; la victoria, que costó también cara á los realistas, se decidió gracias al arrojó y á las cargas oportunísimas de la caballería del coronel Moles, á quien de hecho correspondió la gloria de la acción.

Maltrecho se retiró Sucre á Guayaquil, mientras Aymerich se replegaba á Quito y entregaba el mando de las fuerzas al coronel Tolrá. Después de dos meses de inacción, decidióse Tolrá á amagar á Guayaquil con 1,300 hombres; pero de sobra sabía que con estas fuerzas nada podría hacer, por lo bien defendida que se hallaba aquella población. Sucre salió al encuentro de Tolrá; pero en vez de trabarse el combate, lo que hizo el jefe patriota fué proponer á Tolrá un armisticio de noventa días, durante el cual cesarían las hostilidades, pudiendo Aymerich mandar, por Guayaquil, comisionados á Panamá, Perú y Cartagena, para traer la correspondencia que de España se hubiera dirigido á Quito, comprendiéndose en el armisticio sólo las provincias de Guayaquil, Cuenca y Quito. Aceptó Tolrá y firmó el armisticio; pero su jefe Aymerich no quiso firmarlo. Cuando, más tarde, fué éste substituído en su cargo por Mourgeon, tampoco Mourgeon quiso sancionarlo. Pero, á pesar de ello, las hostilidades continuaron en suspenso, porque ambos combatientes necesitaban reposo y ninguno de los dos se decidía por el momento á romper la tácita tregua; sirviendo este descanso á Sucre, que era tan buen militar como hábil organizador, para rehacer el espíritu de sus tropas y prepararse á la nueva campaña.

Aymerich, como acabamos de decir, fué relevado del mando de la presidencia de Quito. Substituyóle el general don Juan de la Cruz Mourgeon, que llegó á Atacames, donde desembarcó á fines de 1821. Este general traía el título de virrey de Santa Fe, para el caso de que lograrse apoderarse de los dos tercios del territorio del virreinato, cosa que, por otra parte, no era fácil de conseguir, pues estaba todo el Norte de Nueva Granada en poder de los republicanos y, por el Sur, Guayaquil y otras poblaciones. Sin embargo, en los tres meses que duró su mando, hizo más en favor de la causa española que otros en muchos años, pues debido á su carácter dulce, á su caballerosidad y corrección, se captó bien pronto las simpatías de sus subordinados. Dió libertad á los presos políticos, reorganizó

las milicias voluntarias, los cuerpos de veteranos y el ejército en general. Contrajo con tales fines un empréstito en ventajosas condiciones. Obró, en todo, con tal cordura, discreción y prudencia, que, á ser más largo el período de su mando, hubiera, seguramente, realizado otras muchas grandes y beneficiosas reformas.

Aprovechó bien Sucre el plazo del tácito armisticio firmado con Tolrá y púsose de acuerdo con Bolívar y San Martín. Ofrecióle este último enviarle, desde el Perú, 1,200 hombres, entre peruanos y chilenos, que al mando del coronel don Andrés Santacruz invadirían la provincia de Loja; por su parte, Bolívar tenía el proyecto de invadir la presidencia por Popayán. Así, entre los dos, obrando



combinadamente, atacarían por fin á Quito, para acabar de una vez con la dominación española.

El general colombiano, al frente de las fuerzas que el Gobierno de Guayaquil había logrado organizar nuevamente, salió en dirección á Loja en donde debía unírsele el coronel Santacruz con los auxiliares peruanos. En efecto, el 9 de Febrero, encontró á éste en Saraguro, y puesto al frente de los 1,700 infantes y cuatrocientos jinetes con que contaba, después de la fusión de sus huestes con las de Santacruz, se dirigió en busca de Tolrá que al frente de novecientos reclu-

tas se encontraba en Cuenca, donde se había situado para impedir la unión de Santacruz y Sucre; pero, en vista del fracaso de sus propósitos, abandonó á Cuenca y se replegó á Alausí. Los patriotas tomaron definitivamente posesión de Cuenca, dominando así esta provincia y la de Loja, y continuaron su avance hacia Alausí en seguimiento de Tolrá, encontrando á su paso en los poblados toda clase de facilidades. Tolrá no se conceptuó seguro en Alausí y, al evacuar esta plaza, desesperado por los contratiempos que sufría, renunció el mando del ejército. Le substituyó el coronel don Nicolás López. Al mismo tiempo el virrey nominal de Santa Fe y presidente efectivo de Quito, general Mourgeon, apenado por la traición de Villegas y Zoroa, que por 80,000 pesos habían vendido al Gobierno de Guayaquil los tres buques que mandaban; y empeorada también su delicada salud por la caída que sufrió en el penosísimo viaje, de más de un mes, que tuvo que hacer desde Atacames, donde desembarcó, hasta Quito, para poseionarse de la presidencia; y viendo, por otra parte, el crecimiento y desarrollo que en la misma capital iba tomando la causa de la República, perdió el ánimo y comenzó á debilitarse en tales términos, que expiró en 8 de Abril de aquel año. Sucedióle, interinamente, de nuevo en la presidencia el general Aymerich. Con ánimo esforzado se preparó Aymerich á resistir heroicamente al avance de los patriotas y, al efecto, encargó al citado coronel López que se atrincherase en las inexpugnables gargantas de la Viudita y Jalupana, por donde el ejército invasor debía pasar en su avance sobre la capital. Sucre, rodeando por las faldas de Cotopani y Sincholaua, logró burlar las precauciones del coronel López y acampó, al frente de sus 3,000 hombres, á las puertas de Quito, en el valle de Chillo. Nuevamente los españoles se atrincheraron en las cumbres de Piungosi, para impedir el paso al general republicano, y otra vez más logró éste burlarle, dando un nuevo rodeo y acampando en Turaburumba. Los españoles, en número de 2,000 hombres, no hicieron caso de las provocaciones del enemigo, conceptuándose más defendidos en las posiciones que ocupaban que aceptando campal batalla en terreno abierto; entonces, el general patriota cambió de táctica y, después de un movimiento verdaderamente atrevido, para el cual tuvieron sus fuerzas que escalar, en la madrugada del 24 de Mayo, las escarpadas laderas, cortadas casi á pico, del volcán Pichincha, se presentó á la vista de los atónitos españoles, atacándoles por su retaguardia. Ya no era posible rehuir el combate, y el coronel López no tuvo más remedio que aceptarlo en condiciones desventajosísimas para él, pues el enemigo que tenía enfrente era muy superior. Lucharon, sin embargo, López y los suyos, con valor, con saña, con heroísmo. Por mucho tiempo estuvo indeciso el triunfo. Por fin, una carga terrible de los granaderos chilenos y argentinos de la división de Santacruz, lo decidió en favor de los republicanos. Tuvieron los españoles cuatrocientos muertos y doscientos heridos, y los patriotas doscientos muertos y unos ciento cincuenta heridos. Mil cien soldados y ciento sesenta oficiales españoles quedaron prisioneros. Perdieron además los españoles catorce cañones, 1,700 fusiles y todas las municiones y pertrechos.

Destruídas por completo las únicas tropas españolas que en la presidencia de Quito podían hacer frente á los patriotas, no tuvo Aymerich más remedio que capitular. Hizolo así, evacuando Quito en 25 de Mayo de 1822 y embarcándose para la Habana, con todos sus oficiales, á cuenta de la República, según lo estipulado. Cuatro días después, la asamblea de notables de la ciudad de Quito promulgó solemnemente el acta de independencia de la antigua provincia ó presidencia de Quito, declarándose á la vez anexionada á la república de Colombia.

Bolívar que, entre tanto, había establecido su cuartel general en Calí, donde se encontraba desde primeros de Enero de 1822, se decidió á entrar en campaña, para cooperar á los planes de Sucre, y al efecto se dirigió á Popayán, donde se le reunieron más tropas, con las cuales se proponía dirigirse contra Quito; pero el coronel español, García, le salió al encuentro, al frente de 2,000 hombres, y en Bomboná, cerca del río Juanambú, le causó un grave contratiempo que le costó más de ochocientas bajas. Tuvo entonces Bolívar que repasar el río y acampar en la otra orilla en espera de nuevos refuerzos. Llegaronle pronto y nuevamente retó á su enemigo á batalla campal. Estaba García dispuesto á resistir y aún á iniciar el ataque si era preciso, cuando tuvo noticia de la derrota sufrida por los españoles en Pichincha y de la rendición de Quito á las armas republicanas.

Descorazonado ante la convicción de sostener una lucha inútil, capituló en muy honrosas condiciones, evacuando Pasto, que tan fiel se había mostrado siempre á España, y embarcándose poco después para las Antillas. Ocupó Bolívar á Pasto en 8 de Junio de 1822, y de allí pasó á Quito, donde fué recibido con los honores de triunfador.

Nombró general de división é intendente y comandante general del Sur á Sucre y ascendió al grado de general de brigada al valiente coronel Santacruz. Desde Quito, pasó el *Libertador* á Guayaquil, donde encontró á las autoridades y conspicuos discutiendo todavía si habían de constituirse en estado independiente ó incorporarse á las repúblicas vecinas de Colombia ó el Perú. Disgustó mucho á Bolívar esta prolongada indecisión y, dispuesto á todo trance á anexionar la ciudad á su república, instigó al procurador síndico de la corporación, Llona, á que presentase al ayuntamiento una exposición en ese sentido; exposición que el cabildo rechazó por unanimidad. Entonces, hizo que varios ciudadanos le presentasen, y presentasen al cabildo varias instancias rogándole que se hiciese cargo del gobierno político y militar de la ciudad, y que los pusiese, á todos, bajo la protección de la república colombiana.

Los individuos de la Junta suprema llevaron muy á mal estos secretos trabajos de Bolívar. Creció su enojo, cuando le vieron izar la bandera tricolor de Colombia en el muelle de Guayaquil. Para justificar este acto, pretextó Bolívar ceder á los apremios de las insistentes representaciones que se le habían hecho. Olmedo, Roca y Jimeno, que componían la Junta suprema, salieron de Guayaquil y se internaron en el Perú.

No merecía, á su juicio, menor protesta el agravio que suponían haberles

inferido Bolívar con su conducta. Mandó entonces Bolívar convocar la asamblea, la cual acordó por unanimidad, en solemne sesión del 30 de Junio de 1822, incorporar la ciudad de Guayaquil y su territorio á la república de Colombia, aceptando su Constitución.

De esta manera, el antiguo reino de Quito, después presidencia, quedó convertido en una región de la gran república colombiana.

Mientras se desarrollaban los sucesos que dejamos relatados, Soublette y Páez séguían inactivos en la antigua capitania general de Venezuela. Separábanlos recelos y antagonismos, y manteníanlos á raya, con sus fuerzas, el general español Morales. Ocasiones hubo en que hasta logró causarles serios descabros. Tal fué el que proporcionó á Soublette, en Dabajuro, donde perdió el jefe republicano más de doscientos hombres, entre ellos, el coronel Piñaugo.

Encaminábanse los esfuerzos del caudillo español á apoderarse de la hermosa ciudad y provincia de Maracaibo y también de Coro, que poco antes había caído en poder de los patriotas.

En esto, el general La Torre, capitán general de Venezuela, desesperado por el poco éxito de la campaña y viendo lo inútil de los esfuerzos de España para conservar sus insurreccionadas colonias, solicitó y obtuvo del Gobierno español su traslado á la capitania general de Puerto Rico; y el Gobierno español, buscándole substituto, no pudo encontrar persona más digna y merecedora de aquel alto puesto que el general Morales. Trasladóse Morales á Puerto-Cabello y tomó posesión del mando el 4 de Agosto de 1822.

De consignar es que el mando de La Torre fué todo lo acertado que las circunstancias consentían; pues en él se acreditó de militar valiente, consumado táctico y caballeroso y leal gobernante.

Al hacerse Morales cargo del mando supremo de Venezuela, trató y lo consiguió, como ahora veremos, de justificar la confianza que en él se había depositado. Al efecto, salió de Puerto-Cabello al frente de 1,800 hombres, con objeto de llamar la atención por tierra de las fuerzas de Soublette y Páez. Consiguiólo pronto. Los dos generales patriotas hubieron de reunirse precipitadamente, para con sus fuerzas reunidas hacer frente á las de Morales. Dejó el primero en su precipitación casi desguarnecida á Coro. El caudillo realista volvió entonces secretamente á Puerto-Cabello, donde, con 1,200 hombres, se embarcó para la península Goajira, cerrada por el Norte por el lago de Maracaibo. A fines de Agosto desembarcó en Cojoro y, casi sin lucha, deshizo las tropas del italiano Castelli, á quien el general Lino Clemente había mandado desde Maracaibo, con el fin de oponerse al avance del español. Derrotó Morales á Clemente en Salina Rica, causándole la pérdida de trescientos veinte hombres, de los setecientos que llevaba, y obligándole á embarcarse con los restantes para Maporo. Logró, por fin, en 7 de Septiembre, entrar triunfante en la tan disputada ciudad de Maracaibo, apoderándose también, poco después, del importante castillo de San Carlos, que le aseguraba la posesión completa del país.

Al saber el general Santander, vicepresidente de Bogotá, la pérdida de Maracaibo, ordenó á Montilla, que por entonces se hallaba en Cartagena, que formase inmediatamente un cuerpo de ejército de 4,000 hombres para recuperar aquella importante plaza.

Apresuróse Montilla á dar cumplimiento á las órdenes recibidas; reunió tropas y, con objeto de adelantar tiempo, comisionó á Sardá para que con 1,000 hombres marchase en dirección á Maracaibo é impidiese que entrara en la plaza ningún nuevo refuerzo, encargándole, á la vez, que no entablase lucha ni combate alguno sino con fuerzas reconocidamente inferiores á las suyas. Sardá, ansioso de



conquistar laureles, al llegar á los llanos de Garabulla, aceptó combate con Morales, que desde la capital había salido al encuentro del jefe republicano. Después de sangriento combate, sufrió el imprudente Sardá una completa derrota, con pérdida de más de trescientos muertos y quinientos prisioneros, teniendo que embarcarse á toda prisa para Río Hacha, con el resto de sus destrozadas huestes.

Dirigióse entonces Morales sobre Coro, que le abrió sus puertas, quedando de nuevo toda aquella región en poder de los realistas. Así se cerró la campaña de aquel año que, como se ve, no ofrecía mal aspecto para la causa de España.

Pero en la Península poco ó nada se preocupaban los políticos de las colonias, atareados como estaban en la lucha por la libertad los unos, y por el régimen absoluto los otros. Los bandos de blancos y negros, serviles y liberales, se disputaban el poder, y unas veces triunfaba la Constitución del 12, más ó menos corregida y aumentada, y otras veces era la Constitución derrocada por los principios

absolutistas, mantenidos con ardor por los partidarios de la soberanía pura del Rey Fernando VII. Además, la Habana y Puerto Rico no se hallaban en condiciones tan prósperas, que pudieran continuamente mandar expediciones en favor de las colonias españolas de Centro América, y aun cuando las enviaban, no siempre las expediciones alcanzaban buen resultado, como aconteció con el envío de la corbeta de guerra *María Francisca*, que fué apresada por la escuadra colombiana, mandada por el inglés John Daniel.

Perfectamente enterados los patriotas de todas estas circunstancias, encaminaron sus esfuerzos á reorganizar sus fuerzas y dar el golpe de gracia á la dominación española apoderándose de Maracaibo, Coro, Puerto-Cabello y demás plazas que aún le quedaban.

Decidido á atacar á Urdaneta, que guardaba la frontera de Cúcuta, salió Morales de Coro, avanzó hasta Maporo y luego á Mérida; pero tuvo que retirarse sin combatir porque se veía amenazado por tres ó cuatro columnas patriotas que trataban de envolverle, y lo mismo hizo el brigadier Calzada, replegándose ambos á Maracaibo. La conquista ó, mejor, reconquista de esta plaza era el fin último de todas las aspiraciones de los patriotas y á su consecución dirigieron todos sus esfuerzos. Soubllette envió refuerzos al general Gómez, que se hallaba en Río Hacha, para que por tierra emprendiese el ataque de Maracaibo, mientras la escuadra insurrecta, al mando de Padilla, procuraría forzar la entrada de la barra, para así atacar y envolver la plaza entre dos fuegos; pero el capitán Laborde, jefe de la escuadrilla española, retardó por algunos días los planes de los republicanos consiguiendo apresarlos dos naves, las corbetas *Carabobo* y *María Francisca*.

Dispuesto Padilla á todo trance á forzar la barra, ordenó que entrasen los buques en ella á toda vela, y, aunque uno de ellos embarrancó siendo inmediatamente incendiado para que no cayese en poder del enemigo, logró con los demás entrar en la bahía. La situación de Morales era, pues, desesperada, porque por una parte amagábale la escuadrilla colombiana; Gómez se acercaba, á marchas redobladas, con su ejército del Magdalena; Reyes González, que acababa de apoderarse de Coro, se dirigía también contra él; y, por último, el general Manrique avanzaba desde Gibraltar al Sur del lago. No sabiendo á qué punto acudir primero, salió de Maracaibo dejando allí una corta guarnición, y se lanzó en busca de Gómez, á quien más temía, por ser el suyo el mayor núcleo de tropas que se dirigía contra la ciudad sitiada. No dejaron de advertir los republicanos este mal paso de Morales, y así fué que Manrique, que como hemos dicho se hallaba en Gibraltar, dentro del lago, embarcó sus tropas en la escuadrilla de Padilla y se apoderó sin lucha de Maracaibo. Juzgó, sin embargo, prudente evacuarla en seguida, porque no podía resistir á Morales cuando volviera. Destruyó, antes de abandonar la plaza, todas las baterías que miraban al lago y se apoderó de cuantas municiones y provisiones pudo.

Enterado Soubllette del buen resultado que el golpe de audacia de Manrique ha-

bía tenido, y convencido de que con mayores fuerzas se hubiera éste posesionado definitivamente de la plaza, le envió, desde Coro, 1,000 hombres, para que, embarcados todos de nuevo en la escuadra, atacasen por mar la ciudad. Don Angel Latorde, capitán de navío y jefe de la escuadrilla española en el lago, no estaba dispuesto á dejarse burlar de nuevo por Padilla y Manrique, y menos, después de haber recibido algunos refuerzos que desde la isla de Curazao le habían enviado. Ambos contendientes, habiendo embarcado sus mejores tropas de las respectivas escuadras, se aprestaban al combate que, al menos para los españoles, podía ser, como fué, decisivo. La armada española penetró en el lago, en busca de la colombiana, y así que la avistó, se dispuso á atacarla en cuanto el viento le fuera favorable; pero la colombiana, que en aquel momento tenía en su favor una fuerte brisa de tierra, decidió atacar primero, y con sus noventa y seis cañones de diez y ocho y sus 1,200 hombres escogidos se lanzó sobre la enemiga, que sólo contaba con setenta y siete piezas y 1,420 hombres. A las tres de la tarde comenzó el ataque, los buques colombianos avanzaban sin hacer fuego, mientras los españoles con sus nutridas descargas acribillaban á los patriotas. Por fin, la escuadra de éstos llegó junto á la enemiga y comenzó el abordaje que fué terrible; se combatió con heroísmo por ambas partes.

La victoria fué completa para las armas republicanas, quedando Padilla dueño del lago y de Maracaibo. Morales, comprendiendo la inutilidad de sus esfuerzos y viéndose atacado por todas partes, se rindió el 3 de Agosto de 1823, embarcándose doce días más tarde en dirección á Cuba, con cuantos jefes y oficiales estaban á sus órdenes.

No les quedó ya á los españoles en Venezuela más asilo que la plaza de Puerto-Cabello, que no había de tardar en perderse.

Recordará el lector, que el esforzado y veterano coronel Calzada, que después de varios triunfos logró apoderarse de Popayán causando serios contratiempos á los republicanos, fué derrotado, á su vez, en una desastrosa retirada, por lo cual el presidente de Quito, le destituyó de su cargo de jefe de las fuerzas españolas y le relegó á Cuenca en donde le dejamos. No se conformó Calzada en su semi destierro de Cuenca, y cuando Urdaneta amagó á Quito, se dirigió Calzada á esta capital á ofrecer de nuevo sus servicios al presidente Aymerich, en calidad de soldado. Rechazado en su noble demanda, se dirigió á Pasto, al Brasil y, por fin, á Puerto-Cabello, en donde el general Morales, conocedor de su bizarría y heroísmo, le confió el mando de la plaza, con el empleo de brigadier.

Hacia ocho meses que la asediaba con verdadero ahinco el general republicano Páez, sin conseguir en todo ese tiempo ventaja alguna en sus posiciones. Por fin, no faltó quien le dijera que por la parte de Oriente había un extenso manglar de poco fondo en la baja marea y completamente abandonado de toda defensa, por donde sería muy fácil entrar en la ciudad. No desoyó Páez el aviso, y, confiado en el práctico que se dispuso á acompañar á los asaltantes, ordenó que aquella noche, 7 de Noviembre, sobre las diez, cuatrocientos soldados com-

pletamente desnudos y cien lanceros, atravesasen la ciénaga pantanosa con el mayor silencio, á fin de sorprender á los descuidados defensores de la población. Hiciéronlo así; distribuidos en varios pelotones, para atacar la ciudad por muchos puntos á la vez. Comenzaron de improviso á dar terribles gritos y á acuchillar la guarnición; los sobrecogidos españoles, creyendo que se trataba de un numeroso ejército, parecieron en un principio ceder. Rehechos pronto, lucharon con valor, mas tuvieron al fin que rendirse.

Al amanecer, los republicanos eran dueños de la población. Dos días después, Calzada, que se había retirado á un fuerte, tuvo también que rendirse con los restos de su escasa guarnición, nó sin recabar antes los honores militares que un tan largo asedio de ocho meses había sobradamente conquistado.

Con la pérdida de Puerto-Cabello dió fin la guerra que durante trece años habían sostenido los patriotas contra España.

La dominación española había acabado y comenzaban las nacientes repúblicas americanas á vivir la vida de las naciones, la vida de los pueblos independientes.

Para finalizar esta parte de la historia de insurrección americana, daremos sucinta idea de las vicisitudes por que atravesó Colombia.

Según la Constitución provisional de Angosturas, el primer Congreso de Colombia había de reunirse en la ciudad del Rosario de Cúcuta y, al efecto, el entonces vicepresidente de la República, don Juan Germán Roscio, dictó un decreto en 9 de Noviembre de 1820 para que los neogranadinos y venezolanos de las veintidós provincias emancipadas por entonces, nombrasen los diputados que habían de representarlos en el Congreso que para el día 6 de Mayo de 1821 estaba convocado. Constituido el Congreso en la fecha indicada, Bolívar y Naríño, como presidente el primero y vicepresidente nombrado á la muerte de Roscio el segundo, presentaron al Parlamento la renuncia de su cargo, así como también Soublette y Santander de las vicepresidencias de Venezuela y Nueva Granada, respectivamente.

Acordó el Congreso que continuasen en sus puestos mientras se procediese al arreglo definitivo del Gobierno. Por fin, en 12 de Julio de 1821 se fijaron las bases de la unión republicana de Nueva Granada y Venezuela, con la denominación de República de Colombia. Más tarde, se dividió el territorio de la República en siete departamentos, que fueron: Boyacá, Cauca, Cundinamarca, Magdalena, Orinoco, Venezuela y Lulia, designando como



El general Sucre.

capital á Bogotá. Finalmente, fué reelegido Bolívar presidente, y en lugar de Nariño se nombró vicepresidente de la República al que lo era de la antigua Nueva Granada, general Sucre.

Apenas duró siete años este estado de cosas, pues tanto Venezuela como Quito y Nueva Granada se sublevaron contra el *Libertador*, constituyéndose en estados independientes, que tras varias evoluciones formaron los tres estados actuales del Ecuador, capital Quito; Colombia, capital Bogotá; y Venezuela, capital Caracas.

## VII

PERÚ. — Los hermanos Angulo y el abogado Ramirez Arellano. — Sublevación del Cuzco en 2 de Agosto de 1814. — El brigadier Pumacahua. — Acción de Humachiri. — Triste fin de los principales jefes patriotas. — Pezuela substituye á Abascal en el virreinato del Perú. — La expedición de San Martín. — Prudentes disposiciones del general argentino. — Juramento de la Constitución de 1812. — Conferencias en Miraflores. — Nazca, Ica, Huancayo. — Sorpresa de la *Esmeralda*. — Cerro de Pasco. — Pezuela es depuesto. — La Serna, virrey. — Nuevas negociaciones. — Punchanca. — La Serna y San Martín. — Siguen las negociaciones de Miraflores. — Proclamación en Lima de la independencia del Perú. — San Martín, protector del Perú. — El Estatuto. — Sueños monárquicos. — Auxilios al Callao. — Retirada de Canterac. — Capitulación del Callao. — Disensiones entre San Martín y Cochrane. — Jornada de 7 de Abril de 1822. — Conferencia entre San Martín y Bolívar. — Congreso general. — Dimisión de San Martín. — Nueva Junta de gobierno á la partida de éste. — Torata y Moquegua. — Riva Agüero. — Llegada de Sucre. — Lima por los españoles. — Bolívar en el Perú. — Destitución de Riva Agüero. — Insubordinación de las tropas del Callao. — Olañeta. — Batalla de Junín. — Ayacucho. — Muerte de Olañeta. — Rodil en el Callao. — Perú, independiente. — Formación de la república de Bolivia.

En el Perú, como en todas las demás colonias de España, reinó gran efervescencia desde principios de siglo. Tanto las salvadoras ideas de la revolución francesa, como el propio desarrollo intelectual y político de los habitantes de aquella rica y hermosa colonia prometían, para no muy lejanos días, profundos trastornos políticos que indudablemente habían de trascender á las relaciones que el Perú tenía con la metrópoli.

Y aquí es conveniente señalar un hecho: á la vez que las ideas de patria é independencia germinaba en la inteligencia y en el alma de los americanos la idea de república, así como en s6n de protesta á lo existente, como un deseo vivísimo de romper los antiguos moldes, las caducas formas porque políticamente se regían casi todas las naciones de la vieja Europa. De la infinidad de pequeños y grandes estados en que se dividió el gran continente americano, al conseguir su independencia de las naciones de Europa, sólo uno, el Brasil, constituyó un efímero imperio, sostenido, más que por el amor á la Constitución, por el caballeresco proceder del llamado á regirlo.

Estaba el Perú regido en aquella época (año de 1812) por un hombre probo, activo, prudente y, á la vez, valeroso y enérgico. Era éste, don José Fernando

Abascal, Marqués de la Concordia, quien, en cuanto tuvo conocimiento de los sucesos desarrollados en la Península en 1808, se apresuró lealmente á hacer la solemne proclamación de Fernando VII, y á impedir, por todos los medios, que en el territorio de su virreinato se formasen Juntas que, con distintos objetos aparentes, iban todas al fin común de la revolución.

Antes de esta época, sin embargo, ya en el Alto Perú, según hemos tenido ocasión de ver, se habían sentido chispazos de insurrección que pusieron en grave aprieto al virrey de esta región, á la cual pertenecía la presidencia de Charcas, en cuya capital, así como en la Paz, se desarrolló la revolución.

Sofocados con oportunidad tales movimientos, no volvieron á repetirse con caracteres graves nuevos trastornos en los años sucesivos de 1810 á 1814; lo cual no quiere decir que no existiera latente el espíritu revolucionario en el alma de los que habían soñado con la independencia de su país.

Cuando llegó á Lima y fué jurada solemnemente la Constitución, votada por las Cortes de Cádiz en 1812, algunos individuos de la ciudad de Cuzco, buscando pretexto de mover la opinión en el retardo de la jura de aquel código político, en esta ciudad, presentaron al presidente interino de la región, brigadier don Mateo Pumacahua, un escrito en términos irrespetuosos y duros pidiendo con apremio el cumplimiento de las órdenes de la Península.

Mandó el jefe español sumariar á los treinta firmantes del escrito y prendió al autor y principal instigador, el abogado Ramírez de Arellano; pero los hermanos José, Mariano y Vicente Angulo promovieron un motín y, acompañados de más de 1,000 personas, asaltaron la prisión de Ramírez de Arellano y le pusieron en libertad. La cosa quedó por el momento apaciguada pues se promulgó la Constitución y, como consecuencia de ello, fué elegido el nuevo ayuntamiento cuzqueño hechura de los revolucionarios. Se instruía en Lima el proceso correspondiente á los treinta firmantes y otros más, que en otro pequeño motín sofocado por el gobernador don Martín Concha habían pretendido libertar á algunos de sus compañeros presos, cuando ocurrieron nuevos y graves sucesos.

En la noche del 2 de Agosto de 1814, sobornados los guardianes de los cuarteles y algunas tropas y descontentos españoles, estalló un nuevo motín, en el que los amotinados lograron apresar al presidente ó gobernador Concha y á las demás autoridades españolas. Al día siguiente, se convocó una Junta magna, compuesta de las corporaciones eclesiásticas y civiles y de los más caracterizados jefes revolucionarios y se formó un Gobierno, con carácter provisional, compuesto de don José Angulo, como presidente, el brigadier don Mateo Pumacahua, el coronel don Luis Astete y el teniente coronel don Juan Tomás Moscoso.

Sin duda ha de llamar la atención del lector ver el nombre del brigadier Pumacahua figurando casi al frente del gobierno revolucionario del Cuzco, siendo así que en esta capital, algunos meses antes, el mismo general, actuando de presidente interino, mandó procesar y prender á los treinta firmantes del escrito

irrespetuoso y al abogado Ramírez de Arellano; la explicación de este hecho singular es la siguiente:

Pumacahua era un rico hacendado de Chinchero, pueblo del departamento de Cuzco, donde los indios le consideraban como Inca, y que siempre se había distinguido por su lealtad á la causa del Rey. Cuando en 1780 el cacique Tupac-Amaru levantó la bandera de la rebelión contra España, Pumacahua contribuyó más que nadie á sofocar esta insurrección y, al frente de sus indios, consiguió, en poco tiempo restablecer la normalidad. En premio de estos servicios el Gobierno de la metrópoli le concedió el grado de coronel de milicias, cargo que luego se le cambió con el de coronel del ejército. Más tarde, cuando Goyeneche sostenía la campaña del Alto Perú, logró el cacique de Chinchero, al frente de 3,000 hombres, derrotar en varios encuentros parciales á los republicanos, prestando así notorios servicios al repetido general Goyeneche, quien lo propuso al virrey y éste al Gobierno de España para el empleo de brigadier, grado que se le confirió poco tiempo después.

A tanto llegó la confianza que en él tenía Abascal, que le nombró presidente interino de Cuzco, cargo que Pumacahua desempeñó lealmente y con verdadero celo realista. Por este tiempo es cuando procesó á Ramírez y á los hermanos Angulo. Nombrado el general Concha presidente efectivo de Cuzco, se retiró Pumacahua á sus posesiones de Chinchero y, ya en ellas, comenzó á iniciarse un cambio tan radical en sus ideas, que al poco tiempo y cuando los insurrectos cuzqueños le ofrecieron un puesto en la Junta revolucionaria republicana, no vaciló en aceptarlo. Sin duda, al obrar así, obraba por despecho ó en venganza de supuestos desaires ó de pretendida postergación para el mando efectivo de Cuzco.

Entretanto, la sublevación se desarrollaba, dominando en los revolucionarios gran entusiasmo. De todas partes llegábanles adhesiones entusiastas y soldados que se alistaban en el ejército naciente de la República. No faltaron desertores del ejército español, oficiales capitulados, descontentos de todas clases y gran número de indios, con lo cual se engrosaron considerablemente las filas revolucionarias, constituyendo un peligro serio para el virrey Abascal. Sin preocuparse los revolucionarios para nada de perseguir á los pequeños destacamentos de tropas españolas que por los contornos pudiera haber, dirigieron sus fuerzas, fraccionadas en tres divisiones, á los puntos principales donde se hallaban las más fuertes guarniciones realistas. Así, don José Pinela, ex capitán realista y entonces coronel republicano, y el cura Muñecas se dirigieron con la primera de estas tres divisiones á Puno y La Paz para molestar la retaguardia de Pezuela é impedir sus comunicaciones con la capital; la segunda, al mando del brigadier Pumacahua y compuesta de unos 5,000 hombres armados, casi todos de macanas, lanzas y hondas, y de bastante caballería se dirigió contra Arequipa; y la tercera, al frente de la cual iban don Gabriel Béjar y los brigadieres don Manuel Hurtado de Mendoza y don Mariano Angulo, recibieron orden de dirigirse á Guamanga.

Puno se rindió á Muñecas y Pinela el 29 de Agosto, y siguiendo éstos en su marcha triunfal atravesaron el 11 de Septiembre el Deaguadero y el 24 llegaron á La Paz, de cuya ciudad se apoderaron, no sin alguna resistencia por parte de su gobernador el Marqués de Valdehoyos que, en pago al cumplimiento de su deber, mereció de los insurgentes ser fusilado pocos días después, en compañía de otros cincuenta y nueve presos, también leales defensores de España.

No menos afortunada fué la expedición mandada por Pumacahua, que logró entrar en Arequipa en 9 de Noviembre, después de derrotar al mariscal de campo don Francisco Picoaga, al gobernador don José Gabriel Moscoso y al brigadier don Pío Tristán, que habían reunido unas cuantas tropas para oponerse al avan-



ce del jefe republicano. En cambio, la tercera división, mandada por Angulo, Béjar y Mendoza, aunque al principio obtuvo algunas pequeñas ventajas ocupando á Andahuaila, sufrió un grave contratiempo cerca de Guamanguillas.

No se desanimó el virrey Abascal por tan serios contratiempos; antes al contrario, dando pruebas de su serenidad y prudencia en el peligro, ordenó al teniente coronel don Vicente González que con algunas tropas se dirigiese al Cuzco, así como también mandó al general Osorio que, abandonando la campaña de Chile, se embarcase inmediatamente para atender á la creciente insurrección del Perú. Pezuela, por su parte, temeroso de que los revolucionarios le cortasen la retirada y toda comunicación con la capital del virreinato, inició un movimiento de retroceso hacia Cotagaita.

En las mismas filas realistas hubo que reprimir un conato de sublevación, iniciado por el coronel salteño don Saturnino Castro que, olvidando los laureles alcanzados en Vilcapugio, donde con su esfuerzo decidió la batalla en favor de las tropas reales en contra los argentinos, quiso ahora sublevar á los batallones cuzqueños. Delatado á su jefe, fué fusilado en el acto.

Después de castigar así el conato de indisciplina de un jefe tan meritorio como Castro, ordenó Abascal á don Juan Ramírez que, al frente de 1,200 hombres escogidos, se dirigiese á La Paz y de aquí al Cuzco á castigar á los revolucionarios. Salió Ramírez de Cotagaita el 16 de Septiembre de 1814, derrotando completamente á los republicanos en el cerro de Chacaltaga, á la vista de la Paz, el día 2 de Noviembre.

Desde la Paz se dirigió Ramírez á Puno, que también cayó en su poder, y siguió en su marcha triunfal á Arequipa en donde se hallaba Pumacahua. Había éste hecho prisioneros á los generales Picoaga y Moscoso, á quienes á los pocos días fusiló. Temeroso del justo enojo de Ramírez y sin fuerzas suficientes para resistirle, optó Pumacahua por retirarse al Cuzco con todas sus tropas.

Dió Ramírez en Arequipa un descanso de dos meses á sus tropas, descanso que utilizó para aprovisionarse. Terminado este plazo y en la fuerza del período de lluvias, se dirigió al Cuzco, no sin tener que pasar mil penalidades á causa del estado de los caminos, de los ardores del verano tropical y de los despeñaderos y precipicios que tenía que atravesar en su marcha. Por fin, el 11 de Marzo de 1815, logró avistar en las cercanías de Humachiri al ejército enemigo, compuesto de unos setecientos soldados, treinta y siete cañones y como hasta 20,000 indios armados de palos, hondas y picas. No se arredró el intrépido Ramírez ante el número considerable de enemigos, sino que, atravesando bajo una lluvia de fuego el río que los separaba, arremetió con tal saña contra el enjambre de indios, que, desorientados, comenzaron á huir á la desbandada profiriendo terribles gritos y arrastrando en su desesperada carrera á los soldados. Quedó así en breve el campo sembrado de cadáveres. La misma atropellada fuga de los indios aumentó el número de los muertos.

Consiguieron todos los jefes de la rebelión, menos Pumacahua, escapar al Cuzco. En Marangani fué apresado Pumacahua por los vecinos del pueblo, que le entregaron á Ramírez, quien lo mandó fusilar en el acto, enviando su cabeza á Lima y su brazo derecho á Arequipa.

Corrió igual desgraciada suerte don José Angulo, presidente de la Junta revolucionaria del Cuzco. Perseguido y acosado por sus partidarios de la víspera, vióse detenido por los vecinos de Zurite, quienes lo entregaron á Ramírez, que lo mandó fusilar, en compañía de su hermano don Vicente y de Béjar y Becerra.

Por último, la tercera división, mandada por Angulo y Hurtado de Mendoza, fué deshecha en Guauta por el teniente coronel González, muriendo en la acción don Mariano Angulo. Asesinaron á Hurtado los mismos indios que mandaba, contrasublevados por el cacique Pacotoro.

No era de esperar un fin tan desastroso y rápido al prepotente movimiento insurreccional del Cuzco. Dirigido por un hombre de medianas condiciones tácticas, hubiera producido la inmediata liberación del Perú.

Había llegado por entonces de la Península un pequeño refuerzo, consistente en un batallón de cazadores, dos escuadrones y dos compañías de zapadores y artillería. Como oficial del batallón de Extremadura, que era el de refuerzo, venía don Baldomero Espartero que con el tiempo había de llegar á ser Duque de la Victoria, Príncipe de Vergara, capitán general y Regente del Reino. Con este refuerzo se propuso Pezuela, por indicación de Abascal, proseguir su campaña del Alto Perú, consiguiendo á poco de esto la decisiva victoria de Sipesipe de que en otra parte dimos cuenta.

Mientras tanto, el anciano é ilustre Marqués de la Concordia había pedido á Fernando VII que le concediese su relevo, cosa que á poco obtuvo. Diez años consecutivos de mando y de agitadísima vida habían más que agotado las energías de aquel bravo y prudente general que había conseguido dominar las terribles insurrecciones del Cuzco, Chile, Quito y Alto Perú, demostrando un tacto y una prudencia nada comunes en el desempeño de su delicada misión. En más de una ocasión desechó, con noble y leal desinterés, proposiciones verdaderamente tentadoras, como la de ceñirse la corona del Perú, precisamente en aquella época turbulenta en que Fernando VII le mandaba obedecerle como Rey, Carlos IV le ordenaba desobedecer á su hijo, la Infanta Carlota alegaba pretensiones á la sucesión en América y el mismo José Bonaparte le hacía insinuaciones para que proclamase su nombre en el virreinato del Perú. Su lealtad á toda prueba, su abnegado desinterés y su probidad verdaderamente ejemplar merecen aplauso. En 19 de Noviembre de 1816 se embarcó para España y, después de cinco años de tranquilo reposo, murió en Madrid el 31 de Julio de 1821, á los setenta y ocho años de edad, no dejando á su hija más que el marquesado de la Concordia y una mezquina renta.

Nombrado para substituir á Abascal en el virreinato del Perú el teniente general Venegas, se excusó. Recayó en definitiva el cargo en el general Pezuela, tan bien acreditado por su notable campaña en el Alto Perú.

Comenzó Pezuela por dictar el bando que todos los virreyes solían dirigir al pueblo y que por lo curioso de alguna de sus disposiciones copiamos en parte.

En los tres primeros artículos, después del obligado encabezamiento en que se enumeraban todos los títulos y honores del virrey, se castigaba las blasfemias, canciones indecentes, bailes lascivos y demás actos inmorales con la pena de cincuenta pesos ó *cien azotes*. Por el artículo 4.º se disponía que nadie usase traje inadecuado con su profesión ó sexo, bajo pena de seis meses de presidio. Por el 6.º, que las mujeres vistieran con honestidad. Por el 27, que nadie llevase de noche mujer á caballo montada delante de la silla y abrazada, bajo pena de cuatro meses de trabajos forzados y pérdida de la bestia y monturas. Por el 32, que nadie llevase armas ni blancas ni de fuego, bajo pena de azotes ó cuatro años de presi-

dio. Por el 34, que nadie se retirase después de las once de la noche, bajo pena de multa ó servicio de policía inferior. Por el 36, se castigaba al ladrón de capas ó sombreros, de día ó de noche, con pena de doscientos azotes ó dos años de presidio. Por el 44, se mandaba á los casados de cualquier pueblo del verreinato que se restituyesen al domicilio de sus mujeres propias y, si no lo hacían á los treinta días, serían arrestados y enviados á su costa con custodia ó en partida de registro.

Los artículos copiados de este bando de buen gobierno demuestran que no debía ser muy extraordinaria la moralidad y buenas costumbres del pueblo peruano á principios de siglo, cuando el virrey tenía que valerse de medidas tan duras para reprimir el robo y el libertinaje.

Preocupóse desde el primer momento el virrey en activar y reforzar el ejército del Alto Perú enviando allí las pocas tropas que como pequeño refuerzo habían llegado de la Península; levantó también con este mismo fin dos empréstitos, uno de 500,000 pesos, que proporcionó el tribunal del Consulado, juntamente con el comercio de Lima, y otro de 20,000, que se cubrió en la provincia de Moquegua.

Por esta época y en substitución del nombrado virrey Pezuela fué designado el general La Serna para mandar en jefe las fuerzas del Alto Perú. La Serna desembarcó en Arica el 7 de Septiembre de 1816, al mismo tiempo que el teniente coronel don Jerónimo Valdés, jefe de Estado Mayor, y de otros oficiales procedentes todos de España, en donde se habían distinguido en mayor ó menor grado durante la guerra de la independencia. El nuevo general en jefe procuró desde el primer momento activar la campaña contra los rebeldes; pero desde el primer instante mostró también cierto antagonismo de carácter con el virrey, antagonismo que más tarde produjo funestos resultados. Además, reveló marcada preferencia hacia los oficiales que, como Valdés y otros, procedían de Europa, mientras postergaba injustamente á los que habían servido en el ejército durante el mando de Pezuela.

Pezuela había ordenado á La Serna que iniciase una campaña contra Tucumán para distraer al caudillo argentino San Martín, que en Mendoza preparaba una expedición contra Chile; pero La Serna, con varios pretextos, desobedeció la orden y se encaminó hacia Salta, con ánimo de seguir luego á Buenos Aires. A principios de 1817 se puso al frente de 3,000 infantes, ochocientos caballos y doce cañones y emprendió su avance llevando de vanguardia al general Olañeta. Aunque los revolucionarios no disponían por el momento de fuerzas bastantes para oponerle seria resistencia, contaban con numerosas guerrillas de infantería y caballería, sobre todo de estas últimas, una de ellas mandada por el salteño, general don Martín Güemes.

Todo el país por donde La Serna pasaba estaba además completamente insurreccionado, siéndole, por tanto, al general español muy difícil hacerse con provisiones y subsistencias, pues los naturales, ó se las negaban ó huían en masa de los pueblecillos y rancherías en cuanto notaban la aproximación del ejército español.

Hasta las mujeres hacían declarada guerra al ejército invasor, procurando seducir á los soldados de origen americano y obligándoles, con halagos, á desertar de las filas realistas. Así fué que comenzaron en gran escala las defecciones de los soldados de La Serna, y en un solo día perdió uno de sus batallones, el de Gerona, más de trescientos cuzqueños que fueron á engrosar las partidas volantes de los republicanos.

A pesar de todo, La Serna, demostrando verdadera energía y grandeza de ánimo, consiguió llegar á la ciudad de Salta y, sin encontrar gran resistencia, se apoderó de ella. El jefe español se preparaba á seguir á Buenos Aires, cuando tuvo noticia de la batalla de Chacabuco, en que San Martín consiguió una gran victoria por la que logró apoderarse de Santiago de Chile, capital de aquella antigua capitania general: al mismo tiempo se enteró también de los triunfos que en el Alto Perú había obtenido el coronel republicano La Madrid, y en vista de estas noticias decidió, en 4 de Mayo, emprender la retirada.

Por esta época llegó la fragata de guerra *Esmeralda*, trayendo de la Penin-



sula algunos refuerzos, entre ellos el batallón de Burgos, un escuadrón de lanceros del Rey y una compañía volante de artillería, refuerzos que, como dijimos en otra parte, salieron inmediatamente para Chile al mando del brigadier Osorio, yerno del virrey, con objeto de atender á las necesidades de aquella campaña. Sabemos también que el resultado de ésta y otras expediciones fué funesto para las armas españolas, que, después de la batalla de Maipó, tuvieron que replegarse al centro y, á su vez, prepararse á rechazar las expediciones que San Martín organizaba contra el Perú, no sin grandes penalidades y trabajos.

El estado general del virreinato y la situación personal de Pezuela, á fines

de 1817, no podían ser, pues, más comprometidos; por una parte, la invasión de los chilenos, cuyos amagos de avance se sentían cada vez más próximos; por otra, la prepotente insurrección del Alto Perú, que de día en día aumentaba en importancia, y, para remate de desdichas, los fermentos de insurrección y aun de indisciplina que se notaba no solamente entre el elemento civil del virreinato sino también entre los militares.

Las luchas de blancos y negros, liberales y absolutistas que habían comenzado á ensangrentar los campos de la Península, habían también trascendido á aquellas colonias, La Serna, Valdés, Ferraz, Seoane y otros, eran liberales entusiastas, constitucionales decididos, y odiaban cordialmente á los absolutistas, en cuyo bando figuraba el virrey Pezuela, Orozco, Osorio, Ramírez, Olañeta y otros. Claro que esta disparidad de ideas, este antagonismo político del elemento genuinamente español había de trascender al público, al elemento civil, á la sociedad peruana; y así fué que en el mismo Lima se formaron dos grandes partidos: el liberal y el absolutista, que, como es de suponer, contribuyendo á dividir más y más á los españoles, precipitaron los acontecimientos.

Así pasó el año de 1818, y ya bien entrado el 1819 tuvo Pezuela, por sus espías de Valparaíso, noticias de que San Martín se aprestaba á realizar, para próxima fecha, su tantas veces proyectada expedición. No contaba el virrey, según los más acertados cálculos, arriba de 12 á 14,000 hombres, repartidos en todo el extenso territorio de su mando, y con estas fuerzas tenía que atender á cuatro puntos principales: á Lima y sus contornos, para defenderla de cualquiera tentativa de los rebeldes; á Guayaquil, donde estaban sus artilleros; á Trujillo, centro de un valle riquísimo; y, por fin, á Arica, que era el camino de Arequipa, del Cuzco y del Alto Perú y puerto en donde podían hacer sus desembarcos los revolucionarios. A reforzar las tropas de este puerto mandó Pezuela dos batallones del ejército peruano; pero á La Serna, en su afán de contradecir á su jefe, el virrey, le pareció mejor que esas tropas y las que habían acudido de Arequipa se situasen en Puno. Con este motivo se cruzaron entre La Serna y Pezuela comunicaciones nada cordiales que dieron por final resultado la dimisión presentada por La Serna de su cargo de general en jefe y su propósito de retirarse á la Península.

Por fin, el Gobierno de Chile se decidió á mandar la tantas veces anunciada expedición libertadora al Perú, y, al efecto, formó una escuadra compuesta de siete buques al mando de Cochrane, lord inglés, al servicio, según sabemos, de la revolución, y del almirante Blanco Encalada. Estos dos jefes zarparon, con poca diferencia, del puerto de Valparaíso á mediados de Enero de 1819 y se dirigieron al puerto del Callao donde, según confidencias que tenían, estaba á punto de zarpar para España la fragata mercante *San Antonio*, con rico cargamento de plata y otros productos. La *San Antonio*, que conocía sin duda el peligro, no se movió del puerto y á él fué el temerario lord Cochrane á buscarla, no sin antes izar en dos de sus mejores barcos la bandera norteamericana para así engañar mejor al enemigo, ardid no justificado en las guerras de pueblos cultos.

Defendían el Callao, aparte de sus tres fuertes de San Miguel, San Rafael y San Felipe y de unas baterías provisionales, tres embarcaciones de gran porte, entre ellas, la fragata *Esmeralda* y otros varios buques y cañoneros de menor importancia. Lord Cochrane embistió con furor á la escuadra española y puerto del Callao y en los primeros momentos logró apoderarse de una cañonera y veinte hombres que la mandaban; pero al poco tiempo y rehechos los realistas de su sorpresa, comenzaron á arrojar tal lluvia de balas sobre la escuadra chilena, que herido gravemente el comandante de uno de los barcos, tuvo éste que retirarse, y tras él toda la escuadra revolucionaria, fondeando junto á las islas de San Lorenzo, desde donde declaró bloqueada la costa peruana. No desistía Cochrane de su afán de destruir la escuadra española y apoderarse del puerto, y, al efecto, formó una especie de balsas llenas de materias inflamables, especie de burlotes incendiarios y los arrojó contra los buques enemigos; pero el fuego de los fuertes los deshizo antes que produjeran efecto alguno. Desesperado Cochrane, se entretuvo en cruzar toda la costa, apresando pequeñas embarcaciones y teniendo la fortuna de dar caza á un buque que conducía 60,000 pesos para pago de las tropas realistas, hecho lo cual regresó á Valparaíso.

Nuevamente salió Cochrane, á mediados de Septiembre, con grandes refuerzos y ánimo de apoderarse del Callao; pero, á pesar de sus burlotes incendiarios y de unos cohetes especiales llamados de congreve, de los cuales se prometía felices resultados, nada pudo alcanzar, por lo cual tornó á dedicarse al merodeo ó piratería, volviendo por segunda vez á Valparaíso á fines de aquel año de 1819.

Viendo el Gobierno de Chile que no daban las expediciones marítimas el apetecido resultado y terminados ya los preparativos de la gran expedición que, al mando de San Martín, iba á mandar por tierra al Perú, decidió activar este envío y, al efecto, para fin de Julio estaba la expedición dispuesta á emprender su marcha.

Entretanto, el virrey, en la creencia de que la expedición de San Martín se dirigiría en primer término á contener los excesos de las masas de Buenos Aires, desarmó y licenció gran parte de las fuerzas auxiliares de tropas del país y se dispuso á pasar tranquilamente el resto del año. Estaba San Martín al tanto de todo lo que Pezuela hacía, pues don José de la Riva Agüero, entusiasta republicano residente en Lima y relacionado con lo mejor de su sociedad, se encargaba de comunicárselo.



Blanco Encalada.

Pareció á San Martín llegado el momento de embarcar sus fuerzas con destino á la campaña del Perú y, al frente de 4,118 hombres de todas armas, treinta y ocho cañones de desembarco y gran número de pertrechos y provisiones de guerra y boca, se embarcó en diez y seis transportes y en los ocho buques de guerra de la escuadra de Cochrane, zarpando del puerto de Valparaíso el 20 de Agosto de 1820. A los diez y ocho días consiguió llegar á la rada de Paracas, á tres leguas más abajo de Pisco, comenzando inmediatamente el desembarco. El mismo día de terminado el desembarco salió una columna mandada por el jefe de Estado Mayor de la expedición, don Juan Gregorio de las Heras, y se apoderó del desierto puerto de Pisco, en donde no encontraron los republicanos enemigo que combatir; pero sí más de 3,000 cántaros de aguardiente de caña, que en breve consumieron.

Dando nueva prueba de su talento político, publicó por entonces San Martín tres documentos notabilísimos: por el primero, mandaba á todas las autoridades, aunque fuesen españolas, del virreinato del Perú que continuasen al frente del territorio de su mando mientras el soberano gobierno de la República que se iba á constituir decidiese de su ulterior destino; por el segundo, una especie de proclama al pueblo peruano, aconsejaba á los ciudadanos que no hiciesen caso de las promesas de mentida libertad que el nuevo implantamiento de la Constitución española les ofrecía, y, por fin, el tercero fué una alocución dirigida á su propio ejército. En ella se leía:

« 1.º Todo el que robe ó tome con violencia de dos reales para arriba será pasado por las armas, previo el proceso verbal que está mandado observar en el ejército.

» 2.º Todo el que derrame una gota de sangre fuera del campo de batalla será castigado con la pena del Talión.

» 3.º Todo insulto contra los habitantes del país, sean europeos ó americanos, será castigado hasta con pena de la vida según la gravedad de las circunstancias.

» 4.º Todo exceso que ataque la moral pública ó las costumbres del país será castigado en los mismos términos que previene el artículo anterior.

» Soldados: acordáos que toda la América os contempla en el momento actual y que sus grandes esperanzas penden de que acreditéis la humanidad, el coraje y el honor que os han distinguido siempre, donde quiera que los oprimidos han implorado vuestro auxilio contra los opresores. El mundo envidiará vuestro destino si observáis la misma conducta que hasta aquí; pero ¡desgraciado el que quebrante sus deberes y sirva de escándalo á sus compañeros de armas! ¡Yo lo castigaré de un modo terrible y desaparecerá de entre nosotros con oprobio é ignominia!»

Harto claro se ve el propósito político que encerraba esta proclama. Encaminábala San Martín á captarse la confianza y simpatía de los pueblos por donde pasaba.

Es innegable la diplomacia del caudillo argentino.

San Martín, sin pérdida de momento, se puso en connivencia con la oficialidad del batallón de Numancia, de guarnición en Lima, que era en su totalidad de origen americano y sólo aguardaba una ocasión para proclamar la revolución, é hizo lo mismo con algunos jefes de las fuerzas que guarnecían los fuertes del Callao. Quería apoderarse por sorpresa de ellos. Ordenó al mismo tiempo al general don José Antonio Alvarez de Arenales que con 1,000 hombres se internase en los valles y en los pueblos de la sierra, para atraer á sus habitantes á la causa de la independencia y procurarse en todo tiempo provisiones y abastecimientos. Entretanto, en la Península se había proclamado nuevamente la Constitución de 1812, implantada por las Cortes de 1820, y el Gobierno español había ordenado á los virreyes, capitanes generales y demás autoridades españolas de América que procediesen á jurar solemnemente este Código político. Hizose así en Lima el 17 de Septiembre de aquel año, dando al acto inusitada grandiosidad, como para expresar la importancia y trascendencia que el suceso político tenía. Asimismo, el Gobierno de la metrópoli había encargado eficazmente á Pezuela que, al mismo tiempo que en todo el virreinato se juraba la Constitución, procurase atraerse á los jefes de la insurrección para ver de llegar á un acuerdo de paz limando asperezas, armonizando las tendencias antagónicas de revolucionarios y realistas, de independistas y españoles incondicionales. Cumplió Pezuela, con la fidelidad de siempre, este encargo del Gobierno español y, al efecto, comisionó al subteniente Escudero para que se avistase con San Martín y le propusiese los preliminares de una suspensión de hostilidades ó, por lo menos, que nombrase sus comisionados para proceder á las conferencias de la paz.

San Martín, que necesitaba ganar tiempo y penetrarse de las intenciones de Pezuela, aunque estuviese seguro del ningún resultado que iban á dar las conferencias que se le proponían, puesto que él partía de la base de la independencia completa del Perú y el virrey español de la completa sumisión de la colonia á España, aceptó los preliminares del armisticio y nombró comisionados suyos á su secretario don Juan García del Río y á su primer ayudante de campo ó edecán, teniente coronel don Tomás Guido.

Nombró el virrey sus comisionados á don Hipólito Unasme, rector del Colegio Médico de Lima, al Conde del Villar de Fuentes y al teniente de navío don Dionisio Capaz.

Reuniéronse ambos grupos de comisionados en el pintoresco pueblecillo de Miraflores, á dos leguas de Lima, y acordaron, como base de sus ulteriores arreglos, la suspensión de hostilidades por ocho días, señalándose en este armisticio las condiciones del mismo y la respectiva situación que debían ocupar las tropas mientras durasen las conferencias.

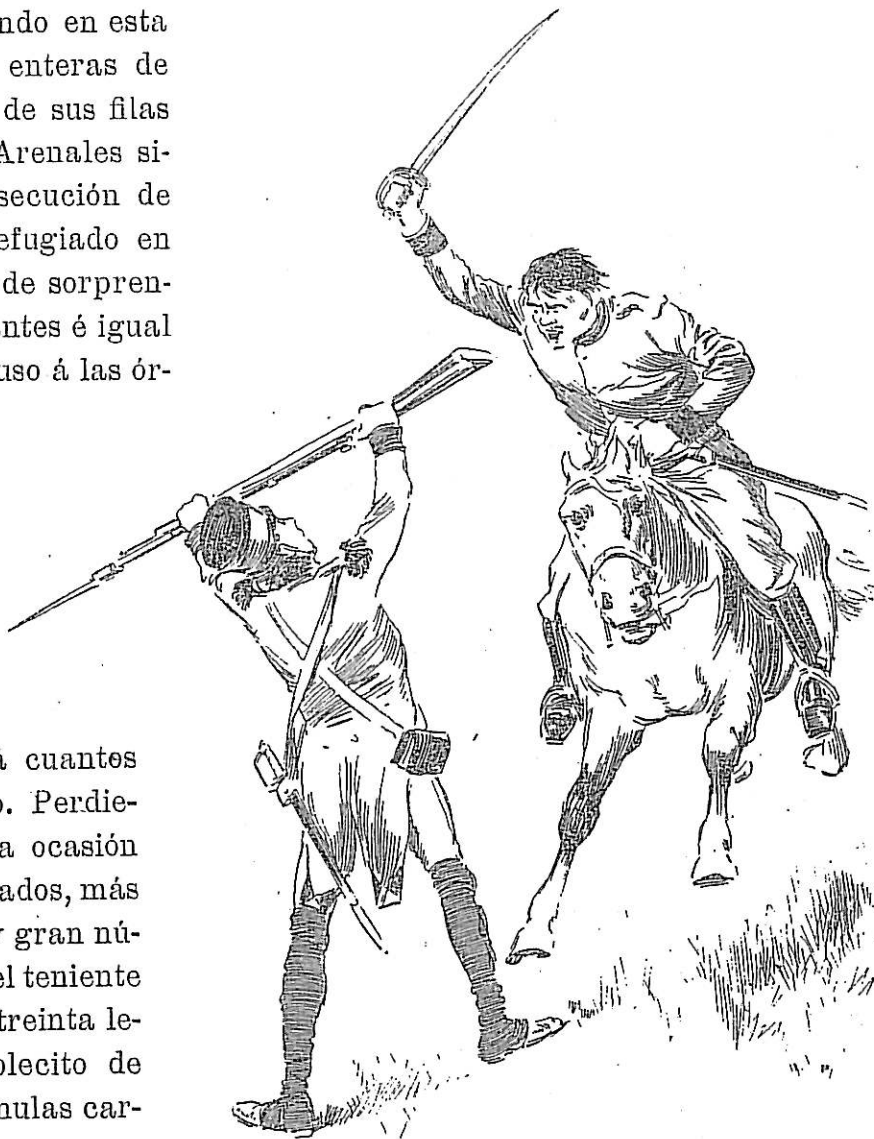
Mas, como era de esperar, estas conferencias no dieron en definitiva resultado alguno, pues los españoles, según sabemos, pedían como base de las negociaciones sucesivas el reconocimiento, por parte de los peruanos, de la Constitución

española y la inmediata evacuación de las tropas chilenas del territorio peruano. A su vez, los republicanos exigían, como fundamento de sus pactos para la pacificación, el reconocimiento expreso de la independencia del territorio del Perú.

Suspendidas las negociaciones, volvieron á reanudarse las hostilidades. Arenales, coronel republicano, aunque oriundo de España, al frente de 1,200 hombres y dos piezas de artillería, salió de Pisco el mismo día que se rompieron las negociaciones de Miraflores y se dirigió sobre Ica. Guarneceía esta población el coronel realista, procedente de la armada, don Manuel Quimper que, al ver la fuerte columna que se le venía encima, optó por retirarse, perdiendo en esta operación dos compañías enteras de milicianos que desertaron de sus filas para unirse al enemigo. Arenales siguió avanzando en persecución de Quimper, que se había refugiado en Nazca, y con el propósito de sorprenderle destacó ochenta infantes é igual número de caballos que puso á las órdenes del coronel Rojas.

Este hizo avanzar la caballería á las órdenes de La Valle, Brausdeu y Suárez que, á galope tendido, entraron en la población y sorprendieron á los descuidados realistas, pasando á cuchillo á cuantos encontraron en su camino. Perdieron los españoles en esta ocasión seis oficiales, ochenta soldados, más de doscientos milicianos y gran número de fusiles; además, el teniente Suárez, sabedor de que á treinta leguas de allí, en el pueblecito de Acari, se hallaban cien mulas cargadas de pertrechos de guerra que los fugitivos de Ica habían logrado hacer escapar de manos de los invasores republicanos, se presentó allí con un destacamento y á las veinticuatro horas era dueño de este importante convoy.

No todo fueron, sin embargo, quebrantos para el ejército realista, pues el comandante Pardo logró resarcirse, en parte, de la humillación sufrida por sus compañeros en Ica, derrotando en esta misma población al teniente coronel don



Francisco Bermúdez, quien nuevamente sufrió otro descalabro á los pocos días en Huancayo á donde se había retirado después de su derrota de Ica. Mientras tanto, las tropas del *Libertador del Perú*, general San Martín, comenzaron á enfermar á causa del calor que ya empezaba á sentirse en los arenales próximos á su acampamiento de Pisco, por lo cual decidió embarcar sus tropas para preservarlas de aquel peligro y, á la vez, porque en sus miras no entraba la idea de estar inactivo mucho tiempo. Así fué que en 29 de Octubre, después de 45 días que permanecía en aquellas playas, abandonó á Pisco y se dirigió hacia el Norte de Lima.

Su primera intención, según parece, fué la de dirigirse á Trujillo; pero lord Cochrane, almirante de la escuadra, le hizo ver la inconveniencia de dirigirse á ese punto, puesto que distaba cien leguas de Lima, centro de mira de sus deseos. Convencido de la razón que asistía á Cochrane, viró hacia la bahía de Aucon, á ocho leguas de Lima, donde desembarcó sus tropas, enviando algunas fuerzas á molestar á las avanzadas españolas de la capital.

Mientras tanto, Cochrane, ansioso de distinguirse en alguna empresa arriesgada, se quedó frente al Callao con la *O'Higgins*, la *Independencia*, la *Lautaro* y el *Araucano*, y se propuso llevar á efecto una atrevida sorpresa de la escuadra española fondeada en aquel puerto. Primeramente, en la noche del 30 de Octubre, volvió á ensayar sus burlotes y cohetes sin ningún resultado. Entonces concibió el temerario proyecto de apoderarse de la hermosa fragata de guerra española, la *Esmeralda*, y de un galeón que había en el puerto, cargado, según se decía, con 1.000,000 de pesos destinados á España.

La *Esmeralda*, barco recién reparado, montaba 44 cañones y llevaba trescientos veinte tripulantes; se hallaba fondeada entre el *Maipó*, el *Aránzazu* y el *Pezuela*, tres hermosos bergantines de la armada real que, con las fragatas *Prueba* y *Venganza* y unas cuantas cañoneras, constituían la flota española en aquellas aguas. El atrevido almirante chileno escogió doscientos cuarenta hombres de su tripulación, hízolos vestir de blanco con un brazalete azul, como distintivo, y los embarcó en 14 lanchas que formaron dos divisiones: una, al mando del comandante Guise; y otra, al del capitán Crosbil, ambos ingleses al servicio de Chile.

Mandó que los expedicionarios se armasen de machetes y pistolas y que los remos se envolviesen en trapos de lona, para evitar el ruido al bogar en el agua. Así mismo, dispuso que al dar el asalto no gritasen *viva Chile!*, sino *viva el Rey!* para mejor engañar al enemigo, dando orden también para que la *Lautaro*, la *Independencia* y el *Araucano* levaran anclas y se retiraran fuera del puerto, para hacer creer á los españoles que aquella noche no habría peligro alguno. Mientras tanto, las 14 lanchas, ocupadas por los doscientos cuarenta hombres, estaban ocultas al costado de la *O'Higgins* esperando que cerrara la noche para emprender su arriesgado proyecto. Serían las diez de la noche del 5 al 6 de Noviembre de 1820 cuando las 14 barcas se alejaron de los costados de la *O'Higgins* y se dirigieron, en medio del mayor silencio, hacia el fondeadero de los buques espa-

ñoles, cruzando por delante de la fragata norteamericana *Macedonian* y de la inglesa *Hiperión*, que se hallaban surtas fuera de la estacada ó empalizada en berlinga que defendía la entrada del puerto. Los asaltantes, bajo las órdenes del mismo Cochrane y á las inmediatas de los capitanes ya citados, llegaron junto á la *Esmeralda*, no sin antes tropezar con una cañonera, á cuya descuidada tripulación redujeron fácilmente al silencio. Afianzando cabos en los salientes del buque, lograron escalar á su bordo, siendo el almirante el primero que quiso saltar á cubierta; pero un centinela, sorprendido por el ruido, se asomó á la borda y, al ver aquel bulto blanco que se le venía encima, no tuvo acción más que para darle un culatazo que hizo caer á Cochrane de espaldas sobre su bote, donde quedó sin movimiento algunos instantes, presa del natural aturdimiento del golpe.

El capitán del barco, don Luis Coig, se hallaba conversando en su cámara con otros dos comandantes de los barcos españoles, cuando se vió sorprendido por la inmensa bataola de cubierta y, aunque quiso resistirse con parte de la tripulación en el castillo de proa y luego en el entrepuente y la bodega, fueron todos bien pronto acorralados por el ímpetu de los chilenos, no quedándoles más remedio que rendirse. Hay quien supone, sin embargo, que Coig no pudo tomar parte en la refriega, porque, cerradas las escotillas, no pudo salir á cubierta, teniendo que limitarse á escuchar en la impotencia los gritos y carreras de la lucha.

Mientras tanto, los artilleros de las baterías de la plaza y las tripulaciones de los demás barcos españoles se contentaron con presenciar la lucha; pues que, según convenio entre las autoridades españolas y los comandantes de las fragatas *Macedonian* é *Hiperión*, para el caso de que se trabase de noche un combate entre los barcos chilenos y los defensores del Callao, debían estas fragatas izar ciertos fanales para que pudiera reconocerse el punto exacto en donde se hallaban fondeadas y evitar de este modo el que les alcanzase el fuego de unos ú otros, y como el comandante del *Macedonian*, según parece probado, dió aviso de este convenio á Cochrane, éste mandó izar, en cuanto se generalizó el combate, los consabidos fanales en las cofas del *Esmeralda*. Por esta causa, los españoles, desorientados por completo al ver que las luces convenidas se izaban en tres buques á la vez, los dos extranjeros y el *Esmeralda* no salieron de su asombro hasta que por la mañana se enteraron de la desaparición de uno de sus mejores barcos.

El plan atrevido de Cochrane, aunque procuró á los chilenos un brillante éxito, no se realizó, sin embargo, por completo, pues no pudo apoderarse el audaz revolucionario de los demás buques de la escuadra ni del que contenía el tesoro del millón de pesos, porque Guise mandó cortar las amarras de la *Esmeralda* y sacarla fuera de puerto. El triunfo de los chilenos les costó once muertos y treinta heridos, mientras los españoles perdieron, además de la fragata, á la que luego bautizaron con el nombre de *Valdivia*, en conmemoración del triunfo obtenido por el mismo Cochrane sobre aquella plaza, ciento veintiséis muertos y numerosos heridos.

Este golpe terrible para la causa de España fué seguido de otro no menos importante. El batallón de Numancia, de seiscientas plazas, fué, en unión de otros dos, destacado por Pezuela para que, al mando de don Jerónimo Valdés, formase la vanguardia de las tropas que habían de oponerse al avance de San Martín. Hacia tiempo que parte de la oficialidad de este batallón, de origen americano, estaba en secreta inteligencia con el caudillo chileno y sólo esperaba una ocasión para sublevarse y pasarse al enemigo. Esta ocasión se le presentó, por haber tenido Valdés que regresar con los otros dos batallones á Lima. Entonces los oficiales del Numancia apresaron á su coronel don Ruperto Delgado y á algunos otros oficiales españoles y se dirigieron en abierta sublevación hacia Chancay, donde se embarcaron con dirección á Huacho, en cuyo punto se hallaba San Martín, á quien ofrecieron sus servicios y el importante refuerzo del batallón entero de Numancia.

No tardaron en seguir este ejemplo otros varios jefes y oficiales del ejército real, pasándose ya solos, ya con las tropas que mandaban, al campo enemigo; contándose entre estas defecciones la del coronel don Agustín Gamarra que tantos servicios había prestado anteriormente á la causa de España.

No terminaron aquí las desdichas de las armas españolas. El 6 de Octubre de aquel año, había salido el cabecilla chileno, Arenales, de Pisco y, después de apoderarse sucesivamente de Huamanga, Huanta, Jauja y Tarma, encontró al brigadier O'Reilly en Cerro de Pasco. Las tropas españolas, compuestas de un batallón y un escuadrón y que habían salido de Lima para oponerse al avance de Arenales, se lanzaron denodadamente contra los republicanos; pero éstos, alentados por el esfuerzo de su jefe y comprendiendo la ventaja que les daba su mayor número, sostuvieron briosamente el encuentro logrando, tras de encarnizado combate, derrotar completamente á O'Reilly. Esta acción costó á los realistas cincuenta y cuatro hombres muertos, noventa heridos y cerca de cuatrocientos prisioneros, entre ellos el propio brigadier O'Reilly, el coronel del batallón Victoria, don Manuel Sánchez, y el comandante de dragones, don Andrés Santacruz.

De este modo quedó Arenales dueño de aquellos territorios y siguiendo en su marcha triunfal fué á unirse con San Martín en el cuartel general de éste.

Mientras tanto, el grueso de las fuerzas chilenas que, como hemos dicho, se había embarcado en Ancón con dirección á Huacho, llegó á este último punto, donde desembarcó sin sufrir contratiempo alguno. La capital del Perú no podía estar en peor situación; por un lado, la escuadra de Cochrane con su proximidad al Callao la amenazaba constantemente; al Este se habían insurreccionado los pueblos de la cordillera, merced al paseo triunfal de Arenales, y por el Norte San Martín con su bien organizado y numeroso ejército amagaba un decisivo ataque sobre Lima. Sin embargo, las intenciones de San Martín no eran arriesgar en una batalla la suerte de la campaña, pues, seguro como estaba del triunfo, daba preferencia á los medios pacíficos de propaganda para atraer prosélitos á su causa.

Sin gran prisa en la consecución de sus propósitos, pero con sagacidad y prudencia iba sembrando por medio de sus agentes secretos la discordia y las envidias entre los jefes de las fuerzas al servicio del Rey y la desconfianza entre las tropas. Su deseo principal era atraerse á todos los individuos soldados ó jefes de origen americano que sirviesen en el ejército español, pues sabía de sobra que atrayéndolos á todos á su causa y siendo tan difícil el que España mandase refuerzos á aquellas colonias, envuelta como estaba en sus propias luchas intestinas, habría de desaparecer por consunción el ejército realista y lograrse más fácilmente y sin grandes pérdidas la tan deseada independencia.

No se equivocaba San Martín en sus bien fundados cálculos, y prueba de ello fué el importante concurso que le vino á prestar el Marqués de Torre-Tagle. Era éste uno de los más aristocráticos y linajudos próceres limeños; grande de España, inmensamente rico, general de brigada y diputado en España en varias ocasiones. Mandaba como intendente en la hermosa provincia de Trujillo y, aunque aparentemente mostraba su fidelidad al Rey, en el fondo estaba trabajado por una amistad muy íntima que le unía á San Martín. Así es, que cuando San Martín desembarcó en Huacho se apresuró á escribir á Torre-Tagle invitándole á pasarse á su campo, cosa que hacía ya tiempo deseaba el desagradecido Marqués. Reunió al pueblo en una especie de Junta magna y, á pretexto de que era imposible resistir á las fuerzas invasoras de San Martín, dimitió la intendencia y su grado de brigadier. El pueblo, como era lógico suponer, lo aclamó confirmando en el mando y proclamándose solemnemente la independencia. Piura no tardó en seguir el mismo camino que Trujillo sublevándose también contra la guarnición y proclamando su independencia, con lo cual San Martín se halló, sin esfuerzo, dueño de dos magníficas provincias, las más ricas del virreinato.

A todo esto había que añadir las profundas disensiones y antagonismos que separaban á Pezuela de La Serna y que dieron por resultado el relevo del virrey y el nombramiento para tan importante cargo á favor de su contrincante La Serna.

Ya dejamos dicho más arriba que en vista de las diferencias surgidas entre el virrey y el general en jefe sobre si las reservas del ejército español debían situarse en Puno ó en Arequipa, había La Serna reiterado la dimisión, que ya había antes presentado por otra causa análoga, del mando del ejército de operaciones. El virrey mandó á llamar al entonces presidente de Quito, general Ramírez, para que se hiciese cargo en jefe del ejército en campaña, nombrando interinamente al entendido brigadier de Estado Mayor don José Canterac. La Serna se retiró á Lima con ánimo de embarcarse para la Península; pero algunas representaciones que al virrey se le hicieron, ya por las autoridades ó sólo por algunos particulares, para que La Serna no se embarcase, inclinaron el ánimo del virrey, quien, en prueba de que olvidaba todo resentimiento, le ascendió á teniente general, le nombró individuo de la Junta consultiva de guerra y, finalmente, le dió el mando de las tropas que en el acampamiento de Aznapuquio se estaban reuniendo para oponerlas al desembarco de San Martín en Huacho.

La Serna, preparando sus ambiciosos planes, indujo á Pezuela á que fuese trayendo á la capital, con distintos pretextos y cargos, á sus más íntimos amigos y partidarios. Así, Canterac fué nombrado jefe de Estado Mayor del ejército de Aznapuquio, y otros cargos análogos se distribuyeron entre sus paniaguados Valdés, Lóriga y Seoane; mientras La Mar, entusiasta partidario de Pezuela, era relegado al Callao y lo mismo ocurría con los demás íntimos del virrey.

San Martín, que seguía acampado en Guaura y que estaba sobradamente enterado de las disensiones y luchas del ejército español de Aznapuquio, decidió avanzar hacia la capital para en primer término evitar que la quietud de sus fuerzas no provocase deserciones ó descontentos, y en segundo lugar para proteger el avance y unión con las suyas, de las tropas de Arenales que volvían



de su famosa expedición de Cerro de Pasco, etc. Dirigióse, pues, con sus tropas hacia Retes, pueblecillo situado á siete leguas escasas de Lima. Pero el coronel Gomarra, de quien ya sabemos que abandonó las banderas de España para unirse á los insurgentes, avisó á San Martín que La Serna, al frente de las tropas de Aznapuquio, se dirigía á su encuentro, y que, además, por aquellos días había llegado el general Ricafort con 1,400 soldados de refuerzo. El general chileno, que no quería comprometer en una batalla las grandes ventajas alcanzadas, mañosa y políticamente, se retiró de nuevo á sus anteriores posiciones de Guaura.

Los amigos de La Serna, constitucionales furibundos, se habían propuesto

que Pezuela dimitiese el mando á toda costa y, al efecto, el 28 de Enero, reunidos en el campamento de Aznapuquio la mayor parte de ellos, entre los que estaban Canterac, Valdés, Rodil, Seoane y García Camba, se procedió por estos dos últimos á redactar el documento ó escrito de intimación que había de ser presentado á Pezuela. Ninguno de estos jefes se excusó de firmarlo, comprometiéndose todos ellos á sostenerlo bajo su responsabilidad y su honor.

Firmado el documento, lo entregaron al secretario de la Junta de guerra, que lo era don Juan Lóriga, para que éste lo presentase al virrey. No es para descrito el asombro con que el pundonoroso Pezuela leyó aquel documento; su primer impulso fué castigar severamente á los atrevidos solicitantes, y al efecto ordenó al mismo La Serna, que en aquellos momentos se encontraba en Lima, que montase á caballo y saliese á escape en dirección á Aznapuquio á reprimir aquel conato de insubordinación contra la persona del virrey. Pero La Serna se excusó de cumplir la misión que le confiaba el virrey, pretextando que como en el documento se le designaba para sucesor suyo, si ahora pretendía disuadir á los fautores de la intimación y no lo conseguía, cosa muy probable dada las convicciones arraigadas de todos aquellos jefes, podría decirse que no había hecho cuanto estaba en su mano, por ambición de que se realizase lo que los amotinados pretendían.

Reflexionó Pezuela en la gravedad de las circunstancias, pues, si cedía podría interpretarse su resolución como producto de flojedad de ánimo ó miedo, y si se resistía á la apremiante intimación podía su resistencia dar lugar á una terrible dualidad en el ejército y á mantener constante la indisciplina, cosas todas de funestas consecuencias.

En estas dudas, creyó lo más conveniente oír el consejo de sus generales, y al efecto los mandó convocar en su palacio. De los reunidos sólo Feliú, La Mar y Vacaro mostraron extrañeza y disgusto, pero no tampoco extremados; los demás, como La Serna, Llano y Lóriga, nada dijeron, sino que debía conformarse con el parecer de todos los jefes y renunciar el cargo para así evitar males más graves.

No contentos los conspiradores con la primera intimación, presentáronle otra en que claramente le exigían que dimitiese y nombrase sucesor á La Serna; Pezuela, entonces, viendo que no tenía más solución que renunciar el cargo, entregó el 29 de Enero el mando á La Serna, retirándose con su familia á la Magdalena en espera de embarque para España. Cinco meses estuvo viviendo en aquella casa de campo, á una legua de Lima, hasta que por fin se embarcó en una barca de pescadores que lo condujo al costado de la goleta norte-americana *Washington*, que zarpó para Rio Janeiro, Falmouth y España.

La conspiración en que nos hemos ocupado, fué fraguada principalmente por el brigadier Canterac, el coronel Valdés, el teniente coronel Seoane y el comandante García Camba.

Así terminó su mando en el Perú el general ilustre, vencedor en Vilcapugio,

Ayohuma y Viluma, y es verdaderamente digno de atención, como dice el historiador Mendiburu en su *Diccionario histórico-biográfico del Perú*, « no sólo el modo cómo salieron del país el primer virrey Blasco Núñez de Vela en 1544 y el último, que lo fué legalmente don Joaquín de la Pezuela, sino que el uno y el otro fueron depuestos por la ambición desenfrenada de los militares que acaudillaron Gonzalo Pizarro y el general La Serna ».

Posesionado La Serna del mando supremo del Perú, su primer cuidado fué enviar á España dos comisionados, el Marqués de Valle-Umbroso y el coronel Seoane, con el propósito de que gestionasen en la metrópoli el envío de refuerzos y el nombramiento de nuevo virrey, porque, según parece, La Serna estaba dispuesto á dimitir su alto cargo. Estos comisionados tenían encargo de exponer de palabra la situación poco envidiable en que quedaba la colonia y, al mismo tiempo, de entregar al ministro de la Guerra una comunicación en que entre otras cosas decía La Serna: « me veré en la precisión de tener que dejar esta capital y replegarme sobre Huamanga y Cuzco para cubrir el resto del Perú y dar tiempo á recibir auxilios de la Península, pues es indudable que, habiendo en lo general de los habitantes y soldados una tendencia á la independenciam, mi situación y la del ejército será tanto ó más crítica cuanto más reducido sea el radio de sus operaciones ».

Estos comisionados salieron en 29 de Marzo á bordo del bergantín de guerra *Maipó* y se dirigieron á Río Janeiro, pero frente á este puerto fueron apresados por la corbeta corsaria argentina la *Heroína* que, tras de muchas vejaciones, los dejó en libertad, pero casi desnudos y sin ninguno de los documentos de que eran portadores, pues tuvieron la precaución, al verse perdidos, de arrojarlos al agua. Por fin, reuniendo algunos socorros que en Río Janeiro les facilitaron, lograron arribar á la Península y presentarse al Gobierno, á quien expusieron de palabra el estado del Perú y las peripecias de todo género que hubieron de sufrir para dar cima á su comisión. El Gobierno escuchó sus justas peticiones, pero no quiso ó no pudo hacer nada en favor de la amenazada colonia y se contentó con prodigar cruces para los jefes y oficiales del ejército colonial y con confirmar á La Serna en su cargo de virrey y en su ascenso á teniente general.

Mientras tanto, La Serna, que había nombrado á Canterac general en jefe del ejército de operaciones y á Valdés jefe del Estado Mayor del mismo, poco ó nada hacía por terminar la guerra que, según el empeño que mostró en ser virrey, parecía depender de su dirección suprema en el Perú. El que tanto empeño había mostrado en la conveniencia de evacuar á Lima, tardó sin embargo cinco meses en decidirse á ello. Sin duda, puesto más en contacto con el elemento civil y administrativo de la capital, comprendió la grave responsabilidad de dejar toda aquella máquina abandonada á los invasores y temería también por la situación en que quedaban tanto empleado y tantos intereses particulares puestos hasta entonces con lealtad al servicio de la causa del Rey.

Por fin, se decidió La Serna á movilizar sus fuerzas, pues cada vez era más

difícil el abastecimiento de Lima y del campamento de Aznapuquio, por impedirlo las guerrillas insurrectas al mando, principalmente, de Isidoro Villar que, en sus correrías por las inmediaciones de la capital, tuvo la osadía de llegar hasta las mismas puertas de Lima. Así, pues, el nuevo virrey comisionó al brigadier Ricafort, para que al frente de una columna limpiase de merodeadores y guerrilleros los pueblos de la sierra hasta el valle de Jauja. Al poco tiempo mandó también al coronel Valdés con 1,200 hombres para que, en combinación con Ricafort, sofocara la insurrección de los indios que con sus feroces matanzas y tropelías tenían amedrentados á los pacíficos habitantes de la alta planicie. Ricafort llegó á la sierra, entró en Huancavélica y consiguió una fácil victoria sobre los sublevados de Concepción y demás pueblos de la serranía. Después, reunido con el citado coronel Valdés, se dirigió á Atama, en donde estaban esperándole un fuerte golpe de indios en número de unos 4,000. Consiguió derrotarlos completamente, causándoles más de 1,000 bajas entre muertos, que fueron unos cuatrocientos, heridos y prisioneros, apoderándose también de gran cantidad de fusiles, lanzas y de la única pieza de artillería que llevaban.

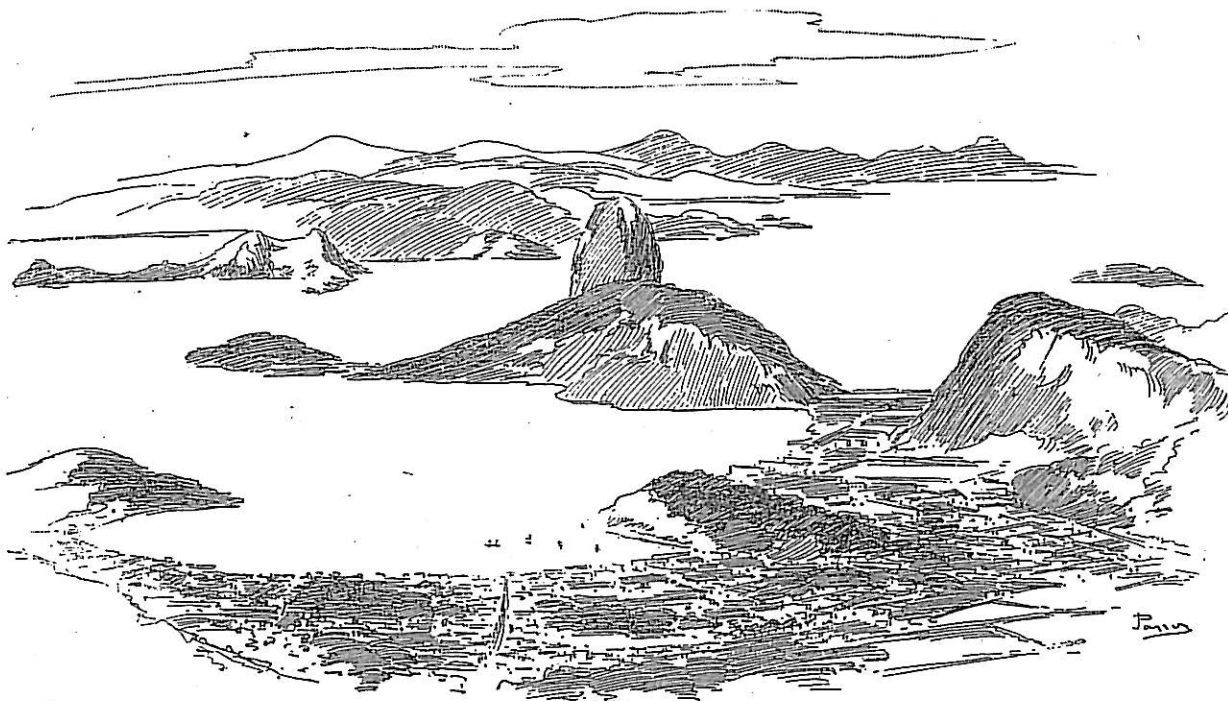
En este combate se distinguió sobremanera el oficial de 18 años don Tomás Liniérs, hijo del famoso defensor de Buenos Aires. Tras estas victorias, siguieron Valdés y Ricafort hasta el Cerro de Pasco, pero tuvieron que retroceder á Lima, porque así se lo ordenaron las autoridades de la capital y, además, porque Ricafort fué herido de bala al pasar por Cauta, lo mismo que el capitán Garín. No dejó de censurarse la retirada de estas tropas del Cerro de Pasco, en donde parecía lo más indicado que continuasen, pues, desde allí podrían estorbar perfectamente las comunicaciones de la sierra con el campamento republicano de Guaura; pero La Serna había dispuesto que quedase allí el general Carratalá, con dos escuadrones de caballería y cuatro compañías del primer batallón del Imperial Alejandro, que pronto tuvieron que habérselas con una fuerte división que había salido de Guaura mandada por Arenales, y que, unida más tarde en Oyan con la que mandaba Gomarra, ocupó todos los pueblos de la sierra que dominaba por Oriente á la capital.

Entretanto, el *Libertador del Perú*, queriendo sacar á sus tropas de Guaura, en donde, inactivas, comenzaban á enfermar de fiebres, organizó una expedición á cuyo frente puso al teniente coronel Guillermo Miller, inglés de nación, al servicio de la república chilena, con el encargo de apoderarse de algunos puntos de la costa. Miller se embarcó en la escuadra del famoso Cochrane con rumbo á Pisco, de cuya ciudad se apoderó sin resistencia alguna; luego pasó á Arica, que también cayó en su poder, y por fin se dirigió á Arequipa.

No habría resistido tampoco mucho tiempo esta población si no hubiera tenido que reembarcarse apresuradamente, debido á que las fiebres y la peste que se desarrolló con gran violencia entre sus soldados, diezmó en pocos días sus victoriosas tropas. Además, García Camba, al frente de una columna, había salido de Lima para defender á Arequipa y oponerse al avance de Miller, pero no pudo

conseguir darle alcance ni impedir que éste pusiera en salvo el abundante fruto de sus correrías.

Por esta época, ó sea á principios de Abril, llegó de España el comisionado regio, ó enviado del Gobierno constitucional, don Manuel Abreu, capitán de fragata, con el encargo de entablar un acomodamiento pacífico con los insurgentes.



Río Janeiro.

Su compañero de comisión, general don José Rodríguez Arias, había enfermado de fiebre en el camino y tuvo que desembarcar en Panamá, donde al poco tiempo murió.

Abreu desembarcó en Paita y continuó su camino á Lima por tierra, atravesando Guanza en donde estaba el cuartel general de San Martín. Al conocer éste la comisión que Abreu llevaba para el virrey del Perú, lo agasajó y obsequió extraordinariamente, llegando hasta darle una guardia de honor durante el tiempo que permaneciese en el campo insurrecto. Encantado Abreu de la cordialidad y buen trato recibido de San Martín y de la disciplina y espíritu de sus tropas, llegó á Lima haciendo grandes elogios del general chileno; seguidamente comunicó al virrey y demás autoridades el objeto de su misión y el interés que tanto Fernando VII como el Gobierno tenían en que acabase aquella guerra fratricida. La Serna nombró entonces una Junta llamada de pacificación, presidida por él mismo, y en virtud de las instrucciones recibidas del Gobierno de la metrópoli, escribió á San Martín proponiéndole la apertura de conferencias para ver de llegar á la paz definitiva. Aceptó San Martín la invitación designando como representantes suyos á don Tomás Guido, coronel, á don Juan García del Río, á don José Ignacio de la Rosa y, como secretario, á don Fernando López Aldana. La Serna, por su

parte, nombró comisionados suyos la propio don Manuel Abreu, al alcalde de Lima don Mariano Galdeano y Mendoza, al brigadier de artillería don Manuel del Llano y Nájera y, como secretario, al capitán don Francisco Moar.

Después de veinte días de conferencias se acordó la suspensión de hostilidades por otros veinte, que luego se prorrogó á doce días más. Las conferencias que se celebraban en la hacienda de Punchauca, á cinco leguas de Lima, comenzaron el 4 de Mayo, y en ellas propusieron los comisionados del virrey que los gobiernos revolucionarios de Chile y del Perú nombrasen diputados con plenos poderes para que fuesen á España á ajustar un tratado de paz, definitivo y durable, y que entretanto se acordase un armisticio por el tiempo necesario, para llevar á feliz término las negociaciones.

Los representantes del general San Martín aceptaron la proposición de enviar diputados á Europa con el objeto indicado, pero en cuanto al armisticio había de ser éste precedido de la entrega de Lima y el Callao, como garantía del cumplimiento del acuerdo. Caso de ser aceptadas estas proposiciones por los españoles, el armisticio había de durar diez y seis meses, suspendiéndose toda operación de guerra en tierra y mar; se disolverían las guerrillas y partidas sueltas, quedaría abierto al comercio uno y otro campo, así como los territorios de Chile y Guayaquil, y, por fin, las tropas realistas quedarían dueñas de la parte Sur de Guaura y de las provincias de Tarma, Chancay y Jauja, mientras los insurgentes quedaban en posesión de la parte Norte incluso el Callao y Lima.

La representación de España contestó que no tenía atribuciones para ofrecer garantías de los acuerdos que formase, y que, por tanto, nada podía ofrecer respecto á Lima y el Callao. No se rompieron por esto las negociaciones. San Martín quería llegar á un acuerdo y, con este fin, propuso celebrar una entrevista personalmente con La Serna, para llegar á un acomodamiento en lo referente á las garantías. Sin embargo, el objeto primordial de San Martín era otro.

Habíale entrado temor á la libertad. Desconfiaba de los hombres y la preocupación de que sin un gobierno fuerte el orden y quizás la misma independencia conquistada peligrarian, le había hecho volver los ojos á instituciones que parecían incompatibles con la obra revolucionaria. En una palabra, San Martín quería para el Perú una monarquía democrática. Llegó en su obsesión á soñar con que un Príncipe español se pusiera al frente del nuevo reino.

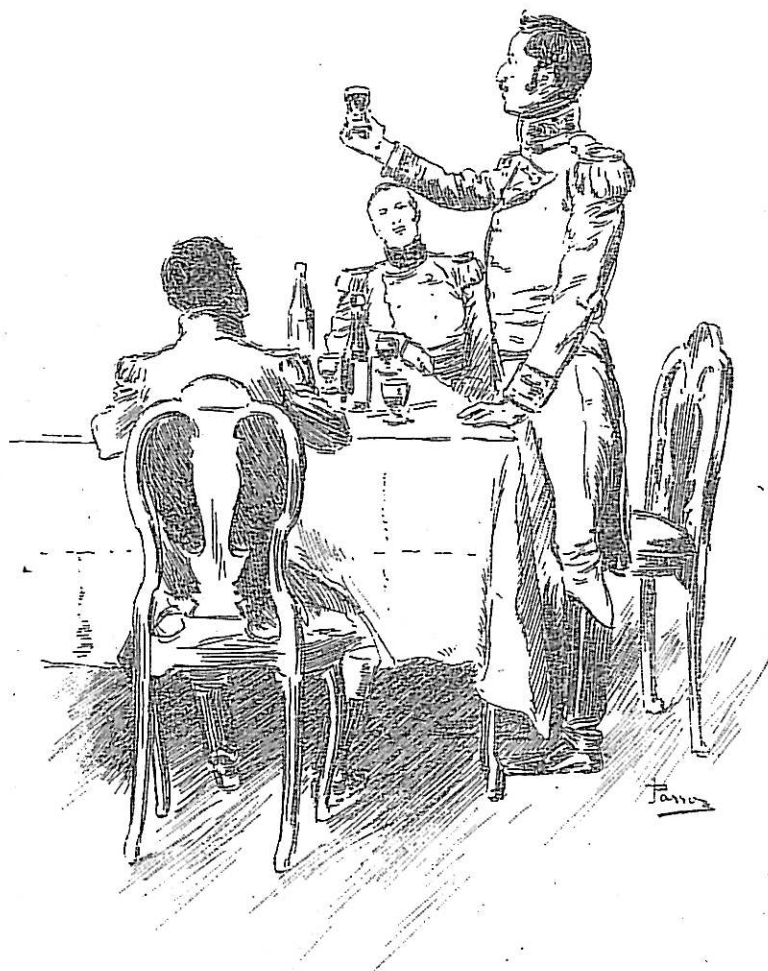
Las garantías del armisticio eran, pues, un pretexto, y el verdadero fin de todo sondear el ánimo del virrey para ver de atraérselo. Celebróse, por fin, la entrevista en la misma hacienda de Punchauca. San Martín se presentó acompañado de su segundo Las Heras y de otros cuatro ó cinco jefes más, y La Serna fué igualmente con Canterac, Monet, Camba, La Mar y alguno más. En cuanto se vieron se abrazaron cordialmente San Martín y La Serna, y comenzaron paseando á hablar reservadamente mientras su acompañamiento formaba animados grupos que departían con tal fraternidad que no parecía sino que nunca hubieran militado en campos opuestos. Pronto, sin embargo, volverían á ser encarnizados enemigos.

Según el historiador colombiano, Restrepo, San Martín llevaba á prevención una especie de memoria de los puntos á discutir que, siempre sobre la base de la independencia del Perú, podían ser fundamento de un acuerdo. Caso de ser la independencia aceptada y proclamada solemnemente, él se comprometía á lo siguiente: «1.º El general La Serna será reconocido presidente de una Regencia compuesta de tres individuos. 2.º El mismo general ó el que él elija mandará los ejércitos de Lima y patriótico como una sola fuerza. 3.º Quedará sin efecto la entrega pretendida y convenida del Castillo del Real Felipe y demás fortificaciones del Callao. 4.º El general San Martín marchará á la Península, en compañía de los demás que se nombren, para negociar con el Soberano de España. 5.º Las cuatro provincias pertenecientes al virreinato de Buenos Aires quedarán agregadas á la monarquía del Perú. 6.º El grande objeto de estas proposiciones es el establecimiento de una monarquía Constitucional en el Perú: el monarca será elegido por las Cortes generales de España, y la Constitución á que quede ligado será la que formen los pueblos del Perú. 7.º Se cooperaría á la unión del Perú con Chile para integrarse la monarquía, y se harían iguales esfuerzos respecto de las provincias del Río de la Plata.»

El jefe español se excusó de contestar en el momento á estas proposiciones, á pretexto de ser asunto que requería maduro examen. Terminada la conferencia, no quisieron separarse, sin antes sellar la unión con calurosos brindis pronunciados al término de un banquete.

Reinó en este banquete gran animación, rivalizando todos, españoles y chilenos, en ferviente monarquismo, á excepción de Las Heras, que se conservó fiel á sus ideas republicanas.

Muy felices se las prometía el caudillo chileno en vista de la cordialidad de La Serna y su cortejo; pero al día siguiente se vió sorprendido por la llegada á su campamento de los generales Valdés y García Camba, portadores de la respuesta de La Serna. El virrey, en su nota de contestación á San Martín, no admi-



tía ninguna de las proposiciones de éste y, en cambio, proponía lo siguiente: « Que se suspendiesen las hostilidades por el tiempo que se considerase necesario para el viaje de ida y vuelta á la Península; que desde el río Chancai al Norte gobernasen los enemigos; que el resto del Perú fuera regido por el Gobierno español; que el virrey, después de haber nombrado una Junta de gobierno á este intento, se embarcase para Europa á instruir de estas transacciones al Gobierno de la metrópoli, pudiendo el general San Martín hacer el mismo viaje en su compañía si lo tenía por conveniente.»

No mencionándose para nada en esta proposición lo referente á la independencia del Perú, no fué aceptada por San Martín, quedando con esto terminadas las conferencias ó negociaciones directas entre los dos caudillos. Los comisionados ó representantes de uno y otro continuáronlas en el inmediato pueblo de Miraflores, pero ya sin fe en el resultado.

Transcurridos los veinte días del armisticio y los doce más por que fué prorrogado, reanudáronse las operaciones.

Dejamos á Carratalá en Cerro de Pasco con dos escuadrones y un batallón escaso, á pesar de lo cual logró defenderse de Arenales y su fuerte columna por espacio de ochenta y cinco días, gracias á su actividad y destreza en burlar las acometidas del general chileno; pero ya se iba haciendo insostenible su situación, por lo cual La Serna mandó al general Canterac que saliese con sus mejores tropas en dirección á Huancavelica y Jauja, con el fin de atacar á Arenales, que se hallaba en este último punto, y dar descanso á las fuerzas de Carratalá. Cumplió Canterac el encargo, llegando el 22 de Julio á Jauja, pero sólo con quinientos hombres que habían podido resistir á las penalidades de la marcha. Al saber Arenales la aproximación de Canterac, se retiró tranquilamente, y así terminó este paseo militar.

Mientras tanto, era apurada la situación de Lima. A pesar de que San Martín, durante el armisticio, consintió la entrada de subsistencias en la población por doce días, el hambre hacía estragos y las enfermedades crecían, amenazando destruir á todos los habitantes. Frecuentes tumultos y motines, ocasionados por la falta de alimentos y de trabajo, ensangrentaban además las calles de la ciudad y aun entre las mismas tropas se notaban chispazos de insubordinación. El cabildo, haciéndose cargo de estas circunstancias, representó á La Serna la conveniencia de pactar la paz, á lo cual el virrey contestó con una rotunda negativa. Pero ya que nó firmar la paz, decidió evacuar la capital; y, en efecto, en 4 de Julio dió una proclama al pueblo limeño anunciándole que á los dos días saldrían las tropas españolas del recinto de la ciudad, no quedando en ella más que un destacamento á las órdenes del mariscal Marqués de Montemira, con el fin de guardar el orden y hacer entrega de la plaza al enemigo en el probable caso que quisiera ocuparla. Con esta misma fecha ofició al general San Martín anunciándole su propósito de abandonar la capital y rogándole que, cuando él la invadiese, guardase con los numerosos soldados enfermos que allí quedaban y con

las familias que habían permanecido fieles á España aquellas leyes y preceptos humanitarios y nobles de la guerra entre pueblos cultos.

El día 6 de Julio salió de Lima el general La Serna con la mayor parte de sus tropas, dejando en la población unos 2,000 soldados, de los cuales más de 1,000 estaban enfermos en los hospitales y los restantes convalecientes de la fiebre.

El virrey, al frente de sus tropas, se dirigió por Yauyos hacia el hermoso valle de Jauja, al otro lado de la cordillera, llegando allí después de un mes de terribles penalidades á causa del *zorojche*, especie de influencia telúrica que ejercen las innumerables minas de metales de los Andes, que unida al enrarecimiento del aire en aquellas alturas, algunas de ellas 15 y 16,000 pies sobre el nivel del mar, producen el vértigo, el mareo y, por fin, la muerte.

Reunidas las tropas del virrey á las de Canterac en Jauja, apenas sumarían 4,000 hombres, tan debilitados y exangües que, más que ejército en campaña, parecía macabro desfile de cadáveres.

San Martín entró en Lima en la famosa noche del 9 de Julio, noche cuyo recuerdo se perpetuó en la memoria de los limeños por el horroroso temblor de tierra que acompañó á la entrada de las tropas de San Martín. Por cierto que algunos piadosos historiadores españoles han interpretado este temblor, que duró más que ningún otro de los hasta allí conocidos, como signo inequívoco de la cólera divina contra los patriotas invasores. El mismo fundamento tendría suponer que la tierra que vió nacer á Santa Rosa se estremecía de placer al paso de las tropas republicanas, tan católicas como las que la habían abandonado.

Lo que para muchos no parece tener tan fácil explicación, es la causa por la que San Martín no atacó á La Serna en su evacuación de Lima, porque el maciente ejército del virrey no hubiera podido resistir la acometida de los patriotas de San Martín por retaguardia, ni menos la de los soldados de Arenales que, como sabemos, operaba en la sierra con sus bien aguerridas huestes. Hay quien intenta explicar el hecho, afirmando que San Martín estaba descorazonado por la anarquía que, al instaurarse la República en la Argentina, y aun en Chile, había surgido y que no destruía el ejército de La Serna como pudo hacerlo, para que este ejército, unido al suyo, sirviese de garantía de consolidación á la monarquía que intentaba establecer. Es indudable que si San Martín hubiera embestido vigorosamente á las fuerzas realistas, éstas no hubieran tenido más remedio que rendirse, dado el estado de postración en que se hallaban, y que así hubiera terminado inmediatamente una guerra que aún debía costar mucha sangre y mucho tiempo.

Pero lo cierto del caso es que San Martín llamó á Lima á Arenales, y él, por su parte, no se movió de la capital, con lo que comenzaron las murmuraciones entre sus soldados, atribuyendo unos esta lenidad á afán de gozar de las comodidades de la gran ciudad; otros, á miedo de que surgiese un motín si nuevamente ordenaba á sus fatigadas huestes volver á la campaña; y no faltó tampoco, en

fin, quien creyese que San Martín estaba vendido á los españoles. Por de contado, esta última hipótesis, que encerraba una infame calumnia, no fué sostenida más que por algunos de sus envidiosos enemigos, que harto sabían los sacrificios realizados por el caudillo chileno.

Mientras tanto, lo que pudiéramos llamar la masa neutra de Lima, enervada por la molicie, corrompida por los vicios del clero y de la aristocracia, vivía atemorizada por la infinidad de partidas de merodeadores que, con el nombre de guerrilleros, infestaban los alrededores de la capital y aun amenazaban de continuo con el saqueo. Para buscar remedio al mal, el lugarteniente de La Serna, Marqués de Montemira, reunió á las autoridades y vecinos principales. Acordóse en la reunión pedir á San Martín que entrase con sus tropas cuanto antes en la ciudad, para librarla de la anarquía y del pillaje.

No accedió por de pronto el caudillo chileno á esta invitación, dando por pretexto que no había ido al Perú como conquistador, sino como libertador. Y, por



tanto, si la ciudad de Lima no juraba antes la independencia, de nada tendría que libertarla, ya que tan satisfecha estaba de la dominación española. Encerraban tales palabras una amarga reconvención por lo poco patriota que se había sentido aquel pueblo tan enervado y corrompido.

Comprendieron los vecinos de Lima la indirecta y se propusieron hacerle un gran recibimiento, engalanando sus casas y levantando arcos triunfales; pero San Martín no les dió tiempo, porque aquella misma tarde se presentó solo con un edecán ó ayudante y se dirigió á casa del Marqués de Montemira, en donde, al saberse la noticia de su llegada, se apresuró á concurrir el cabildo y demás autoridades populares y gran número de vecinos que le aclamaron como su verdadero libertador.

El día 14 del mismo mes y estando ya la ciudad ocupada por las tropas republicanas, convocó San Martín á una reunión á los vecinos más importantes de

Lima y les preguntó qué pensaban en orden á su independencia, pues hasta entonces no habían decidido nada. A pesar de que aquella reunión estaba formada por los elementos más conservadores del virreinato, como eran el arzobispo, los títulos de Castilla, los guardianes y rectores de conventos, banqueros y demás notables de la población, se acordó por unanimidad proclamar la independencia del Perú y se fijó para el día 28 de Julio de 1821 la celebración solemne de aquel acto. Como se ve, no fué el elemento democrático y popular el que proclamó tan trascendental acuerdo, sino el elemento aristocrático y ultra-conservador.

El día 7 entró también en Lima el almirante chileno lord Cochrane, en medio de los vítores y aclamaciones más entusiastas, como premio á su arrojo y osadía. Al día siguiente, San Martín, que había establecido su cuartel en la Legua, á mitad de camino de Lima y el Callao, formó una guardia cívica para garantir el orden y puso á su frente, como coronel, al famoso mariscal Marqués de Torre-Tagle, el sublevado de Trujillo.

Ya el 28, fijado para la solemne proclamación de la independencia del Perú, se dirigió San Martín desde el palacio á la Plaza Mayor, en donde se había levantado una tribuna, y allí, rodeado de todos sus generales y soldados, de las autoridades y corporaciones todas, de una inmensa multitud, tomó de manos del Marqués de Montemira la nueva bandera peruana y con vigorosa voz proclamó así la independencia de aquel antiguo virreinato: «El Perú es desde este momento libre é independiente por la voluntad general de los pueblos y por la justicia de su causa que Dios defiende. ¡Viva la patria! ¡Viva la libertad! ¡Viva la independencia!» Seguidamente se cantó en la catedral un solemne *Te-Deum*.

Establecida ya la ansiada independencia, faltaba designar un Gobierno que rigiese los destinos de aquel naciente Estado. No había un hombre, exclusión hecha de San Martín, con prestigios y capacidad suficiente para imponerse á la turba de ambiciosos que pugnaban por escalar los más altos puestos. Torre-Tagle, aunque había traído á la independencia el valioso concurso de la provincia entera de Trujillo, no merecía aún gran confianza, por lo reciente de su conversión al republicanismo y por su falta de carácter. Montemuro, prestigioso limeño muy querido de todos, era un octogenario achacoso y sin méritos en la causa de la revolución. Don José de la Riva Agüero, que no había de tardar en ser presidente de la República, y que á sus grandes trabajos en favor de la República unía una inteligencia muy clara y un carácter entero, no era tampoco, por el momento, apto para empuñar las riendas del mando supremo. Sea por estas consideraciones ó por otras de carácter eminentemente personal, San Martín asumió el mando supremo; de modo que cuando el ayuntamiento de Lima fué con una exposición ofreciéndole este mando supremo, político y militar, contestó altivamente San Martín: «Esta oferta es absolutamente inútil; yo he tomado el mando y lo conservaré en tanto que lo juzgue necesario; sin mi consentimiento no habrá juntas ni asambleas para la discusión de los negocios públicos.»

Nombró ministro de Relaciones exteriores á don Juan García del Río, de Guerra y Marina al coronel don Bernardo Monteagudo, y de Hacienda á don Hipólito Unanue, presidente de la cámara de justicia á don José de la Riva Agüero, general en jefe del ejército á don Juan Gregorio de las Heras y, por último, por un decreto de 3 de Agosto, se confirió á sí mismo el título de *Protector del Perú*. Por este mismo decreto estableció una especie de Constitución política que con el nombre de Estatuto venía á regular los derechos de los nuevos ciudadanos del Perú. Fueron sus principales disposiciones la creación de la alta Cámara, cuya misión era la administración de justicia; del Consejo de Estado, compuesto de doce individuos y encargado de actuar como cuerpo consultivo; la proclamación de la libertad de todos los nacidos en el Perú, incluso los hijos de esclavos, y de la igualdad de derechos entre los blancos y los indios. Disponiase también que todo ciudadano, desde los diez y ocho años, estaba obligado á servir en el ejército, debiendo durar su instrucción ocho meses. Abolió San Martín el monopolio que gravaba el comercio; declaró la inviolabilidad del domicilio, exceptuado el caso de orden firmada por el *Protector* ó por los presidentes de las provincias; estableció en 13 de Octubre la libertad de imprenta y á fin de aquel año creó una orden militar denominada del Sol, compuesta de 26 fundadores ó grandes cruces, 138 beneméritos y 102 asociados. Entraron también á formar parte de esta orden 120 mujeres de las que más se habían distinguido por sus servicios á la causa de la patria peruana. Por último, y esto da una idea de lo arraigados que estaban en San Martín los convencimientos monárquicos, reconoció como válidos en el país todos los títulos de Castilla, sin más requisito que añadir un cuartel con el Sol peruano en sus escudos de armas y denominarse en adelante títulos del Perú. Además, de acuerdo con sus ministros, mandó emisarios á Buenos Aires, Méjico, Guatemala y Colombia para ponerse de acuerdo con los gobiernos de aquellas repúblicas y todos á una proclamar la monarquía única, bajo el cetro de un príncipe español, á cuyo efecto se enviaron comisionados á Europa que buscaran el futuro Soberano. No dió la providencia resultado alguno.

Dedicó después San Martín no poco tiempo á redactar reglamentos y formularios para la etiqueta de Palacio, á prescribir el uniforme de los altos empleados, á mandar que en las casas de los caballeros del Sol se colocase el escudo nacio-



Riva Agüero.

nal y á otros asuntos de igual importancia. Todos estos alardes de monarquismo dieron por resultado que algunos fanáticos del general chileno dieran vivas al emperador del Perú y propagasen pasquines y proclamas en verso y prosa, dándole esta denominación, que si agradaban al *Protector* no lisonjeaban mucho las aspiraciones de su Gobierno.

Pero no todas fueron bienandanzas para los pacíficos limeños, pues á poco publicó San Martín un decreto, por el cual disponía que todo español que quisiera vivir en el país jurase la independencia, evacuando en caso contrario el territorio en un corto plazo. Al mismo tiempo, expulsó del territorio al arzobispo de Lima y al obispo de Huamanga. Agravaba con exceso la situación de Lima la tiranía de Riva Agüero, que había sido nombrado presidente de la provincia. La intranquilidad era tanta entre los españoles, que hacía imposible toda relación, pues hasta desconfiaban los unos de los otros, temiendo á cada instante tropezar con espías del Gobierno.

Continuaba entretanto la importante plaza del Callao en poder de los españoles. Era gobernador de la plaza don José La Mar, que al frente de 1,200 hombres y muchas familias, que se habían allí refugiado cuando la evacuación de Lima por La Serna, se mantenía firme y leal á la causa del Rey, á pesar de que lord Cochrane la bloqueaba estrechamente por mar, y algunas fuerzas republicanas la asediaban por tierra.

No ignoraba La Serna el desesperado esfuerzo que realizaba el Callao resistiendo tanto tiempo contra el poderoso enemigo, y amenazada de carecer muy pronto de subsistencias; así es que, nó sin previa y acalorada discusión con el consejo de sus generales, acordó enviar en socorro de aquella plaza una fuerte columna con víveres y municiones. Comisionó á este fin al general Canterac que, al frente de 3,500 hombres de todas-armas y nueve piezas de artillería, salió de Jauja el 25 de Agosto, llevando de coronel de Estado Mayor á Valdés y de jefe de la caballería á Lóriga.

Para mayor facilidad en sus movimientos, se dividió esta expedición en dos cuerpos; uno, al mando de Lóriga, con sólo la caballería y con encargo de bajar y esperar en Cienaguilla; y otro, á las órdenes del propio Canterac, con toda la infantería é impedimenta. De las penalidades que sufrió, sobre todo esta segunda división que atravesó el desierto entre los ríos Rimac y Lurin, nos da cuenta el bizarro comandante, cronista de la expedición, García Camba, que en sus *Memoorias para la historia de las armas reales en el Perú* escribe lo siguiente:

«Sin camino de ninguna especie; sin agua en un terreno arenoso, ardiente, acosados los hombres y las bestias por una sed devoradora; después de una marcha de más de diez leguas á doce grados de la equinoccial, los jefes, los oficiales y la tropa, se arrojaron á bajar por donde ningún sér humano había andado jamás.

» Allí se perdieron mulas y caballos con la mayor parte de las maletas de grupa; allí hubo piernas, cabezas, brazos y cuerpos estropeados, porque los hom-

bres y las bestias rodaban á la par de precipicio en precipicio; allí hubo muchos que recurrieron á sus propios orines para mitigar su mortal sed, y con igual fin mascaban otros las áridas cortezas de algún arbusto que por fortuna encontraban; allí varios bravos desesperanzados se tendían en el suelo, como resignados con su fin, mientras otros se esforzaban por continuar el descenso con la lisonjera idea de hallar agua en el fondo de la quebrada. En tan azarosa situación, si los jefes y oficiales mandaban, eran á veces obedecidos y otras apenas escuchados; basta decir, en prueba, que, reunidos el brigadier Monet y el coronel Carratalá, viendo una porción de tropa tirada al suelo, incierta de si el resto seguía ó iba adelante, ó si quedaba rendido de sed y cansancio, ofrecieron en nombre del Rey un grado al individuo que, continuando la bajada, pudiera avisar de si se hallaba luego agua, y no hubo á su inmediación quien se sintiese en estado de ganar la recompensa prometida, siendo de advertir que cuando se hizo este ofrecimiento faltaría poco más de un cuarto de legua para llegar al río que toma luego el nombre de Lurin.

» El comandante en jefe, Canterac, que llevaba la cabeza de aquella inexplicable dispersión, fué de los primeros que gozaron del placer de descubrir la deseada agua; é inmediatamente hizo retroceder á los que le acompañaban de cerca con cantimploras llenas para auxiliar á sus afligidísimos compañeros.

» La nueva de este hallazgo salvador, comunicada de unos en otros hasta los más rezagados, como por ensalmo reanimó sus espíritus abatidos y puso en movimiento hasta á los casi resignados á no levantarse del paraje que su mala estrella les había deparado. Uno de los que se hallaban al borde de este triste extremo era el coronel don Jerónimo Valdés, jefe del Estado Mayor que cubría la retaguardia. Fatigado por el continuo afán de reanimar á la tropa, después de haber apelado á su orina, á las cortezas de los áridos arbustos y aún á ponerse plomo en la boca para mitigar algo la sed que lo consumía, rendido y falto de fuerzas se acostó al fin en el suelo, al lado de una gran peña, donde lo acompañaban algunos leales oficiales y soldados, y allí les alcanzaron primero el descubrimiento del agua y poco después algunas cantimploras.»

Por el triste y gráfico relato de García Camba se deduce las terribles penalidades y torturas que sufrió aquel ejército hasta conseguir reunirse con la caballería en Cienaguilla. Por fin, el 8 de Septiembre, dió el ejército realista vista á las fuerzas de San Martín, que, seis días antes, noticioso del avance de Canterac, había salido con 5,000 hombres al encuentro del general realista.

También es inexplicable la conducta del *Protector* en esta ocasión, pues disponiendo de casi doble número de combatientes y todos ellos aguerridos y ansiosos de pelear, en vez de dar la orden de ataque se contentó con presenciar el táctico movimiento de flanqueo que Canterac ejecutaba para eludir un encuentro que le hubiera sido funesto. Burlado el caudillo chileno, ordenó á Las Heras que, con parte de sus fuerzas, fuese á situarse de nuevo frente á Canterac; pero este astuto y prudente general, en vez de aceptar batalla, fingió un ataque con parte

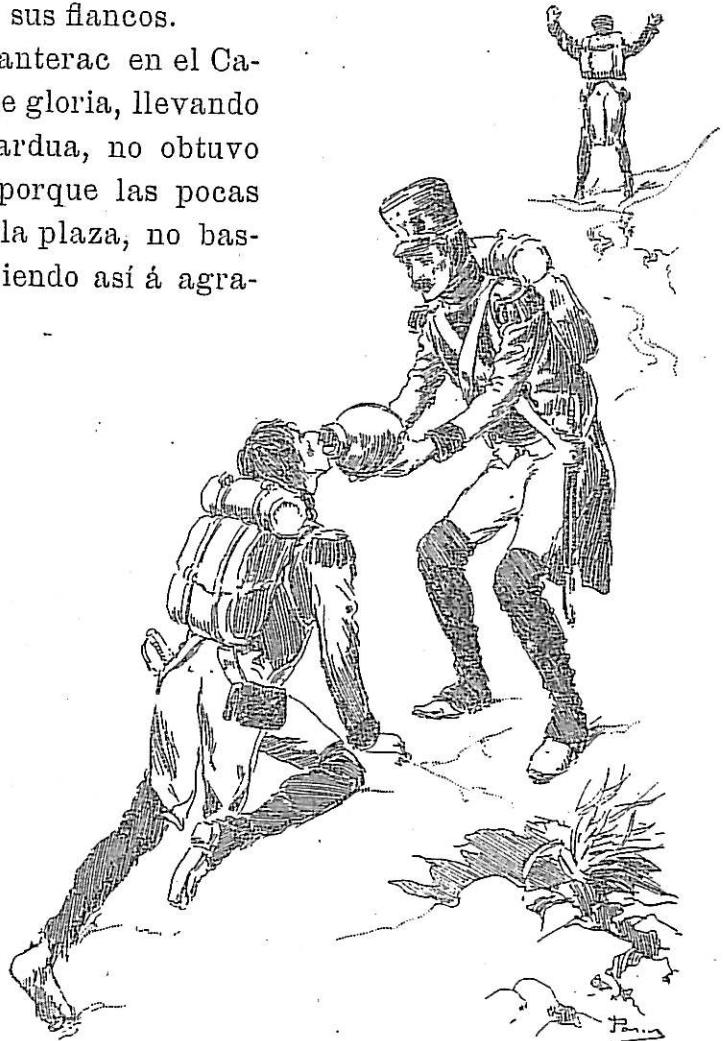
de sus tropas mientras con el grupo de su ejército entraba triunfante en el Callao, siendo recibido por los sitiados con delirantes muestras de satisfacción y en medio de salvas de la artillería de los fuertes. Poco después se le reunieron también las tropas que habían entretenido á Las Heras simulando un ataque á uno de sus flancos.

El día 10 de Septiembre entró Canterac en el Callao, pero si por su parte se cubrió de gloria, llevando á cabo una operación militar tan ardua, no obtuvo fruto alguno de su esfuerzo y valor, porque las pocas provisiones que logró introducir en la plaza, no bastaban para sus propias fuerzas, viniendo así á agravarse la situación de los sitiados.

Decidió entonces emprender la retirada, volando antes los fuertes y llevándose cuantas armas y municiones pudiera al acampamento de Jauja. Pero su propósito de destruir los fuertes encontró ruda oposición entre los vecinos del Callao y aun en el mismo comandante La Mar, que veía en las fortalezas una garantía de más ventajoso resultado para cualquier convención que tratase de realizar con el enemigo. Canterac, entonces, reunió unos 4,000 fusiles que halló en los arsenales y los cargó en hombros de sus soldados, emprendiendo la retirada hacia el Norte; pero al llegar á Bo-

canegra se encontró interceptado en su marcha por las lanchas cañoneras de la escuadra enemiga que le cortaban el paso, y hubo de volver de nuevo al Callao.

Presentóse en esto don Fernando del Mazo, comerciante español, y prometió que por medio de buques ingleses, especialmente de la fragata mercante *Lord Luidoek*, abastecería de víveres al Callao si se le entregaban al contado cien mil duros y 400,000 más sobre la plaza de Arequipa, conforme fuese entregando los víveres. Aceptó gozoso Canterac la proposición é hizo un llamamiento al vecindario y emigrados residentes en el Callao, llamamiento al que todos respondieron en tal forma, que aun los mismos soldados que el día anterior habían recibido una paga se privaron de ella para engrosar el fondo recaudado. La señora del ex presidente de Quito, teniente general Ramirez, entregó en su nombre 1,000 onzas de oro, y otras 1,600 en nombre de otro emigrado. Don Fernando del Mazo salió con 80,000 duros á alta mar para cerrar el convenio con los barcos



ingleses que debían aprovisionar la plaza, pero ni encontró á los tales barcos ni á nadie que le pudiera dar noticias de su paradero, con lo cual, desesperado, volvió al puerto, perdida toda esperanza de conseguir víveres, devolviéndose á los donantes todas las sumas entregadas.

Entretanto, Canterac, con el propósito también de buscar víveres para sus tropas, salió del Callao el 16 de Septiembre con ánimo, según ofreció, de volver á la plaza sitiada á los siete días, y en garantía de su palabra dejó los 4,000 fusiles que se proponía llevar á Jauja y todos sus equipajes; avanzó hacia la Legua, en donde se encontraba el enemigo; pero luego, con un hábil movimiento de flanco, se salió del campo de acción sin disparar un tiro, continuando su marcha por Oquendo hacia el Norte. Mandó San Martín á las Heras que persiguiese á Canterac, pero á los tres días de marcha volvieron los republicanos grupas, á pretexto de que carecían de provisiones, destacándose sólo una columna de seiscientos hombres que, al mando de Miller, picó la retaguardia del enemigo sin gran resultado.

Entretanto, el general La Mar, gobernador del Callao, viendo frustrados sus intentos de aprovisionar la plaza por mar y comprendiendo, por otra parte, que la salida de Canterac por siete días no era más que una fuga disfrazada para eludir el compromiso de tener que rendir la plaza, se resolvió á dar oídos á la sexta intimación del general San Martín. Lord Cochrane, que con su escuadra bloqueaba la plaza, había también hecho proposiciones á La Mar para que la rindiera á él, pero La Mar, peruano de nacimiento y no del todo desafecto á la causa de la independencia, como luego se vió, prefirió rendirse á San Martín que al almirante inglés, porque éste la quería para anexionarla á Chile y San Martín para unirla al Perú á donde siempre había pertenecido.

Decidida la rendición por la Mar, nombró representantes suyos al brigadier don Manuel Arredondo, al capitán de navío don José Ignacio Colmenares y secretario al capitán de infantería don Ramón Martínez de Campos, quienes en 19 de Septiembre firmaron un tratado cuyas cláusulas principales eran:

1.<sup>o</sup> La guarnición de la plaza del Callao saldría por la puerta principal con todos los honores de la guerra, dos cañones de batalla con sus correspondientes tiros, bandera desplegada y tambor batiente.

2.<sup>o</sup> La tropa de línea conservaría el derecho de incorporarse al ejército español de Arequipa; los batallones cívicos el de regresar á sus casas, y los marinos al servicio de los castillos tendrían cuatro meses para arreglar sus asuntos particulares y retirarse del Perú.

4.<sup>o</sup> Los individuos que existiesen en las fortalezas podían extraer los bienes que tuviesen guardados.

5.<sup>o</sup> El *Protector* prometía un olvido completo por las opiniones que hubiesen manifestado los defensores de la plaza, y se obligaba á ponerlos á cubierto de cualquier ataque ó atropello.

6.<sup>o</sup> Los buques fondeados en la bahía del Callao pertenecerían á sus dueño

y el Gobierno de Lima se obligaba á prestarles los auxilios que se franquean entre sí las naciones amigas, para que pudieran emprender viaje á los puertos de España ó de Méjico.

Y por fin:

12. El día 21 de Septiembre, á las doce de la mañana, la plaza debía ser entregada por inventario.

Este tratado, cumplido en todas sus partes, demuestra que los revolucionarios apreciaron en su justo mérito el valor y la lealtad de los españoles defensores del Callao, que tras de largo asedio lograron unas tan ventajosas condiciones para su honor militar. El mismo día que San Martín tomaba posesión del Callao, su antiguo gobernador La Mar se pasó en compañía de muchos jefes y soldados á las filas de los chilenos. Peor hubieran ido aún las cosas para los realistas si San Martín no hubiera dejado, una vez más, pasar la oportunidad para atacarles en Jauja, donde La Serna se ocupaba en reorganizar su debilitado ejército. Y no debe tenerse en cuenta como disculpa de la conducta del general patriota el argumento de que San Martín creyese terminada la guerra con la rendición del Callao y las enormes pérdidas sufridas por Canterac á causa de las deserciones y enfermedades; pues de sobra sabía que en los valles de Jauja se entretenía el virrey del Perú en formar un nuevo ejército con el que en breve produciría serios trastornos.

Llegó por esta época á Lima, en calidad de comisionado chileno, el senador don José María Rosas, con el encargo de gestionar de la república peruana el pago, entre otros créditos, de 460,000 pesos que el vecindario de Santiago de Chile había adelantado para gastos de la expedición que libertara al Perú. No pasó San Martín de más ó menos sinceras promesas, á pesar de que Rosas le hizo ver lo precario de la situación de la Hacienda chilena y la miseria por que atravesaba el país. Tanta era, que muchas personas perecieron de hambre á causa de la penuria que reinaba. Esta negativa á acudir en socorro de Chile enajenó á San Martín las simpatías de aquel país.

No habian faltado, en verdad, al *Libertador* contrariedades de todo género. Con Cochrane ocurrió durante el bloqueo del Callao un grave incidente.

Fiado el Gobierno de Chile en las dotes personales del almirante inglés al servicio de la República, habíale concedido cierta libertad de acción para que obrase



con independencia de San Martín en todo aquéllo que no fuese cooperar con sus buques un plan de antemano por San Martín concebido y combinado. Pretendía San Martín que el almirante le estuviese subordinado en todo y por todo. El carácter inquieto y emprendedor de Cochrane no era el más á propósito para una sumisión tan incondicional, y así desobedecía, algunas veces abierta y otras disimuladamente, el cumplimiento de órdenes emanadas del caudillo patriota.

Surgían con frecuencia agrias disensiones que siempre terminaban amenazando el lord con retirarse con toda su escuadra.

Cuando el ejército patriota entró en Lima, se apresuró Cochrane á exigir de San Martín el pago de los sueldos atrasados de los marinos, según acuerdo estipulado al formarse la escuadra.

Recibió el *Protector* en forma un tanto destemplada al almirante y alegó para no satisfacer los sueldos que, siendo la escuadra de Chile, Chile debía sostenerla, á reserva de que luego el Perú, reconociendo como reconocía la deuda producida por su causa, la satisficiera.

Salió Cochrane furioso de la entrevista y montando á caballo se dirigió á Bocanegra, donde se embarcó, dispuesto á retirar la escuadra á los puertos de Chile. Pero San Martín, que abrigaba por entonces el deseo de apoderarse del Callao, deseo irrealizable sin la cooperación de la escuadra, se avino á transigir por lo menos de palabra y con grandes ofrecimientos para cuando aquella plaza se rindiese; logrando disuadir, por el momento, de sus propósitos al irritado almirante.

Sin embargo, los tripulantes de la escuadra que, en realidad, sufrían grandes privaciones por el atraso de sus sueldos, no se conformaron á esperar á tan largo plazo; y noticiosos de que San Martín había sacado de la casa de la moneda de Lima grandes cantidades de oro y plata en barras por valor de 285,000 pesos para trasladarlas á Ancón, á bordo de navíos mercantes, en vez de depositarlas en la fragata chilena, la *Lautaro*, fondeada en aquel puerto, trataron de amotinarse, creyendo fundadamente que de lo que San Martín trataba era nó de poner los valores á cubierto de cualquier golpe de mano de los españoles, como decía, sino de hacer que desapareciesen de la vista de los tripulantes de la escuadra.

Al tener noticia Cochrane de este principio de sedición pasó al puerto de Ancón é hizo trasladar esos tesoros á su barco almirante y, después de reservar una cantidad para atender al aprovisionamiento de su escuadra, satisfizo con el resto un año de atrasos á sus tripulantes. Conminó en vano San Martín al almirante á que devolviese la suma sustraída en Ancón; no estaba Cochrane de humor de obedecer al *Protector*, y así, en vez de tomar el rumbo de Chile, como le ordenaba, para allí ser residenciado, caso de no devolver dicha cantidad, zarpó del Callao con rumbo al Norte, rompiéndose de este modo toda relación entre el lord almirante y San Martín.

Cochrane dispuso en Ancón que la *Lautaro* y el *Galvarino* volviesen á Valparaíso; mientras él con la *Independencia*, la *Valdivia* (antigua *Esmeralda*), la

*O'Higgins* y el *Araucano* se dirigía en persecución de la *Prueba* y la *Venganza*, que estaban en Guayaquil.

Mientras tanto, La Serna, en su cuartel general de Jauja, no perdía momento en la tarea de reorganizar su ejército, logrando reunir á principios de 1822 unos 9,000 hombres, distribuidos entre Bolivia, Arequipa, Cuzco y Huancayo. En Jauja había conseguido, con la cooperación de los indios, proveerse de toda clase de pertrechos para la nueva campaña, pues llegó hasta establecer pequeñas maestranzas ó ferrerías en donde recomponer su armamento y aun á fundir cañones con las campanas de los pueblos del contorno y curtir cueros para correajes, calzado, etc.

Teniendo en cuenta los achaques de Ramírez, general en jefe de operaciones con residencia en Arequipa, lo relevó, nombrando para substituirle al coronel Valdés, jefe de Estado Mayor, quien personalmente debía ponerse al frente del ejército que iba á salir á campaña. Por su parte y con objeto de estar más en contacto con las fuerzas del interior del virreinato, se trasladó en 1.º de Diciembre de 1821 al Cuzco, antigua capital de los incas, fijando allí su residencia y dejando en Jauja á Canterac al mando del grueso del ejército.

Al comenzar el año 1822 organizó San Martín una expedición al valle de Pisco; con objeto de apoderarse de esta rica comarca, así como de Ica, Nazca y demás pueblos vecinos. Puso al frente de las tropas que, en número de 2,300 hombres, debían dar cima á esta empresa al general don Domingo Tristán, ex jefe realista, y como jefe de Estado Mayor iba el ex realista coronel don Agustín Gamarra. Además, el famoso Arenales tenía encargo de amagar, con una fuerte columna, un ataque á la sierra en dirección á Jauja, con el fin de imposibilitar á Canterac de que acudiese en socorro de Pisco.

Sabedor La Serna de estos movimientos del enemigo, ordenó á Valdés que con una columna saliese de Arequipa en dirección á Nazca amenazando por el frente á Tristán, y al mismo tiempo, que Canterac con 1,600 hombres, seiscientos caballos y tres cañones marchase sobre Ica cortando así la retirada al enemigo. Tristán, advertido de estos movimientos y no creyéndose fuerte para resistir al empuje de Valdés y Canterac, llamó á Gamarra, quien con una columna se había destacado en dirección al citado pueblo de Nazca. Unidas las dos fuerzas de Tristán y Gamarra, se conceptuaban seguras; cuando en la noche del 9 de Abril de 1822 cayó sobre ellos Canterac, que á marchas forzadas había conseguido llegar á Ica, con tal ímpetu que, aunque la lucha se sostuvo por algún tiempo indecisa, bien pronto tuvieron que ceder los patriotas, sufriendo una derrota completa con pérdida de más de 1,000 prisioneros, 3,000 fusiles y gran parte de su impedimenta. Gamarra y Tristán, con algunas fuerzas, lograron refugiarse en Cañete, nó sin verse perseguidos por los soldados de Canterac, de quien es justo decir que con esta operación, más fecunda que su heroico viaje de Jauja al Callao, confirmó plenamente su fama de táctico y valeroso general.

Esta derrota produjo en el ánimo de San Martín una gran impresión, pues

comprendía que el enemigo no estaba tan postrado y maltrecho como él suponía, y no era difícil pensar que tras una tan gran derrota se eclipsase para siempre la estrella de su gloria. Llevado de este estado de ánimo, se entregó contra los españoles residentes en Lima á represalias que produjeron graves trastornos en la hermosa capital. Sobre todo, después de la derrota de Tristán en Ica estas represalias se convirtieron verdaderamente en crueldades y vejaciones, de tal clase, que los españoles residentes en territorio ocupado por republicanos tenían á cada momento suspenso sobre sus cabezas un decreto de destierro, confiscación ó muerte por la más leve contravención á las órdenes del *Protector*.

Estas violencias de los republicanos alcanzaron un mayor recrudescimiento desde que San Martín delegó el poder civil en el Marqués de Torre-Tagle, quien tenía un ministro, llamado Monteagudo, que como primera providencia dictó un bando prohibiendo reunirse á los no naturalizados en ningún sitio ni público ni privado en mayor número de tres.

No podemos menos de copiar algunos párrafos de las *Memorias* de Gonzalo Bulnes sobre este punto. No queriendo ensombrecer demasiado el cuadro con espantables relatos de escritores españoles como Torrente, González y otros, preferimos acudir á los relatos del citado Bulnes que, como americano, ha de ofrecernos en este pasaje mayor garantía de veracidad.

« Poco después, dice Bulnes, ordenó (Monteagudo) recoger á todos los españoles para enviarlos al extranjero. Lima guardó por largo tiempo el recuerdo de este acto inhumano. Los más tiernos sentimientos de familia fueron desgarrados, los padres fueron separados de sus hijos y de sus mujeres, y salieron de Lima á pie, bajo escolta, en medio del lamento de innumerables personas que se despedían de ellos como si se les condujera al patíbulo. La mayor parte eran ancianos ó niños, porque los jóvenes habían huído oportunamente. Se les embarcó en un buque que llevaba el nombre de *Monteagudo* y les condujo á Chile.»

Luego sigue: « Les impuso en Abril un cupo de guerra de 120,000 pesos y en Mayo les sacó otro de 250,000.

» Entonces dictó un decreto cuya parte substancial dice así:

» 1.º Ningún español, con excepción de los eclesiásticos, podrá usar capa ó capote cuando salga á la calle, debiendo andar precisamente en cuerpo, bajo la pena de destierro.

» 2.º Toda reunión de españoles que pase de dos individuos queda prohibida en todas partes, bajo la pena de destierro y confiscación de bienes.

» 3.º Todo español que salga después del toque de oraciones *incurrirá en la pena de muerte*.

» 4.º Todo español á quien se le encontrare alguna arma, fuera de las precisas para el servicio de la mesa, *incurrirá en la pena de confiscación y muerte*. Sólo se exceptúan de estos artículos los que tengan carta de ciudadanía ó una excepción firmada por mí.

» Los artículos siguientes creaban un tribunal *ad hoc* para juzgar sumaria-

mente á los españoles, con facultad de allanar sus casas, poniéndoles en el hecho fuera de la ley.

» La persecución de la ley no fué la peor de las injurias que tuvieron que soportar. Monteagudo se gozaba en hacer insoportable la vida. Toda perfidia era lícita contra ellos; toda crueldad permitida.

» De cuantos incidentes caracterizaron aquella cruel persecución, ninguno más horrible que el ocurrido á treinta españoles pudientes que habían fletado un buque para que los llevara al extranjero. Habían salido con pasaporte del Gobierno y con la obligación de no tocar en ningún puerto del Perú. Los defensores de Monteagudo dicen que á la altura de Quilca se sublevaron, exigiendo que se les condujera á la costa para incorporarse en el ejército de Arequipa.

» Agregan que cerca de tierra se encontró un buque inglés de guerra á quien pidió protección al capitán de la embarcación sublevada, y que entrambos echaron á los españoles á los botes y los dejaron en alta mar, á merced de las olas.

» Cuesta creer que el comandante de un buque de guerra haya cometido un acto tan infame, y es más verosímil suponer que el capitán del buque mercante buscara la oportunidad de cometer el crimen. Es el hecho, que los desgraciados españoles quedaron en alta mar sin víveres y entregados á su espantosa suerte. Atormentados por el hambre y enfurecidos por la sed, mataron á sus compañeros más débiles y se desalteraron con su sangre. La imaginación se estremece al pensar en las escenas ocurridas á bordo de la lancha. Veinticinco murieron en la travesía; los restantes se alimentaron con sus cadáveres; dos, extenuados como sombras, murieron antes de recibir los auxilios del capitán del puerto de Santa donde recalaron, y los tres sobrevivientes quedaron como vive ejemplo de los rigores de la política inhumana que los condujo á aquel extremo.

» Por estos medios se ausentaron los españoles del Perú, y Monteagudo pudo exclamar en són de elogio y con satisfacción: «Cuando el ejército libertador llegó á las costas del Perú existían en Lima más de diez mil españoles distribuidos en todos los rangos de la sociedad, y por los estados que pasó el presidente del departamento al ministerio de Estado, poco antes de mi separación, no llegaban á seiscientos los que quedaban en la capital. *Esto es hacer revolución*, porque creer que se puede entablar un nuevo orden de cosas con los mismos elementos que se oponen á él, es una quimera.»

Estas palabras de Monteagudo recuerdan una frase célebre en los fastos de la crueldad humana. «La paz reina en Varsovia.» Es donosa la manera de instaurar un régimen aniquilando todo vestigio anterior.

Todas estas crueldades, así como la derrota de Tristán, comenzaron á minar el prestigio del *Protector*, por lo cual trató de buscar una alianza con el gran Bolívar, que por áquel entonces había sido proclamado presidente de Colombia. Tres puntos principales tenían que dilucidar los dos grandes caudillos de la independencia americana: primero, la forma de gobierno que definitivamente debían establecer en los nacientes Estados; segundo, la suerte que el microscópico Estado

de Guayaquil debía alcanzar, pues ambos generales querían anexionarlo á su respectivo territorio; y, por fin, la devolución en la forma más conveniente de los 1,200 hombres que á las órdenes de Santa Cruz habían servido de poderoso auxiliar á la total independencia de Colombia, decidida en la batalla del Pichincha.

Sabiendo el *Protector* que Bolívar se hallaba en Guayaquil, decidió ir á verlo allí, y al efecto embarcó el 14 de Julio con dirección á aquel puerto. El 25 del mismo mes llegó al término de su viaje encontrándose con la desagradable sorpresa de que los guayaquileños y Bolívar habían llegado ya á un acuerdo definitivo de anexión de su territorio á Colombia.

Bolívar, con grandes muestras de regocijo salió al muelle á esperar á San Martín, á quien abrazó al desembarcar conduciéndolo á su residencia y dando en su honor un banquete en el que al parecer reinó la mejor armonía.

Terminada la comida, los dos generales se retiraron á conferenciar reservadamente. Nada ha podido averiguarse de lo que entre ellos pasase. No debió ser sin duda muy cordial la entrevista, á juzgar por la carta que el *Protector* escribió á su amigo don Tomás Guido, en que le decía: «Bolívar y yo no cabemos en el Perú; he penetrado sus miras arrojadas; he comprendido su desabrimiento por la gloria que pudiera caberme en la prosecución de la campaña. El no excusaría medios, por audaces que fueran, para penetrar en esta república seguido de sus tropas, y quizás entonces no me sería dado evitar un conflicto á que la fatalidad pudiera llevarnos, dando así al mundo un humillante escándalo.»

Lo indudable es que tenían los dos generales temperamentos incompatibles: San Martín, frío, prudente, sereno; Bolívar, locuaz, fogoso y enérgico. El primero, enamorado de las instituciones monárquicas, trataba de fundar reinos donde Bolívar, entusiasta de la forma republicana, aspiraba á formar una confederación democrática. Además, Bolívar sentía cierto desprecio por los hombres del Sur y, encantado por el ardor y entusiasmo de sus soldados, no creía capaces á chilenos, argentinos y peruanos de llevar á cima empresas como las que él había realizado en Centro América.

Así es que de la conferencia de Guayaquil sólo sacaron ambos generales la impresión personal recíproca de que San Martín era un hipócrita con sus alardes de fingida modestia y que Bolívar era un infatuado ambicioso con ribetes de despectiva compasión para todo lo que no fuese su persona y sus soldados.

Volvió, pues, San Martín á Lima. Habían allí ocurrido durante su ausencia cosas notables.

El despótico Monteagudo era ya objeto del odio de los mismos patriotas, que no podían ver con calma las tiranías y crueldades que empleaba sin fundamento alguno con los españoles. El jefe del partido antiministerial era el propio presidente de la provincia de Lima, Riva Agüero, hombre de quien dijimos que unía á su gran talento dotes políticas verdaderamente dignas de elogio. Aprovechando Agüero la ausencia de San Martín, protector decidido de Monteagudo, logró sublevar al populacho de Lima y, puesto á su frente, se presentó en manifestación

ante el cabildo, exigiendo que apoyase los deseos del pueblo, que consistían en la deposición y destierro del ministro Monteagudo. Hizo el ayuntamiento suya la causa de los manifestantes y representó al supremo delegado Marqués de Torre-Tagle, la necesidad de la deposición.

Torre-Tagle convocó á las demás autoridades, á la Junta suprema de justicia y al Consejo de Estado y, previo el informe unánime de estas corporaciones, fué destituido el ministro, quien por su parte se había apresurado á dimitir el cargo, en vista de la actitud amenazadora de los amotinados. Pero el cabildo, puesto á pedir, no se contentó con la destitución de Monteagudo, sino que exigió también su destierro, viéndose Torre-Tagle obligado á expulsarlo del territorio del Perú, de donde salió con dirección al Ecuador en 30 de Julio de 1822.

Así fué que cuando San Martín volvió de su excursión á Guayaquil se encontró con que Lima estaba medio sublevada, que el ministro de Estado, Monteagudo, iba camino del destierro y que Torre-Tagle se veía apurado para contener las osadías de los amotinados.

Sin duda alguna, el mal resultado de su entrevista con Bolívar y los conatos de anarquía que se notaban en el Perú le determinaron á poner por obra su largo tiempo acariciado proyecto de retirarse á la vida privada. Con efecto: reunido por fin el 20 de Septiembre el Congreso que en Diciembre anterior había sido convocado para el mes de Mayo, se presentó á él San Martín rodeado de toda la pompa de la soberanía, cruzando su pecho la banda tricolor y ostentando en la guerrera de su uniforme de general de división la placa de caballero Gran Maestre de la orden del Sol.

Ante aquel concurso de diputados y altos funcionarios de la administración, hizo renuncia de todos sus cargos y honores, retirándose momentos después á su hacienda la *Magdalena*, próxima á la capital. Dos horas después, una comisión del mismo Congreso pasó á dicha finca á comunicarle el acuerdo del pueblo soberano del Perú, que había decidido nombrarle generalísimo de los ejércitos de la nación. Pero San Martín, ó pretendía más ó no aspiraba ya á nada, y aunque aceptó el honor que se le hacía no quiso aceptar el cargo, insistiendo en la total renuncia de sus poderes.

Admirada la asamblea por la entereza y abnegación del ex *Protector*, votó por unanimidad en sesión extraordinaria los acuerdos siguientes:



Torre Tagle.

- 1.º Conceder á San Martín el título de *Fundador de la libertad del Perú* y el uso de la banda tricolor.
- 2.º El grado de capitán general.
- 3.º Una pensión vitalicia equivalente á la que los Estados Unidos dieron á Washington.
- 4.º Que se le erigiese una estatua cuando hubiese recursos, y mientras tanto que se colocase su busto en la Biblioteca nacional.
- 5.º Concederle á perpetuidad los mismos honores que al jefe del Gobierno.
- 6.º El sueldo que había percibido hasta entonces.

Todos estos acuerdos, que tendían á enaltecer su nombre y hacerle pasar á la posteridad entre aureolas de gloria, habían bien pronto de ser olvidados, y había de morir el Gran San Martín, pobre, achacoso y expatriado en una casa de campo de los alrededores de París.

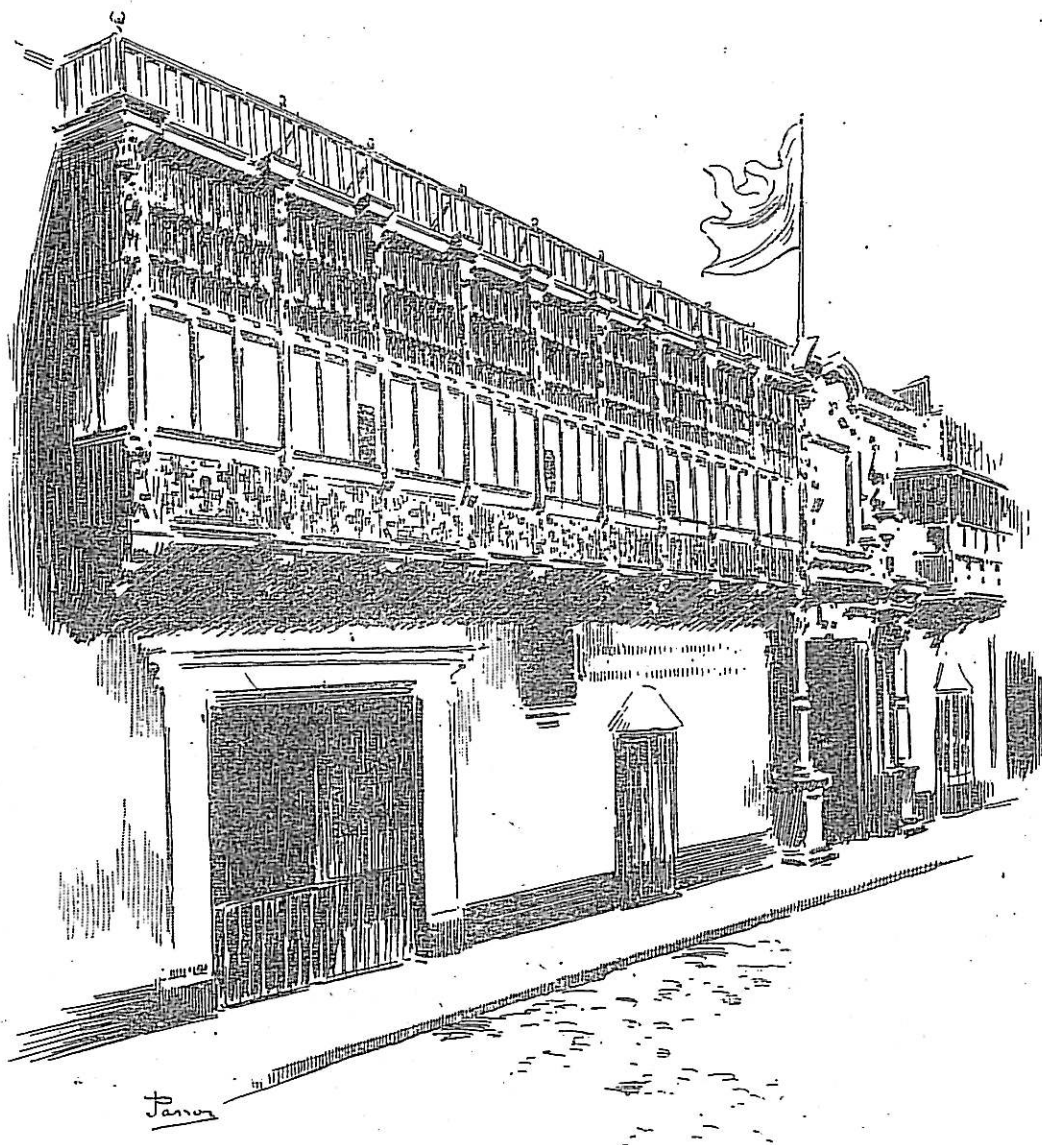
Al despedirse San Martín del Perú dió una proclama en términos tan nobles y dignos, que aun los que por mucho tiempo abrigaron la creencia de que trataba de ceñirse la corona de los Andes hubieron de pensar que habían vivido muy equivocados. « Peruanos, decía al final de su manifiesto, me marchó porque estoy cansado de oír decir que quiero hacerme soberano; he cumplido mis promesas, os he dado la independencia y vosotros haréis de vuestra libertad el uso que más os convenga. Os dejo establecida la representación nacional; si depositáis en ella una entera confianza, cantad el triunfo; sino, la anarquía os va á devorar.»

Salió de la Magdalena para Ancón, donde embarcó con rumbo á Valparaíso y Santiago, siguiendo luego á Buenos Aires y á Europa. En 1829 volvió á las provincias de Río de la Plata, pero como supiese que una fracción política le había elegido como bandera de rebelión, se embarcó de nuevo para Francia, y en los alrededores de París vivió los últimos años de su gloriosa existencia.

Este fué San Martín: la Historia, al escribir en sus páginas el nombre del caudillo de la independencia americana, no puede ser injusta con aquel que queriendo fundar una patria grande, fuerte é independiente, perdió la suya y murió olvidado de aquellos que tanto le debían. Apenas se hubo marchado San Martín, el Congreso de Lima nombró un Gobierno compuesto del ex general realista, ex defensor del Callao, don José La Mar, como presidente, don Felipe Antonio Alvarado y el Conde de Vista Florida.

El nuevo Gobierno dispuso proseguir con actividad la campaña contra La Serna, y al efecto nombró general en jefe del ejército de operaciones á don Rudesindo Alvarado que, en combinación con Arenales, debía atacar á Canterac. Pero la decantada diligencia de los nuevos gobernantes dejó mucho que desear, pues embarcado Alvarado en el Callao, tardó dos meses en llegar con 3,500 soldados á Arica, y aun aquí pasó bastante tiempo hasta que se decidió salir á operaciones. Mientras tanto, La Serna, enterado de los proyectos de los patriotas y con sobrado tiempo para oponerse á ellos, mandó á Valdés que con dos batallones, el Gerona y el Centro, y cinco escuadrones y una batería marchase á Tacna en

busca de Arévalo, y asimismo ordenó al brigadier Monet, que con otros dos batallones y dos escuadrones bajase de Jauja en dirección al Cuzco, con el fin de coger entre dos fuegos á las tropas de Arévalo. Sin embargo, no fué Monet el que se puso al frente de esta segunda división, sino el propio Canterac, que en su



LIMA — Casa de Torre-Tagle.

afán de gloria quería estar en los sitios de mayor peligro y, faltando á las órdenes del virrey, dejó á Lóriga en Jauja y él se encaminó con las dichas fuerzas hacia el Cuzco.

Al tener noticia Alvarado de la aproximación de Valdés, salió á su encuentro con ánimo de presentarle batalla; pero Valdés, que contaba con muchas menores fuerzas, se retiró prudentemente á Moquegua y más tarde á Torata, en cuyas alturas se atrincheró. Ardiendo Alvarado en ganas de combatir, atacó las posiciones de Valdés el día 19 de Enero de 1823, y aunque el combate duró más de nueve horas y el triunfo no parecía decidirse, tuvo el general patriota que reti-

rarse replegándose sobre Moquegua con pérdida de más de trescientos hombres.

Mientras tanto, Canterac, que á marchas forzadas se aproximaba al lugar de la lucha, logró reunirse con Valdés momentos después de terminada la acción de Torata.

Reunidos Canterac y Valdés, que entre los dos sumaban ya 2,500 hombres y nueve escuadrones de caballería, decidieron atacar de nuevo á Alvarado, á quien alcanzaron no lejos de Moquegua. Trabada la lucha, la suerte se decidió también en favor de los realistas. Alvarado á duras penas pudo salvar una exigua parte de sus tropas, que corrieron á embarcarse en Ilo, nó sin antes sufrir el batallón de Chile número 2 y la legión peruana un nuevo quebranto que les ocasionó el brigadier Olañeta, que desde Oruro había salido en dirección á Iquique en persecución de las fugitivas tropas de Alvarado.

Estas victorias valieron á Canterac y Valdés los entorchados de teniente general y mariscal de campo, respectivamente.

Como es de suponer, las noticias de las derrotas de Torata y Moquegua llenaron de consternación á los habitantes de Lima. El elemento popular, irreflexivo y veleidoso, creyó causa de estas derrotas el estar el poder dividido en tres miembros, y pidió, como consecuencia, que se nombrase á un solo individuo como jefe supremo de la nación. El Congreso, ante la presión del pueblo, nombró jefe supremo al Marqués de Torre-Tagle; pero este prócer no contaba sin duda con las simpatías del ejército, pues el ejército se opuso á su nombramiento, por lo cual fué substituído por el entonces coronel don José de la Riva Agüero.

El día 28 de Febrero fué Agüero nombrado primer presidente del Perú. Al poco tiempo fué también ascendido á mariscal de campo. El general Santa Cruz, que tanto se había distinguido en la campaña de Quito, fué nombrado general en jefe del ejército de operaciones, por haberse ausentado Arenales del Perú y porque con las últimas derrotas había sufrido mucho el prestigio de Alvarado.

Realizadas estas reformas, se propuso Riva Agüero, después de reorganizadas las fuerzas republicanas, llevar la guerra al corazón mismo del territorio ocupado por los realistas, ó sea al Cuzco y Alto Perú. A este fin, formó un cuerpo de ejército de 5,000 hombres que puso á las órdenes del citado Santa Cruz y de Gamarra, para que embarcándose en el Callao arribasen á Arica ó Iquique y desde allí llevaran la guerra á la cordillera y centro del país.

Por su parte, el virrey La Serna se propuso también, en vista del buen éxito alcanzado por Canterac en Moquegua, organizar una nueva expedición con objeto de sorprender á los republicanos de la costa y arrojarlos de Lima y del Callao, poniendo así glorioso término á la revolución peruana.

Pronto se organizaron las fuerzas de la expedición que debía, en primer término, marchar sobre Lima. El jefe supremo Riva Agüero, á pesar de que en aquel momento había recibido de Bolívar un refuerzo de 3,000 hombres al mando del héroe del Pichincha, don Antonio José de Sucre, no se conceptuó bastante fuerte para resistir á Canterac en la capital y, previa consulta con las demás autorida-

des, se acordó la evacuación de Lima, como así se hizo. No tardó en costar caro á Riva Agüero este imprudente paso.

Las tropas republicanas se retiraron al Callao y parte de la caballería marchó á Chancay y á continuación (18 de Junio) entraron los realistas en aquella capital que algunos meses antes habian abandonado sin esperanza de volver á ocuparla. La primera medida de Canterac fué exigir una crecida suma, como contribución de guerra, apoderándose también de las alhajas de varios templos, que se apresuró á enviar á Jauja para que se amonedase.

No faltaron, á consecuencia de la evacuación de Lima, duras críticas contra Riva Agüero, á quien se acusaba de haber perdido la capital y de estar comprado por los españoles. Aunque tarde, quiso demostrar energía y valor; pero cuando, puesto al frente de una columna de voluntarios de Trujillo, se disponia á vender cara su vida, supo que los diputados que habian quedado en el Callao, reunidos en Congreso provisional, habian acordado quitarle el mando militar y dárselo al general Sucre que aceptó desde luego. No eran otras las intenciones de Sucre que ir preparando la entrada de su jefe y amigo Bolívar en el territorio peruano.

Siguió después Canterac al Callao, proponiéndose bloquear y tomar esta población; pero por el momento se contentó con lo primero y con enviar á Valdés hacia Chancay, por ver si lograba apoderarse de la caballería republicana que habia huido allí á la aproximación de los realistas.

Se mantenía el Callao firme por la causa republicana, y, comprendiendo Sucre que, dadas las fortificaciones de la plaza, ésta podía resistir bien con escasas fuerzas, decidió organizar una fuerte columna que diera un golpe de muerte á los realistas, atacándoles en la misma residencia del virrey, ó sea en sus cuarteles del Sur en Jauja.

En época anterior habia ya enviado por aquella parte una columna, al mando de Santacruz; pero estas fuerzas, escasas en número, no podian esperar en gran escala, por lo que decidió embarcarse en persona al frente de numerosas fuerzas y así cooperar al éxito de la expedición.

El día 4 de Julio se embarcó en el Callao al frente de unos 3,000 hombres de todas armas, dejando encargado del mando supremo al Marqués de Torre-Tagle mientras durase su ausencia. La Serna, enterado de la salida de esta expedición y temiendo ser envuelto por el mayor número del enemigo, mandó llamar á Canterac, quien se apresuró á evacuar de nuevo á Lima y correr en auxilio del virrey, atravesando el valle de Cañete y subiendo á la sierra por Huancavelica.

Entretanto el general Santacruz, que como hemos dicho habia salido al frente de una columna hacia la parte Sur, después de desembarcar en Iquique, formó de sus fuerzas dos divisiones; una, bajo su mando, siguió á Arica, Tacna y Moquegua, pasó el río Desaguadero y el 7 de Agosto entró en la Paz proclamando solemnemente la independenciam. El otro cuerpo de tropas, á las órdenes de Gammarra, siguió por el famoso paso de Tacora á Oruro donde también se hizo igual

proclamación. Sucre, como dejamos dicho, salió del Callao, desembarcó en Chala y siguió á Arequipa, de cuya ciudad se apoderó sin resistencia.

Mientras duraba este paseo triunfal de los patriotas por la parte central del Alto Perú, Valdés, á marchas forzadas, se acercaba á la Paz, en la creencia de llegar á tiempo de que esta hermosa ciudad se salvase de caer en poder del enemigo. Pero al llegar á Zepita se encontró con las fuerzas de Santacruz que habían salido de la Paz á cortarle el paso. Trabóse la batalla, que fué encarnizada; pero Valdés, á pesar de sus cinco escuadrones, sus 2,000 infantes y sus cuatro cañones tuvo que retirarse á Puno, dejando libre el campo á los patriotas.

Santacruz, sin embargo, no se creyó bastante fuerte para perseguirlo, á pesar de que se le había unido Gamarra con su división, y decidió retirarse á Oruro á esperar los refuerzos del Gobierno chileno.

Tan luego como Canterac había evacuado á Lima, fué ocupada de nuevo esta capital por los republicanos, instalándose en ella el Gobierno de Torre-Tagle y los diputados del disuelto Congreso.

Entretanto, Riva Agüero seguía también mandando en Trujillo; de modo que eran dos los presidentes del Perú aunque, en realidad, no lo fuera ninguno. Riva Agüero, desconfiando aún en Trujillo de la fidelidad de algunos diputados que en número de siete le habían seguido, los mandó prender y formó una especie de senado aulico con sus más íntimos amigos.



El general Santacruz.

Estos desplantes de autoritarismo y ciertos indicios de componendas que con los españoles tenía, formaron en torno suyo una tan desfavorable atmósfera, que el día 16 de Agosto se reunieron los diputados residentes en Lima, con más los destituidos en Trujillo, y acordaron la proclamación, como único presidente del Perú, á favor de Torre-Tagle, y la destitución de Riva Agüero.

Después de la batalla de Zepita, no quedó Santacruz muy bien parado, á pesar de su triunfo sobre Valdés y de la retirada de éste á Puno; pues él mismo tuvo que retirarse á Oruro aun con el refuerzo que suponía su unión con Gamarra. De no haberlo hecho así, habría sido seguramente derrotado por el virrey que, con las fuerzas de Canterac, Valdés, Carratalá, Monet y Olañeta, acudía á vengar la derrota de Zepita.

No quiso pues Santacruz aventurar sus tropas en una desigual batalla, y aunque en Sicasia tuvo casi encima al enemigo, consiguió huir sin grandes que-

brantos logrando embarcar en Ilo y Arica. Parte de sus tropas, unos trescientos hombres de caballería que se embarcaron en la fragata *Mackenna*, cayeron sin embargo en poder de los españoles. Así quedó de nuevo libre de patriotas el territorio del Alto Perú y pudo de nuevo Olañeta encaminarse á la Paz para someter á los revolucionarios de aquella ciudad que durante el espacio de esta campaña se habían levantado en armas contra el virrey, instigados y dirigidos por el cabecilla Lanza.

Premió el virrey el comportamiento de sus generales ascendiendo á mariscales de campo á Maroto, Olañeta, Las Heras, Lóriga, Monet, Carratalá y otros, y ascendiendo también al generalato á los coroneles García Camba, Espartero y Rodil. Entretanto, Sucre seguía en Arequipa esperando los refuerzos que de Chile habían de mandarle; pero el virrey impidió que estos refuerzos llegasen á tiempo, pues en unión de Canterac y Valdés se dirigió sobre Arequipa mientras Sucre, que no contaba con fuerzas suficientes para resistir á La Serna, evacuó la población dejando el campo libre al enemigo. A los pocos días desembarcaba en Arica la tan esperada expedición chilena, á cuyo encuentro se dirigió Valdés; pero este general realista no necesitó disparar un tiro para ahuyentar á los auxiliares chilenos, pues el jefe de la expedición, general don Francisco Antonio Pinto, sabedor de la desgraciada suerte que tanto Santacruz como Sucre habían tenido, se negó á ir al Callao é hizo rumbo de nuevo á Chile dejando al general colombiano y al Gobierno peruano entregados á sus solas fuerzas.

No podía ser, pues, más desastroso el estado de los asuntos para los patriotas: maltrecho y desorganizado su ejército, sin esperanza de auxilio por parte de Chile, con un enemigo fuerte y bien disciplinado y, para colmo de infortunios, amenazada la nascente República por la guerra civil entre los dos bandos de Riva Agüero y Torre-Tagle. Mientras tanto, los realistas, gracias á la actividad y pericia de La Serna y á su espíritu organizador y táctico, podían contar con un ejército de más de 18,000 hombres, divididos en dos cuerpos, al mando uno de Valdés, al Sur, y el otro al Norte, á las órdenes de Canterac.

No es de extrañar que, en tal estado de cosas, muchos que hasta entonces habían permanecido neutrales volvieron los ojos á la causa realista que, por el momento, ofrecía más garantías de éxito y de orden. En efecto, la causa republicana amenazaba perderse por la ambición de unos y otros. Torre-Tagle, con parte del Congreso, seguía en Lima haciendo esfuerzos por reducir á su obediencia á Riva Agüero. Este, con su senado microscópico, seguía en Trujillo al frente de bastantes fuerzas y dispuesto á marchar en són de guerra sobre Lima, para derrocar al Gobierno del Marqués.

Unos y otros parece que andaban en tratos con los españoles para, por medio de un armisticio, ventilar en una guerra civil las diferencias que los separaban. De Torre-Tagle no se pudo afirmar con certeza lo de los tratos con los españoles; pero en cuanto á Riva Agüero está probado que propuso á La Serna un armisticio con el fin de marchar sobre Lima á someter á su autoridad á los que le habían depuesto.

En esto llegó el 1.º de Septiembre. Bolívar hacía tiempo que trataba de pasar al Perú y sólo esperaba ocasión propicia para realizar su deseo. Esta ocasión se le presentó con la invitación del Gobierno peruano de que pasase á Lima á poner en orden las cosas de la República. No se hizo rogar el *Libertador* y, previo el consentimiento del Congreso de Bogotá, salió para Lima, á donde llegó el citado día 1.º de Septiembre haciendo su entrada triunfal en medio de las aclamaciones y vítores de la entusiasmada muchedumbre. Proclamóle el conato de Congreso que funcionaba en Lima *Libertador del Perú* y le revistió del mando supremo.

Continuó, sin embargo, el Marqués de Torre-Tagle en la presidencia nominal de la República.

El primer cuidado de Bolívar, ya investido con el supremo mando, fué enviar comisionados á Riva Agüero para que se diese á partido. Pero el tenaz y encariñado ex presidente no cedió un ápice en sus pretendidos derechos y contestó con una rotunda negativa á los comisionados del *Libertador*. Entonces Bolívar, ya que nó á buenas, logró reducirlo por medio de una acción calificada por todos los historiadores como verdadera felonía. Esta fué la de comprar á un coronel de toda la confianza de Riva Agüero, llamado don Antonio Lafuente, quien arteramente lo prendió el día 25 de Noviembre y lo mandó á Guayaquil y de aquí deportado á Europa.

Libróse de ser fusilado gracias á la mediación de don Martín Jorge Guise, almirante peruano.

Así salió de su patria el primer presidente del Perú. *Sic transit gloria mundi*.

Bolívar, dueño ya de la situación, se ocupó preferentemente en reorganizar sus fuerzas para la próxima campaña. Pidió nuevos refuerzos á Colombia y, mientras éstos llegaban y sólo con el objeto de ganar tiempo, solicitó del virrey un armisticio, valiéndose para ello de lo que pasamos á referir.

Por decretos de las Cortes y del Rey Fernando, de fechas 13 de Febrero y 28 de Junio de 1822, se habían nombrado comisionados especiales para distintos puntos de América, con el encargo de que ajustasen unas bases de arreglo sobre independencia de las antiguas colonias.

Fueron nombrados comisionados en Buenos Aires el magistrado de la audiencia de Chile, don Antonio Luis Pereira, y el teniente coronel don Luis de la Robla. El Gobierno de Buenos Aires, previas las oportunas conferencias con estos comisionados, acreditó en 1.º de Enero de 1824 una legación en Lima para hacer saber al Gobierno peruano, que había celebrado en el mes de Julio anterior un armisticio por 18 meses con el Gobierno de España, á fin de proceder á un acuerdo definitivo de los asuntos de América. Al mismo tiempo, el Gobierno argentino comisionó al general Las Heras para que se entrevistase con La Serna para hacer extensivo al Perú el armisticio ó la suspensión de hostilidades acordado con la metrópoli. La Serna no toleró que Las Heras entrase en territorio peruano y nombró al brigadier don Baldomero Espartero comisionado suyo para que fuese á Salta á conferenciar con el enviado argentino, dándole, entre otras, las instruc-

ciones siguientes: Que habian de retirarse del territorio peruano las fuerzas enviadas por el Gobierno argentino en auxilio de los revolucionarios y que, con el nombre de división de los Andes, cooperaban á la rebelión peruana. Que todo armisticio debia de pactarse previo el reconocimiento expreso de la autoridad del Rey de España en territorio del Perú y sin tolerarse para nada que se hablase de independencia, y que la bandera peruana no sería reconocida por las tropas ni por los buques españoles, como lo había sido la argentina.

Sabedor Bolívar de la misión que llevaba Las Heras para el virrey, aconsejó á Torre-Tagle que, como cosa suya, enviase también un comisionado á La Serna para adherirse aparentemente al armisticio, aunque, en realidad, lo que buscaba Bolívar eran treguas para el desarrollo de sus planes, pero sin querer, por su parte, comprometerse á nada.

Apresuróse el Marqués presidente á cumplir los deseos de Bolívar y, al efecto, comisionó al ministro de la Guerra, Berindoaga, para que pasase á Jauja á con-



LIMA — Arbol en el camino de San Luis. — *Río Paucartambo.*

ferenciar con La Serna. Éste no quiso ó no pudo recibir á Berindoaga, quien tuvo que entregar á Lóriga los pliegos y cartas, objeto de su misión, y volverse de nuevo á Lima, pues no se le permitió esperar en Jauja la respuesta.

La enterèza de carácter de La Serna dió por resultado la ruptura de aquellas negociaciones, tanto con la Argentina como con el Perú, teniendo Las Heras que volverse á Buenos Aires ante la obstinación del virrey en no recibirle. No merece, sin embargo, La Serna, censuras por esta su intransigencia, pues de sobra comprendió la mala fe con que procedían peruanos y argentinos al pretender un armisticio en el que ellos nada exponían, y, por el contrario, España tenía que reconocer la beligerancia y quizá la independencia del territorio peruano, estan-

do como estaban los patriotas de este país reducidos, por el momento, á sus posiciones de Lima y el Callao.

No marchaban, pues, muy bien las cosas para los patriotas al comenzar el año 1824, y en los primeros días de ese año aún habían de sufrir tan serios reveses que, por momentos, se podía creer perdida para siempre su causa. Y, sin embargo, el final de 1824 no pudo ser más brillante y decisivo para la independencia del Perú.

Según afirman algunos historiadores, entre ellos Torrente, tanto el Marqués de Torre-Tagle como el ministro de la Guerra, Berindoaga, desesperanzados de alcanzar la independencia peruana y pesarosos, sobre todo el primero, de su defección de las filas realistas, entablaron negociaciones con La Serna para volver á la gracia del Rey, á cambio de cuyo perdón ofrecían entregar el Callao y Lima. La Serna, como es natural, aceptó con verdadero entusiasmo esta proposición, que de realizarse daba el golpe de gracia á los patriotas.

Pero, independientemente de la voluntad del Marqués y de su ministro de la Guerra, acaecieron sucesos en el Callao que dieron por resultado la entrada de los españoles en esta codiciada plaza fuerte.

Formaban la guarnición del Callao, en su casi totalidad, argentinos y chilenos que habían venido con San Martín, cuando su primera expedición al Perú. Estas fuerzas se hallaban descontentas porque no se les pagaba hacía varios meses, mientras á las tropas colombianas, recientemente llegadas con Bolívar, se les colmaba de agasajos y se les tenía al corriente en el percibo de sus sueldos. Cansada, pues, la guarnición de sufrir tantas vejaciones, se sublevó en la noche del 4 de Febrero, apresando al gobernador de la plaza, general Alvarado, y á todos los demás jefes. Dió al mismo tiempo libertad á todos los prisioneros españoles que en las fortalezas existían. Eran los cabecillas de esta sublevación los sargentos del regimiento Río de la Plaza, Moyano y Oliva, que, aunque por el momento fueron aclamados por sus demás compañeros, bien pronto comprendieron lo difícil de encauzar la revolución y el grave riesgo que sus vidas corrían de continuar el desenfreno y anarquía de la soldadesca amotinada.

Entonces, uno de los prisioneros libertados, el coronel español don José María Casariego, hombre enérgico y arrojado, se impuso osadamente á los sublevados, arengándoles y haciéndoles comprender que su causa estaba perdida sino se acogían á la protección de las autoridades realistas, pues de lo contrario Bolívar y sus tropas entrarían en el Callao y castigarían con un ejemplar fusilamiento á la mayor parte de los jefes de la insubordinación.

Los sublevados comprendieron sobradamente la verdad de lo que Casariego les decía y, temerosos de ser castigados severamente por los republicanos, decidieron buscar su salvación en las autoridades realistas. El 7 de febrero izaron, pues, la bandera real de España en todos los fuertes de la plaza, proclamando la soberanía de Fernando VII. Casariego se apresuró á comunicar la nueva á Canterac, rogándole á la vez que mandase inmediatamente tropas para que se posesionasen de la plaza antes que los sublevados volviesen de su acuerdo.

Canterac pensó en ir personalmente á posesionarse de la plaza, pero, mejor aconsejado, optó por enviar á Monet con una columna y ordenó á la vez á Rodil que desde Ica se dirigiese también al Callao. Al mismo tiempo envió apresuradamente al comandante don Isidro Alaix, con 10,000 pesos, para que los repartiese entre los soldados de la plaza y para que, de acuerdo con Moyano, ascendido á coronel, Oliva y Casariego, procurasen contener á los amotinados mientras llegaban con sus tropas Monet y Rodil.

Cumplió Alaix perfectamente la misión que se le había confiado, misión difícil y peligrosa, pues sólo con 10,000 pesos tuvo que hacer frente á las promesas de mayor suma que los patriotas de Lima hacían á los sublevados si deponían su actitud acogiendo de nuevo á las filas republicanas, y tuvo también que soportar las tropelías, desmanes y violencias de todo género á que se entregaron los soldados durante los 22 días que tardaron en llegar las fuerzas conjuntas de Rodil y Monet.

Por fin, el 29 de Febrero, hicieron su entrada en el Callao ambos generales españoles, posesionándose de nuevo de los fuertes y de todos los arsenales y almacenes de los patriotas.

Al saber Bolívar en su campamento de Pativilca, la sublevación y toma del Callao, ordenó al general Martínez que sacase de Lima todas las armas, pertrechos y provisiones que pudieran ser utilizadas por los españoles, y que luego las autoridades republicanas evacuasen la plaza, que con la rendición del Callao se hacía imposible y aún peligroso defender. No pensaba, sin embargo, lo mismo el Congreso peruano, quien envió un comisionado á Bolívar rogándole desistiere de sus órdenes, pues era muy doloroso evacuar de nuevo la capital, sin siquiera intentar defenderla.

Pero Bolívar, que conocía mejor que nadie lo que costaba el sacrificio de la evacuación, insistió por medio de Gamarra en sus primeras órdenes, á las que otra vez se opuso el Congreso. Entonces, el *Libertador*, montando en cólera, mandó al general Necochea que cumplimentara violentamente sus órdenes, extra- yendo de Lima todo lo que pudiera ser utilizado como provisiones de guerra por las fuerzas españolas, que no tardarían en apoderarse de la plaza.

A esta intimación de Necochea, el Congreso se amedrentó y, no sólo se doblegó á las exigencias de Bolívar sino que no tuvo inconveniente en destituir de la presidencia, más aparente que real, al Marqués de Torre-Tagle, instituyendo dictador á Bolívar y disolviéndose á los pocos días. Torre-Tagle, á quien por lo visto se le había probado su infidencia á la causa republicana y sus tratos con los españoles, tuvo que fugarse al Callao, salvándose así de ser fusilado como reo de alta traición.

Como Bolívar suponía, no tardaron los españoles en entrar en Lima. Rodil y Monet, unidos, tomaron posesión de la capital nombrando gobernador al Conde de Villar de Fuente. A los pocos días salieron dichos generales, dejando en Lima una guarnición al mando de un comandante militar y enviando por delante á

las tropas sublevadas del Callao, que debían en Jauja unirse al ejército de La Serna. Bolívar, entretanto, se replegó á Trujillo á esperar los refuerzos que debían de llegar de Colombia, con los que pensaba emprender activamente la nueva campaña.

Como se ve, no podía haberse iniciado bajo mejores auspicios para los españoles el año 1824. Deshecho el ejército de Santacruz en la sierra, obligado Sucre á evacuar y huir de Arequipa, reconquistada Lima y el Callao y reducido el



La Serna.

Gran Bolívar á permanecer en sus acantonamientos de Trujillo esperando el desarrollo de los acontecimientos.

Pero, así como había la estrella de las armas españolas llegado en breve tiempo al cenit de la gloria, no tardó en declinar también rápidamente, acabando por hundirse en el lejano horizonte para no volver á resurgir jamás en aquellas playas.

Las ambiciones de unos y el despotismo de los otros, trajo como consecuencia la excisión entre las tropas realistas acabando por desmoralizarlas y por conducir las de derrota en derrota.

Ya hemos visto que cuando La Serna, recién venido de España, tomó el mando en jefe de las fuerzas de operaciones, comenzó á iniciarse un marcado dualismo

entre los generales á sus órdenes. La Serna era ferviente constitucional, liberal entusiasta, y con él lo eran Canterac, Valdés, García Camba y algunos más. El virrey Pezuela era absolutista, y más que él Olañeta, Ramírez y otros.

Don Pedro Antonio de Olañeta, natural de la casería de Olañeta, jurisdicción de Vergara en Guipúzcoa, era uno de tantos mozos que pasaron á América á hacer fortuna. Dedicado al comercio en las provincias de Jujui, Salta y Potosí, logró en breve espacio hacerse con un buen capital y al mismo tiempo crearse amistades y relaciones, en tal forma, que bien pronto fué una de las personas de más arraigo de la comarca.

Por esta razón el virrey le honró con el título de teniente coronel de milicias voluntarias, y cuando más tarde tomó incremento la revolución del Alto Perú, Olañeta ofreció sus servicios al general en jefe Pezuela, quien, en premio de su decisiva cooperación en la batalla de Vilcapugio, le ascendió á coronel, dándole á la vez la efectividad de su empleo.

Más tarde, tomó parte activa al frente de su división, compuesta de dos batallones, un escuadrón y dos piezas de artillería, en las batallas de Sipesipe ó Viluma y otras, mereciendo por estos hechos el empleo de brigadier. Por esta época llegó La Serna, que se hizo cargo inmediatamente del ejército en campaña, comenzando á distinguir con una bien señalada preferencia á los generales y jefes constitucionales, y postergando, en cambio, á los absolutistas. Olañeta no pasó en mucho tiempo del grado de general de brigada, y cuando se le ascendió á mariscal, fué también ascendido al mismo empleo el brigadier Valdés, que había sido de promoción muy posterior á la suya en el generalato. Pero lo que colmó la medida de los celos de Olañeta, fué ver que La Serna había nombrado recientemente á Valdés general en jefe del ejército del Sur, colocándole á las órdenes de su enemigo. Tenía Olañeta, hasta cierto punto, sobrados motivos de queja, pues mientras Maroto era nombrado presidente de Charcas, Las Heras gobernador de Potosí y Valdés general en jefe, á él se le había colocado en situación de dependiente de este último, así que Olañeta era general más antiguo que los otros tres.

Hasta entonces no se había manifestado por acto alguno la profunda cólera que embargaba el ánimo de Olañeta; pero, ya cansado de aguantar desaires, decidió romper con la disciplina desobedeciendo abiertamente la autoridad del virrey.

En efecto; sin consultar ni con La Serna, que se hallaba en el Cuzco, ni con Valdés, general en jefe con residencia en Arequipa, salió de Cochabamba para Oruro, y de aquí siguió á Tarija, después de haberse llevado del fuerte de Oruro cuantas armas y municiones había encontrado. Noticioso La Serna de este paseo militar de Olañeta, dado en són de rebeldía, le ordenó que se presentara en el Cuzco á dar cuenta de su conducta, y mandó también á los coroneles que le acompañaban y á los jefes de los destacamentos del tránsito que desobedeciesen á Olañeta y, en caso preciso, le arrestasen de orden suya.

Pero el general sublevado se adelantó á las órdenes del virrey y mandó prender á los coroneles de sus fuerzas, substituyéndolos con otros de su completa devoción. En seguida marchó sobre Potosí atacando á Las Heras, que tuvo que rendirse, así como también á Maroto, que huyó de Charcas al saber que sus tropas hacían causa común con los sublevados. Por último, Aguilera, general gobernador de Santa Cruz, se le unió también, quedando así dueño de casi todo el territorio del Alto Perú.

Nombró presidente de Charcas á su hermano político el coronel Marquiegui, también guipuzcoano, y en todas sus comunicaciones, órdenes y decretos se daba á sí propio el título de capitán general de las provincias del Río de la Plata; superintendente de la Real Hacienda, etc.

Sin embargo, Olañeta, aunque buen táctico y valiente general, no brilló nunca por su cultura; así fué que se dejó llevar de los consejos de algunos astutos patriotas que fingiéndose realistas furibundos no hacían más que alentar sus pasiones con el fin de encender discordias en las huestes realistas.

Necesitaba Olañeta algún pretexto para cohonestar su anómalo proceder, y éste le tuvo en el hecho de haberse abolido la Constitución en la metrópoli sin que en América se hubiese hecho lo propio, nó en verdad por desobediencia, sino porque aún no se habían recibido órdenes en tal sentido.

Pero Olañeta, valido de la declaración de Fernando VII de que nada de lo por él hecho durante el período constitucional tenía validez, dedujo que así mismo no era válido el nombramiento de La Serna para el virreinato, ni los de Canterac y Valdés en los de generales en jefe del Norte y Sur, respectivamente.

Viendo La Serna las graves proporciones que iba tomando la sublevación de Olañeta, mandó contra él á Valdés con encargo de atacarlo y traerlo al Cuzco á sufrir el castigo á que se había hecho acreedor por su conducta. Valdés procuró, antes de apelar á la violencia, traer á partido á Olañeta ofreciéndole abolir la Constitución, como así lo hizo en Oruro en 29 de Febrero, mientras el virrey lo hacía doce días después en todo el territorio, y citándole, por último, á una conferencia en Tarampaya, cerca de Potosí.

Acudió Olañeta á la entrevista, y en ella, tras larga discusión, acordaron lo siguiente:

El general Olañeta reconocía en lo político y en lo militar la supremacía del virrey así como la jefatura de Valdés, pero conservando el mando militar de las provincias del Desaguadero á Potosí, en cuya comarca operaría contra el enemigo independientemente de toda orden ó jefatura superior. Además, tenía la obligación de suministrar mensualmente 10,000 pesos como auxilio á la campaña general, cuya cantidad, producto de los rendimientos de Charcas y Potosí, enviaría todos los meses al virrey; así como también auxiliaría con tropas á los demás jefes vecinos en caso de apremiante necesidad.

Por su parte, Valdés se comprometió á que Las Heras y Maroto no serían re-  
puestos en sus anteriores cargos, como desagravio al menosprecio hecho á Ola-

ñaeta. Finalmente, como garantía del cumplimiento de este convenio, se le asignaron á Olañeta, como fuerzas componentes de su división, dos batallones, varios escuadrones y seis piezas de artillería.

El virrey sancionó lo hecho por Valdés, pero comenzó á exigir de Olañeta que repartiese sus fuerzas en varios destacamentos, lo cual equivalía á despojarle paulatinamente del mando de ellas, á lo que, como era de esperar, se negó el general sublevado, declarándose nuevamente en abierta oposición á las órdenes del virrey, que desobedeció, considerándose además libre del compromiso estipulado en lo que se refería á los auxilios pecuniarios.

Comprendió ya La Serna que no se podía seguir guardando consideración al sublevado general, pero al mismo tiempo receló que quizá Olañeta no obrase por cuenta propia, sino instigado por los absolutistas de la metrópoli, que de este modo tratasen de vengarse de su probado constitucionalismo. Para aclarar su situación, convocó á una Junta á todas las autoridades, prelados, generales,



audiencias, etc., y previa consulta de si debía ó no seguir desempeñando el virreinato, les expuso su propósito, en caso de contestación negativa ó ambigua, de abandonar el Perú y embarcarse para España, dejando entretanto como interino al general más antiguo, que lo era Olañeta.

Rogó la Junta á La Serna que desistiese de su propósito, pues él era, sin duda alguna, el legítimo y único virrey. Entonces, La Serna, cediendo á estas súplicas y principalmente á las de Canterac, mandó al brigadier Espartero á España con el encargo de informar á Fernando VII de lo ocurrido y á la vez con el de impetrar auxilios para la terminación de la campaña.

Pero no tuvo que esperar La Serna la vuelta de Espartero, pues recibió la confirmación plena de su nombramiento, firmada por el Rey en 19 de Octubre de 1823; en cuya virtud, La Serna, en la plenitud de su poder, envió contra Olañeta varias columnas que tuvieron un sinnúmero de encuentros, sin resultados definitivos para ninguna de las partes contendientes; quedando poco después estacionada esta campaña por causa de los sucesos que se iban desarrollando en el Norte, en donde el enemigo común empezaba á levantar cabeza con nuevo brío y pujanza.

Mientras La Serna, Canterac, Valdés y los demás generales españoles estaban entretenidos en someter á Olañeta, unos por medio de consejos y emisarios y otros en campaña abierta, Bolívar reorganizaba su ejército poniéndolo en un pie tal, que verdaderamente asombra ver que en tan pocos meses lograrse reunir un ejército de cerca 12,000 hombres (6,000 de los cuales eran colombianos) perfectamente equipados, armados y provistos.

Comenzó Bolívar la campaña reuniendo sus tropas en el valle de Huaras, desde donde, en el mes de Julio, avanzó sobre Pasco. Canterac, que tenía unos 9,000 hombres, no podía movilizar á lo sumo más que 6,500, pues los restantes estaban ó repartidos en las guarniciones del Callao y Lima ó dados de baja por enfermos.

Cruzó el *Libertador* los desfiladeros de los Andes, empresa en que demostró una pericia y valor á toda prueba, desembocando por fin entre Rancas y Pasco. Allí arengó á sus tropas infundiéndoles el espíritu de emulación, aunque en realidad no necesitaban arengas las heterogéneas tropas del *Libertador* para excitar su mutuo entusiasmo, pues que todas ellas traían aún frescos los laureles ganados, ya en Chile con San Martín, ya en los picos del Pichincha, ya en Carabobo; no siendo menor el fuego del entusiasmo entre los valientes peruanos que en tantas ocasiones habían dado pruebas de heroísmo.

No llegó á Canterac noticia de esta aproximación del enemigo, porque Bolívar había tenido la precaución de mandar delante de él al general de caballería, Miller, con orden de ir destruyendo las guerrillas que tenían los españoles como partidas volantes en torno á su campamento de Jauja y de ir repartiendo, por el camino que debía seguir luego el grueso del ejército, provisiones y pertrechos custodiados por pequeños destacamentos que á la vez impedirían todo servicio de espionaje á los realistas.

Teniendo ya casi encima al ejército patriota, se apresuró Canterac á salir en dirección á Cerro de Pasco al encuentro del enemigo. Constaban sus fuerzas de unos 7,000 hombres, distribuidos en ocho batallones, con 5,000 hombres á las órdenes de los generales Maroto y Monet, formando dos divisiones; unos 1,500 caballos, mandados por Bedoga, y nueve piezas de artillería.

Marchaba tranquilamente por el citado camino cuando supo que Bolívar venía en otra dirección con ánimo de cortarle la retirada. Retrocedió Canterac precipitadamente y en la mañana del 6 de Agosto divisó al ejército del *Libertador*, cuya caballería, mandada por Necochea, se adelantaba al galope mientras la infantería quedaba algo retrasada.

Mandó Canterac hacer alto y ordenó evolucionar á sus tropas dando el frente al enemigo. Los patriotas también variaron su táctica entrando en la Pampa de Junín y resguardándose por un lado en un pantano inaccesible y por otro en las estribaciones de la sierra, no pudiendo desplegar de frente más que dos escuadrones. Canterac fundaba sus esperanzas en su caballería, así es que, cuando vió á sus tropas en formación de ataque, mandó avanzar la caballería, que arremetió á la enemiga con tal ímpetu, que éste no pudo resistir teniendo que replegarse ante el avance de los realistas. Pero el mismo brío de la acometida hizo que la caballería española perdiera su formación; visto lo cual por el enemigo avanzó al galope con sus jinetes logrando, después de breve combate, dispersar á los realistas, que tuvieron que replegarse al abrigo de su infantería y artillería, ajenas hasta entonces á la lucha. Esta derrota de Canterac le costó trescientos cincuenta muertos y ochenta prisioneros.

Pero no fueron las pérdidas del momento lo que más desprestigiaron á este ilustre general, sino el incomprensible pánico que se apoderó de él después de la refriega.

En efecto, tal prisa se dió en huir del lugar de la acción, que á las cuarenta y ocho horas de salir de Junín estaba ya á más de treinta leguas de distancia, y no paró su impetuosa carrera hasta llegar á los Cerros de Chincheros, á los veinte días de precipitada marcha, sin detenerse más que á destruir todos los puentes que pudieran servir de paso á sus enemigos.

Maroto, que ya en la batalla de Junín desaprobó su conducta al no emplear la artillería, como era lo natural, se separó de él y se dirigió al Cuzco, por no hacerse cómplice de aquella retirada que tenía todos los caracteres de una verdadera fuga.

Cuando en Limatambo tuvo La Serna noticias del fracaso de Canterac, ordenó á este general que no abandonase las inexpugnables posiciones del Cerro de Chincheros, en donde aquél había hecho alto, pues él en persona, con las fuerzas que lograrse reunir, salía en su auxilio; así como también había ordenado á Valdés que, abandonando la persecución de Olañeta, saliese precipitadamente del Alto Perú á reunirse con ellos en el indicado punto de Chincheros.

Pero Canterac, presa todavía del terrible pánico que se le había apoderado, mientras llegaban las órdenes de La Serna, abandonó á Chincheros, cruzó el río Apurímac, destruyendo el puente principal que lo cruzaba, y corrió á Limatambo á reunirse con La Serna.

Entretanto, Valdés, puso por obra las órdenes recibidas, saliendo á marchas forzadas en dirección á Limatambo, donde llegó por fin, después de atravesar, por caminos imposibles, más de doscientas setenta leguas en un mes escaso de tiempo.

De este modo quedaban reconcentrados en un solo cuerpo de ejército, bajo las órdenes de La Serna, los dos ejércitos del Norte y Sur del Perú que mandaban Canterac y Valdés, respectivamente.

Los patriotas, después de la victoria de Junín habían seguido, aunque penosamente, la marcha de Canterac, llegando á orillas del río Apurímac; allí, ó no pudieron pasar, por hallar cortados los puentes, ó no quiso Bolívar seguir la persecución. Lo cierto es que el *Libertador* encargó á su lugarteniente Sucre que, haciéndose cargo en jefe del ejército, se procurase cuarteles de invierno en Andahuaylas y Abancay, pues se aproximaba la época de las lluvias, y no era de esperar, por otra parte, que los españoles acampados al otro lado del río, en Limatambo, emprendiesen operación alguna.

Hecho esto, se retiró Bolívar á la costa, siendo objeto de muchos comentarios esta su última resolución; pues no se comprendía esta retirada después de una tan feliz campaña. Se dijo, por entonces, que lo que obligaba á Bolívar á retirarse, era el temor de ser derrotado en la nueva campaña por las fuerzas reunidas de Valdés y Canterac, á las órdenes del virrey.

Atribuyeron otros su marcha al deseo de organizar en Lima el Gobierno de la República y esperar, á la vez, los refuerzos que tenía pedidos á Colombia.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que no acertó en sus pronósticos de pasividad atribuidos á La Serna; pues éste, después de trabajar activamente en reorganizar sus tropas instruyendo á los reclutas que logró atraer á sus filas, dividió su ejército en tres cuerpos ó columnas de infantería, mandadas por Valdés, Monet y Villalobos. La división de caballería, mandada por el brigadier Ferraz, se componía de los granaderos de la Guardia, los húsares de Fernando VII, los dragones de la Unión y de Lima, el escuadrón de San Carlos y la compañía de la Guardia del virrey, con un efectivo total de 1,500 caballos. La infantería estaba formada por unos 9,800 hombres. Además, este ejército contaba con diez y seis cañones en cuatro baterías, al mando del brigadier Cacho. Canterac, que no quiso el mando directo de ninguna fuerza, fué nombrado lugarteniente del virrey y jefe del Estado Mayor. Era su segundo en este último cargo el general Carratalá.

Reunidas todas estas fuerzas, se dirigieron hacia Huamanga, que distaba ochenta y cinco leguas del Cuzco, por un camino quebrado y sin que apenas pudieran encontrar provisiones de ninguna especie, por haberlas consumido Canterac en su anterior retirada. El 29 de Octubre, llegaron á Jaquira, y desde allí, por las cumbres de Chuquibamba y Mamara, llegaron, por fin, el 16 de Noviembre á la ciudad de Huamanga.

Por cierto que durante esta última etapa de la expedición, el intendente del ejército real, don Francisco Martínez de Hoz, con una partida volante que iba en busca de provisiones, logró apoderarse del equipaje del general Sucre, que había sido abandonado precipitadamente por los patriotas al evacuar uno de aquellos pueblecillos del tránsito. Mandó La Serna sacar de dicho equipaje el uniforme de gala del lugarteniente de Bolívar, y obligó al tambor mayor á que se lo pusiese, como escarnio y mofa de Sucre. No pensó, sin duda, La Serna, que pocos días después había de estar él mismo humillado y escarnecido por su derrota, ante el dueño de aquel uniforme tan imprudentemente burlado.

A los dos días de su llegada á Huamanga reunió La Serna sus tropas en las alturas de Matará y retrocedió sobre el río Pampas, con ánimo de cruzar este río y ocupar los altos de Unipa, á fin de atraer hacia allí á los patriotas, lo que le permitía entablar la lucha en favorable posición.



Pero, cuando comenzó á poner en práctica su plan, se encontró con que el enemigo estaba ya en posesión de las cumbres de Unipa, por lo cual tuvo que retroceder otra vez hacia la orilla izquierda del río.

Así continuaron por espacio de varios días ambos ejércitos en constantes maniobras y escaramuzas, sin venir á las manos en campo abierto. Los patriotas, temerosos de una derrota, por el mayor número de combatientes con quien habían de luchar, no se arriesgaban á entablar batalla si no era en condiciones favorables, y así su táctica consistía en ir atrayendo al enemigo á lugar en que la diferencia del número fuese compensada por la ventaja de las posiciones.

Por fin, el día 8 de Diciembre se hallaron los dos ejércitos uno enfrente del

otro. El ejército patriota ocupaba el valle llamado de Ayacucho (1), (que aquel día justificó su fúnebre nombre), de unos ochocientos metros de largo por seiscientos de ancho, situado al Este del pueblo de Quinoa (2) á tres leguas de Huamanga.

La Serna estaba posesionado de las alturas de Condorcauqui enfrente del valle y separado en parte de él por un barranco practicable para la infantería, pero de difícil acceso para la caballería. Este barranco no obstruía por completo la comunicación entre Condorcauqui y el valle, pues quedaba un espacio llano de unos doscientos metros, por donde podía pasar la caballería.

Los realistas hubieran preferido ser atacados en sus posiciones, que eran inmejorables, pero Sucre, con sus soldados, no parecía dispuesto á ello. Además, La Serna, careciendo en las asperezas de aquella pequeña sierra de forrajes para sus caballos y temeroso además de que los republicanos emprendiesen la retirada, como tantas otras veces había ocurrido, decidió atacarles en el valle.

Al efecto, dispuso á la mañana siguiente que Valdés, al frente de su división, bajase á atacar á la vanguardia enemiga, seguido de cerca por las divisiones de Monet y Villalobos. Las fuerzas de Sucre se componían á lo sumo de unos 6,000 hombres, mientras las del enemigo ascendían á cerca de 10,000, y aunque al general patriota no le convenía entablar una acción decisiva con fuerzas casi dobles en número, y menos sabiendo que Bolívar se acercaba á jornadas redobladas con dos fuertes columnas que según los últimos partes habían acampado ya en Cerro de Pasco; temeroso quizá de parecer cobarde si rehuía las frecuentes invitaciones á la lucha que los realistas le hacían ó celoso también de la gloria que pudiera alcanzarle si obtenía la victoria sin el auxilio de Bolívar, decidió aceptar batalla y al efecto desplegó sus fuerzas en perfecto orden de combate.

Un batallón de Valdés, que en el ímpetu del primer ataque se adelantó más de lo conveniente, fué deshecho por la división patriota de Córdoba, muriendo en la refriega su coronel Rubín de Celis; además, los escuadrones de San Carlos y los flanqueadores de la Guardia fueron también batidos en los primeros momentos. Comprendiendo entonces Ferraz, que mandaba la caballería, el peligro en que se encontraba Monet de ver envuelta su ala izquierda, arremetió con los cuatro escuadrones que tenía disponibles, pues los demás no habían todavía descendido al valle, á los ocho escuadrones enemigos. La caballería enemiga retrocedió un momento ante el impetuoso ataque de los realistas; pero, rehecha en breve por el auxilio que le prestara la infantería patriota de Córdoba, rechazó y deshizo á los escuadrones de Ferraz, que tuvieron que retirarse con graves pérdidas.

Al mismo tiempo, Monet había perdido sus posiciones de la izquierda y centro,

(1) En lengua Aymará Ayacucho significa rincón de muertos; *cuchu* es rincón y *aya* cadáver, muerto.

(2) Quinoa en Aymará es el nombre de una semilla parecida al mijo y que sirve de alimento á las gentes del país.

comenzando á iniciarse la derrota en todo el ejército realista. En tan desesperada situación, Canterac, que mandaba la reserva, se arrojó en lo más recio de la pelea logrando contener un momento la fuga de los realistas, que se había iniciado al ver rechazada briosamente su caballería por la enemiga; pero bien pronto Córdoba, apoyado por Lara, consiguió desbaratar al batallón Gerona, así como también la caballería colombiana ponía en precipitada fuga al regimiento de caballería realista, granaderos de la Guardia; y en la confusión que su retirada produjo cayó prisionero el virrey La Serna, que tenía seis heridas, aunque todas leves.

Deshechas ya las fuerzas realistas de la derecha y centro, sólo quedaba Valdés en la izquierda, luchando briosa y desesperadamente. Viendo lo inútil de sus esfuerzos, logró, por medio de una hábil maniobra, situarse á retaguardia del ala izquierda enemiga y atacarla con decisión; pero todo en vano, porque La Mar (el ex gobernador español del Callao) sostuvo con firmeza el ataque, rechazando, con el auxilio de la caballería del inglés Miller, á las fuerzas de Valdés, que tuvieron que retirarse precipitadamente en dirección á las cumbres de Condorcauqui.

No pudo ser más brillante el triunfo obtenido por las armas patriotas en esta famosa batalla de Ayacucho, ni más terrible la derrota sufrida por los españoles. Valdés trató de suicidarse viendo que las balas enemigas no habían logrado privarle del dolor del vencimiento. Por fin, rodeado de algunos cuantos jefes, se unió á Canterac, que con doscientos hombres escasos de caballería pudo replérgase á las alturas.

Los patriotas tuvieron en esta batalla trescientos nueve muertos y setecientos setenta heridos, y los realistas unos 1,000 muertos y enorme número de heridos. Tan sangriento destrozo por ambas partes en el espacio de cuatro horas, que duró la lucha, revela el tesón y ensañamiento con que se batieron ambos contendientes y la importancia que para ambos significaba el triunfo. En efecto: si los realistas vencían se daba un golpe mortal á la causa de la independencia, pues se evitaba la unión de las fuerzas de Sucre, que fueron las que aceptaron la batalla con las de Bolívar, que ya estaban próximas y que reunidas hubieran formado un núcleo de tropas tal, mandadas por los mejores generales de América, que hubiera sido casi imposible su vencimiento. En cambio, si el triunfo, como aconteció, era de los patriotas, sufría la causa del Rey el golpe definitivo, pues que La Serna había reunido todas sus fuerzas y llamado á sus mejores generales para oponerse á las fuerzas de Sucre.

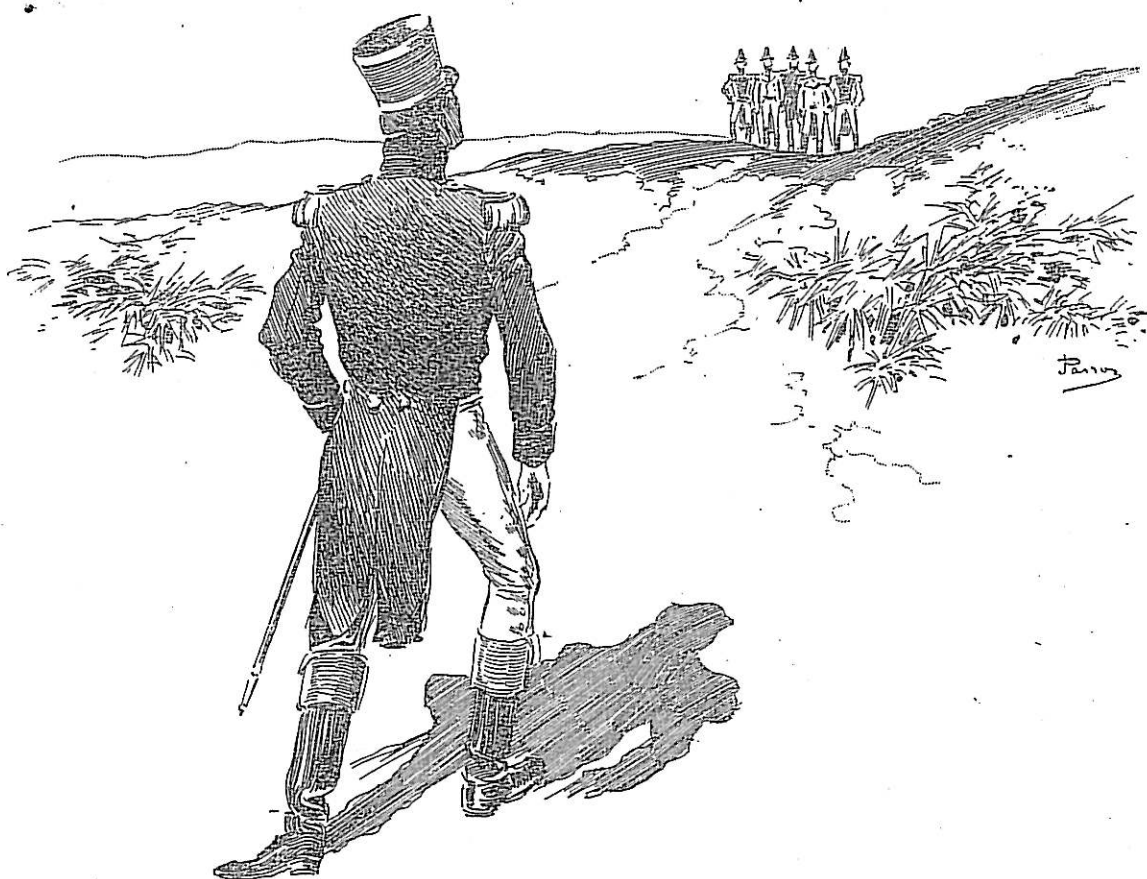
Así fué que después de la batalla Canterac no tuvo reparo en aceptar proposiciones de rendición de todo el ejército español y de evacuación del territorio peruano, declarado ya, por el resultado de aquella batalla, completa y absolutamente independiente.

Reunidos unos cuantos generales y bastantes oficiales españoles en las alturas de Condorcauqui, recibieron esa misma tarde un emisario de La Mar ofrecién-

doles una honrosa capitulación. Convencidos los jefes realistas de que no les quedaba más remedio que aceptar los generosos ofrecimientos de La Mar, pasaron Canterac y Carratalá al campamento de Sucre, en donde, previa discusión del articulado de la capitulación, se firmó ésta á las dos de la tarde del día siguiente (10 de Diciembre de 1824). Sin embargo, aunque la capitulación se firmó en Huamanga, entre Sucre y Canterac, el dicho día 10, se le puso al documento fecha 9, como firmado inmediatamente después de la derrota en el mismo campo de batalla de Ayacucho.

La capitulación estaba redactada por Canterac y decía poco más ó menos lo siguiente:

« Don José Canterac, teniente general de los reales ejércitos de S. M. C., en-



cargado del mando superior del Perú, por haber sido herido y prisionero en la batalla de este día el Excmo. señor virrey, don José de La Serna, habiendo oído á los señores generales y jefes que se reunieron después que el ejército español, llenando en todos sentidos cuanto ha exigido la reputación de sus armas en la sangrienta jornada de Ayacucho y en toda la guerra del Perú, ha tenido que ceder el campo á las tropas independientes, y debiendo conciliar á un tiempo el honor de los restos de esta fuerza con la disminución de los males del país, he creído conveniente proponer y ajustar con el señor general de división de la república de Colombia, Antonio José de Sucre, comandante en jefe del ejército unido libertador, las estipulaciones que contienen los artículos siguientes: »

Estos artículos, en número de diez y ocho, se referían á la entrega que los españoles hacían de todo el territorio del Bajo Perú, hasta las márgenes del Desaguadero, con todos los almacenes militares, parques, fuertes, maestranzas, etcétera; al olvido de los patriotas de todas las opiniones en favor del Rey; á la obligación de costear, los independientes, el viaje á todos los españoles que quisieran regresar á su país; á la de permitir á todo buque de guerra ó mercante español, por seis meses, hacer víveres en los puertos peruanos y retirarse en ese tiempo del Pacífico; á la entrega de la plaza del Callao en el término de veinte días; á la libertad de todos los jefes y oficiales prisioneros en la batalla y á los que se hubieran hecho en acciones anteriores; al permiso para que los jefes y oficiales españoles siguieran usando sus uniformes y espadas durante el tiempo que permanecieran en el Perú; al suministro de algunas sumas á los españoles para pagar algunos atrasos de las tropas reales, y, finalmente, al reconocimiento, por parte del Perú, de la deuda contraída por el Gobierno español.

Además, se estipuló que todo español ó soldado al servicio de sus armas podía pasar al ejército peruano con el mismo empleo y cargo que tuviera en aquellas filas, y que cualquier duda en la interpretación del convenio sería resuelta á favor de los individuos del ejército español.

Este tratado comprendía á Valdés, al teniente general Canterac, á los mariscales de campo Valdés, Carratalá, Monet y Villalobos y á los brigadieres Ferraz, Bedoya, Pardo, Vigil, Tur, García Camba, Landazuri, Atero, Cacho y Somocurcio; además á diez y seis coroneles, sesenta y ocho tenientes coroneles, cuatrocientos ochenta y cuatro oficiales y más de 2,000 prisioneros de tropa.

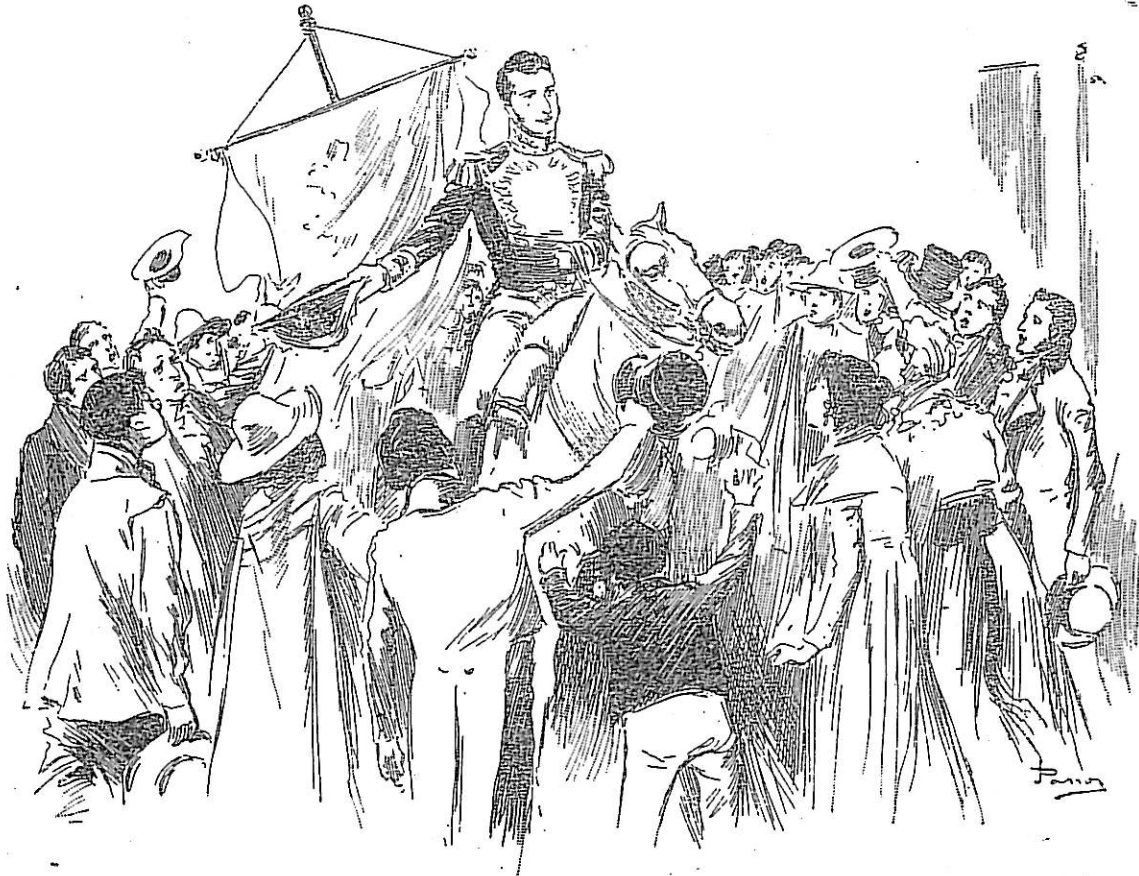
El 2 de Enero de 1825 se embarcaron en un buque francés, la fragata *Ernestina*, con rumbo á España, La Serna, Valdés, Maroto, Villalobos y otros, y unos días después Canterac con Las Heras.

Algunos realistas furibundos del Cuzco, al saber la derrota de Ayacucho, se sublevaron contra el convenio de Canterac y organizaron la resistencia nombrando virrey á don Pío Tristán; pero este general, comprendiendo lo inútil de aquellos esfuerzos, no contando con la cooperación de Olañeta ni con más fuerzas que unos cuantos exaltados del antiguo régimen, tuvo que someterse y aceptar resignado el nuevo orden de cosas.

Al mando de una columna de la división de Miller entró Gamarra en el Cuzco el día 24 de Diciembre, y á los pocos días lo efectuó el general Sucre con todo su ejército. Fué recibido por los habitantes con entusiasmo. Entre los presentes que le hicieron las autoridades figuró el estandarte del conquistador del Perú, Francisco Pizarro, que se conservaba como una reliquia en un altar de la catedral. Sucre, á su vez, se lo envió á Bolívar á Arequipa, y el *Libertador*, por último, lo envió como delicado presente al Ayuntamiento de Caracas, en cuyo edificio se conserva.

Ya no quedaban, como se ve, en el Perú, á principios de 1825, más defensores de la causa realista que Olañeta en el Alto Perú y Rodil en el Callao.

Olañeta supo en Cochabamba la derrota sufrida por el virrey en Ayacucho, y á poco recibió del presidente del Cuzco, general don Antonio M.<sup>a</sup> Alvarez, la notificación de haber sido nombrado por aquella Audiencia y demás autoridades el nuevo virrey, don Pío Tristán. A la vez se le anunciaba que ambos generales



se pondrían pronto en camino para unirse á él, y puestas bajo un mando todas las fuerzas españolas, trabajase en la restauración de la soberanía española.

Envanecido Olañeta al verse designado por único jefe de fuerzas considerables que oponer á los patriotas, se las prometía muy felices y contaba con deshacer, él solo, á las poderosas columnas del *Libertador*.

De acuerdo con estas ideas, mandó á su lugarteniente Hevia, que avanzase con las fuerzas que guarnecían á Chinchas y Potosí en dirección al Desaguadero, y al coronel Valdés qui desde Cochabamba se adelantase á tomar á Puno, ciudad situada en la orilla del lago Titicaca, por donde podría unirse con Tristán que avanzaba en esa dirección; mientras él, en persona, se dirigia á la Paz á reorganizar y engrosar sus huestes, con las que pensaba iniciar una vigorosa campaña contra los patriotas. A la vez mandó también á Chile al brigadier Echevarría con una fuerte suma, que algunos hacen elevar á 100,000 pesos, para que comprase armas, de que se hallaba muy escaso.

Pero todos estos proyectos fueron trocándose en otros tantos fracasos, pues su enviado Echevarría fué preso y fusilado por Sucre; Valdés, que logró entrar

en Puno, tuvo que retirarse muy luego, por haber tenido noticias de que el virrey Tristán se había sometido al convenio de Ayacucho; y, finalmente, las fuerzas que marchaban hacia el Desaguadero se sublevaron, cediendo á las instigaciones de Arraga, jefe patriota que logró persuadir á los soldados de Hevia de que en vez de obedecer las órdenes de Olañeta debían atacarle á su paso por Oruro.

En tan apurado trance, mandó Olañeta al coronel Valdés que fuese en su socorro, y una vez unido con él se dirigió á Potosí, temiendo ser alcanzado por el general argentino, Arenales, y por Sucre, que desde Salta y Oruro, respectivamente, se dirigían contra él. Pero mientras el tenaz jefe realista se encontraba en Potosí, La Paz se sublevaba, á la voz del comandante López, y el brigadier Aguilera también trataba de pronunciarse en Vallegrande.

Rodeado por todas partes de enemigos, sublevadas las provincias de La Paz, Santa Cruz y Cochabamba, y acosado de cerca por Sucre y Arenales, no sabiendo Olañeta qué partido tomar, reunió en Junta á los jefes que le seguían y, previa detenida discusión, acordaron por mayoría retirarse á Chinchas, á esperar allí la llegada de refuerzos ó el cambio de las circunstancias, tan adversas por el momento para sus tropas.

Poniendo por obra lo acordado, se puso en marcha para Chinchas, ordenando á Hevia que con una pequeña columna se adelantase al grueso del ejército para prevenir al coronel español, Medinaceli, de la llegada de la expedición. Pero Hevia hubo de detenerse en Tumusla al saber que Medinaceli se había sublevado también en Chinchas al frente de la guarnición.

Entonces Olañeta, desesperado por tanta sublevación, marchó, unido á Hevia, á sofocar este nuevo pronunciamiento. Trabóse el combate cerca del citado pueblo de Tumusla, en una quebrada poco profunda á donde había ido á buscarle Medinaceli, y aunque la lucha fué reñida por ambas partes, la eterna deserción de las fuerzas de Olañeta decidió en favor del enemigo la suerte de la pelea. Además, según afirman algunos historiadores, los mismos soldados que en el fragor de la lucha se pasaron al enemigo le asestaron un balazo que le produjo una grave herida. Lo cierto del caso es que aquel general guipuzcuano, que con tanta entereza y valor defendió la causa del Rey en el Perú, murió al día siguiente de la batalla de Tumusla de resultas de la herida recibida en el combate. En el mismo día de la muerte de Olañeta tuvo Valdés que capitular, pues era temerario sostener por más tiempo la resistencia contra tantos y tan poderosos enemigos.

Muerto Olañeta y deshechas sus fuerzas, más que por los combates, por las sublevaciones y deserciones de sus tropas, á las que él diera el ejemplo al desobedecer á La Serna, sólo faltaba á los patriotas la toma del Callao para su completa dominación en el antiguo virreinato peruano.

Defendía esta plaza el brigadier don José Ramón Rodil, quien, decidido á no capitular, sostuvo el sitio por más de un año después del convenio de Ayacucho. Asediaban la plaza, por tierra, una fuerte columna al mando de Sucre, y por mar, varios buques de la escuadra peruana. Cuando comenzaron los víveres á esca-

sear, mandó evacuar la plaza á los enfermos é inútiles, pero, á pesar de ello, bien pronto se careció en absoluto de toda clase de provisiones, llegando sus moradores á alimentarse de inmundos animales. El escorbuto, el tifus y otras enfermedades redujeron el número de habitantes, de 7,000 que eran al comienzo del sitio á menos de 2,500, contándose entre las víctimas de la peste el desgraciado Marqués de Torre-Tagle que, como sabemos, se refugió en el Callao huyendõ de la revolución de Lima al ser derrocado de la presidencia de la República por sus mismos partidarios.

A pesar de tantas calamidades, Rodil se mantenía firme en su temeraria resistencia, llegando su obstinación á tal extremo, que mandaba fusilar en el acto á quien le hablase de capitulación, y en un solo día fusiló á treinta y seis individuos por creerlos complicados en una intentona de sublevación.

No podía darse mayor tenacidad ni más inútil resistencia; pues de sobra sabía que era imposible recibir ningún auxilio. Por fin, el 22 de Enero de 1826, después de cuatro días de parlamento, capituló Rodil en parecidas condiciones que lo habían hecho los convenidos de Ayacucho. Es curioso señalar que, según estadística llevada por el propio Rodil, habían disparado las baterías de la plaza durante el sitio 74,014 tiros de cañón, obús y mortero y 34,700 de metralla, y recibido de los buques y baterías enemigas 20,317 balas de grueso calibre, 307 bombas y gran cantidad de botes de metralla.

Así terminó la dominación española en el Sur de América.

\*  
\* \*

Por lo que hace á las provincias del Alto Perú, que, como sabemos, había pertenecido anteriormente al antiguo virreinato de Buenos Aires, se declararon también independientes de todo otro estado fronterizo, y aunque las repúblicas de la Argentina y del Perú, propiamente dicho, trataron de anexionarse cada una para sí este hermoso territorio del Alto Perú, no lo consiguieron por la entereza y valor con que los jefes del movimiento independista y, sobre todo, don José Miguel Lanza, defendieron sus derechos á la completa emancipación.

Lanza se apoderó de La Paz, principal ciudad de la futura República, el día 25 de Enero de 1825 y proclamó en ella la independencia Alto Peruana.

Sucre entró en la ciudad el 7 de Febrero y convocó un Congreso de representantes del territorio. Reunida la asamblea en la capital de la antigua presidencia de Charcas, ó sea en Chuquisaca, se acordó por los cuarenta y siete representantes que la formaron establecerse en República independiente con la denominación de Bolívar, formando parte de ella las provincias de Charcas, La Paz, Cochabamba, Potosí, Santa Cruz y el inmenso territorio del Beni.

La Argentina y el Perú aceptaron y reconocieron la nueva República y Bolívar tuvo que conformarse por la fuerza de las circunstancias á segregar del Perú este territorio. Aconsejó que se cambiase la denominación de la República en

*Bolivia*, nombre que hoy tiene, y que se diese á la capital de la misma ó sea á Chuquisaca, Charcas ó La Plata el nombre de Sucre, en memoria del vencedor de Ayacucho. Así se hizo.

## VIII

MÉJICO. — Batallas de Urepetino y Calderón. — Retirada del cura de Dolores. — Traición de Elizondo y prisión de los jefes revolucionarios. — Su muerte. — Morelos. — Junta de gobierno de Guadalajara. — Toma de Guadalajara por Calleja. — Heroica resistencia de Morelos en Cuautla. — Rasgo heroico de don Nicolás Bravo. — Substitución de Venegas por Calleja en el virreinato. — El primer Congreso de Méjico. — Derrotas del cura Morelos. — La Constitución de Apatzingán. — Traslación del Congreso á Tehuacán. — Sorpresa y prisión de Morelos en Tesimalaca y su proceso y fusilamiento. — Disolución del Congreso. — Ruíz de Apodaca substituye á Calleja. — Expedición de Mina. — Operaciones de este caudillo. — Su desastroso fin. — Itúrbide. — Novella. — O'Donojú. — Pacto de Córdoba. — Méjico por los patriotas. — El Congreso constituyente. — Revolución de la capital. — Itúrbide emperador. — Su muerte. — La República federal.

Ya dijimos al tratar anteriormente de los comienzos de la revolución mejicana que, á pesar de los reveses sufridos en varios encuentros por las tropas de Allende y del cura Hidalgo, no decrecía el entusiasmo de los patriotas; antes bien, retirados estos cabecillas á Guadalajara, organizaron bien pronto un formidable ejército bien armado y artillado y dispuesto á salir inmediatamente á campaña. Además, tanto en las provincias de San Luis de Potosí y Zacateca como en el Sur de la misma intendencia de Méjico, empezaban á pulular partidas de revolucionarios que en breve veían engrosar considerablemente sus filas. Así el cura Morelos, fray Gregorio Melero, Villagran y otros organizaban primero simples guerrillas, á las que se unían grandes masas de indios, ávidos siempre de revueltas y ansiosos de salir del estado de abyección en que unos y otros los habían tenido, con lo que en poco tiempo se formaban temibles núcleos de fuerzas que si por el valor y disciplina no se distinguían gran cosa, en cambio imponían por su enorme masa.

Entretanto, el virrey Venegas, que no quería permanecer inactivo ante el crecimiento y progreso de las fuerzas revolucionarias, mandó á Calleja que saliese con una columna de Guanajuato para que, en combinación con La Cruz á quien enviaba desde la capital para contener á



Francisco Javier Venegas.

Villagran, se uniese luego en el puente de Calderón y atacasen juntos á las fuerzas de Hidalgo que se hallaban en Guadalajara, no lejos del citado puente.

Sabedor Hidalgo de este movimiento, envió, antes que se verificase la reunión de los dos generales españoles, al coronel Mier, con 2,000 hombres, para que sorprendiese á La Cruz. Pero éste, que no estaba desprevenido, le esperaba ya parapetado en el puerto de Urepetino donde se trabó la batalla, que dió por resultado la total derrota de los independientes con la total pérdida de su artillería.

Enterado el cura generalísimo del desastre sufrido por Mier y temeroso de verse atacado por La Cruz y Calleja reunidos, movilizó sus tropas, que ascendían á 93,000 hombres, 20,000 caballos y noventa y cinco cañones, en dirección á las lomas de Calderón, donde Calleja, con 8,000 hombres, se presentó el día 17 de Enero de 1811. Aunque la lucha era desigual por el número, fué, sin embargo, encarnizada, mostrándose al principio el triunfo en favor de los patriotas; pero advertidos Calleja y el Conde de la Cadena, que mandaba las mejores tropas, del peligro que corrían de ser envueltos por el infinito número de los enemigos y queriendo dar ejemplo de valor, se arrojaron los dos en medio de la pelea, y aunque el Conde halló la muerte en la lucha, logró Calleja deshacer la muralla de enemigos obteniendo una victoria completa. Los patriotas perdieron casi toda su artillería, y los restos de aquel numeroso ejército huyeron á la desbandada, perseguidos por la caballería española, yendo sus jefes á acogerse precipitadamente á Aguascalientes, donde estaba Iriarte con unos 2,000 hombres. De aquí pasaron á Zacatecas, en cuya ciudad renunció Hidalgo el cargo de generalísimo á instigaciones de Allende y demás jefes, que no podían perdonar al cura de Dolores la derrota de Calderón.

Proclamado Allende general en jefe del ejército independiente, su primer acto fué marchar á Saltillo y reunir en esta población una Junta de jefes para acordar la marcha ulterior de la campaña. Pero en vista de las noticias, cada vez más alarmantes, de nuevos triunfos alcanzados por los realistas, decidieron por el momento pasar á los Estados Unidos y esperar ocasión más propicia en que reanudar la campaña independista.

Tomado el acuerdo, lo pusieron por obra y al día siguiente salieron del Saltillo todos los jefes insurgentes, convenientemente escoltados, con dirección á los Estados Unidos. Al llegar cerca de la Monclova fueron detenidos por el ex teniente coronel español don Ignacio Elizondo, que, pasado á los patriotas, se había vendido de nuevo á los realistas, enemistado con aquéllos porque no le hicieron teniente general. Los jefes insurgentes, que ignoraban la última evolución de Elizondo, cayeron incautamente en el lazo que éste les tendió, siendo apresados y conducidos á Chihuahua, en donde se les entregó á las autoridades españolas.

El 26 de Marzo de 1811 fueron fusilados, previo proceso sumarísimo, Allende, Aldama, Jiménez y Santa María, y el 30 de Julio lo fué Hidalgo, previa degradación de su carácter sacerdotal.

La muerte de Hidalgo fué fecunda en héroes patriotas. Morelos (1), otro cura, se sublevó con veinticinco hombres, logrando en breve, después de la sorpresa del comandante París en Tres Palos, hacerse con 2,000 hombres, cinco cañones y muchas provisiones. Por otra parte, Rayón, en Zitacuaro, organizaba una Junta de gobierno revolucionaria, la que, si bien no contaba con completa obediencia de los demás cabecillas, no dejaba de ser un grave peligro para la causa realista, pues se creaba con ella un centro directivo que podía regular la marcha de las operaciones de los enemigos.

Así lo comprendió el virrey y, para destruirla, mandó al bizarro general Calleja que con 6,000 hombres y veintidós cañones se apoderase de Zitacuaro, residencia de la Junta. Defendía la población el citado Rayón, al frente de setecientos soldados armados y 20,000 indios; además, estaba la plaza artillada con treinta y seis cañones. Pero Calleja no se fijó en la diferencia de fuerzas, que le daba una gran desventaja



Morelos.

sobre el enemigo, y atacó briosamente la plaza por varios puestos á la vez. Logró apoderarse de ella é hizo huir á la Junta, que tuvo que refugiarse en Sultepec. ¡Lástima que Calleja manchase los laureles de esta victoria con nuevos fusilamientos y crueles castigos, que costaron la vida á diez y nueve prisioneros, y que ordenase el incendio de la población después de haberla evacuado!

El triunfo de Calleja en Zitacuaro comenzó á inspirar recelos á Venegas, que no veía con buenos ojos el magnífico y entusiasta recibimiento que se le hizo al vencedor á su vuelta á la capital. Y prueba de ello es que el virrey se opuso á que volviese con sus tropas á la capital, ordenándole en cambio que prosiguiese la campaña contra Morelos. Pero ante la insistencia de Calleja de volver á Méjico y ante su propósito decidido de renunciar el mando de las tropas si no se accedía á su deseo, no tuvo Venegas más remedio que transigir y dejar que Calleja entrase en la ciudad.

En el entretanto los jefes insurrectos organizaban nuevas huestes que oponer á las tropas españolas. Morelos, siempre infatigable, logró, con el concurso de otros caudillos patriotas, apoderarse del importante pueblo de Cuautla, que con-

(1) Nacido en Caracuaro, logró á los 30 años ingresar como estudiante en el colegio de San Nicolás de Valladolid, donde era rector su desgraciado predecesor Hidalgo. Abrazó la carrera eclesiástica y consiguió en breve el curato de su pueblo natal, desde donde se puso á las órdenes de Hidalgo en cuanto se inició la revolución.

virtió en centro de sus operaciones y desde donde con sus guerrilleros hostilizaba constantemente á las tropas españolas.

Cansado el virrey de las audacias del cura de Caracuaro, ordenó nuevamente á Calleja que al frente de una fuerte columna atacase á Cuautla y se apoderase de Morelos. Calleja se dirigió á cumplimentar la orden del virrey; pero al llegar cerca del pueblo fué victoriosamente rechazado por las fuerzas patriotas, que habian hecho de Cuautla una plaza casi inexpugnable por lo formidable de sus defensas. Resuelto Calleja á no retirarse sin tomar la población, atacó nuevamente y con más brío las fortificaciones de la plaza; pero nuevamente fué rechazado y tuvo que convertir en verdadero asedio lo que él creía objeto de un fácil asalto.

Por fin, después de setenta y dos días de estrecho cerco, en que más que el enemigo produjeron entre los sitiados numerosas bajas las enfermedades y el hambre, decidió Morelos la evacuación sigilosa de la plaza, que se llevó á efecto en la noche del 1.º de Mayo de 1812. No contaba con que el enemigo estaba prevenido para cualquier intento de evasión de los sitiados; y así fué que antes que los soldados patriotas lograran trasponer los últimos límites de las posiciones de Calleja, las tropas de éste cayeron sobre las de Morelos, con el propósito de apoderarse de este cabecilla patriota, á quien tenían empeño decidido en prender. Sin embargo, y á pesar de lo bien ideado del golpe, Morelos logró escapar. No así don Leonardo Bravo y algún otro importante cabecilla que cayó en poder de los realistas.

Las pérdidas que entre el sitio y la acción tuvieron los patriotas ascendieron, según los más probables cálculos, á más de 3,000 hombres, y, aunque menores las de los españoles, no obtuvieron éstos el triunfo sino á costa de mucha sangre.

Después de la evacuación de Cuautla se retiró Morelos á Chilapa, en donde estaba don Miguel Bravo al frente de una pequeña división.

Reunidas las fuerzas de Morelos y Bravo, salieron en 1.º de Junio de 1812 y formando unos ochocientos hombres en auxilio de Trujano, que en Huajapam sufría un asedio de más de tres meses. Los dos jefes patriotas consiguieron liberar á los sitiados después de ciento cinco días de cerco, con lo que, aparte del triunfo moral que alcanzaron, lograron engrosar sus filas hasta formar un ejército de 3,000 hombres.

Con estas fuerzas fueron ocupando sucesivamente las importantes plazas de Oaxaca, Acapulco y otras.

Aquí merece referirse un hecho verdaderamente heroico, realizado por un joven patriota. Éste era don Nicolás Bravo, que al frente de una pequeña columna, destacada de las fuerzas de Morelos, logró sorprender en San Agustín del Palmar al teniente coronel don Juan Sabaqui, causándole doscientos prisioneros y cuarenta muertos y cogiéndole más de trescientos fusiles y tres cañones. El joven Bravo, por mediación de Morelos, ofreció al virrey Venegas la devolución de los doscientos prisioneros, con más otros seiscientos que Morelos se compro-

metía á devolver al virrey, á cambio de la vida y libertad de su padre, don Leonardo Bravo, que, como sabemos, cayó prisionero en la evacuación de Cuautla y que por aquellos días iba á ser ejecutado en garrote vil en la capital del virreinato. Venegas, llevado de su saña y crueldad, no aceptó estas ventajosisimas proposiciones y mandó cumplir la sentencia en don Leonardo Bravo. Al saber Morelos la ejecución de Bravo, ordenó á don Nicolás que, en justa represalia, mandase acuchillar á los trescientos prisioneros que éste tenía en su poder. Don Nicolás Bravo no quiso cumplir las crueles y violentas órdenes de su jefe Morelos, que quería vengar en aquellos indefensos prisioneros la muerte del padre del vencedor del Palmar; y, en vez de matarlos, les devolvió generosamente la libertad. Todos los prisioneros menos cinco engrosaron, por esta noble acción, las filas de su libertador.

Mientras tanto, las quejas por la impericia de Venegas, que tantos vuelos había hecho adquirir á la revolución y proporcionado tantos descalabros á la causa del Rey, fueron aumentando, hasta traducirse en representaciones y solicitudes á la Regencia de Cádiz pidiendo su relevo y su substitución por Calleja. Al principio no encontraron eco estas manifestaciones de odio contra Venegas en la Regencia; pero ante la insistente petición de relevo, hecha por todas las autoridades de Méjico, la Regencia no tuvo más remedio que ceder.

En Febrero de 1813 recibió Venegas la orden de marchar á la Península, « en donde sus talentos militares eran necesarios ». La orden estaba fechada en Cádiz el día 16 de Septiembre de 1812, y por ella se nombraba virrey de Méjico á don Félix María Calleja del Rey, que en 4 de Marzo siguiente se hizo cargo del mando, al tiempo que su antecesor, Venegas, se embarcaba en Veracruz con rumbo á la Península.

No era muy envidiable la situación de los españoles en Méjico á principio del citado año de 1813 ni apetecible el momento en que Calleja tomó posesión de su alto cargo.

A la par que el cura Morelos lograba alcanzar los triunfos que dejamos indicados sobre las armas españolas en Huajapam, Palmar y otros puntos, otro cabecilla, que llegó después á la más alta magistratura de la república mejicana, cortaba las comunicaciones de Méjico con Veracruz. Osorno traía en constante jaque á las fuerzas de la propia capital. Mier y Terán hacían constantes algarradas en la provincia de Puebla y, en fin, otros cabecillas, como Rayón, no daban



Nicolás Bravo.

paz á las tropas realistas que guarnecían las provincias de Guadalajara, Zacatecas, Valladolid y Guanajuato, causándoles constantes bajas.

Por otra parte, la situación económica del virreinato no podía ser más lamentable. La deuda ascendía á unos 30.000,000 de pesos y el déficit anual no bajaba de 260,000. Por esta causa, en cuanto Calleja se hizo cargo del mando ordenó un empréstito y decretó que se hicieran levadas de gente y requisas de caballos, con un rigor tal, que lejos de atraerse las simpatías de las clases populares y del comercio, se malquistó bien pronto con ellos. Merced á esta recluta forzosa, obtuvo fuerzas para formar un cuerpo de ejército de 40,000 hombres que distribuyó en columnas para su más fácil movilización. Entretanto, Morelos, que veía el desprestigio en que había caído la errante Junta de Zitacuaro, en peregrinación de uno á otro pueblo de la naciente República, sin ser obedecida en ninguno, formó la idea de crear un gobierno estable al cual se sujetasen todos los cabecillas, y así, bajo su dirección, unificar la marcha de la campaña. Puesto de acuerdo con algunos jefes de otras columnas, convocaron para el 8 de Septiembre de 1813 la reunión de un Congreso que había de reunirse en Chilpancingo y de cuyo seno había de salir el primer Gobierno mejicano. El Congreso, formado nó por elección sino más bien por nombramiento de Morelos, se reunió en la fecha indicada y su primera declaración se contrajo á establecer «que la América era libre é independiente de España y de toda otra nación, gobierno ó monarquía, y que así se sancionase dando al mundo las razones». En otra sesión del día 15 de Septiembre fué proclamado Morelos generalísimo de las tropas y jefe del poder ejecutivo, dándosele el tratamiento de Alteza.



Félix M.<sup>a</sup> Calleja del Rey.

No aceptó Morelos sino el título de *Siervo de la Nación*, y con esta denominación encabezó todas sus órdenes. Finalmente, en 6 de Noviembre votó el Congreso el acta de independencia y tomó otros acuerdos de menor interés.

Entretanto, Morelos, deseando dar al Congreso mejicano una residencia segura en población digna de hospedar á la primera representación libre del nuevo Estado, trató de tomar á Valladolid. Salió de Chilpancingo, donde dejó una guarnición de 1,000 soldados para la defensa de los congresistas, al frente de unos 6,000 hombres con treinta cañones, y el 22 de Diciembre llegó á la vista de Valladolid.

Noticioso Calleja del avance de Morelos sobre Valladolid y sabiendo que esta capital no contaba más que con ochocientos

hombres de guarnición, ordenó al brigadier Llano y al coronel Itúrbide que con sus respectivas fuerzas volasen en socorro de Valladolid.

No sabiendo el refuerzo con que contaba la capital asediada, desistió Morelos de sus propósitos y atacó á los 3,000 hombres que formaban entonces las fuerzas de los realistas. El combate fué encarnizado y hubo de prolongarse hasta bien entrada la noche. Las fuerzas combatientes permanecían en sus puestos, preparadas á reanudar el ataque á la mañana siguiente; pero en esto llegó, para desdicha de los patriotas, una columna de auxiliares republicanos que, tomando á los suyos como enemigos, rompió el fuego contra las huestes de Morelos, y á pesar de los esfuerzos que éste y los demás jefes patriotas hicieron por descubrir el error, no lo consiguieron sino después que ambas divisiones se hubieron destrozado mutuamente, poniéndose en fuga los que sobrevivieron á aquella carnicería. En vista de este desastre, Morelos se retiró á Puruaran, á 22 leguas de Valladolid, donde se reunió con las fuerzas de los hermanos Rayón, logrando de nuevo formar un núcleo de 3,000 hombres. Allí fué á buscarle el victorioso brigadier Llano, y aunque Morelos fortificó lo mejor que pudo la indicada hacienda, el brioso ataque de los españoles decidió bien pronto en su favor la suerte de la lucha, sufriendo los patriotas la pérdida de toda su artillería y más de 1,000 fusiles. Tuvieron seiscientos muertos y setecientos prisioneros, entre ellos, diez y ocho oficiales que fueron fusilados en el acto.

Hay que advertir que, momentos antes de la llegada de Llano á Puruaran, los consejeros de Morelos rogaron á éste que, como jefe del poder ejecutivo y generalísimo que era, no permaneciese en el campo de acción; á lo que Morelos accedió dejando por su segundo al también cura Matamoros, que fué hecho prisionero en la lucha. Por cierto que Morelos ofreció por su rescate al virrey doscientos prisioneros españoles; pero Calleja, siguiendo en esto á su predecesor Venegas, derogó estas proposiciones y mandó ejecutar á Matamoros en Valladolid, por lo cual Morelos, en represalias, fusiló á cuarenta y tres prisioneros españoles.

Entretanto, el Congreso mejicano vagaba de un punto á otro sin encontrar lugar fijo de residencia, perseguido constantemente por las columnas realistas, sufriendo privaciones y miserias de tal género, que ha podido escribir el historiador mejicano don Julio Zárate: « Rara vez percibían algún prorrateo en reales, que nunca excedía de cinco á seis pesos: dividían con los soldados de la escolta la fosca ración de arroz y carne, algunas veces sin sal; hacían vida común y se alojaban en las miserables chozas que hallaban á su paso. Algunas veces celebraron sus sesiones bajo los árboles, y no pocas durmieron á campo raso, atormentados por el hambre y por la sed.»

Por fin, pudo congregarse esta asamblea en Apatzingán, donde en 22 de Octubre de 1814 sancionó con todo aparato la Constitución que venía discutiendo. Esta Constitución establecía bajo la forma republicana tres poderes perfectamente independientes: el legislativo, constituido por el Supremo Congreso; el ejecutivo, ejercido por tres individuos, y el judicial, á cargo de un Supremo Tribunal de

Justicia. Estos tres poderes debían residir en una misma población elegida de antemano para capital de la República. Tal Constitución, aunque reconocida por todas las provincias en que no dominaban los españoles, no fué, sin embargo, puesta en vigor más que en algunas, porque su promulgación en las demás no se creyó por entonces conveniente. La Inquisición española de la capital impuso excomunión mayor á cuantos leyesen esa Constitución y el virrey la mandó quemar públicamente por manos del verdugo.

Decidido Morelos á proporcionar una residencia segura á los individuos del Congreso mejicano, para que pudieran tomar con tranquilidad cuantos acuerdos fuesen necesarios para la buena marcha de la naciente República, eligió á este fin el pueblo de Tehuacán, á ciento cincuenta leguas de donde se encontraba el Congreso entonces. Reunió Morelos todas sus tropas para escoltar al Congreso y alto Tribunal de Justicia y se puso en marcha, con dirección á Tehuacán, el 29 de Septiembre de 1815, después de haber tomado toda clase de precauciones para evitar cualquier sorpresa.

Tuvo el virrey noticia por sus espías de la traslación del perseguido Congreso y decidió apoderarse á toda costa de sus individuos. Al efecto, ordenó á todos los jefes del tránsito que, concentrándose lo más rápidamente posible, cayesen sobre la escolta é individuos del Congreso. Obedeciendo estas órdenes, el teniente coronel don Manuel de la Concha logró sorprender, el día 5 de Noviembre, á todas las fuerzas patriotas que, mandadas por el propio Morelos, descansaban en el pueblo de Tesimalaca. Ordenó Morelos, entonces, que los congresistas y magistrados se pusieran en salvo, como así lo hicieron, mientras él procuraba rechazar el ataque y sorpresa de los realistas. Pero bien pronto se vió que la lucha era desigual, pues los desprevenidos patriotas, no rehechos aún del susto de verse tan de improviso atacados por el enemigo, cedieron el campo entregándose á la más desordenada fuga. Trescientos muertos y más de treinta prisioneros, entre ellos el mismo Morelos, produjo á los patriotas el encuentro.

Morelos fué sometido á proceso civil y eclesiástico. La Inquisición falló que « el presbítero don José María Morelos era hereje formal, fautor de herejes, perseguidor y perturbador de la jerarquía eclesiástica, profanador de los santos sacramentos, cismático, lascivo, hipócrita, enemigo irreconciliable del cristianismo, traidor á Dios, al Rey y al Papa » y le condenó, por si no le condenaba á muerte la jurisdicción civil, á la pena de reclusión perpetua en un presidio de Africa.

La jurisdicción civil no puso tantos nombres á sus delitos, pero le condenó á ser fusilado por la espalda, como traidor al Rey. La sentencia se ejecutó el día 22 de Diciembre de 1815, en el pueblo de San Cristóbal Ecatepac, á seis leguas de Méjico; y dicen los historiadores contemporáneos, que Morelos sufrió con entereza y valor, aunque sin arrogancia, todos los trámites de su proceso y muerte, no queriendo comprometer á ninguno de sus amigos y recomendando á todos sus partidarios que iban á verle que se mantuvieran firmes en la defensa de la patria americana.

Muerto Morelos, Calleja pregonó su ejecución y ofreció un indulto á todos los que quisieran acogerse á la causa del Rey.

La muerte de Morelos, el indulto ofrecido por Calleja y las desavenencias que surgieron entre los jefes revolucionarios produjeron tal decaimiento y postración de la causa independista, que pudo creerse que había muerto para siempre la revolución.

Después del desastre de Tescmalaca, en donde Morelos se sacrificó por salvar al Congreso mejicano, pudo éste, escoltado por Guerrero, llegar á Tehuacán, en donde el coronel revolucionario don Manuel de Mier y Terán mandaba 2,000 hombres bien provistos y armados. Pero pronto surgieron diferencias entre este jefe y el Congreso, por la intervención que el Congreso pretendía tener en la dirección de las fuerzas de Mier. Estas diferencias llegaron á un punto tal, que en la noche del 14 de Diciembre de 1815 estalló, en el mismo Tehuacán, un motin militar, dirigido según parece por el mismo Mier, y que dió por resultado la prisión de todos los individuos que formaban el Congreso y, por tanto, la disolución de éste. Mier trató de atraer á su partido á los demás jefes revolucionarios, como eran Guerrero, Victoria, Osorno y Bravo; pero no quisieron someterse á su dirección, lo cual determinó que cada uno obrase á su capricho sin plan ni concierto en las operaciones.

Entretanto, Calleja, que había reorganizado completamente su ejército poniendo en pie de guerra unos 40,000 hombres bien armados y equipados, era objeto de constantes acusaciones ante el Gobierno de la metrópoli por las constantes exacciones de dinero que ordenaba.

Como se ve, los enemigos de Calleja usaban con éste los mismos procedimientos que habían empleado para la destitución de su antecesor, Venegas. Estas acusaciones dieron por resultado la destitución de Calleja y el nombramiento para sustituirle á favor del capitán general de Cuba, teniente general de la armada, don Juan Ruíz de Apodaca, que desembarcó en Veracruz, con algunos refuerzos de tropas, hacia el 15 de Septiembre, haciéndose cargo el 19 del mismo mes del virreinato de Nueva España. Calleja se embarcó á fines de aquel año para la Península. Fernando VII le concedió en premio de sus servicios el Condado de Calderón.

Hombre Apodaca de carácter benigno y de temperamentos de concordia, adoptó en su nuevo cargo disposiciones de clemencia contra los prisioneros que hiciesen los jefes de las columnas ó destacamentos, ordenándoles que se abstuviesen de fusilarlos sin previo formal proceso. Asimismo publicó indultos y ofreció



Mier.

honrosas capitulaciones á cuantos depusiesen las armas y se acogiesen á las filas reales. Temperamentos tan conciliatorios proporcionaron la presentación á indulto del cabecilla Osorno y la rendición de Rayón, así como de Mier y Terán, Sesma, Musniz y otros.

Sólo quedaban de las antiguas y poderosas fuerzas revolucionarias unas cuantas partidas en la provincia de Veracruz, mandadas por Guadalupe Victoria; otras pocas en el Sur, al mando de don Vicente Guerrero y, finalmente, la pequeña fuerza que acaudillaba en las provincias de Valladolid y Guadalajara el cura don José Antonio Torres.



Vicente Guerrero.

Por entonces desembarcó en las bocas del río Santander, procedente de Santo Domingo y Europa, el famoso caudillo don Francisco Javier Mina, llamado *Mina el Mozo* para diferenciarlo de su tío, el célebre guerrillero de la independencia española y después general Espoz y Mina.

*Mina el Mozo* se había, según sabemos, distinguido brillantemente en la guerra de la independencia combatiendo á los franceses al lado de su tío; hecho prisionero en una de las escaramuzas que sostuvo con los invasores, fué conducido á Francia, en donde permaneció hasta la terminación de la guerra. Sin duda, su permanencia en el destierro le fortificó en sus convicciones, abiertamente liberales, y, á la vuelta, conspiró con su tío Espoz y Mina para derrocar el absolutismo de Fernando VII y restablecer de nuevo la Constitución de Cádiz.

Fracasado el intento de tío y sobrino de apoderarse de Pamplona, tuvo este último que emigrar á Inglaterra, en donde trabó conocimiento con varios emigrados mejicanos. Consecuencia de este trato, fué la idea de pasar á combatir en Méjico por la independencia de aquel pueblo que gemía bajo el ominoso yugo del absolutismo español.

Poniendo por obra sus ideas y con los recursos que le proporcionaron los emigrados, embarcóse en Liverpool con veintidós oficiales ingleses, italianos y españoles, con rumbo á los Estados Unidos y Santo Domingo, donde se aprovisionó del armamento necesario para los doscientos cincuenta hombres que formaban en sus filas.

Como ya indicamos más arriba, desembarcó, después de algunos incidentes, en la boca del río Santander, apoderándose acto seguido de Soto la Marina, en donde se le unieron hasta doscientos patriotas, formando una columna de cerca de quinientos hombres, con los cuales derrotó á varias pequeñas columnas españolas que encontró á su paso. Siguió avanzando con gran rapidez, llegando á

salvar en treinta días las doscientas veinte leguas que separan á Soto la Marina del fuerte del Sombrero, situado á diez y ocho leguas de Guanajuato.

Sabedor el virrey del avance de Mina, mandó al brigadier Arredondo que cayese sobre Soto la Marina para cortarle la retirada, mientras el general Liñán, al frente de 1,600 hombres con catorce cañones, se dirigía al fuerte del Sombrero, á cuya plaza, defendida por ochocientos hombres, había puesto formal cerco el intrépido Mina.

Atacó Liñán á Mina con tal bravura, que éste, á pesar de su tenaz y heroica resistencia y en vista de que no recibía los auxilios que esperaba, tuvo que rendir la fortaleza, logrando antes escapar de manos de los españoles. Pero no se desalentó el intrépido caudillo por este contratiempo, sino que reuniendo en breve nuevas fuerzas, al frente de 1,400 hombres, se propuso apoderarse de la ciudad de Guanajuato, capital de la provincia de su nombre. Esta arriesgada empresa, que de realizarla le hubiera cubierto de gloria, fué causa de su ruina, pues que, mal secundado por sus tropas que se hallaban casi indisciplinadas, fué derrotado completamente en un encuentro que tuvo con Liñán, logrando escapar á uña de caballo y seguido sólo de unos setenta hombres. Refugióse en el rancho del Venadito; pero, seguido de cerca por el coronel de voluntarios Orrautia, fué preso por éste, el 27 de Octubre, y conducido al campo del general Liñán, quien envió á Méjico la noticia de su prisión. El clemente Apodaca no quiso serlo una vez más con el guerrillero de la independencia española, y mandó que, previo proceso sumarísimo, fuese fusilado; como así se hizo el 11 de Noviembre de 1817 frente al fuerte de los Remedios, para que sirviera de escarmiento á los rebeldes que en dicho fuerte y á las órdenes del teniente general y cura don Tomás María Torres mantenían una heroica resistencia.

Apodaca fué honrado por el Gobierno español con el título de Conde del Venadito, en premio á la prisión de Mina.

Mientras tanto, el citado cura Torres se defendía heroicamente en el fuerte de los Remedios, soportando un sitio que duraba ya más de cuatro meses. Pero en vista del desastre sufrido por Mina decidieron los revolucionarios evacuar sigilosamente la plaza y, en la noche del 1.º de Enero de 1818, trataron de poner por obra su plan, saliendo calladamente por la parte más escabrosa de la fortaleza. La adversa fortuna perseguía sin tregua las armas patriotas. Enterados los sitiadores



Guadalupe Victoria.

de la fuga del enemigo, coparon su vanguardia y, acuchillando después sin piedad á cuantos trataban de huir, dejaron reducido el número de los que lograron escapar á sólo Torres y una veintena de soldados.

Este nuevo golpe y el rigor con que Liñán y Ruiz de Apodaca procedieron con los prisioneros, desconcertó por completo á los revolucionarios. Sin embargo, este rigor tuvo una justa excepción en don Nicolás Bravo, fautor de aquel heroico hecho de clemencia con los prisioneros del Palmar, el cual, hecho prisionero y condenado á muerte, fué indultado por el virrey, en recuerdo, seguramente, de su bella acción.

No siguió estos buenos ejemplos de magnanimidad el cura Torres que, como sus tres anteriores compañeros, fué cruel y sanguinario, tanto que, sin duda, no pudiendo aguantarle sus propios soldados, fué muerto por uno de ellos, á consecuencia, según se dice, de una disputa en el juego, aunque es más lógico creer que fuese por no poder tolerar su carácter verdaderamente discolo y vengativo.

Con la muerte de Torres, bien pudo creer Ruíz de Apodaca que se había extinguido el fuego de la revolución en el virreinato de Méjico, y así lo comunicó al Gobierno de la metrópoli á fines de 1819. De todos los patriotas levantados en armas y de todos los cabecillas que habían capitaneado fuerzas considerables, sólo don Vicente Guerrero se sostenía con sus guerrillas en la provincia de Valladolid.

A someter á éste fué una columna mandada por el coronel don Agustín de Itúrbide.

Era Itúrbide mejicano de nacimiento, aunque de padre español, y en sus primeros años de campaña luchó brillantemente en las filas realistas alcanzando todos sus grados, incluso el de coronel, por méritos de guerra. Después, sin duda, por influencias de los parientes de su madre, que eran ardientes patriotas, comenzó á acariciar ideas de independencia. Estas ideas independentistas, elaboradas en su mente con formas monárquicas y constitucionalismos de dudosa sinceridad, fermentaron y se desarrollaron por completo en su viaje á Acámbaro y Cualotitlan al marchar á ha-



Ruiz de Apodaca.

cerse cargo del mando de las tropas del Sur destinadas á someter á Guerrero y Ascencio, que por allí merodeaban con sus guerrillas.

Pero Itúrbide necesitaba cohonestar sus deseos y aspiraciones con su situación de jefe de fuerzas realistas, á la vez que quería tantear una armonía con Guerrero, á quien trataba de perseguir, para de común acuerdo realizar la sublevación.

Desde Cualotitlan envió á Guerrero varias cartas exhortándole á unirse á él y haciéndole entrever parte de sus proyectos. Guerrero no vió claro el asunto ó desconfió de las proposiciones de Itúrbide, así es que desde el Rincón de Santo Domingo contestó rechazando toda unión ó sometimiento que no fuese bajo la base de la independendencia mejicana. Envió, sin embargo, un comisionado de toda su confianza para que tratase con Itúrbide sobre lo que parecía obscuro y dudoso en el proyecto. Entonces, Itúrbide debió abrir completamente los ojos á Guerrero, pues que éste, con abnegación verdaderamente meritoria, se puso incondicionalmente á las órdenes de Itúrbide, consiguiendo así mismo que Ascencio, Guzmán y Montes de Oca se le sometieron para secundar sus vastos planes de revolución.

Triunfante Itúrbide en sus proyectos, pero conviniéndole aún seguir engañando al virrey, escribió á éste noticiándole la completa sumisión de los cabecillas insurgentes, lo que satisfizo en extremo al incauto Ruíz de Apodaca.

A pesar de sus triunfos y del fuerte ejército compuesto de 3,500 hombres que logró reunir, hallábase Itúrbide falto de recursos económicos. También, para remediar este apuro se valió de un expediente que colmó con creces sus deseos.

Sabía que de Méjico había salido, con dirección á Acapulco y destinada á ser embarcada para Filipinas, una remesa de 500,000 pesos, y que la expedición portadora de esa suma debía pasar por el pueblo de Iguala, situado en el tránsito de Acapulco. Se situó en el indicado pueblo, esperó la llegada del convoy y se apoderó de él sin contratiempo ni dificultad.

Hecho esto, ya no tenía razón alguna para conservar la máscara de sus propósitos, y, en efecto, el 24 de Febrero de 1820 dió en el citado pueblo de Iguala, al mismo tiempo que el grito de independendencia, una proclama en 24 artículos, cuyo contenido, en síntesis, era éste:

La proclamación, como única, de la religión católica, apostólica, romana, sin soberanía de otra alguna.

La independendencia completa y absoluta de la Nueva España, libre del dominio de toda potencia, ya fuese europea ó continental.

Establecimiento de una monarquía moderada, con una Constitución especial que se determinaría.

Llamamiento al Trono del Imperio Neo-Español, en primer término, á Don Fernando VII, y caso de no presentarse éste en un término prudencial, á sus hermanos Don Carlos, Don Francisco de Paula ó al Archiduque Carlos ú otro individuo de estirpe real que el Congreso acordase. El respeto á la propiedad. La conservación de todos los empleos civiles, militares y eclesiásticos.

Formación de un ejército denominado *Trigarante ó de las tres garantías*, cuya misión era *la conservación de la religión católica, apostólica y romana, la independendencia bajo las bases anunciadas, y la íntima unión entre americanos y europeos*.

Los demás artículos de la proclama venían á constituir como el reglamento orgánico de los anteriores principios fundamentales.

El 24 de Febrero comunicó esta proclama al virrey Apodaca, al arzobispo de

Méjico, al presidente de la real Audiencia y á los demás altos dignatarios españoles. A los seis días hizo jurar á todos sus subordinados el fiel cumplimiento del proyecto independista, siendo á su vez proclamado generalísimo de la independencia y jefe supremo de la revolución.

Apenas el virrey Apodaca tuvo conocimiento de la traición de Itúrbide y de su famosa proclama, dió á su vez un enérgico manifiesto y ordenó á don Pascual Liñán que, al frente de una fuerte columna, saliese inmediatamente en dirección á Iguala á castigar las osadías del ex coronel realista. Estas rápidas y enérgicas medidas hicieron vacilar un momento á los conjurados de Iguala en sus bélicos propósitos, y aún el mismo Itúrbide hubo de retirarse prudentemente á Teloloa-



P. Celestino Negrete.

pam; pero bien pronto se rehicieron los ánimos al ver que cabecillas prestigiosos de las pasadas campañas respondían con brío al llamamiento de Iguala. En efecto, don Nicolás Bravo levantó tropas y tomó la ciudad de Puebla. El coronel realista Bustamante se sublevó y consiguió arrastrar con las suyas las fuerzas de su colega Linares, apoderándose de Guanajuato y sublevando también su guarnición. El general Negrete se sublevó en Guadalajara y el teniente coronel Barragán en Michoacán.

En vista de estas entusiastas adhesiones, se atrevió Itúrbide á sitiar á Valladolid, ciudad que le abrió sus puertas después de una formularia capitulación.

Mientras tanto, Liñán permanecía aturcido é inactivo, viendo cómo la sublevación ganaba terreno con pasmosa rapidez. Apodaca tampoco sabía qué partido tomar, pues si por una parte le impulsaba á la lucha sin tregua su

carácter de jefe supremo de las huestes españolas, por otra, la dulzura de su carácter le retenía en una inacción que seguramente había de ser funesta á la causa del Rey.

Así lo entendieron algunos furibundos realistas y absolutistas de la capital que, exasperados por los triunfos que la rebelión conseguía en Guadalajara y Querétaro, y por la osadía de los patriotas en sitiar á Veracruz y Puebla, sublevaron la guarnición de Méjico y, después de sitiar en la noche del 5 de Julio de 1821 el palacio de Apodaca, cuando éste celebraba un consejo de guerra, presentáronse de improviso en la sala de deliberaciones y expusieron claramente á Apodaca su deseo de que dimitiera y fuera substituído por Liñán ó Novella.

Justificaron tal pretensión alegando la desconfianza que al ejército y al pueblo inspiraba la gestión de Apodaca al frente del virreinato.

Rechazó el virrey, indignado, aunque con mesura, estas pretensiones de los sublevados; pero los fautores del motín no estaban ya dispuestos á ceder y con nuevas amenazas inclinaron el ánimo de Apodaca. Entonces, el brigadier Espinosa, queriendo cohonestar las aspiraciones de los revoltosos con una decorosa solución para el virrey, propuso á aquéllos que fuese nombrado para el mando en jefe de las tropas el general Novella, mientras el Conde del Venadito continuaba ejerciendo la autoridad civil y política. Esto hizo vacilar á los amotinados, que, no atreviéndose á decidir por sí el caso, bajaron á consultar el asunto con sus compañeros. Volvieron sin embargo á poco, exigiendo al virrey la inmediata renuncia de todos los poderes y su substitución por Novella. Ruíz de Apodaca rompió el documento que le presentaron con este objeto, redactado en términos groseros y denigrantes para su autoridad y, en su lugar, firmó otro, escrito por él, haciendo dimisión de todos sus cargos y atribuciones. A la vez dictó una providencia á la Junta provincial mandando que fuese reconocida la autoridad de Novella, por haber él dimitido su alto puesto.

A los 3 meses de los sucesos que dejamos relatados ó sea el 25 de Septiembre de 1821 embarcó el Conde del Venadito, don Juan Ruíz de Apodaca, con rumbo á la Península, siendo á su llegada colmado de honores por Fernando VII.

Malogróse para los realistas su afán de colocar al frente del ejército un hombre enérgico y activo, pues no lo fué mucho Novella. Durante su corto mando siguió siendo adversa para los españoles la suerte de las armas.

Apoderáronse los independientes de Puebla y Oaxaca, ciudades importantísimas y cuya pérdida determinó también la sublevación á favor de Itúrbide del general Arredondo, que se pasó al enemigo, entregándole la ciudad de Monterrey.

Tampoco le era dable hacer á Novella gran cosa; pues que, mientras él comenzaba los trabajos de organización de sus tropas, tuvo noticia de haber desembarcado en Veracruz don Juan O'Donojú, nombrado por el Gobierno español, á raiz de la revolución de Itúrbide, capitán general de Nueva España y jefe superior político, nueva denominación que se daba al virrey desde la restauración del Código político de Cádiz.

Don Juan O'Donojú comprendió desde el primer momento el mal papel que le había tocado desempeñar, pues veía sobradamente perdida la causa española, que sólo contaba como baluartes la capital, Durango, Veracruz, Acapulco y los fuertes de Perote, mientras los revolucionarios dominaban en todas las demás ciudades y en los campos todos de aquel inmenso territorio. Compenetrado de su misión, procuró sacar de las circunstancias el mejor partido posible, y pues que estaba descontada la independencia total del país, trató de recabar de Itúrbide algunas ventajas en pró de la causa española.

Interceptadas como estaban las comunicaciones entre Veracruz y Méjico, pidió O'Donojú á Itúrbide un salvo-conducto para sí y su séquito, con el fin de trasladarse á la capital y desde allí acordar lo más conducente á la paz que tra-

taba de ajustar con él, pues estaba convencido de lo terrible que era para el país sostener una guerra tan larga y sangrienta.

Itúrbide vió el cielo abierto con estas proposiciones de O'Donojú y, á su vez, le invitó á pasar á Córdoba, en cuya población podrían conferenciar ampliamente sobre todos los puntos del tratado. O'Donojú no se hizo de rogar y aceptó en el acto la invitación, pues ya en Veracruz había sufrido, á causa del vómito, la pérdida de ciento diez hombres venidos con él de la Península, entre ellos dos sobrinos suyos y siete oficiales de su escolta.

Reunidos ambos jefes en el citado pueblo, comenzaron las conferencias sobre el tratado, que substancialmente no venía á ser otra cosa que el famoso plan de Iguala, sin más variación que la de dejar á la deliberación de las Cortes la persona que había de ocupar el Trono mejicano, fuese ó nó individuo de casa reinante en Europa.

El tratado de Córdoba fué objeto de muchas y muy acaloradas discusiones, pues, mientras unos calificaban de prudente y previsora la conducta de O'Donojú, otros le llenaron de improperios llamándole, el que menos, traidor y desleal á la causa de España.

Nosotros creemos que O'Donojú fué guiado de buenos propósitos, pues, viéndolo todo perdido quiso, por lo menos, ganar para España el Trono mejicano, asegurarse la amistad de un pueblo fuerte y vigoroso y que, por añadidura, había adaptado como forma de su gobierno la Monarquía, en contraposición de lo hecho por las demás colonias americanas.

Novella protestó en Méjico del tratado de Córdoba y aún se atrevió á escribir á O'Donojú en términos de insolente desacato, pero Itúrbide se dirigía sobre la capital con 16,000 hombres acompañado de O'Donojú, y, ante el temor de cruel castigo, acordaron los jefes militares que defendían la citada capital acudir en consulta á dicho O'Donojú sobre lo que debía hacerse. O'Donojú mandó que sin formalidad alguna de capitulación, sino obedeciendo á una orden suya, como capitán general que era del territorio, evacuasen las fuerzas españolas la plaza y se retirasen á puertos cercanos, para desde allí ser trasladados á la Habana.



Itúrbide.

Así lo verificaron las tropas españolas, quedando evacuada la ciudad de Motezuma el día 24 de Septiembre de 1821.

Seguidamente, el coronel patriota Gilísola, con 4,000 hombres, tomó posesión de

la ciudad en nombre del Gobierno independiente y á los tres días hizo su entrada triunfal, en medio de un delirante entusiasmo, el héroe del día don Agustín de Itúrbide.

Así terminó la dominación española en Méjico. Fortuna fué que, por lo menos, su final liberación no fuese teñida en sangre de campales batallas, ni de asesinatos y venganzas.

Poco nos resta ya que decir.

O'Donojú murió á los pocos días de entregada la capital.

Reunido el Congreso mejicano y visto lo poco favorable que se mostraba á los proyectos de Itúrbide y el manifiesto odio que le tenía, un sargento dió, en la noche del 18 de Mayo siguiente, el grito de «¡Viva el Emperador Itúrbide!», grito al que se adhirió el ejército y el pueblo, no quedándole al Congreso más remedio que aceptar los hechos consumados.

Itúrbide disolvió el Congreso, y esto, unido á otros actos de tiranía, produjo una contra revolución iniciada por Santa Anna, Victoria, Bravo y Guerrero, que dió por resultado la abdicación del flamante Emperador, en 19 de Marzo de 1823, y la proclamación de la república federal, bajo la presidencia del general Guadalupe Victoria. Fué promulgada la nueva Constitución el 4 de Octubre de 1824.

## I X

La revolución de la antigua capitania general de Guatemala. — Primeros chispazos. — Efectos del restablecimiento en España del Código político de 1812, como causa principal de la independencia de Guatemala. — Gainza. — Junta de autoridades de 14 de Septiembre de 1821. — La proclamación de la independencia.

La capitania general de Guatemala estaba constituida por las provincias de San Salvador, Nicaragua, Guatemala, Honduras y Costa-Rica, extenso territorio que forma la América Central.

Estas provincias no sintieron tan pronto como las demás colonias españolas, cuya independencia hemos estudiado, los afanes de la libertad; tal vez por estar mejor gobernadas, acaso por no contar con elementos suficientes ó caudillos decididos que les condujesen á la independencia.

En efecto, apenas merecen citarse algunos intentos revolucionarios anteriores al año 1821, como fueron el conato de sublevación del cura don José Matías Delgado en la ciudad de San Salvador el 5 de Noviembre de 1811, que, denunciado por el cura Martínez, fracasó apenas intentado; la sublevación de Granada, en 22 de Diciembre del mismo año, iniciada por don Juan Argüello, alcalde de la ciudad, que fué sofocada al instante por las tropas del entonces capitán general don José Bustamante; la de los curas Silva y Marengo, en el interior, que también fué sofocada al instante y, últimamente, las fracasadas conspiraciones fraguadas en el

convento de Belén en Guatemala y en San Salvador en los años 1813 y 1814, respectivamente.

Así llegamos al año 1821, pasando estos territorios, en 1818, del mando de Bustamante al del anciano mariscal de campo don Carlos de Urrutia.

Restablecida en España la Constitución de 1812, comenzóse á disfrutar, en las colonias que aún seguían sometidas al dominio español, de una mayor amplitud de vida, de algún mayor respiro de libertad, y á la sombra de ella iniciáronse en Centro América movimientos de opinión marcadamente independentistas. Además, los sucesos acaecidos en el vecino virreinato de Méjico, en donde el plan de Iguala había establecido las bases de la independencia, consagrada al fin definitivamente en el tratado de Córdoba, influyeron decisivamente en la pacífica evolución que debían sufrir hacia su independencia los territorios de que nos ocupamos.

Elegidas las diputaciones provinciales en la capitania general de Guatemala, conforme á lo preceptuado en la Constitución, el elemento español, que contaba en ellas con una insignificante mayoría, temió fundadamente que si continuaba el achacoso Urrutia en su alto cargo no podría, en caso preciso, reprimir el estallido de la revolución, latente ya en el ánimo de todos y dispuesta á manifestarse en breve plazo.

Con este objeto expusieron respetuosamente á Urrutia la conveniencia de que resignase el mando en un hombre más activo que pudiera ponerse al frente de las tropas. La indicación estaba hecha en favor de don Gabino Gainza, antiguo general en jefe del ejército de Chile; y Urrutia, que comprendió sobradamente lo razonable de la manifestación, dimitió su cargo, y fué substituído por el citado Gainza.

Gainza, ya porque estuviese persuadido de la imposibilidad de oponerse al avance sordo de la revolución, ó quizá también porque en sus ideas se hubiera realizado un cambio radical en favor de la independencia de las colonias americanas, hipótesis que parece confirmarse por su ulterior conducta, en vez de castigar las representaciones que se le hicieron para que él mismo proclamase la independencia, convocó á las autoridades á una reunión en su palacio de Guatemala, reunión que debía celebrarse el 14 de Septiembre de aquel año de 1821. De esta reunión surgió, como era de presumir, el acuerdo de la proclamación de la independencia.

En efecto, el acta firmada por todos los allí reunidos disponía que al día siguiente se jurase solemnemente la independencia del Centro América de España y toda otra potencia europea.

La proclamación se verificó el día 15 de Septiembre de 1821, en Guatemala, y á los pocos días fué ratificada por todas las demás provincias.

---